

**NECESITAMOS
NOMBRES NUEVOS**
**NOVIOLET
BULAWAYO**



NoViolet Bulawayo

NECESITAMOS
NOMBRES NUEVOS

Contenido

Portada

Dedicatoria

Asalto a Budapest

Darling en la montaña

El juego de los países

El cambio real

Cómo aparecieron

Necesitamos nombres nuevos

Chist

Blak Power

Esto no es un juego

Cómo se marcharon

Destroyedmichygen

La boda

Angel

Esta película contiene escenas que podrían herir su sensibilidad

Asalto a Crossroads

Cómo vivían

Mi América

Escrito en la pared

Agradecimientos

Créditos

Para Za

Asalto a Budapest

Vamos de camino a Budapest: Bastardo, Chipo, Sabediós, Sbho, Stina y yo. Y nos vamos a pesar de que tenemos prohibido cruzar la carretera de Mzilikazi, a pesar de que Bastardo tendría que estar cuidando de Fracción, su hermana pequeña, y a pesar de que mi madre me mataría si se enterase. Nos vamos y ya está. Porque en Budapest hay guayabas que robar, y ahora mismo estoy que me muero por unas guayabas. Esta mañana no hemos comido nada, y me siento como si alguien me hubiese vaciado el estómago a paladas.

Salir de Paraíso no es tan difícil, ya que nuestras madres están ocupadas charlando y peinándose, que es lo único que hacen en todo el día. Nos echan una ojeada cuando pasamos en fila por las chabolas, y luego apartan la mirada. Tampoco tenemos que preocuparnos por los hombres que están sentados debajo del jacarandá, porque nunca levantan la vista del tablero de damas. Los únicos que de verdad nos ven son los niños pequeños, que intentan seguirnos hasta que Bastardo le arrea un puñetazo en el cabezón al niño desnudo que va delante, y entonces todos ellos retroceden.

Cuando llegamos a los matorrales prácticamente vamos corriendo y cantamos a gritos como si nuestras voces fueran ruedas que nos permitieran ir más deprisa. Sbho pregunta: «¿Quién descubrió el camino a India?» Y todos coreamos: «¡Vasco de Gama! ¡Vasco de Gama! ¡Vasco de Gama!» Bastardo va delante porque hoy ha ganado al juego de los países y se cree que es nuestro presidente o algo así, y luego voy yo, y luego Sabediós, Stina y Sbho, y la última es Chipo, que antes corría más rápido que nadie en Paraíso, pero ya no porque alguien la ha dejado preñada.

Después de cruzar la carretera de Mzilikazi, atajamos por el monte, y luego corremos por Hope Street antes de atravesar el gran estadio, con esas relucientes gradas en las que nunca nos sentaremos, y por fin llegamos a Budapest. Aunque debemos pararnos un rato para que Chipo se siente, por su barriga. A veces, cuando le duele, tiene que descansar.

Pero ¿cuándo va a tener al niño?, pregunta Bastardo.

A Bastardo no le gusta nada tener que dejar de hacer ciertas cosas por culpa de la barriga de Chipó. Incluso intentó convencernos de que dejásemos de jugar con ella.

Ya lo tendrá algún día, contesto yo por Chipó, porque Chipó ya no habla. No es que sea muda de nacimiento, es sólo que, cuando se le empezó a notar la barriga, dejó de hablar. Aun así, sigue jugando con nosotros y hace todo lo demás, y si de verdad de verdad necesita decir algo, utiliza las manos.

¿Algún día, qué día? ¿El jueves? ¿Mañana? ¿La semana que viene?

Pero ¿no ves que todavía tiene la barriga muy pequeña? El niño ha de crecer.

Los niños crecen fuera de la barriga, no dentro. Justamente para eso nacen, para crecer y hacerse mayores.

Bueno, pues todavía no le toca. Por eso sigue ahí, en la barriga.

¿Es niño o niña?

Es niño. Se supone que el primero tiene que ser un niño.

Pues tú eres una niña, listilla, y fuiste la primera.

He dicho «se supone», ¿no?

Bah, cierra esa boca de kaka, si ni siquiera es tu barriga.

Pues yo creo que es una niña. Siempre le pongo las manos en la barriga a Chipó y nunca he notado una patada, ni una.

Sí, los niños dan patadas, puñetazos y cabezazos. Es para lo único que sirven.

Pero ¿ella quiere que sea niño?

No. Sí. A lo mejor. No lo sé.

¿Y exactamente por dónde sale un niño?

Por el mismo sitio por el que entra en la barriga.

¿Y exactamente cómo entra en la barriga?

Primero tiene que meterlo ahí la madre de Jesús.

No, no es la madre de Jesús. El que lo mete ahí es un hombre, me lo ha dicho mi prima Musa. Bueno, en realidad se lo estaba contando a Enia, pero como yo estaba por allí, pues me enteré.

Entonces ¿quién se lo puso dentro?

¿Cómo vamos a saberlo si no nos lo dice?

¿Quién te lo puso ahí dentro, Chipó? Dínoslo, no se lo vamos a contar a nadie.

Chipó mira al cielo. Hay una lágrima en su único ojo, pero es una lágrima

muy pequeña.

Entonces, si se lo puso ahí un hombre, ¿por qué no se lo saca?

Porque son las mujeres las que paren, zoquete. Por eso tienen tetas, para dar de mamar al bebé y todo eso.

Pero las tetas de Chipó son pequeñas... Son como piedrecitas.

Da igual. Ya crecerán cuando llegue el niño. Venga, vamos. ¿Podemos irnos ya, Chipó?, le pregunto. Chipó no contesta, sino que echa a correr, y los demás corremos tras ella. Cuando llegamos al centro de Budapest, nos paramos. Esto no es como Paraíso, esto es como estar en un país totalmente distinto. Un país bonito donde vive la gente que no es como nosotros. Claro que tampoco se ve nada que sugiera que aquí vive gente de verdad. Incluso el aire está vacío: no huele a comida rica, no hay olores, no hay ruidos. No hay nada.

Budapest es grande; casas grandes con antenas parabólicas en los tejados y bonitos jardines de gravilla o con el césped muy bien cuidado, con verjas altas y paneles de Durawall, y con flores y árboles enormes cargados de fruta que nos está esperando, y es que por lo visto aquí nadie sabe qué hacer con ella. La fruta es lo que nos da valor. Si no fuera por la fruta no nos habríamos atrevido a ir. Y es que uno casi espera que en cualquier momento estas calles tan limpias cobren vida y nos digan que nos vayamos por donde hemos venido.

Al principio le robábamos la fruta al tío de Stina, que ahora vive en Inglaterra. Aunque a eso no se le puede llamar robar, porque el árbol era del tío de Stina y no de un desconocido. No es lo mismo. Pero cuando nos acabamos todas las guayabas de su árbol, tuvimos que ir a otras casas. Hemos robado en tantas que ya he perdido la cuenta. Fue Bastardo quien propuso que eligiéramos una calle cada vez: nos quedaríamos en ella hasta que hubiéramos pasado por todas las casas, y luego nos iríamos a la siguiente calle. Lo hacemos así para no equivocarnos y saber dónde hemos estado y adónde vamos. Es una especie de método, y Bastardo dice que de esta manera seremos mejores ladrones.

Hoy vamos a empezar una calle nueva, así que estamos explorándola con mucho cuidado. Pasamos por Chimurenga Street, de donde ya robamos hasta la última guayaba hace unas dos o tres semanas, cuando de pronto se abren unas cortinas blancas y aparece una cara en la ventana de una casa de color crema que tiene una estatua de mármol de un niño con alas desnudo y haciendo pis.

Nos quedamos quietos, esperando a ver qué hace la cara, y de repente se abre la ventana y una vocecita muy graciosa nos grita que nos paremos. Nos quedamos ahí, sin movernos, no porque la voz nos lo haya dicho, sino más bien porque ninguno de nosotros ha echado a correr, y porque la voz tampoco parece peligrosa. Desde la calle, se oye la música que suena dentro de la casa; no es *kwaito*, no es música de baile, no es música house, no es nada que conozcamos.

Una mujer alta y flaca abre la puerta y sale de la casa. Lo primero que vemos es que está comiéndose algo. Nos saluda con la mano mientras se acerca. Es tan poca cosa que está claro que no vamos a tener que salir corriendo. Nos quedamos esperando, para saber por qué o a qué está sonriendo. La mujer se detiene junto a la verja; está cerrada y no ha cogido la llave.

Por Dios, no soporto este calor horroroso ni esta tierra tan dura; ¿cómo lo aguantáis vosotros?, pregunta con su voz inofensiva. Sonríe y le pega un mordisco a lo que lleva en la mano. Una cámara de color rosa le cuelga del cuello. Todos miramos los pies de la mujer, que asoman por debajo de su falda larga. Son unos pies limpios y bonitos, como los de un bebé, y la mujer está moviendo los dedos, que tienen las uñas pintadas de rojo. No recuerdo que mis pies hayan estado nunca tan limpios y bonitos. Quizá cuando nació.

Y luego está la boca roja, esa boca que sigue masticando. Por la manera en la que se le tensa el cuello y por cómo se relame, se nota que se está comiendo algo delicioso. Me fijo bien en su mano larga, en lo que quiera que se esté comiendo. Es plano y crujiente por fuera, está cubierto de crema o algo así, y parece esponjoso y blando por dentro y está relleno de unas cosas con forma de moneda de un color rosa intenso, como el de las quemaduras. Veo también unas pepitas de colores, rojas, verdes y amarillas, y por último unos bultos de color marrón que parecen granos.

Chipó lo señala y se pone a hacer unos gestos en el aire que significan: «¿Qué es eso?» Luego se frota la barriga con la otra mano. Desde que está preñada, Chipó se pasa el día tocándose la barriga como si fuera un juguete. La tiene del tamaño de una pelota de fútbol no demasiado grande. Los demás seguimos mirando la boca de la mujer, esperando a ver qué nos dice.

Ah, ¿esto? Es una cámara, explica, algo que ya sabíamos todos; incluso las piedras saben que una cámara es una cámara. La mujer se limpia la mano en la

falda, da unos golpecitos a la cámara y luego lanza al cubo de la basura que hay junto a la puerta lo que queda de la cosa que se estaba comiendo, pero falla y se echa a reír como una loca. Nos mira como si quisiera que nos riéramos con ella, pero nosotros seguimos mirando la cosa que ha salido volando por los aires antes de caer al suelo como un pájaro muerto. En la vida habíamos visto a nadie tirar comida, ni siquiera una cosa tan rara como ésa. Chipó parece estar a punto de salir corriendo para cogerla. La mujer hace muecas con la boca mientras termina de masticar y traga. Y yo trago también, como ella, y siento un hormigueo en la garganta.

¿Cuántos años tienes?, pregunta la mujer a Chipó, mirándole la barriga como si fuera la primera vez que ve a una embarazada.

Tiene once años, contesta Sabediós por Chipó. Nosotros tenemos diez, ella y yo, como si fuéramos mellizos, dice Sabediós, refiriéndose a él y a mí. Bastardo tiene once y Sbho tiene nueve. Y Stina no lo sabemos, porque no tiene partida de nacimiento.

Caramba, dice la mujer. Yo repito esa palabra para mí misma, caramba-caramba-caramba. Es la primera vez que la oigo. Intento imaginar lo que significa, pero enseguida me canso de estrujarme los sesos, y lo dejo correr.

¿Y tú cuántos años tienes?, le pregunta Sabediós. ¿Y de dónde eres? No puedo evitar pensar que Sabediós es un bocazas de cuidado y que un día se va a llevar una buena torta.

¿Yo? Pues tengo treinta y tres años y soy de Londres. Es la primera vez que vengo al país de mi padre, dice, y retuerce la cadena que lleva al cuello. Es una cadena dorada con un colgante que tiene la forma de África.

Yo sé cosas de Londres. Una vez comí unos caramelos de allí. Al principio eran dulces, pero luego, en la boca, se volvieron ácidos. El tío Vusa nos los mandó cuando llegó, pero eso fue hace mucho tiempo. Ahora nunca envía nada, dice Sabediós. Y mira al cielo como si quisiera que apareciera un avión con caramelos de su tío.

Pero si sólo aparentas quince años, ¡pareces una niña!, añade Sabediós, dirigiéndose a la mujer. Después de eso, creo que ella le va a dar una torta, pero no lo hace, sólo sonrío, como si no se sintiera insultada.

Gracias. Acabo de terminar la dieta de Jesús, dice, satisfecha. Me la quedo mirando en plan: «¿Por qué tienes que dar las gracias?» Y también pienso: «¿Qué es una dieta de Jesús? ¿Y te refieres al Jesús auténtico, al hijo de Dios?»

Sé, por la expresión de sus caras y por su silencio, que todos piensan que la mujer es muy rara. Se pasa la mano por el pelo, que lleva enmarañado y hecho un desastre; si yo viviera en Budapest, me lavaría de arriba abajo todos los días y me peinaría muy bien para demostrar que soy una persona de verdad que vive en un sitio de verdad. Con esas greñas y así, al otro lado de la verja, con el candado y los barrotes, la mujer parece un animal enjaulado. Empiezo a pensar en qué haría si le diera por saltar la verja y venir por nosotros.

Chicos, ¿os importa si os hago una foto?, pregunta. No contestamos, porque no estamos acostumbrados a que los adultos nos pregunten nada; así que nos la quedamos mirando, a ella y a su melena desgreñada, la falda, que barre el suelo cuando anda, los hermosos pies que asoman por debajo, su África de oro, sus grandes ojos, la piel tersa, en la que ni una sola cicatriz demuestra que está viva, el pendiente que lleva en la nariz y la camiseta con la leyenda «SALVAR DARFUR».

Genial. A ver, poneos más cerca, nos pide.

Tú, el alto, ponte detrás. Y tú, sí, tú. Y tú mira aquí, no, tú, el del diente mellado, mírame, así, dice, asomando la mano por los barrotes, casi tocándonos.

Bien, bien, y ahora decid «patata», decid «patata, patata, pataaaaaata», nos anima la mujer, y todos decimos «patata». Yo en realidad no lo digo, porque estoy concentrada intentando recordar qué significa exactamente esa palabra, aunque no lo consigo. Ayer mismo, Madre de Huesos nos contó la historia de *Dudu*, un pájaro que se puso a cantar una canción que acababa de aprender, pero cuya letra en realidad no entendía. Y entonces lo cazaron, lo mataron y lo guisaron para comérselo, porque resulta que era eso lo que pedía con su canción: que lo mataran y lo guisaran.

La mujer me señala, asiente y me pide que diga «patata», y yo le hago caso más que nada porque me sonrío como si me conociera muy bien, como si conociera incluso a mi madre. Al principio lo digo despacio, y luego digo «patata» y «patata», y venga «patata, pataaaaaata» y todo el mundo dice «patata-patata-patata», como cantando a coro, y la cámara hace «clic, clic, clic». Y luego Stina, que casi nunca dice nada, coge y se marcha. La mujer deja de hacer fotos y le dice: Eh, ¿adónde vas?, pero Stina no se detiene, ni siquiera se da la vuelta para mirarla. Entonces Chipó echa a andar y lo sigue, y los demás hacemos lo mismo.

Dejamos allí a la mujer, haciendo fotos mientras nos alejamos. Bastardo se

para en la esquina de Victoria y empieza a insultarla a gritos, y yo me acuerdo de la cosa esa que se comía y de que la ha tirado sin preguntarnos siquiera si nos apetecía probarla, y me pongo a gritar yo también y entonces los demás se unen a la bulla. Y gritamos y gritamos; queremos comernos lo que fuera que ella estaba comiéndose, queremos oír el rugido de nuestras voces, queremos que se nos pase el hambre. La mujer nos mira, perpleja, como si nunca hubiera visto gritar a nadie, y luego vuelve a toda prisa a la casa, pero nosotros seguimos ahí, gritando, hasta que notamos el sabor de la sangre en las gargantas irritadas.

Bastardo dice que, cuando seamos mayores, dejaremos de robar guayabas y empezaremos a robar cosas más grandes que están dentro de las casas. En realidad, a mí eso no me preocupa, porque cuando llegue el momento ni siquiera voy a estar aquí, sino que viviré en América con la tía Fostalina, comeré comida de verdad y haré otras cosas mejores que robar. Pero, por ahora, sólo pienso en las guayabas. Nos decidimos por Robert Street, por una casa blanca tan enorme que parece una montaña. Tiene las ventanas muy grandes y objetos brillantes por todas partes, además de una piscina roja rodeada de sillas en el patio delantero. Todo es muy bonito, pero es ese tipo de «bonito» que sólo se mira y admira, y del que se dice «Oh, qué bonito», pero no un «bonito» en el que vivir.

Lo bueno es que la casa está muy muy metida en el jardín, mientras que nuestras guayabas están en la parte delantera, como si nos hubieran oído llegar y hubieran salido a saludarnos. No tardamos mucho en saltar la tapia, trepar al árbol y llenar las bolsas de plástico. Hoy estamos robando guayabas rojas, que son muy grandes, como el puño de un hombre furioso, y no se ponen amarillas al madurar como las guayabas normales, sino que se quedan verdes por fuera y rosa y esponjosas por dentro, y están tan ricas que ni siquiera sé cómo explicarlo.

Durante el camino de vuelta a Paraíso ya no corremos; caminamos tranquilamente, como si ahora Budapest fuera también nuestro país, como si lo hubiéramos construido nosotros mismos. Vamos comiéndonos las guayabas y escupimos las pieles por todas partes, para ensuciarlo. Nos paramos en la esquina de AU Street para que Chipó vomite; le pasa casi siempre cuando come. Hoy su vómito parece orina, sólo que más densa. Dejamos el vómito

ahí, sin taparlo ni nada.

Algún día viviré aquí, en una casa como ésa, dice Sbho dando un mordisco a una guayaba y señalando una casa azul, que es muy grande y tiene una larga hilera de escalones y un montón de flores. Es una casa muy bonita, pero no más bonita que la casa en la que acabamos de robar las guayabas. La voz de Sbho suena como si lo dijera en serio, como si supiera de qué habla. La miro mientras mastica, con las mejillas hinchadas. Traga y pela con los dientes lo que queda de su guayaba.

¿Y cómo vas a conseguirlo?, pregunto.

Sbho escupe la piel y contesta, mirándome con esos ojos enormes:

Sé que será así y ya está.

Eso será en sus sueños, añade Bastardo como si se lo dijese al sol, y tira una guayaba contra la tapia de la casa de Sbho. La guayaba explota y mancha el muro. Doy un mordisco a una guayaba dulce. No me gusta masticar las semillas de las guayabas rojas porque están muy duras y se tarda mucho, así que las mastico sólo un poco y a veces me las trago enteras, aunque sé lo que ocurrirá más tarde, cuando me ponga en cuclillas.

¿Por qué has hecho eso? Sbho mira la tapia manchada de *su* casa y luego a Bastardo. La expresión de su cara se ha vuelto amenazadora, como la de una mujer de verdad.

Te pregunto que por qué has hecho eso. Es como si la voz de Sbho tuviera brasas dentro, como si Sbho estuviera a punto de hacerle algo a Bastardo, aunque en realidad no lo hará porque Bastardo es más grande y más fuerte que ella, y además es un chico. Ya le ha pegado antes a Sbho, y a mí, y a Chipó, y a Sabediós también. Nos ha pegado a todos menos a Stina.

Porque me da la gana, caraculo. Además, ¿a ti qué te importa?, dice Bastardo.

Acababa de decir que me gustaba esa casa, con lo que se supone que no deberías haber hecho algo así. ¿Por qué no has elegido una tapia que me diera igual? ¡Hay un montón de casas aquí!, protesta Sbho.

Ya, pero por mucho que te guste no es tuya, ¿verdad? Bastardo viste unos pantalones negros de chándal y una camiseta naranja muy gastada en la que pone «CORNELL». Se quita la camiseta y se la ata a la cabeza, y la verdad es que no sabría decir si está guapo o feo, ni si parece un hombre o una mujer. Se vuelve y se acerca hasta ponerse cara a cara con Sbho. Cada vez que se pelea

con alguien lo obliga a que lo mire a los ojos.

Budapest no es un váter de kaka al que pueda entrar cualquiera así como así, no es como Paraíso. Nunca vivirás aquí, le suelta.

Me casaré con un hombre de Budapest que me sacará de Paraíso. Me sacará de las chabolas, de Heavenway, del Fambeki y de todo lo demás, dice Sbho.

Jajaja. ¿De verdad crees que un hombre va a querer casarse contigo con todos los dientes que te faltan? Vamos, si ni siquiera yo me casaría contigo, le dice Sabediós, gritando por encima de su hombro huesudo. Chipó, Stina y él van delante de nosotros. Me quedo mirando los pantalones cortos de Sabediós, rotos por detrás, y las nalgas que asoman como extraños ojos por la sucia tela blanca.

¡No estoy hablando contigo, culo roto!, le grita Sbho a Sabediós. Además, me volverán a salir los dientes. ¡Mi madre dice que estaré aún más guapa!

Sabediós mueve la mano como diciendo «bah», porque no puede contradecirla. Hasta las piedras saben que Sbho es guapa, más guapa que todos nosotros, más guapa que todos los niños de Paraíso. Más de una vez nos hemos negado a jugar con ella si no dejaba de repetirlo. ¡Como si no lo supiéramos!

Pues bueno, me da igual, yo sí que pienso largarme de este país de kaka. Y ganaré un montón de dinero y volveré, y me compraré una casa aquí mismo, en Budapest. O mejor todavía, muchas casas: una en Budapest, otra en Los Ángeles, otra en París. Donde me dé la gana, asegura Bastardo.

Cuando íbamos al colegio, mi maestro, el señor Gono, decía que para ganar dinero es necesario tener estudios, dice Stina, y se detiene para mirar a Bastardo a la cara. Así que ¿cómo se supone que vas a conseguirlo ahora que ya no vamos al colegio?, añade. Stina no habla mucho, así que cuando abre la boca todos sabemos que es para decir algo importante.

No me hace falta ninguna kaka de escuela para ganar dinero, dientes de cabra, contesta Bastardo.

Acerca mucho la cara a la de Stina, como si fuera a arrancarle la nariz de un mordisco. Stina podría pelearse con Bastardo si quisiera, pero en lugar de eso lo mira como si Bastardo le aburriera y sigue comiéndose su guayaba. Luego echa a andar deprisa y se aleja de nosotros.

Pues yo me voy a ir a América a vivir con mi tía Fostalina, y además muy pronto, ya lo veréis, digo, alzando la voz para que todos puedan oírme. Empiezo a comerme otra guayaba; está tan dulce que me la termino en tres

bocados. Ni siquiera me molesto en masticar las semillas.

América está muy lejos, enana, dice Bastardo. Yo no pienso largarme a ningún sitio al que se tenga que ir por el aire. ¿Y si, cuando llegas, resulta que es una kaka y ya no puedes volver? Yo me iré a Jo'burg, y así, si las cosas se ponen feas, cojo el camino de vuelta, echo a andar y ya está. Si vas a algún sitio, tienes que poder volver por ti mismo.

Me lo quedo mirando mientras pienso cómo contestarle. Noto que se me ha metido una semilla de guayaba entre la encía y la última muela. Intento sacarla con la lengua, pero al final utilizo el dedo, que sabe a cerumen.

Sí, América está muy lejos. ¿Y si le pasa algo al avión cuando estés dentro? ¿Y los terroristas?, añade Sabediós, que está de acuerdo con Bastardo.

Pienso que el cara plana y culo roto de Sabediós ha dicho eso sólo para complacer al caraculo de Bastardo. Le pego un bocado a otra guayaba, y lanzo a Sabediós una mirada que habla por sí misma.

Me da igual, pienso irme de todas formas, contesto, y echo a andar deprisa para alcanzar a Chipoy Stina, porque sé cómo acabará la conversación si Sabediós y Bastardo se ponen de acuerdo para atacarme.

Vale, pues márchate a América a trabajar en un asilo. Eso es lo que está haciendo tu tía Fostalina ahora mismo. En este mismo momento, está limpiándole la caca a algún viejo arrugado que no puede limpiarse el culo solo. ¿Crees que no lo sabemos?, grita Bastardo a mi espalda, pero yo sigo andando.

Estoy pensando que, si fuera más fuerte, me daría la vuelta y le pegaría a Bastardo por decir esas cosas de mi tía Fostalina y de mi querida América. Le daría una bofetada, y un cabezazo en esa frente enorme que tiene, y luego le pegaría un puñetazo en la boca y tendría que escupir los dientes. Le daría golpes y más golpes en la tripa hasta que vomitara todas las guayabas que se ha comido. Lo tiraría al suelo, le clavaría la rodilla en la espalda, le doblaría las manos por detrás y luego tiraría de su cabeza hasta que suplicara por su miserable vida. Eso es lo que me gustaría hacer, pero lo que hago en realidad es seguir andando. Sé que dice esas cosas sólo porque tiene envidia. Porque no tiene a nadie en América. Porque la tía Fostalina no es su tía. Porque él es Bastardo y yo soy Darling.

Para cuando llegamos a Paraíso, las guayabas se han acabado y tenemos la

tripa tan llena que casi no podemos andar. Nos paramos a defecar entre los matorrales porque hemos comido demasiado. Además, es mejor hacerlo antes de que oscurezca, porque entonces nadie quiere acompañarte. Y da miedo salir solo de noche, porque para llegar a los matorrales hay que pasar por Heavenway, que es el cementerio, y podría salirte un fantasma. Últimamente, los que saben de estas cosas dicen que el padre de Moisés, que murió el mes pasado, ronda por Paraíso algunas noches, y que lo han visto deambular por ahí con su camiseta amarilla del Fútbol Club Barcelona.

Cada uno busca un sitio, y yo me agacho detrás de una roca. Esto es lo peor de las guayabas, que si te comes las semillas, acabas estreñado. Y aunque nadie lo ha dicho, sé que todos volvemos a estar estreñidos. Lo sé porque nadie habla, y porque nadie se levanta y se marcha. Si comemos tantas guayabas es porque no tenemos otra forma de matar el hambre, pero luego hay que defecar, y duele tanto que parece casi imposible; es como si intentaras parir un país.

Y así estamos todos, en cuclillas, cada uno en un sitio, y yo, dándome puñetazos en los muslos para ver si se me pasa un retortijón cuando, de pronto, se oye un grito. No

es uno de esos gritos que pegas cuando aprietas demasiado y una semilla de guayaba te hace daño al salir, sino un grito de «¡venid a ver esto!», así que dejo de apretar, me subo las bragas y abandono la roca. Y un poco más allá, en cuclillas, me encuentro a Chipó, que además de gritar está señalando hacia los matorrales. Hasta que por fin lo vemos: es una cosa larga que cuelga de un árbol como si fuera una fruta rara.

Y luego vemos que no es una cosa, sino una persona. Y luego vemos que no sólo es una persona, sino que, además, es una mujer.

¿Qué es eso?, susurra alguien. Pero nadie contesta, porque ahora todos vemos lo que es: una mujer flaca que cuelga de una cuerda verde atada a una rama alta del árbol. El sol rojo del atardecer se cuelga entre las hojas y lo tiñe todo de un color extraño. Es casi hermoso, porque hace brillar la piel clara de la mujer. Pero, sea como sea, da mucho miedo, y yo lo que quiero es salir corriendo, aunque no quiero hacerlo sola.

Los delgados brazos de la mujer cuelgan sin vida a los lados, y sus manos y sus pies señalan hacia el suelo. Todo está recto, como si alguien la hubiera dibujado ahí, como una línea que cuelga en el aire. Lo que más miedo da son los ojos, que son casi blancos y parece que se le vayan a salir de las órbitas.

Tiene la boca muy abierta, formando una O, como si la hubieran interrumpido cuando estaba diciendo algo. Lleva puesto un vestido amarillo, y la hierba le roza la punta de los zapatos rojos. Nos quedamos ahí mirando, sin hacer nada.

Vámonos de aquí, dice Stina, y yo estoy lista para salir disparada.

¿No ves que se ha ahorcado y que ya está muerta? Bastardo tira una piedra que le da a la mujer en el muslo. Estoy convencida de que va a pasar algo, pero no ocurre nada. La mujer no se mueve, sólo su vestido, que flota suavemente en la brisa, como si un angelito estuviera jugando con él.

¿Lo veis?, está muerta, dice Bastardo, con esa voz que pone cuando quiere recordarnos quién es el jefe.

Dios va a castigarte, le advierte Sabediós. Bastardo tira otra piedra y vuelve a darle en la pierna. La mujer sigue sin moverse, está ahí, colgada como una muñeca vieja. Estoy muerta de miedo; creo que me está mirando con el rabillo del ojo, blanco y saltón. Me está mirando y esperando a que haga algo, vete a saber qué.

Dios no vive aquí, idiota, contesta Bastardo. Y tira otra piedra, pero esta vez sólo roza el vestido amarillo; me alegro de que haya fallado.

Voy a decírselo a mi madre, anuncia Sbho, que parece estar a punto de ponerse a llorar. Stina echa a andar y Chipó, Sbho, Sabediós y yo lo seguimos. Bastardo se queda allí unos segundos más, pero cuando vuelvo la cabeza, veo que está justo detrás de nosotros. Sé que no es capaz de quedarse ahí, en el campo, él solo con una muerta, por más que quiera hacerse el valiente. Seguimos caminando hasta que Bastardo se planta delante de nosotros y nos obliga a pararnos.

Un momento, vamos a ver, ¿quién quiere comer pan de verdad?, dice con una sonrisa y apretándose la camiseta de Cornell que aún lleva atada a la cabeza. Le miro la herida del pecho, justo debajo del pezón izquierdo. Es de color rosado, como el interior de una guayaba.

¿Dónde hay pan?, pregunto.

A ver, ¿no os habéis dado cuenta de que los zapatos de esa mujer están casi nuevos? Si se los quitamos y los vendemos, podremos comprar un pan entero, o a lo mejor uno y medio.

Damos media vuelta y seguimos a Bastardo en dirección a los matorrales, seducidos por el aroma embriagador del pan. Primero apretamos el paso, luego empezamos a trotar, y al final vamos corriendo y riéndonos, riéndonos, como unos locos.

Darling en la montaña

Jesucristo murió en un día como éste, y por eso me obligan a estar aquí fuera y lavarme con agua fría. No me gusta el agua fría, y tampoco me gusta lavarme todo el cuerpo a menos que tenga que hacer algo significativo. Cuando termine y me vista, Madre de Huesos y yo iremos a la iglesia. Madre de Huesos dice que es lo menos que podemos hacer, porque todos somos sucios pecadores y porque Jesucristo dio la vida por nosotros, pero lo que yo sé es que no estaba aquí cuando todo eso pasó, así que ¿cómo puedo ser una pecadora?

No me gusta ir a la iglesia. La verdad es que no entiendo por qué he de quedarme sentada en esa montaña bajo el sol para oír canciones aburridas, oraciones sin sentido e historias raras, cuando podría estar haciendo cosas importantes con mis amigos. Además, la última vez que fui, el chiflado del Profeta Revelaciones Bitchington Mborro me sacudió y zarandeó hasta que me puse a vomitar cosas de color rosa. Pensé que me iba a morir de verdad. El Profeta Revelaciones Bitchington Mborro pretendía sacarme de dentro el espíritu. Y es que dicen que estoy poseída, porque parece ser que mi abuelo no está enterrado como Dios manda por culpa de los blancos, que lo mataron durante la guerra por esconder y dar comida a los terroristas que querían recuperar nuestro país porque los blancos lo habían robado.

Digo yo que, si vas a robar, es mejor que sea algo pequeño y fácil de esconder, o algo que puedas comerte deprisa y ya está, como las guayabas. De esa manera, la gente no te ve con lo que sea que hayas robado y no puede saber que eres un ladrón y un sinvergüenza. Así que no entiendo qué era lo que pretendían los blancos cuando robaron un país entero en vez de algo pequeño. ¿Cómo se va a olvidar alguien de que le has robado una cosa así? Nadie sabe dónde está el cuerpo de mi abuelo, así que ahora la gente de la iglesia dice que su espíritu está dentro de mí y que no se marchará hasta que lo entierren como es debido. El caso es que yo nunca he visto ni sentido ese espíritu para poder decir si eso es verdad o si es sólo que la gente miente, que es lo que hacen a veces los adultos, porque para eso son adultos.

Eh, orejas de col, ¿por qué te estás bañando?, oigo gritar a alguien.

¿Quién eres?, grito yo también, aunque no me gusta nada que me llamen «orejas de col». Tengo jabón por toda la cara, así que no puedo abrir los ojos.

Nos vamos a jugar a Andy-Over; ¿por qué te estás bañando?

Me voy a la iglesia con Madre de Huesos, contesto, y noto el sabor del jabón en la boca. Empiezo a aclararme la cara con agua.

¿No quieres jugar con nosotros?, pregunta otra voz, tal vez la de Sbho.

Tengo que ir a la iglesia. ¿No sabéis que Jesús murió hoy?

Mi padre dice que tu iglesia es una kaka y que tu Profeta Revelaciones Bitchington Mborro es un idiota..., se oye la voz de Bastardo.

¡Tú tú *futsekani* déjala en paz maldito *mgodoyis* apártate *boSatan beRoma!*, ladra Madre de Huesos desde dentro de la chabola. Entonces oigo risas y luego el «plom-plom» de unos pies corriendo. Terminó de aclararme la cara pero, cuando abro los ojos, todos han desaparecido ya; lo único que veo es un perro marrón tumbado detrás de la chabola de MaDumane, y a Annamaria bañando a su hijo albino, Niño blanco, en una palangana. Cuando lo saludo con la mano, el niño se echa a llorar y Annamaria me mira muy enfadada y dice: Deja en paz a mi hijo, niña fea, ¿no ves que lo asustas?

En la chabola, Madre de Huesos ya ha sacado mi vestido bueno, el amarillo. No me atrevería a ponérmelo si mi madre estuviera aquí, pero mi madre se ha ido a la frontera a vender cosas, así que voy a tener que quedarme con Madre de Huesos hasta que vuelva. A veces, mi madre regresa al cabo de unos días, a veces después de una semana, y a veces vuelve cuando uno menos se lo espera. En este momento, Madre de Huesos está ocupada contando su dinero, que es lo que hace todas las mañanas, así que me pongo con mis tareas en silencio, tal como se supone que debo hacer. Busco la vaselina debajo de la cama.

Sí tú ve con cuidado con esa vaselina no he dicho que te la puedas beber *khona* y te tengo dicho que no juegues con esos cochinos imbéciles que son una mala influencia, dice Madre de Huesos, y yo finjo no haberla oído. Cuando termino de untarme la vaselina, me visto y me siento a esperar en la cama. No entiendo por qué Madre de Huesos cuenta su dinero todos los días, es como si alguien le hubiera dicho que por la noche el dinero pone huevos. Para matar el tiempo, empiezo a contar los soles de la colcha, que están descoloridos; hay exactamente doce, como los apóstoles: Simón, Pedro, Andrés... los otros nombres no me los sé, a lo mejor si fueran más bonitos me

acordaría de todos.

Cuando termino con los soles, miro la foto de mi padre, que está al otro lado de la chabola: lleva puesto un vestido negro muy raro, como si fuera una mujer, y un ridículo sombrero cuadrado; hay varias cuerdas y otras cosas alrededor de su cuello y a lo largo de su vestido. Lleva un papel en una mano, y un hombre gordo y trajeado le estrecha la otra. Madre de Huesos dice que la fotografía se tomó cuando mi padre estaba terminando la universidad, justo antes de que yo naciera. Dice que ella también está en la foto, pero que no se la ve porque el gordo se le puso delante justo cuando la cámara hacía clic, como si fuera su hijo el que estuviera terminando la universidad. Ahora mi padre está en Sudáfrica, trabajando, pero nunca escribe, nunca nos manda dinero, nunca nada. Me enfado cuando pienso en él, con lo que casi siempre hago como si no existiera; es mejor así.

Luego me fijo en la larga cortina amarilla con esos bonitos dibujos de pavos reales que, orgullosos, extienden las plumas como si fueran rayos. Cubre un lado de la pared de chapa, aunque no entiendo por qué Madre de Huesos se ha molestado en poner una cortina, ya que ahí no hay ventanas con cristales de verdad. Al lado de la cortina hay un calendario; es muy viejo, pero Madre de Huesos lo guarda porque tiene una imagen de Jesucristo: lleva el pelo como una mujer, y sonrío tímidamente con la cabeza un poquito torcida; se nota que quería salir bien en el retrato. Antes tenía los ojos azules, pero yo se los pinté de marrón, como los míos y como los de todo el mundo, para que pareciera normal. Claro que Madre de Huesos me dio tal tunda que me pasé dos días enteros sin poder sentarme.

Al lado de Jesucristo, está mi primo Makhosi llevándome en brazos cuando éramos pequeños. Hace dos años, Makhosi se marchó a Madante para sacar diamantes de la mina. Eso fue cuando acababan de descubrirlos y todo el mundo se iba en tropel. Cuando Makhosi volvió, sus manos eran dos leños podridos. Nos contaba historias de Madante entre horribles y dolorosos ataques de tos. Nos contó que, cuando estaba bajo tierra, se olvidaba de todo, y que lo único que existía dentro de esa mina era el terrible golpeteo del martillo a su alrededor, a veces incluso dentro de él, como si se lo hubiera tragado. Tiempo después, él también se marchó a Sudáfrica, como mi padre.

Y escondida debajo de la cama, dentro de la vieja y zarrapastrosa biblia que Madre de Huesos no se lleva a la iglesia, hay una foto de mi abuelo. Lo mataron antes de que yo naciera, pero supe quién era la primera vez que le

puse los ojos encima a la foto, porque era como si me estuviera viendo a mí misma y a Makhosi y a mi padre y a mi tío Muzi y a mis otros parientes, como si la cara de mi abuelo fuera un puño cerrado y todas nuestras caras estuvieran en su interior, como monedas.

En esa foto escondida en la biblia, el abuelo está hablando con la boca hecha un gurrño. Tiene arrugas en la frente, y por la forma de mirar a la cámara, con esos ojos rojos, parece que se la vaya a comer. Un hueso le atraviesa la nariz, y lleva pendientes. Detrás de él se ven campos de maíz que le llega a la cintura, y verde y más verde hasta el infinito. A nadie le gusta hablar de él, como si mi abuelo nunca hubiera existido, pero a veces sorprende a Madre de Huesos cuchicheando y, aunque no lo admita, me da la sensación de que es con él con quien habla. No sabe que he descubierto la foto del abuelo.

Por qué todo el mundo quiere que tire mi maleta de dinero eso es lo que a mí me gustaría saber porque es dinero no ladrillos dinero-dinero, dice Madre de Huesos. Está agachada en el suelo, como una mantis religiosa, con la maleta a sus pies, y sus pulseras de latón hacen tintín cuando mueve las manos contando los montones de billetes.

¿Sabes lo que yo no entiendo?, pregunta Madre de Huesos. Levanta la cabeza y me mira, pero yo no contesto porque sé que no me está hablando a mí ni nada parecido.

Lo que no entiendo es por qué no puedo comprar ni siquiera un grano de sal con tanto dinero como tengo vamos que eso es lo que yo no puedo entender, dice, y su voz vibra de rabia.

El dinero es dinero y pase lo que pase esto sigue siendo dinero, dice. Ahora Madre de Huesos le da palmaditas al dinero como si fuera un bebé. Como si intentara dormir a un bebé.

Es dinero viejo, Madre de Huesos, le explico yo, ya no sirve, ¿es que no lo entiendes? Tienes que tirarlo o usarlo para hacer fuego, como todo el mundo. Ahora dicen que vamos a utilizar dinero americano, añado, pero lo digo para mí misma, para que Madre de Huesos no me oiga.

Y el dinero americano del que tanto hablan ¿de dónde se piensan que lo voy a sacar? ¿Se creen que va a salir de un hoyo eh se creen que lo voy a defecar?, prosigue Madre de Huesos. Cuando habla, sus palabras salen siempre a borbotones, como si le diera miedo hacer una pausa, no fuera a ser que, de pronto, algo se las llevara. En ese momento, me dan ganas de echar a correr,

porque creo que me ha oído aunque lo he dicho muy bajito, pero, no, no me está mirando, así que me quedo donde estoy. Se le nota el sufrimiento en la cara, como si algo dentro de ella se hubiera roto y sangrara.

La cara de Madre de Huesos es del color de las chabolas, del mismo marrón sucio, como si la hubieran hecho a juego. Y tiene arrugas profundas; cuando yo era pequeña, creía que alguien había cogido un espejo roto y se había dedicado a marcárselas y remarcárselas. Lleva un pañuelo blanco atado en la cabeza, y por el cuello se le enroscan como serpientes collares de cuentas brillantes: bolitas rojas, bolitas naranja, bolitas rosa, bolitas azules, colores que llaman la atención sobre el marrón apagado de su piel.

Cuando vamos a la iglesia, siempre intento caminar detrás de Madre de Huesos, porque si voy delante de ella me ordenará que ande como una mujer, cosa que no soy. En sus pequeños pies, Madre de Huesos lleva los zapatos desparejados: un zapato plano de color verde y una zapatilla deportiva de color rojo, con cordones blancos. Pero eso no significa que esté loca.

Dejamos atrás las diminutas chabolas, una tras otra, todas juntas y apretadas como panecillos calientes. No llevo zapatos porque se me han quedado muy pequeños, y los que me trajo mi madre de la frontera, fabricados en China, se desintegraron, así que ando con cuidado y levanto bien los pies para esquivar las cosas que hay en el camino rojizo y polvoriento: una botella rota aquí, un montón de basura allá, un charco marrón que no se sabe qué es a este lado, una sandía despanzurrada a este otro. Es muy temprano, pero el sol ya está achicharrando las chabolas y yo lo siento sobre mi piel como si me asaran.

Mantengo la boca cerrada, como se supone que debo hacer, mientras Madre de Huesos saluda a gritos a la gente que nos vamos encontrando: a la madre de Nacidolibre, MaDube, que está clavando clavos en el tejado de su chabola con la ayuda de una piedra; a NaBetina, que sostiene a su nieto Nomasproblemas, que está en cuclillas; a Mai Tonde, que, sentada en un taburete, mira dentro del oído de su bebé, que no deja de gritar; a NaMgcobha, que está dictando una carta a un chico alto a quien yo no he visto nunca...

Pasamos por delante del viejo Zuze, que lo mira todo con sus ojos ciegos, y por delante de unas mujeres que están sentadas a la puerta de una chabola, cotilleando entre ellas y peinándose unas a otras. No mucho más allá están los hombres apiñados como ovejas, jugando a las damas bajo el solitario

jacarandá. Las flores de color violáceo del árbol casi consiguen que esos hombres con el torso desnudo parezcan hermosos. Están ahí sentados, agazapados como tigres, como si no les importaran ni el sol que les castiga la espalda ni las cagadas de pájaro que les caen sobre los hombros desnudos y les salpican la piel. Madre de Huesos los saluda a gritos y con la mano, pero los hombres apenas apartan la vista del descolorido tablero de damas, con sus chapas de botella boca arriba y boca abajo.

Cuando pasamos delante de la cola de gente reunida frente a la chabola de Vodloza, Madre de Huesos sólo saluda con la mano; aquí no puede gritar, porque es la casa de un curandero. Algunos le devuelven el saludo, inseguros, como si en realidad no quisieran hacerlo, agotados por la enfermedad o los problemas. Están esperando para que Vodloza hable con sus antepasados y les prediga el futuro, porque ése es su trabajo. Un cartel blanco muy grande anuncia en inglés con letras rojas mayúsculas:

VODLOZA, MÁS MEJOR SANADOR DE TODO ESTE PARAÍSO Y MÁS ALLÁ. ARREGLA TODOS LOS PROBLEMAS Y COSAS MALAS QUE PUEDEN PASAR EN LA VIDA: BRUJERÍA, MALDICIONES, MALA SUERTE, CÓNYUGES DESHONESTOS, NO HIJOS, POBREZA, NO TRABAJO, SIDA, LOCURA, PENES PEQUEÑOS, EPILEPSIA, PESADILLAS, MATRIMONIO MALO/NO MATRIMONIO, RIVALIDAD EN EL TRABAJO, GENTE MUERTA QUE ASUSTA, MALA SUERTE PARA OBTENER VISADOS (SOBRE TODO PARA EE. UU. Y REINO UNIDO), GENTE BOBA E INÚTIL EN SU VIDA, COSAS QUE DESAPARECEN DE SU CASA, ETC., ETC., ETC. POR FAVOR, PAGOS SÓLO EN MONEDA EXTRANJERA

Cuando pasamos por la explanada, ando un poco más despacio para poder verlo todo. Están jugando a Andy-Over, Bastardo salta a la comba y los otros están cantando «se fue a América en una sartén», bla-bla-bla. Se detienen para mirarnos y, cuando nos acercamos, Sabediós grita: ¡Darling! Samu dice que te gana en una pelea, ¿quieres probar cuando vuelvas? ¡¿Te has enterado de que la ONG estará aquí la semana que viene?! ¿Te vendrás a Budapest?, como si no supiera que no debe hablarme cuando voy con Madre de Huesos. Empiezo a levantar la mano para llevármela a los labios y hacerlo callar cuando Madre de Huesos, sin siquiera volverse, me dice: Deja en paz a esos pequeños paganos ¿me oyes?

Un poco más allá, nos encontramos a Nacidolibre y a Mensajero, que van cargados con un montón de carteles. Intentan parecer

gemelos con sus camisetas idénticas, que llevan delante unos corazoncitos blancos y la palabra «CAMBIO», con letras rojas, justo debajo de los corazones. Se hacen a un lado para dejarnos pasar.

Buenos días, Madre de Huesos, dicen a la vez, como si lo hubieran ensayado.

¿Vas a por huesos, Madre de Huesos?, pregunta Mensajero. La mira con una sonrisa, que, si no fuera por el diente negro que tiene delante, sería una sonrisa bonita. A mí no me dicen nada, así que me miro los pies, ahora cubiertos de polvo rojo, porque eso es lo que pasa cuando te pones vaselina y no llevas zapatos.

No hijo mío hoy voy a la casa del Señor ¿no sabes qué día es?, contesta ella, sin dejar de andar. Madre de Huesos llama a todo el mundo «hijo mío» o «hija mía». Creo que es porque no se acuerda de todos los nombres.

Bueno, pues tu dios está escuchando, porque el cambio que todo el mundo pedía a gritos ha llegado al fin, dice Mensajero. Y vuelve a sonreír. A Mensajero le gusta sonreír, como si la vida fuera maravillosa y todo fuera estupendo.

Sí, ya lo verás, añade Nacidolibre. Y cuando levanta sus carteles, veo escritas las palabras «CAMBIO, CAMBIO REAL». Su voz es alegre y atrevida, como la tinta roja de sus pancartas.

La manifestación es mañana, en Main Street, ¡venid a manifestaros por el cambio! ¡Formad parte del futuro!, grita Mensajero cuando ya nos vamos. Los oímos silbar y cantar por el cambio, y al cabo de un momento se oyen también voces de niños, coreando. Me vuelvo, y veo que todo el mundo ha dejado de jugar para correr detrás de Nacidolibre y Mensajero. Con los puños en alto, corren, saltan y gritan, y la palabra «cambio» flota en el aire como si fuera algo que pudieras coger y meterte en la boca e hincarle el diente.

Sí la mujer de Lot se volvió para mirar atrás justo igual que estás haciendo tú y se convirtió en una estatua de sal, dice Madre de Huesos, y me vuelvo de inmediato, aunque sé muy bien que yo, Darling, ni puedo convertirme ni me convertiré en una estatua de sal.

Ilusos, sentencia Madre de Huesos. Acelera el paso y me toca trotar un poco para alcanzarla. Qué se creerán que están haciendo eso es tirarle de la cola a un león ¿no saben que como sigan así esto acabará en huesos?, dice, y se vuelve como si me estuviera hablando a mí.

Mañana me preguntarás ya me preguntarás mañana de qué estoy hablando

cuando esto acabe en huesos de verdad, añade, pero yo sólo aparto la mirada y contemplo el cielo.

Caminamos más y más lejos, y el sol sigue chafándonos, aplastándonos, planchándonos. El sudor me gotea por la cara, pero dejo que caiga para intentar atraparlo con la lengua, y cuando lo hago siento su sabor, salado y picante. Nos paramos debajo de un árbol, el mopane que usábamos de iglesia hasta hace poco, para atarle el cordón de un zapato a Madre de Huesos. Hago esto siempre antes de empezar a subir por el sendero del Fambeki. En el mopane hay un letrero con una flecha que señala hacia arriba, hacia nuestra iglesia. Debajo de la flecha, pueden leerse las palabras:

IGLESIA DE CRISTO DEL SAGRADO CARRO: NO VA HACIA ATRÁS, NO VA HACIA UN LADO, NO VA HACIA DELANTE. VA HACIA ARRIBA, AL CIELO.
¡AMÉN!

Creo que lo sacaron de la Biblia, pero no recuerdo el versículo.

Madre de Huesos está cantando ya su canción religiosa favorita, la que canta siempre que sube por aquí. La canta mal, porque no se sabe todas las palabras inglesas, porque no habla bien inglés, porque no fue al colegio, pero no la corrijo ya que a un adulto no puedes decirle nada. En realidad lo que dice la canción es: «Mis pecados eran más altos que una montaña cuando el Señor me santificó», no «me sacrificó», como canta Madre de Huesos. Ya no voy al colegio, porque todos los maestros se fueron a Sudáfrica o a Botsuana o a Namibia o a sitios así, donde les pagan mejor, pero no se me han olvidado las cosas que aprendí.

Para cuando por fin llegamos a la cima del Fambeki, es como si mis muslos fueran de plomo y estoy hartísima del sol. Lo único que quiero es sentarme, pero Madre de Huesos sigue cantando como si no acabara de subir una montaña. Y lo hace incluso más alto, porque quiere demostrarle a la gente que es una buena cristiana. Aquí sólo hay otros tres adultos: el señor Hove y su bella esposa, Mai Shingi, y un hombre con una camisa verde al que no conozco, pero que debe de ser pariente del señor Hove, porque los dos tienen una cabeza tan gorda que parece un autobús de ZUPCO.

Me siento en una roca con los hijos de los Hove, que es lo que se supone que debo hacer, pero, cuando el pequeño me sonrío y me enseña su soldadito de juguete, yo no le hago ni caso para que se entere de que soy mayor que él. Luego miro con cara de pocos amigos a la narizotas de su hermana, para

demostrarle que ella tampoco me interesa lo más mínimo.

Ya veo que están aquí ya veo que hoy se me han adelantado, les dice Madre de Huesos a los adultos. Lo dice en tono de broma, con una sonrisa, pero, si ellos la conocieran como yo, sabrían que en realidad está furiosa porque han llegado antes que ella. A Madre de Huesos le gusta ser la primera en todo.

Enseguida empieza a llegar el resto de la gente que viene a la iglesia, resoplando como si fueran perros volviendo de una cacería. Lo único que me gusta de llegar temprano es que así veo a los adultos gordos sacando el higadillo montaña arriba, intentando parecer ángeles con unas túnicas al viento que hace tiempo que han perdido la blancura. Dan palmas y se saludan unos a otros en nombre del Señor y todo eso, y las mujeres extienden sus *ntsaroz* y se sientan, ellas a un lado y los hombres al otro, como si fueran dos ríos que no deben encontrarse. Chipó ha venido con su abuela y su abuelo, así que aparto de un codazo a uno de los niños de los Hove para que Chipó pueda sentarse a mi lado. Luego llega MaMoyo y me pone a su bebé en los brazos, sin preguntarme si quiero cogerlo o no.

Odio a los bebés, por eso no sonrío cuando el de MaMoyo me mira con esos ojos de rana toro loca que tiene.

Y encima es un bebé feo, siempre con cara de susto, como si acabara de verle el trasero a una serpiente. Me fijo en las marcas de tiña que tiene en la cabeza calva, y en su nariz llena de mocos, y decido que no, que no quiero saber nada de él. Le susurro a Chipó si quiere cogerlo, pero ella ni siquiera me mira.

En cuanto me aseguro de que nadie me ve, me pongo a hacer muecas para asustar al bebé, pero no llora, así que le pellizco en el brazo. Su cara gorda se arruga de mala gana, como si estuviera pensándose si llorar o no, y como creo que tarda demasiado en decidirse, le pellizco más fuerte. Esta vez el niño estalla en un llanto de verdad, como tiene que ser, y Chipó y yo nos miramos y sonreímos. MaMoyo viene corriendo a buscarlo, porque a ninguna mujer le gusta que la regañen delante de toda la iglesia.

Como si fueran los babuinos dominantes, los evangelistas y el Profeta Revelaciones Bitchington Mborro son los últimos en llegar. Tienen una pinta alucinante con esas coloridas cruces estampadas en las túnicas, con esas varas que acaban en un gancho, con las calvas relucientes al sol y las barbas largas. Se nota que intentan imitar el estilo de los hombres de la Biblia.

Hoy el Profeta Revelaciones Bitchington Mborro lleva una túnica recién estrenada; es de color blanco, como la leche, con rayas verdes y rojas a ambos

lados. Y la vara también es nueva, aunque no es como las de los evangelistas, sino mucho más larga y más gruesa, y parece que puede hacer daño y cosas feas de verdad. En el extremo de la vara hay una cruz dentro de un círculo. Cuando llegan los evangelistas y el Profeta Revelaciones Bitchington Mborro es cuando realmente empieza el asunto, así que una mujer alta y delgada se levanta y se pone a cantar *Mikoro*, y a mí me dan ganas de morirme porque esa canción me aburre a más no poder.

Todo el mundo se pone en pie, todos cantan, se mueven y se balancean, cantan, se mueven y se balancean como si se hubieran contagiado del mismo espíritu, pero, si lo han hecho, el espíritu ha pasado de mí. El espíritu siempre pasa de mí. Chipó también se balancea mientras se toquetea la barriga, aunque no canta. Yo hago como que canto, no vaya a ser que a Madre de Huesos le dé por mirarme, pero en realidad sólo muevo los labios porque esta canción no tiene ninguna gracia. Tenemos que repetir las palabras «Mikoro, Mikoro» mientras la mujer que lleva la voz cantante hace el solo, y lo peor de todo es que ni siquiera tiene buena voz, incluso yo canto mejor, hasta un gato lo haría mejor que ella. Miro a MaMoyo y no me sorprende ver que, con la canción, el bebé feo se está quedando dormido.

Para matar el tiempo, dejo que mi vista vague hacia Paraíso. Cuando estoy aquí arriba, en el Fambeki, me siento como si fuera Dios, que lo ve todo. Paraíso está hecho de chapa, y se extiende bajo el sol como una piel de carnero clavada en el suelo y puesta a secar. Las chabolas son del color de los charcos de barro tras las lluvias. De cerca, las chabolas son horribles, pero desde aquí mejoran bastante, parecen casi bonitas. Es como si estuviera mirando un cuadro.

Luego levanto la mirada al cielo y veo un avión muy arriba, entre las nubes. Al principio creo que es un pájaro, pero luego me doy cuenta de que no, de que no lo es. A lo mejor es un avión de British Airways, como el que llevó a la tía Fostalina a América.

Así es como iré yo también cuando me vaya con la tía Fostalina a América, le susurro a Chipó al oído. Miro hacia arriba para que sepa de qué estoy hablando, y ella sigue mi mirada.

Aunque no sé por qué tengo que coger un avión de British Airways para ir a América; ¿por qué no uno de American Airways?, me pregunto. Pero ya no estoy hablando con Chipó, ahora hablo para mí misma porque no creo que Chipó vaya a entenderme. Desde aquí, el cielo parece estar muy cerca, tanto

como para que alguien sagrado pueda estirar el brazo y limpiar el sudor que gotea de las cabezas de los evangelistas y del Profeta Revelaciones Bitchington Mborro. En un sueño, Dios le dijo al Profeta Revelaciones Bitchington Mborro que tenía que trasladar la iglesia aquí. Quizá Dios quería que estuviéramos más cerca de él, como en ese versículo, el de Simón en la montaña.

El Profeta Revelaciones Bitchington Mborro me trae de vuelta con sus bramidos, y me doy cuenta de que han dejado de cantar. Si la voz del Profeta Revelaciones Bitchington Mborro fuera un animal, sería grande y feroz y destrozaría cosas. Una vez, cuando todavía teníamos la iglesia debajo del mopane, nos contó que antes tenía una vocecita de nada y que casi nunca la usaba porque era un hombre callado y tímido, hasta que una noche un ángel se le apareció y le dijo: «Habla», y él abrió la boca y salió un trueno.

Ahora el Profeta Revelaciones Bitchington Mborro nos está atronando con Judas, el Gólgota, la cruz, los dos ladrones a los lados de Jesús y todas esas cosas, como si estuviera allí mismo viéndolo todo. Cuando el Profeta Revelaciones Bitchington Mborro está en forma, no se queda quieto en un sitio, sino que se pasea de un lado a otro como si anduviera sobre ascuas, y da manotazos y a veces sacude su vara hacia el cielo o se pone a dar saltos como si le picara donde no se ve. De vez en cuando una mujer grita ¡Dulce Jesúuuuuuuuus!, o Mmm-mmm-mmm, o Gloria, gloria, o algo así, y eso significa que el espíritu está tocándola.

El Profeta Revelaciones Bitchington Mborro está ya empapado en sudor, y la túnica se le pega al pecho y se le transparentan los pechos y los pezones. Miro hacia un lado y veo que Madre de Huesos escucha con toda su atención y los ojos medio cerrados, la cabeza ladeada y con el vientre abrazado como si le doliera. Los adultos asienten con la cabeza o la mueven con frenesí para demostrar lo espantoso que es lo que está diciendo el Profeta Revelaciones Bitchington Mborro. Y también gimen y hacen sonidos con la garganta. Miro a Chipó, y veo que tiene los ojos cerrados; está echando una cabezada. Tengo el culo tan agarrotado como si fuera de piedra.

Ahora el Profeta Revelaciones Bitchington Mborro lee de su biblia inglesa, aunque lo hace como un alumno de primero. Si fue al colegio, se nota por su forma de leer que debía de ser un zoquete, porque hasta Sabediós lee mejor

que él. El Profeta Revelaciones Bitchington Mborro no se entretiene demasiado con la biblia, quizá porque le da miedo tropezar con alguna palabra larga que no sepa pronunciar, y enseguida se pone a predicar, que es algo que se le da muy bien. Luego empieza a hablar en una lengua muy rara que no entiende nadie. La gente gime, da palmas y gruñe.

Y cuando la mujer del *Mikoro* interrumpe al Profeta Revelaciones Bitchington Mborro con otra canción, él sigue desgañitándose como si nada. Por un momento, sus voces parecen moverse en círculos como dos gallos enloquecidos, ninguna de las dos dispuesta a ceder. Oírlas marea, pero entonces el Profeta Revelaciones Bitchington Mborro grita: ¡Ordeno al diablo que calle, en nombre de Jesús! Cuando doña Mikoro se calla, escondo la cara bajo el brazo porque se me escapa la risa, y es que estaba comportándose como si Dios le hubiera dicho que es Céline Dion.

Después del sermón, alguien nos pasa un gran cuenco blanco para las limosnas, y la madre de Destino se pone a cantar «Bienaventurados los que dan». Su voz es suave y hermosa, y me recuerda a la señora de Budapest, porque así sonaría su voz si se pusiera a cantar; de hecho, esa voz le pegaría más que a la madre de Destino, aunque algo tendría que hacer con esas greñas que lleva. Al rato, el cuenco vuelve con unas monedas raras que no había visto hasta ahora, y entonces la madre de Destino termina la canción y pasamos a la confesión de los pecados, y los que tienen pecados que confesar se levantan.

Pienso en lo que diría yo si me pusiera en pie ahora mismo, junto a los que se van a confesar, pero entonces me doy cuenta de que no tengo pecados. Con su vara, el Profeta Revelaciones Bitchington Mborro va tocando a los pecadores en la frente, uno a uno —son siete, todas mujeres—, y les salpica la frente con agua bendita antes de que confiesen.

Oímos a Simangele confesar que la semana pasada sucumbió al diablo y fue a pedir ayuda a Vodloza, porque ya no sabe qué hacer con esa prima tan celosa que tiene. Dice que su prima es también una bruja y que no hace más que mandarle *tokoloshes*, porque quiere que se muera y así poder quedarse ella con Masamor, que es el marido de Simangele. Cerca de mí alguien dice: Tchá, te lo tienes merecido, ¿o es que te crees que tu caca huele a flores? Me vuelvo para ver quién ha hablado, pero Constance, la hermana de Chipó, me echa una mirada y me vuelvo rápidamente otra vez.

Estamos esperando a que el Profeta Revelaciones Bitchington Mborro

arremeta contra Simangele por haberle pedido ayuda a un pagano, pues así es como llama a Vodloza, cuando de pronto oímos el grito de una mujer; viene de abajo, al pie de la montaña. Algunos adultos se levantan para ver qué pasa, pero el Profeta Revelaciones Bitchington Mborro les ordena de mala manera que se sienten, y luego pide a todos los evangelistas que se levanten en nombre de Jesús y se preparen, porque Dios le ha dicho que el diablo se acerca.

El diablo es una mujer con un vestido morado subido hasta los muslos, que deja ver su piel tersa y perfecta, como la de un ángel. Entre unos cuantos hombres cargan con ella y la llevan a la fuerza hasta la cima. Nunca los había visto, ni a ella ni a ninguno de los hombres, pero me parece tan guapa que ni siquiera Sbho podría compararse con ella. Tiene el pelo largo y brillante y, aunque en realidad no es suyo, es muy bonito, y la piel perfecta, los dientes blancos, y toda la pinta de comer bien. Su único defecto son los pechos, porque nadie necesita unos pechos tan grandes como la cabezota de un bebé.

Se le ven las bragas, que son blancas con besos rojos; son muy bonitas, y no tienen ni un solo agujero. Los evangelistas y el profeta se han puesto a berrear oraciones antes incluso de saber cuál es el problema. Saltan sobre la mujer y la inmovilizan en el suelo. Ella da patadas y se retuerce como un pez en la arena; es evidente que no quiere que la agarren así, y les está pidiendo a gritos que la dejen. Me dan pena sus bragas y su vestido, los arañazos en su piel, y lo mucho que se está manchando de tierra. Los hombres que la han traído están de pie, a su lado, mirando.

¡Dejadme, dejadme, hijos de puta! ¡No me conocéis!, grita la mujer al Profeta Revelaciones Bitchington Mborro y a los evangelistas. Lo dice con voz furiosa, como si con ella pudiera atacar y matar, pero ellos ni siquiera la oyen, porque están ocupados rezando a grito pelado. Repito sus palabras: ¡Dejadla, dejadla, hijos de puta! ¡No la conocéis!, pero lo digo muy bajito, para mis adentros.

Cuando el Profeta Revelaciones Bitchington Mborro lo ordena, las mujeres se levantan y se colocan detrás de él y de los evangelistas, como un muro, y se ponen a cantar, a bailar y a agitar biblias en el aire. Algunas rezan. Eso es lo que tienen que hacer si quieren que el Espíritu Santo venga como Dios manda, pero deben controlar un poco las voces para que no suenen como las de los paganos en la chabola de Vodloza. He visto a los paganos invocar a los antepasados detrás de la chabola de Vodloza: los tambores resuenan,

los hombres rugen y las mujeres aúllan, los cuerpos saltan y se retuercen, y a veces la ropa cae al suelo.

La mujer guapa sigue gritándoles a los hijos de puta que la suelten, pero los hijos de puta no le hacen ni caso. Intento captar su mirada, demostrarle que no formo parte de todo esto, que estoy de su lado, pero la mujer está tan enfrascada en sus chillidos y pataleos que por supuesto no me ve. Cada vez rezan más y más alto; algunos como es debido; otros, en lenguas extrañas, y los hay que cantan.

Entonces el Profeta Revelaciones Bitchington Mborro levanta las manos para que se calle todo el mundo, señala con su vara a la mujer guapa y ordena, literalmente, al demonio que tiene dentro que se largue de una vez en nombre de Jesús; todo esto a voz en grito. Le dice más cosas al demonio, incluso lo insulta. Al ver que no pasa nada, se seca la frente con la manga, tira la vara al suelo y se lanza sobre

la mujer como si fuera Hulkogen, aplastándole los melones bajo su peso.

El Profeta Revelaciones Bitchington Mborro reza así por ella; la inmoviliza, llama a Jesús y berrea versículos de la Biblia. Le pone las manos en el vientre, en los muslos, luego se las pone en su cosa y empieza a frotar y a rezar como un loco, como si ahí hubiera algo malo. Tiene la cara encendida, roja. La mujer guapa parece ahora un guiñapo, su belleza se ha esfumado, y también sus fuerzas. Me aseguro de no mirarla más a la cara, porque no quiero que me descubra mirándola estando como está. Chipo se despierta de pronto y mira a su alrededor como si hubiera estado perdida y acabara de encontrarse.

Eso hizo, eso es lo que hizo, dice de pronto, sacudiéndome el brazo como si quisiera arrancármelo. Es la primera vez en mucho tiempo que Chipo habla, es como si hubiera recibido de repente al Espíritu Santo o algo así. Su voz suena chillona. Las oraciones de los demás son cada vez más fuertes; todo el mundo se ha alborotado al ver que el Profeta Revelaciones Bitchington Mborro ha conseguido calmar a la mujer. Los hombres que la han traído están muy contentos, sobre todo el más alto, que tiene pinta de ser el marido; la gente de la iglesia está contenta, Madre de Huesos está contenta, pero a mí me pone triste ver a esa mujer tan guapa ahí tirada, debajo del Profeta Revelaciones Bitchington Mborro, igual que Jesús cuando lo golpearon y lo clavaron en la cruz.

Eso es lo que hizo mi abuelo cuando yo venía de jugar a Buscar a Bin Laden y mi abuela no estaba y mi abuelo sí estaba y me cogió y

me tiró así al suelo y me tapó la boca con la mano y pesaba más que una montaña, dice Chipo, hablando de corrido como si fuera Madre de Huesos. Me fijo en su cara porque nunca le había visto esa expresión, una expresión de dolor. Me dan ganas de echarme a reír y gritar que ha recuperado la voz, pero su cara me desconcierta y noto que espera que conteste algo, a lo mejor algo importante, así que le digo: ¿Quieres que vayamos a robar guayabas?

El juego de los países

En Shanghái, todo es una locura: máquinas que levantan cosas con sus mandíbulas espantosas, máquinas que se lanzan contra la tierra, máquinas que machacan piedras, máquinas que eructan nubes de humo, máquinas que alisan el suelo. Máquinas y más máquinas. Los chinos están por todas partes con sus uniformes naranja y sus cascos amarillos; no es que sean muchos, pero por la forma en que corretean de un lado a otro, parecen un campo de maíz. Y luego están los negros, que trabajan con ropa de calle: camisetas rotas, chalecos, pantalones cortos, pantalones cortados por las rodillas, monos, chancas, zapatillas deportivas...

Nos quedamos un rato en la entrada, debajo del enorme cartel rojo con esas letras tan bonitas y raras que no sabemos leer. No solemos ir a Shanghái, porque está muy lejos, pero hoy MaS'banda, la abuela de Sbho, nos ha obligado a venir a buscar a un tal Moshe, que trabaja aquí. Tenemos que decirle que vaya a Paraíso porque la abuela de Sbho quiere hablar con él, aunque no sabemos de qué. Para llegar hasta aquí, hay que dejar atrás Budapest y tomar la carretera de Masiyephambili, y seguir el camino hacia el este hasta llegar a la verja de la cantera, donde hace no mucho tiempo, antes de que los soldados los echaran, la gente excavaba en busca de diamantes. Shanghái está al otro lado de la cantera, separada por un monte.

¿Ya han hecho todo esto?, pregunta Sbho, sorprendida. Y es que de verdad cuesta creer lo mucho que han avanzado. La última vez que vinimos, sólo habían quemado la hierba y estaban llevando las máquinas y las cosas, pero ahora se ve el esqueleto de un edificio que parece querer eructar en la cara de Dios.

Sí, ¿no os dije la última vez que China es la bomba? ¡Y no os mentía! ¿Es una pasada o no?, dice Bastardo, que parece encantado. Y hace un movimiento amplio con la mano, como si hubiera sido él quien hubiera mandado a los chinos que construyeran todo esto, como si los chinos trabajaran para él y estuvieran aquí sólo para cumplir sus órdenes.

Y cuando terminen, esto va a ser la repera, ya lo veréis. No digáis que no os lo dije, insiste Bastardo.

Hablas como si estuvieran construyendo tu casa, le suelta Stina.

¿Y qué importa que no sea mi casa? Es una pasada. Una pasada, una pasada, una pasada, repite Bastardo, entonando la palabra como si fuera una canción. Echa a andar hacia el edificio, y nosotros lo seguimos.

En la obra, los hombres hablan a gritos, y aquello es como oír tonterías sin sentido, como oír a la gente rezar en otras lenguas: se oye chino, se oyen nuestros idiomas, se oye inglés mezclado con otras cosas, se oye el ruido de las máquinas. Como los hombres no se entienden entre ellos, alzan las manos y las herramientas para hacerse comprender mejor. Cuando nos acercamos a los negros que están echando tierra en unas carretillas, algunos se detienen para mirarnos. Es como si hubieran estado revolcándose en la suciedad toda su vida: la tienen por todo el cuerpo, por la ropa, por el pelo. No se comportan como suelen hacerlo los adultos, como si estuvieran al mando, así que nos dan un poco de pena.

Nos quedamos cerca de las tuberías y Bastardo grita que queremos ver a Moshe. Nadie nos contesta, y al cabo de un rato, uno de los hombres, que es todo músculo y negro como el alquitrán, nos dice a gritos que nos larguemos de allí. Moshe se fue a Sudáfrica hace unos días, nos explica, y se pone a cavar otra vez.

Ha hecho bien, dice Bastardo.

¿Quién?, pregunta Sbho.

Moshe.

¿El qué?

Ha hecho bien en largarse a Sudáfrica. Eso es lo que yo haría, y no quedarme a trabajar en esta kaka de sitio para ponerme perdido. ¿Es que no veis que parecen cerdos?, y Bastardo se echa a reír.

Nos quedamos por allí un rato, pero como nadie más nos dice nada, al final nos alejamos. Al llegar a la tienda de campaña que hay cerca de una enorme excavadora amarilla, nos paramos a mirar qué hay dentro. Y estamos ahí mirando, aunque sin ver nada porque la tienda está a oscuras, cuando de pronto sale un chino gordo abrochándose el cinturón y nos pilla con las manos en la masa. Debe de ser el capataz, porque, a diferencia de los demás, lleva unos pantalones como Dios manda, y también camisa, chaqueta y corbata.

La sorpresa es general: él se ha llevado un buen susto al vernos allí,

espiondo, y nosotros, al darnos cuenta de que nos han pillado, aunque lo que realmente nos sorprende es su gordura: el chino abulta por lo menos el doble que los obreros, y nos preguntamos qué será lo que le pasa. Y entonces, para sorprendernos aún más, el gordo se pone a soltar ching-chongs como si estuviera en el patio de su abuela. Repite ching-chongs hasta que de pronto se calla, esperando una respuesta. Chipo se echa a reír.

Éste está como una chota, dice Stina.

Sí, por lo visto alguien le ha dicho aquí al Gordo Mangena que el chino es ahora nuestra lengua nacional.

Pero mirad qué tripa de globo, parece que se ha tragado un país entero.

Seguimos allí pasmados cuando aparecen dos chicas negras con vaqueros ajustados, pelo postizo y tacones. Nos olvidamos de inmediato del Gordo Mangena, y nos las quedamos mirando cuando pasan a nuestro lado. El bolso azul y grande de la más flaca me roza el brazo izquierdo. Pasan por delante de las excavadoras, de las montañas de grava y entre los grupos de hombres, que dejan de trabajar para quedárselas mirando como pasmarotes, hasta que por fin salen de Shanghái y desaparecen por la curva de la carretera principal.

Bueno, ¿queréis algo?, nos pregunta en un inglés muy torpe un chino de tamaño normal que se ha acercado al Gordo Mangena. Es un obrero: tiene la cara sucia y lleva el uniforme naranja y el casco, y además una cuerda en una mano y un cigarrillo en la otra. Da una calada, echa el humo, da una calada, echa el humo...

¿Qué estáis construyendo? ¿Un colegio? ¿Pisos? ¿Una clínica?, pregunta Stina.

Os estamos construyendo un centro comercial grande, muy grande. Con tiendas muy buenas: Gucci, Louis Vuitton, Versace, etcétera, etcétera. Un centro bueno, grande, nos cuenta el chino mientras tira la ceniza del cigarrillo y alza la mirada hacia el edificio. Nos echamos a reír, y él se ríe, y también el Gordo Mangena.

Danos *zhing-zhongs*. La otra vez nos dieron, pide Sabediós, que va directo al grano.

La última vez nos dieron una bolsa grande de plástico llena de cosas — relojes, joyas, chanclas, baterías...—, pero, como aquellos zapatos que madre me compró una vez, eran kaka barata y duraron sólo unos días. Aunque también nos dieron unas chuches marrones muy curiosas que iban envueltas en plástico y tenían una forma muy rara. Eran crujientes y, para nuestra sorpresa,

dentro había unos trocitos de papel blanco. Sabediós leyó: «Si te comes una caja de galletas de la fortuna, cualquier cosa es posible.» Y Bastardo: «Tus talentos serán reconocidos y debidamente recompensados.» Y Chipó: «Si saco lo que llevo dentro, lo que saque me salvará.» Y Sbho: «Estás hecha para la vida nocturna.»

Y Stina: «Te vendrían muy bien unos zapatos nuevos; números de la suerte 7, 13, 2, 9, 4.» Y el mío decía: «Tendrás un futuro feliz y productivo.»

Una vez es suficiente. Ahora queréis algo de China, tenéis que trabajar, aquí nada gratis, nos dice el chino.

Ya, pero estáis en nuestro país, contesta Stina, y eso cuenta.

¿Queréis que vengamos por la noche y nos caguemos por todas partes? ¿O que os robemos?, dice Sabediós, y el chino se echa a reír, con una risa que deja claro que no ha entendido una sola palabra. Luego el Gordo Mangena y él se ponen muy serios a soltar ching-chongs, es evidente que están hablando de otras cosas. Esperamos hasta que nos cansamos de esperar, hasta que Stina dice: Vámonos, no nos van a dar nada.

Salimos de Shangháí gritando y abucheando a los chinos. De no haber sido por el jaleo de las máquinas, nos habrían oído decirles que se fueran de nuestro país y se largaran a construir a su propia casa, que aquí no necesitamos su kaka de centro comercial, que ni siquiera son nuestros amigos. Seguimos gritando cuando pasamos por delante de los negros, y entonces el de los músculos se acerca a nosotros, como si el chino lo hubiera nombrado capataz o algo parecido, y nos bloquea el paso con su cuerpo gigante. No dice ni una palabra, pero se le nota en la cara que es capaz de darle un pellizco a una piedra y hacerla chillar, así que nos callamos en el acto y salimos de Shangháí en silencio.

Vale, la cosa funciona así: China es un diablo rojo que se come a la gente para ponerse gordo y fuerte. Ahora tenemos que decidir si entra en las casas a la fuerza o ataca a las personas por el bosque, explica Sabediós.

Pero eso no tiene ningún sentido. ¿Para qué necesita un diablo ponerse gordo y fuerte si es un diablo? ¿No es ya gordo y fuerte?, respondo yo.

Estamos de vuelta en Paraíso, intentando inventarnos un juego nuevo. Es algo muy importante, que hacemos para no cansarnos de los juegos viejos y morirnos de aburrimiento, pero no es fácil porque tenemos que discutirlo todo

y ver si la cosa funciona. Esta vez le toca a Bastardo decidir de qué va a ir el juego nuevo, y lo que pasa es que, después de lo de esta mañana, está empeñado en que sea sobre China, vete a saber por qué.

Creo que China debería ser un dragón, nos dice. Así será una bestia de verdad, más fuerte que ninguna otra.

Yo creo que debería ser un ángel, dice Sbho, con superpoderes y eso, y que haga cosas alucinantes y así todo el mundo querrá pedirle ayuda. Rezarán y bailarán para impresionarlo, y cantarán «*China China mujibha, China China wo!*». Y Sbho se pone a bailar su estúpida canción, muy satisfecha de sí misma. Cuando termina, da dos volteretas y, por un momento, vemos sus bragas rojas.

Pero ¿qué haces?, pregunta Bastardo.

Sí, siéntate, es una kaka, ¿quién iba a querer jugar a esa tontería? Me voy a dibujar el juego de los países, suelta Sabediós, y coge un palo.

Enseguida estamos todos dibujando el juego de los países en el suelo, y nos queda genial porque, después de la lluvia de ayer, la tierra tiene hoy la humedad justa. Para jugar al juego de los países hace falta dibujar dos círculos: uno exterior, más grande, y dentro, otro más pequeño, donde se pone el que se la queda. Entonces se divide el anillo exterior en tantas partes como jugadores haya. Cada persona elige una de esas partes y escribe en ella el nombre de un país y por eso se llama «el juego de los países».

Pero primero tenemos que pelearnos por los nombres, porque todo el mundo quiere ser ciertos países; por ejemplo, todos queremos ser Estados Unidos o Reino Unido o Canadá o Australia o Suiza o Francia o Italia o Suecia o Alemania o Rusia o Grecia o lugares así. Éstos son los países de verdad. Si pierdes la pelea, tienes que conformarte con Dubái o Sudáfrica o Botsuana o Tanzania o cosas por el estilo, que no son países-países, aunque por lo menos allí la vida es mejor que aquí. Nadie quiere ser un andrajo de país, como Congo, como Somalia, como Irak o Sudán, o Haití o Sri Lanka, y ni siquiera este país en el que vivimos: ¿quién querría ser un sitio horrible, donde no hay más que hambre y donde todo acaba hecho pedazos?

Cuando tengo suerte, como hoy, consigo ser Estados Unidos, que es un país-país. ¿Hay alguien que no sepa que Estados Unidos es el gran babuino del mundo? Y además, ahora lo siento como si fuera mi país, porque la tía Fostalina vive allí, en Destroyedmichygen. En cuanto ponga sus cosas en orden, vendrá a buscarme y yo también me iré a vivir allí. Una vez que

tenemos todos los nombres, votamos al que se la queda. El que se la queda es la persona que está en el pequeño círculo de dentro y es quien empieza el juego. Los demás están en el círculo grande, con un pie en su país, y el otro, fuera.

Entonces el que se la queda dice qué país quiere, y empieza el juego. Pero no dice un país al tuntún, sino que tiene que estar seguro de que es un país al que puede eliminar fácilmente. Es como ir a la guerra: en una guerra, uno no se pone a luchar contra alguien más fuerte, porque le dará una buena paliza. Pues ocurre lo mismo en el juego de los países: es mejor nombrar a alguien que corra poco para que no te gane. En cuanto el que se la queda nombra el país, todos echamos a correr y nos dispersamos como si nos persiguiera la mismísima policía, todos excepto el país que ha sido nombrado; ese país tiene que correr hasta el círculo central y gritar: ¡Parad-parad-parad!

Cuando todo el mundo se para, el nuevo país en el círculo interno debe decidir a quién quiere eliminar. Puede dar como mucho tres saltos para alcanzar a uno de los países que están fuera y eliminarlo. Lo más fácil es ir a por el que está más cerca del anillo exterior, porque eso significa que quien sea ese país no ha llegado muy lejos y sólo habrá que dar unos buenos saltos con toda tranquilidad y el otro país quedará eliminado; en ese caso, tendrá que sentarse a ver el juego. Pero si eres el nuevo país en el anillo interior y ves que no puedes eliminar a nadie en tres saltos porque no has sido lo bastante rápido a la hora de detener a los otros países, eliges a otro para que se la quede y quedas eliminado. Y así se sigue hasta que sólo queda un país, que es el que gana.

Estamos en mitad de la partida, y esto se está poniendo difícil; Sudán, Congo, Guatemala, Irak, Haití y Afganistán han sido eliminados, y están sentados en las fronteras viendo cómo sigue el juego. Estamos huyendo de Corea del Norte cuando nos damos cuenta de que un camión enorme de la ONG pasa por el Fambeki y se dirige hacia nosotros. Dejamos de jugar de inmediato y nos ponemos a cantar, a bailar y a dar saltos.

Lo que de verdad queremos hacer es salir disparados al encuentro del camión, pero sabemos que no podemos porque, la última vez que lo hicimos, a los de la ONG les sentó fatal, como si hubiéramos cometido un crimen contra la humanidad o algo parecido. Así que ahora nos limitamos a cantar y a esperar que se acerque. Y la espera es un calvario, porque vemos que el camión se acerca más y más, pero al mismo tiempo parece estar muy lejos,

como si ni siquiera estuviera aquí todavía, sino parado en otra parte, en otro país. Nos da la sensación de que el camión se arrastra como un gusano. La espera nos resulta tan difícil porque sabemos que en el interior del camión hay regalos.

Esta vez, los de la ONG se han retrasado; se suponía que tendrían que haber llegado el día 15 del mes pasado, pero pasó el mes entero y ahora estamos en otro. Hemos despejado la zona de juego porque es donde se detendrá el camión. Por fin llega hasta nosotros, escupiendo polvo como un monstruo furioso. Y cantamos y berreamos como si estuviéramos locos de atar. Enseñamos los dientes y levantamos los brazos hacia el cielo y arañamos el suelo con los pies. Para ver entre el polvo cómo se abren las portezuelas del camión, hemos de entrecerrar los ojos. Esperamos a que salgan los de la ONG, sin dejar de cantar y bailar. Sabemos que si lo hacemos con empeño, los impresionaremos y a lo mejor nos dan más cosas, más y más cosas hasta que les digamos: ONG, por favor, ¿nos vas a matar con tantos regalos!

Los cinco miembros de la ONG salen por fin del camión. Hay tres blancos, dos señoras y un hombre, que nada más verlos se nota que no son de aquí, y luego está la hermana Betty, que sí es de aquí. La hermana Betty habla nuestras lenguas, y creo que su trabajo consiste en explicarles a los blancos nuestras cosas, y a nosotros, las de los blancos. Y luego está el conductor, que creo que también es de aquí. Aunque conduce, no parece ser alguien importante. Todos, salvo el conductor, llevan gafas de sol y nos miran con unos ojos que no podemos ver, porque están escondidos detrás de un muro de cristal negro.

Una de las señoras intenta saludarnos en nuestra lengua, pero balbucea muchísimo, y nos reímos sin parar hasta que ella nos saluda en inglés. La hermana Betty nos explica lo que nos está diciendo, aunque ya lo hemos entendido, hasta un árbol sabe que «*Hello, children*» significa «Hola, niños». Estamos tan nerviosos que nos ponemos a dar palmas, pero la otra señora, que es pequeñita y guapa, nos hace señales para que nos sentemos, y las cosas brillantes que lleva en los anillos brillan al sol.

Cuando nos sentamos, el hombre se pone a hacer fotos con una cámara muy grande. A estos de la ONG les gusta mucho hacer fotos, como si fuéramos sus amigos y sus parientes de verdad o algo así, como si luego, al volver a sus casas, fueran a ponerse a ver esas fotos y a decirles nuestros nombres a otros amigos y parientes. No les importa que a nosotros nos dé vergüenza estar sucios y llevar la ropa rota, ni que prefiramos que no nos hagan fotos. No,

ellos siguen con las fotos: Una más, por favor, y otra allí, y ahora desde aquí, y ahora... Pero no nos quejamos porque sabemos que, después de las fotos, llegan los regalos.

Entonces el cámara nos pide que nos pongamos de pie y sigue haciéndonos fotos. No nos pide que digamos «patata», así que no lo decimos. Cuando ve a Chipó, con su barriga, se queda tan pasmado que parece que se le vaya a caer la cámara. Pero luego se acuerda de lo que ha venido a hacer y empieza a disparar otra vez, aunque ahora es a Chipó a quien le hace muchas fotos. Vamos, como si tuviera delante a Paris Hilton, clic-flash-flash-clic. Como el hombre no para de hacerle fotos, Chipó se da la vuelta y se pone en un extremo del grupo con el ceño fruncido. Incluso un ladrillo sabe que a Paris Hilton no le gustan los *paparazzi*.

Ahora el cámara la ha tomado con el trasero negro de Sabediós. Bastardo lo señala y se ríe, y Sabediós se da la vuelta y se tapa los agujeros de los pantalones con las manos como si fuera ese hombre desnudo de la Biblia, aunque no puede ocultar del todo su desnudez. Todos nos reímos de Sabediós. Cuando el cámara se vuelve hacia Bastardo, éste se quita el sombrero y sonrío como si se creyera guapo. Luego hace toda clase de poses: muestra lo fuerte que está, se pone las manos en la cintura, hace el signo de la victoria, hinca una rodilla en el suelo...

No tienes que reírte ni sonreír. Ni hacer ninguna de esas tonterías que estás haciendo, dice Sabediós.

Tú lo que pasa es que tienes envidia porque a ti sólo te han hecho fotos del culo, de tu culo de kaka, que siempre está sucio y roto, contesta Bastardo.

Ah, ¿sí? ¿Y de qué voy a tener envidia, de tu careto?, le suelta Sabediós, aunque sabe que Bastardo podría darle una paliza por decir eso.

Yo puedo hacer lo que me dé la gana, culo negro. Además, cuando miren mi foto, quiero que me vean. Que me vean a mí, y no mi culo o los sucios andrajos que llevo.

¿Y quién va a mirar tu foto?, le pregunto. ¿Para quién son esas fotos? Pero nadie me contesta.

Después de las fotos, los regalos. Al principio intentamos ponernos en fila ordenadamente, como hormigas en procesión, pero en cuanto abren el portón trasero, nos convertimos en un montón de moscas del estiércol mareadas. Nos pegamos y nos empujamos, gritamos y chillamos. Nos abalanzamos con las

manos tendidas, deseando echarle el guante al botín. Los de la ONG se nos quedan mirando, sorprendidos, hasta que la señora alta del sombrero azul grita: ¡A ver! ¡Orden! ¡Orden, por favor!, pero nosotros no le hacemos ni caso, nos reímos y seguimos ahí, dando tirones y empujones y berridos como si no fuéramos capaces de entender el lenguaje hablado. Eso sí, tenemos mucho cuidado de no tocar a los de la ONG, porque está muy claro que, aunque nos den cosas, no quieren tocarnos ni que nosotros los toquemos a ellos.

Los adultos han salido de las chabolas y permanecen un poco al margen de todo aquello, como si los hubieran eliminado en el juego de los países. No nos ordenan que dejemos de dar empujones. No nos miran con esos ojos que hablan. Pero nosotros sabemos que, si no estuviera aquí la gente de la ONG, agarrarían las varas o se abalanzarían sobre nosotros para darnos una buena con sus propias manos. Si la gente de la ONG no estuviera aquí, no nos atreveríamos a portarnos como lo estamos haciendo, para empezar. Pero el caso es que los de la ONG están aquí y, mientras sea así, nuestros padres no cuentan. Al final es la hermana Betty la que consigue que paremos. Lo consigue a gritos, pero en nuestra lengua, quizá porque no quiere que los de la ONG entiendan lo que dice.

¿Qué estáis haciendo, *masascum evanhu imi? Liyahlanya*, ¿os creéis que estos blancos ricos han venido del extranjero *ipapa* para ver que os comportáis como unos babuinos? ¿Es que pretendéis avergonzarme? *Futsekani*, que parecéis payasos *zinja*; ¡como no paréis ahora mismo, nos metemos en el camión y nos largamos con toda esta mierda! Y entonces la hermana Betty se vuelve hacia los de la ONG y les dedica una sonrisa mellada. Y ellos también sonrían, complacidos. Tal vez crean que nos acaba de decir cosas buenas de ellos.

Dejamos de empujar, dejamos de pelearnos, dejamos de gritar. Nos ponemos otra vez en fila y esperamos con paciencia. La fila avanza tan despacio que tengo ganas de chillar, pero al final todos recibimos nuestros regalos y nos ponemos muy contentos. Cada uno de nosotros recibe una pistola de juguete, unos caramelos y algo que ponerse; yo, una camiseta con la palabra «GOOGLE» delante, y también un vestido rojo que me aprieta un poco por las sisas.

Mucha gracias, le digo a la señora guapa que me da mis cosas, para demostrarle que sé hablar inglés. Ella no me contesta; es como si yo hubiera

ladrado.

Cuando ya nos han dado nuestras cosas, les toca a los adultos, que hacen su propia fila intentando aparentar que en realidad todo aquello no les importa mucho, como si tuvieran cosas mejores que hacer que estar ahí. Pero la verdad es que luego se pasan el día quejándose de que la ONG se ha olvidado de ellos, de que deberían venir más a menudo, de que la gente de la ONG esto y lo otro. Vamos, como si los de la ONG fueran sus padres. Enseguida los adultos reciben paquetitos de judías, azúcar y harina de maíz, pero se les nota en la cara que no están contentos. Miran los paquetitos como si no los quisieran, como si se avergonzaran de ellos y estuvieran decepcionados, aunque al final se dan la vuelta y regresan a sus chabolas con los regalos.

La única que no se pone en la cola para la comida es MadreAmor, que se queda ahí parada como un baobab, contemplándolo todo desde lejos, con su vistosa túnica llena de estrellas. Tiene una expresión de tristeza. Una de las señoras de la ONG se quita las gafas de sol y le hace una señal con la mano, pero MadreAmor se queda donde está, ni saluda ni sonríe ni nada. La hermana Betty le tiende unos paquetes.

¡*Hawu*, MadreAmor! La hermana Betty le habla con el mismo tono bobalicón que utilizaría para convencer a un niño desesperante. Ven, por favor, *bantú*, ¿no ves que os traemos regalos?, dice. La gente de la ONG le ofrece más paquetes a MadreAmor, y las dos mujeres blancas incluso le enseñan los dientes, como si fueran dos perros sonriendo. Todo el mundo espera a ver qué hará MadreAmor. Y MadreAmor se da la vuelta y se aleja, con la cabeza muy alta, el tintineo de las pulseras que lleva en los brazos y el brillo de las estrellas de su túnica; su olor a limón queda flotando en el aire incluso cuando ya se ha ido.

Cuando el camión de la ONG al fin se marcha, salimos corriendo detrás de él; ya tenemos lo que queríamos, y ahora nos da igual lo que quieran que hagamos. Movemos las pistolas de juguete y los regalos en el aire, y les pedimos a gritos lo que nos gustaría que nos trajeran la próxima vez: zapatos, zapatillas Converse, pelotas, teléfonos móviles, tartas, ropa interior, bebidas, galletas, dólares americanos. El gruñido del camión ahoga nuestras voces, pero nosotros seguimos corriendo y chillando de todas formas. Sólo nos paramos al llegar a Mzilikazi, porque sabemos que no podemos salir a la carretera. Sbhó grita: «¡Llebadme con vosotros!», y de pronto todos nos ponemos a gritar lo mismo, a gritar y a desgañitarnos, como si el camión fuera

a dar marcha atrás y a llevarse al que más grite.

Pero el camión se va haciendo cada vez más y más pequeño, hasta que no es más que un puntito y al final desaparece, y entonces nos damos la vuelta y regresamos andando a las chabolas. Ahora que el camión se ha ido del todo, ya no gritamos. Estamos más callados que una tumba, tristes como los adultos cuando vuelven de enterrar a los muertos. Y entonces Bastardo dice: ¡Vamos a jugar a la guerra!, y todos echamos a correr para matarnos unos a otros con nuestras armas nuevecitas llegadas de América.

El cambio real

Los adultos están preparándose para votar, así que, de momento, nada es como de costumbre en Paraíso. Cuando nos despertamos, los hombres ya están ahí plantados, debajo del jacarandá, pero hoy no están agachados jugando a las damas, no. Están sentados muy tiesos, sacando pecho y con la cabeza bien alta. Se han puesto camisa y se han peinado, y parecen otra vez personas de verdad.

Cuando pasamos, nos sonrían y nos saludan con la mano como si de repente pudieran vernos, como si ahora les cayéramos bien, como si fuéramos sus nuevos amigos. Nos sorprende que todavía se acuerden de cómo se sonrío, pero no les devolvemos la sonrisa. Nos quedamos muy juntos y los miramos con recelo, fijándonos en los pelos que asoman por los cuellos de las camisas, en las frentes que sabemos que pueden ponerse ceñudas en cualquier momento, en los ojos que hemos visto lanzar rayos cuando se enfadan, en esos brazos como mazas que nos han pegado alguna vez; sabemos que esas sonrisas no significan nada.

Ahora, cuando los hombres hablan, sus voces arden en el aire y lo llenan todo de humo. Oímos hablar del cambio, de un país nuevo, de democracia, de elecciones, bla-bla-bla.

Los hombres hablan y siguen hablando. Se humedecen los labios y miran los relojes rotos que llevan en la muñeca, se estrechan la mano y se dan palmaditas unos a otros, y se ríen como si se hubieran tragado un trueno. Nosotros los escuchamos, pero enseguida nos cansamos de escuchar, aunque por sus caras y sus voces sabemos que están hablando de algo que se supone que es bueno.

Cuando oyen a los hombres, las mujeres sueltan risitas. Hay algo casi hermoso en los ojos de todas ellas y, por su aspecto, se nota que intentan ser atractivas: labios pintados, pelo bien peinado, una cinta rosa en el vestido por encima del pecho izquierdo, un cinturón grueso, una pulsera hecha de alambre oxidado y retorcido, un abrigo de piel con la mayor parte del pelo ya caído, una flor detrás de la oreja, el cabello planchado con una piedra muy caliente,

pendientes hechos con semillas de colores, vistosos retales de tela cosidos a una falda. Hace mucho que no vemos así a las mujeres, y su belleza hace que queramos amarlas.

¿Qué pasa cuando los adultos van y votan?, pregunta Sabediós. Estamos pegando los carteles de «CAMBIO» y «EL CAMBIO REAL», tal como nos han dicho Nacidolibre y Mensajero. Se supone que tenemos que poner uno en la puerta de cada chabola, para recordarle a la gente que tiene que ir a votar el día 28.

¿Es que no has oído a los adultos?, contesta Sbho. Habrá un cambio.

Sí, pero ¿en qué consiste exactamente ese cambio?, insiste Sabediós. Acaba de pegar un cartel, y se lo ha quedado mirando como si tuviera ojos, como si fuera una persona. Sbho va a responder, pero de pronto se agacha para recoger un espejo roto y sonrío complacida al ver su reflejo.

Seguimos colgando carteles. El caso es que a nosotros nos da igual lo del cambio, lo estamos haciendo porque Nacidolibre ha dicho que nos va a dar unos *yams* chinos cuando terminemos el trabajo. Tal vez podamos ir a Green Zonke a comprar algo con los yuanes. Yo nunca he visto dinero chino, pero lo que sí sé es que los zapatos chinos son sencillamente una kaka; me los puse sólo cuatro veces, y acabaron hechos pedazos.

¿Sabéis?, un día voy a ser presidente, dice Bastardo. Ya hemos colgado casi todos los carteles y nos dirigimos hacia la última chabola, hacia el cementerio de Heavenway.

¿Presidente de qué?, pregunto.

Presidente de un país, de este país, contesta Bastardo. ¿De qué te crees que estoy hablando, cabeza hueca?

Pero para ser presidente tienes que ser viejo, un hombre viejo, responde Stina.

¿Y eso quién te lo ha dicho? ¿Cómo lo sabes? Bastardo estampa un cartel en la chapa con tanta fuerza que ésta tiembla y, desde dentro, una voz grita: ¡Eh! ¡Como me estropeáis la puerta os obligaré a limpiaros el culo con cuchillas de afeitar, idiotas!, y nosotros nos miramos y nos reímos tapándonos la boca con las manos. Como respuesta, Bastardo alza el puño y hace como que va a dar un puñetazo a la chabola. El cartel está torcido, pero ni siquiera intenta enderezarlo. Entonces vuelve la cabeza hacia Stina, y lo mira por encima del hombro.

Te he preguntado que cómo lo sabes, insiste.

Lo sé, contesta Stina. Una vez vi la foto del presidente en una revista. Estaba con el presidente de Zambia, y el de Malawi, y el de Sudáfrica y otros presidentes. Y todos eran muy viejos. Para ser presidente, primero hay que ser como un abuelo.

El cartel se cae, y Bastardo lo recoge y lo rompe en dos. Estira una pierna y se enrolla un trozo del cartel en el muslo, como si fuera un cigarrillo. Luego se lo pone en la boca y se saca del chándal una caja de cerillas. Todos lo miramos mientras enciende el cigarrillo y se lo fuma.

¿Qué estás haciendo?, pregunto.

¿No ves que está practicando?, contesta Sabediós.

Eso da igual, dice Bastardo. Da igual si no soy viejo ni tengo el pelo blanco, lo importante es que tenga dinero. Los presidentes son muy ricos, añade. Se ríe como los hombres, da una calada al cigarrillo y se atraganta con el humo, y se pone a toser y a escupir. Nadie le pide una calada.

Cuando terminamos, hay un cartel en cada chabola. En todas menos en la de Madre de Huesos, porque nos ha dicho que nos matará como colguemos tonterías en su puerta. Con todos esos carteles, Paraíso se ha convertido en un sitio muy colorido. Estamos orgullosos de nosotros mismos, y damos palmas, y bailamos, y nos reímos.

Cantemos una de Lady Gaga, sugiere Sbhó.

No, cantemos el himno nacional, como hacíamos en el colegio, propongo.

Sí, vamos a cantar, yo me pongo delante, que voy a ser presidente, dice Bastardo. Entonces nos alineamos junto a la chabola de Merjury y cantamos a voz en grito, cantamos hasta que vienen los niños pequeños y se quedan a nuestro alrededor porque saben que no deben unirse a nosotros.

Espeeera, espeeera, quiero haceeer una foooto, ¿Dónde estáaaa mi cáaaamara?, berrea Sabediós, como si fuera el de la ONG, y todos nos echamos a reír, nos morimos de risa. Sabediós sale corriendo, coge uno de esos ladrillos con agujeros, lo sostiene como si fuera una cámara y se pone a hacer fotos y más fotos. Nosotros sonreímos, hacemos poses, nos ponemos guapos y gritamos: ¡Cambio! ¡Patata! ¡Cambio!

No estoy dormida. Lo que pasa es que mi madre espera que esté durmiendo, por eso tengo los ojos cerrados. Madre de Huesos dice que las liebres, como siempre las están cazando, duermen con los ojos bien abiertos. Lo hacen para

engañar a todo el mundo, porque cuando tienen los ojos cerrados en realidad están despiertas. Pues ahora yo soy una liebre, pero he de tener cuidado de que no me descubran porque mi madre está muy ocupada paseándose arriba y abajo. Lo hace a menudo, como si viviéramos en una casa de Budapest.

No siempre hemos vivido en esta lata. Antes teníamos una casa y todo eso, y éramos felices. Era una casa de verdad, hecha de ladrillos, con cocina, salón y dos habitaciones. Y paredes de verdad, ventanas de verdad, suelos de verdad y puertas de verdad, y una ducha de verdad y grifos de verdad y agua corriente de verdad, y un váter de verdad donde podías sentarte y hacer lo que tuvieras que hacer. Teníamos sillones y camas de verdad, y mesas de verdad y una tele de verdad y ropa de verdad. Todo era de verdad.

Pero ahora lo único que tenemos es una cama pequeña puesta encima de unos palos y unos ladrillos. Mi madre la hizo con sus propias manos, y con la ayuda de Madre de Huesos. Dentro del colchón hay plásticos, plumas de pato y de gallina, trapos viejos y toda clase de cosas. Es la cama de mis padres, pero mi padre no duerme en ella porque no está en casa, porque está en Sudáfrica, y no viene a vernos ni nos trae cosas, y por eso mi madre a veces se preocupa, a veces se enfada y a veces se desilusiona. Porque mi padre no hace nada por nosotros, se queja mi madre. No hace nada por esta casa de chapa, ni por Paraíso, ni por la comida que nos falta, ni por la ropa que mi madre querría tener, ni por todo lo demás.

Mi madre está ahora sentada en la cama, lo sé por el ruido que hace el colchón. El sonido es distinto dependiendo de cómo se deje caer el cuerpo sobre la cama. Mi madre está en silencio; no sé en qué estará pensando. A veces se queda así, callada, agarrándose la cabeza con las dos manos como si fuera un melón gordo, como si alguien le hubiera dicho: Ten cuidado que no se te caiga la cabeza al suelo y se rompa en mil trocitos rojos.

Se oyen unos golpes muy suaves en la puerta. Es ese hombre otra vez. No sé cómo se llama, pero sólo puede ser él porque siempre llama cinco veces, ni cuatro ni seis, cinco, y siempre muy flojito, como si le diera miedo abollar la chapa. Mi madre me cubre la cabeza con las mantas y apaga la vela, antes de abrir la puerta. Lo que no sabe es que la mayoría de las veces estoy despierta, porque soy una liebre.

Oigo cómo se abre la puerta con un crujido. Oigo cómo mi madre susurra algo al hombre, y cómo el hombre le responde con otro susurro. No oigo bien las palabras, porque hablan como si estuvieran robando.

Ahora mi madre se ríe. Me gusta cuando se ríe así. Es como se reía antes, cuando vivíamos en una casa de verdad. No sé qué le ha dicho el hombre para que se ría así. Tampoco sé cómo es él. No tengo ni idea de cómo es, porque nunca le veo la cara en la oscuridad. Ni siquiera sé cómo se llama. Lo que sí sé es que no me gusta. Nunca pregunta por mí, como si yo fuera un país que está muy lejos. Y además nunca nos trae nada. Lo único que hace es venir en la oscuridad como un fantasma y meterse en la cama con mi madre.

Ahora mi madre está gimiendo y él jadea. Y la cama empieza a moverse como si fuera un tren que se dirige a un sitio importante adonde hay que llegar con mucha urgencia. El tren se para y los deja en la cama de plástico, y el hombre lanza un gruñido descomunal. Luego mi madre y el hombre se quedan quietos y ya no oigo nada más, sólo su pesada respiración. Quizá estén dormidos, aunque por la mañana el hombre se habrá marchado, porque se levanta y se escabulle por la noche y, cuando llega el día, ya no está, nunca está, como si hubiera hecho algo demasiado espantoso como para ser visto a la luz.

Ahora estoy contando mentalmente, porque así no me duermo. Nadie sabe que a veces no duermo. Soy una liebre. Pero es que aunque desee dormir no soy capaz de hacerlo, porque si me duermo tengo ese sueño, y no quiero tenerlo. Me dan miedo las gigantescas excavadoras y esos hombres y la policía, me da miedo que, si acabo durmiéndome, todos ellos salgan de mi sueño y se hagan reales. Sueño con lo que pasó en nuestra casa, antes de que viniéramos a Paraíso. Intento apartarlo, rechazarlo, pero el sueño vuelve una y otra vez, como las abejas, como la lluvia, como los muertos de las tumbas de Heavenway.

En mi sueño, que no es del todo un sueño porque todo aquello pasó de verdad, aparecen unas excavadoras rugiendo furiosas. Primero, antes de verlas, las oímos. Thamu, Josephat, Ncane, Mudiwa, Verona y yo estamos fuera, jugando con la nueva pelota de fútbol de More, y entonces oímos un trueno. Y Ncane pregunta: ¿Eso qué es? Y Josephat contesta: Es la lluvia. Y yo digo: No, son los aviones. Y entonces viene el abuelo de Maneru corriendo por Freedom Street, sin su bastón, y gritando: ¡Ahí vienen! ¡Por Dios bendito, que vienen! Y todo el mundo está en la calle y estira el cuello, porque quiere ver. Y entonces mi madre grita: ¡Darlingentraencasaahoramismo!, pero para entonces las excavadoras ya están muy cerca, grandes, amarillas y terribles con sus dientes metálicos, levantando polvo a su paso.

Los hombres que conducen las excavadoras se ríen. Y oigo decir a los adultos: ¿Por qué, por qué, por qué, qué hemos hecho, qué hemos hecho, qué hemos hecho? Y entonces llegan los camiones con policías que llevan armas y porras, y nosotros echamos a correr y nos escondemos dentro de las casas, pero no sirve de nada esconderse porque las excavadoras lo destrozan todo, mientras nosotros gritamos y gritamos. Los padres mueven las manos en el aire como si fueran mujeres, dicen cosas, furiosos, y dan patadas a las piedras. Las mujeres llaman a los niños a gritos para ver dónde estamos

y cogen cosas de las casas: platos, ropa, una biblia, comida, todo lo que pueden. Y hay polvo por todas partes porque están echando abajo las paredes, y el polvo se nos mete entre el pelo y en la boca y en la nariz, y nos hace toser sin parar.

Las excavadoras derriban nuestra casa, y la casa de Ncane y la casa de Josephat y la de Bongi y la de Sibó y muchas otras. Kabumba-kabumba-kabumba: hombres que conducen metal, metal que golpea ladrillo, ladrillo que se hace pedazos. Cuando llegan a la casa de Mai Tari, ella se lanza delante de la excavadora y dice: *Kwete!* ¡Tendréis que pasar por encima de mí para que os permita derribar mi casa, mierdas de perro! Un policía feo le apunta con la pistola a la cabeza para que se mueva y ella dice: Mátame, mátame ahora mismo, porque no tienes vergüenza, serías capaz de matar a tu propia madre y comértela, *imbwa!* El policía no mata a Mai Tari, pero le da un golpe con la pistola en la cabeza, porque todo el mundo lo está mirando y parece que tiene que hacer algo importante. Mai Tari sangra a borbotones por la cabeza y las botas del policía acaban teñidas de un rojo muy vivo.

Cuando por fin se van las excavadoras, todo está roto, todo está destrozado, todo es una ruina. Todo son caras tristes, todo es polvo asfixiante, todo son paredes y ladrillos hechos pedazos, todo son lágrimas. Con los pies descalzos, Gayigusu da patadas a los tochos rotos, se arranca la camisa y, señalando la terrible cicatriz que le recorre la espalda, grita: ¡Esto me lo hicieron en la guerra de liberación, *salilwelilizwe leli*, luchamos por este maldito *lizwe mani*, los pusimos en el poder y hoy se vuelven contra nosotros como una serpiente, *mpthu!* Y escupe. El padre de Musa está de pie con las manos en los bolsillos y no dice nada, pero la parte delantera de sus pantalones está mojada. La pequeña Tendai lo señala y se ríe.

Y entonces aparece Nomviyo, que vuelve de la ciudad y viene corriendo

desde la parada del autobús con sus tacones rojos. Y cuando ve todas las casas destrozadas, deja caer la compra y las bolsas que lleva, y se pone a gritar: ¡Mi hijo, mi hijo! ¿Qué ha pasado? ¡He dejado a mi Libertad aquí dormido! Todos la ayudan a escarbar entre las ruinas, y entonces aparece Makubongwe con Libertad en los brazos, y su cuerpecito está tan flácido y cubierto de polvo que parece más bien una cosa, no un bebé. Nomviyo mira esa cosa que en realidad es su hijo y se tira al suelo y se revuelca y se rasga la ropa hasta que lo único que le queda puesto son las bragas y el sujetador negro. Las madres nos ordenan a gritos que nos tapemos los ojos con las manos, y todos nos los tapamos, pero yo abro los dedos para poder ver. Nomviyo llora y golpea el suelo con la cabeza y las manos, hasta que alguien la envuelve en una manta gris y se la lleva.

Luego, más tarde, llega gente con cámaras y camisetas de la BBC y la CNN, y todos ellos menean la cabeza y miran, y nos sacan fotos como si fuéramos guapos, y uno de ellos dice: Es como si hubiera pasado un tsunami, joder, es como si por aquí hubiera pasado un puto tsunami. Y le pregunto a Verona: ¿Qué es un puto tsunami? Y Verona me contesta que un puto tsunami camina por el agua como Jesús, sólo que es un diablo: ¿No lo viste aquella vez en la tele, cuando salió del agua en otro país y mató a un montón de gente?

Es una pesadilla y no quiero que vuelva, por eso soy una liebre. Ahora el hombre que ha venido a ver a mi madre está roncando. Odio a la gente que ronca porque es un sonido horrible, y así no hay quien duerma. MadreAmor está cantando ahí fuera. Nadie más canta así en Paraíso, con una voz que vibra como la fruta madura que coges y te metes en la boca y entonces sientes su dulzor. Cuando oímos cantar a MadreAmor, sabemos que ya ha abierto su bar clandestino al que la gente va a beber.

El día que los adultos van a votar, nos quedamos en el límite de Paraíso, cerca del cementerio, para ver cómo se marchan. Caminan en silencio, no se oye el parloteo de los días anteriores. Nosotros tampoco decimos nada porque nunca los habíamos visto así, tan callados. Nos gustaría que abrieran la boca y hablaran, que hablaran de las elecciones, de la democracia y de un país nuevo, como han estado haciendo hasta ahora. Nos gustaría que volvieran la cabeza y nos dijeran que cuidado con lo que hacemos mientras no están. Nos gustaría que dijeran algo, cualquier cosa, pero ellos sólo guardan silencio como si de

pronto se sintieran inseguros, como si alguien se les hubiera acercado mientras dormían y les hubiera cortado la lengua.

Cuando por fin desaparecen por la carretera de Mzilikazi, no salimos disparados hacia Budapest, aunque seamos libres de hacer lo que nos dé la gana. No vamos a Heavenway a leer los nombres de los muertos, ni nos ponemos a encender una hoguera ni nos metemos en las chabolas para probarnos la ropa de los adultos o trastear en sus cosas. No jugamos a Buscar a Bin Laden ni al juego de los países ni a Andy-Over ni a nada; simplemente nos vamos y nos quedamos, toda la mañana y toda la tarde, sentados en silencio debajo del jacarandá.

A lo mejor no vuelven, dice Sabediós. Nadie le contesta, lo cual significa que no queremos ni pensar que los adultos no vayan a volver.

A lo mejor hay una fiesta y ahora mismo están todos hinchándose a comer y a beber, sin nosotros, añade Sabediós. Seguimos mirando a lo lejos, hacia la explanada por donde se supone que aparecerán los adultos. Pero lo único que vemos son árboles y hierba seca y tierra marrón, el Fambeki y el vacío.

O a lo mejor están votando todavía. Puede que todos los adultos de este país hayan ido a votar por el cambio, y sean tantos que la cola sea infinita. A lo mejor la cola no avanza, como cuando tienes que esperar al médico. Puede que la cola no se acabe nunca, insiste Sabediós.

A alguien le ruge el estómago, y eso me recuerda que tengo hambre. Todos tenemos hambre, pero ahora mismo nos da igual. Lo único que queremos es que vuelvan los adultos, tenemos tantas ganas de verlos aparecer que es como si fuéramos a comérmolos en cuanto lo hagan.

Van a volver. Puede que estén ya al otro lado del Fambeki y los veamos aparecer en cualquier momento, dice Sabediós. Se ha puesto en pie, y tiene las dos manos sobre esa cabeza suya que parece un huevo. Y entonces se pone a llover, como si Sabediós hubiera provocado la lluvia con tanta cháchara. Es una lluvia fina, de esas que sólo te lamen. Nos quedamos sentados debajo del jacarandá, con el delicioso aroma a tierra a nuestro alrededor.

Yo quiero que vuelva mi madre, dice Sabediós al cabo de un rato, con la voz ahogada por la lluvia, y cuando lo miro veo que tiene la cara mojada y no sé si es por la lluvia o por las lágrimas. Y pienso que yo también quiero que vuelva mi madre, todos queremos que vuelvan nuestras madres, aunque cuando están aquí no les hagamos ni caso. Y entonces, en un santiamén, antes incluso de que estemos realmente mojados, deja de llover y sale un sol abrasador,

como si quisiera demostrarle a la lluvia quién manda. Nos quedamos allí sentados, cociéndonos.

Para cuando vuelven los adultos, estamos todos mareados de tanto esperar. Vemos aparecer a los primeros detrás del Fambeki y nos ponemos en pie. Caminan como si flotaran y hablan con las manos y, aunque están lejos, nos damos cuenta de que están contentos. Se nos olvida que en realidad no son nuestros amigos y salimos a recibirlos. Nos pegamos a sus cuerpos, y ellos nos cogen con las manos manchadas de tinta negra, porque así es como han votado, nos cuentan, con sus huellas dactilares. Nos levantan y nos lanzan por los aires, tan arriba que vemos el azul del cielo tan cerca que podríamos sacar la lengua y chuparlo.

Esa noche no duerme nadie. Todos vamos a la chabola de MadreAmor, que es la más grande de Paraíso. Es tan grande que los adultos ni siquiera tienen que agacharse dentro. Durante el día, MadreAmor se dedica a preparar un licor en un gigantesco *madramuz* de metal, y por la noche la gente va a su casa a beber. La chabola está pintada de un color muy curioso, y cuando llega la oscuridad la pintura brilla como si estuviera viva. Siempre esperamos a que se encienda la pintura por la noche, y cuando lo hace, salimos disparados hacia la luz, conteniendo la respiración como si estuviéramos debajo del agua. Llegamos a la chabola, la tocamos con las yemas de los dedos y nos vamos corriendo por donde hemos venido, gritando: ¡Fuego! ¡Fuego!

Nos apretujamos en la chabola de MadreAmor como granos de arena, y dentro hace un calor sofocante y huele a sudor de adultos y a sobacos y a licor. Los adultos se pasan el licor unos a otros, incluso nos lo pasan a nosotros, porque se acerca el cambio, nos cuentan. No bebemos el licor porque hace que nos ardan los labios y nos pique la nariz, así que nos quedamos allí, de brazos cruzados, viendo cómo los adultos beben y se queman la garganta, cómo ríen, hablan y todo eso.

Y entonces MadreAmor se coloca junto a una imagen enorme de Jesús y se pone a cantar. Al principio se hace un silencio, como si la gente no supiera a qué viene la música, pero luego todos empiezan a balancearse y, al cabo de nada, todos están dando vueltas, contoneándose, retorciéndose, deslizando los pies por el suelo y moviéndose al ritmo de la música. MadreAmor tiene los ojos cerrados y el rostro vuelto hacia el cielo, como si estuviera saboreando el aire cargado. Como casi no abre la boca, podría pensarse que no quiere cantar, pero es como si la voz le hirviera dentro y saliera y caldeara todavía

más la sala. Y entonces los adultos nos cogen en brazos y nos dan volteretas en el aire, pegando su piel sudorosa y cálida contra la nuestra.

Preparaos, preparaos para un país nuevo, se acabó Paraíso, nos dicen cuando nos dejan en el suelo. Dicen «Paraíso» como si no fueran a decirlo nunca más: el «pa» suena como una pompa explotando, cuando dicen el «ra» hacen vibrar mucho la lengua, luego abren la mandíbula todo lo que pueden para decir la «i», y al final, cuando sueltan el aire para pronunciar el «so», sisean como las ruedas de un autobús. Y cuando lo dicen así, Pa-ra-í-so, sabemos que es un sitio del que pronto nos marcharemos, como en la Biblia, cuando aquella gente se fue de ese lugar horrible, y el viejo aquel que tenía una barba como Papá Noel golpeó el suelo con una vara y de pronto apareció un río detrás de ellos.

Cómo aparecieron

No vinieron a Paraíso. Decir que vinieron significaría que pudieron decidir. Que primero miraron el sol, se sentaron con las piernas cruzadas, se hurgaron entre los dientes y consideraron la idea. Significaría que tuvieron tiempo de contemplar su reflejo en el espejo, tal vez de palmearse el pelo, ajustarse el cinturón o mirar sus relojes de muñeca antes de volverse hacia el camino rojo y finalmente anunciar: Estamos listos. No vinieron, no. Simplemente aparecieron.

Aparecieron de uno en uno, de dos en dos, de tres en tres. Aparecieron en fila india, como hormigas; en enjambres, como moscas; en furiosas oleadas, como un mar embravecido. Aparecieron a primera hora de la mañana, por la tarde, en mitad de la noche. Aparecieron como seres de otro mundo, con el polvo de sus casas derruidas pegado al pelo, a la piel y a la ropa. Aparecieron agotados tras la larga caminata, con los tobillos hinchados y los pies llenos de ampollas. Aparecieron con palos con los que marcaron en el suelo dónde empezaría y terminaría cada chabola, con palos que se pasaban con cuidado para dividir la nueva tierra con manos temblorosas, como si estuvieran haciendo un sacrificio. Y así, agachados para marcar el suelo, se los veía rotos, personas hechas añicos, como el cristal.

Aparecieron con chapa, cartón, plástico, clavos y otras cosas con las que construir, e intentaron aparentar calma mientras levantaban sus chabolas, clavando chapa sobre chapa, trozo a trozo, mirando valientemente al cielo y diciéndose a sí mismos y unos a otros que incluso aquí, en este extraño y nuevo lugar, el cielo seguía siendo del mismo color azul, señal de que todo saldría bien. Pero aparecieron demasiados, y sin las cosas con las que deberían haber aparecido.

Mujer, ¿dónde está el taburete negro de mi abuelo? No lo veo por ningún lado.

¿Te has vuelto loco o qué? ¡Ni siquiera tengo bastante ropa para los niños, y tú aquí, hablando del taburete de tu abuelo muerto!

Sabes que tenía que quedarse en la familia: mi tatarabuelo Sindimba se lo dejó a su hijo Salile, que se lo pasó a su hijo Ngalo, quien se lo cedió a su hijo Mabhada, que me lo dejó a mí, Mzilawulandelwa, para que yo se lo pasase a mi hijo Vulindlela. ¡Y ha desaparecido! ¿Ahora qué hacemos?

No he sido yo quien ha matado a Jesucristo y a Mbuya Nehanda; ¿por qué no vas a protestarles a todos los que lo han hecho?

Lo único que digo es que en ese taburete está toda mi historia...

Y así, lloraban por la muerte de su pasado.

Algunos se quedaron mudos, sin palabras, y durante mucho tiempo vagaron en silencio, como muertos que hubieran regresado del más allá. Pero luego, con el tiempo, recordaron cómo se abría la boca, y sus voces volvieron como ladrones sigilosos en la oscuridad, y esto es lo que dijeron:

No deberían habernos hecho esto, no, no deberían haberlo hecho. *Salilwelilizwe leli*, nosotros luchamos para liberar este país.

¿No era así antes de la independencia? ¿No recuerdas como los blancos nos echaron de nuestra tierra y nos metieron en esas miserables reservas? Yo estaba allí, y tú también, ¿y no era exactamente igual que esto?

No, éstos no eran más que canallas blancos que vinieron a robarnos la tierra y a convertirnos en indigentes en nuestro propio país.

Ya, ¿y es que ahora no eres un indigente? ¿Esos negros no son también unos canallas por haber destruido tu casa y haberte dejado sin nada?

Estáis muy equivocados. Es mejor que te robe un ladrón blanco que tu propio hermano negro. Mejor un maldito ladrón blanco.

Es lo mismo y no lo es. Pero ¿qué más da? Aquí estamos. Aquí, en Paraíso, sin nada. Y no tenían nada más allá de sus recuerdos, por supuesto. Sus propios recuerdos y los que les transmitieron sus madres y las madres de sus madres.

Algunos aparecieron con niños en los brazos. Muchos otros, con niños de la mano. Y los niños parecían perplejos: no entendían lo que les estaba pasando. Los padres los estrechaban contra su pecho y, con las palmas encallecidas, les acariciaban las cabezas polvorientas y desgredadas, intentando consolarlos, aunque en realidad no sabían muy bien qué decir. Poco a poco, los niños se dieron por vencidos y dejaron de hacer preguntas, y sencillamente parecía que se hubieran quedado vacíos, como si su infancia hubiera huido dejando atrás tan sólo los huesos de su sombra.

MadreAmor apareció con unos enormes barriles para destilar un licor fuerte

que haría olvidar a la gente. Apareció también con canciones en la garganta y con sacos llenos de los vestidos más coloridos. A pesar de todo, se negaba a aparecer como una cosa abatida por las circunstancias.

Por lo general, los hombres se hacían los fuertes: andaban erguidos, con la cabeza alta, los brazos firmes a los costados y los pies clavados en la tierra como árboles. Sólidos muros de Jericó. Pero cuando se iban a los matorrales a aliviarse y nadie los veía, se venían abajo como torres derrumbadas y lloraban con el penoso dolor de las concubinas olvidadas.

Y cuando volvían con sus mujeres e hijos y con todos los demás, hundían las manos en sus bolsillos rotos hasta que se tocaban los muslos secos, apartaban a patadas las piedras de su camino y se erguían de nuevo como muros; aun así, a las mujeres, que conocían toda clase de llanto y sabían todo lo que hay que saber sobre lo que significa derrumbarse, no las engañaban. Y las mujeres se levantaban despacio de los hogares, se sacudían el polvo de las faldas y se plantaban como rocas delante de sus hombres y sus niños y sus chabolas, y sólo entonces todo aquello parecía casi tolerable.

Necesitamos nombres nuevos

Hoy nos vamos a librar de la barriga de Chipó de una vez por todas. En primer lugar, nos estorba cuando jugamos y, en segundo lugar, si dejamos que tenga el niño, Chipó morirá. Ayer oímos hablar a las mujeres sobre Nosizi, esa chica baja y de piel clara que se quedó con el marido de MaDumane cuando MaDumane se fue a Namibia para servir en una casa. Nosizi está muerta ahora, por haber dado a luz. El parto puede matarte.

Salimos de Paraíso con mucho cuidado, porque los adultos no deben enterarse. Hemos dejado fuera a los niños, Bastardo, Sabediós y Stina, porque esto es un asunto de mujeres, así que sólo estamos Sbho, Perdón y yo. Perdón no es una amiga-amiga, porque su familia llegó a Paraíso hace muy poco, así que aún no la conocemos bien. Y además ni siquiera es como nosotros: si la miras con atención, te das cuenta de que tiene la piel demasiado clara y de que su pelo no acaba

de rizarse. Quizá ya nació así, distinta, o a lo mejor Dios no tenía claro si hacerla blanca o negra, ni siquiera albina. De momento, todavía estamos estudiándola para averiguar de qué va, pero hoy la dejamos venir porque Sbho y yo necesitamos una persona extra, ya que la propia Chipó no puede ayudar.

Lo vamos a hacer en la *mphafa* que hay detrás de Heavenway, puesto que es un árbol con una buena sombra. Lo primero que hace Sbho es extender en el suelo el *ntsaro* de su madre. No nos ha dicho cómo ha conseguido el *ntsaro*, pero sé que lo ha robado porque ninguna madre de Paraíso le daría sus cosas a nadie para que las tirara al suelo. Chipó no pierde el tiempo, quizá porque tiene miedo de morirse, y enseguida se tumba en el *ntsaro*, entrecerrando los ojos contra la luz del sol.

Empiezo a reunir piedrecitas, y cuando ya he cogido como unas siete, cambio de opinión. Las tiro y me pongo a recoger piedras de tamaño medio. Todavía no he decidido qué es lo que vamos a hacer con ellas, pero como nadie me dice nada ni me para, sigo cogiendo piedras y más piedras. Y más piedras. Puede que las use para aplastar la barriga, no sé. En poco tiempo he

amontonado una buena pila junto a Chipó, cerca de su hombro. Le doy unas palmaditas al montón para asegurarme de que no va a desmoronarse.

Perdón ha encontrado una percha oxidada y está trasteando con ella. No le preguntamos para qué es, pero yo me apoyo en el árbol para observar lo que hace. Se muerde el labio inferior mientras desdobra el alambre, que se le resiste. Sbho sale de detrás de un arbusto con una taza de metal abollada, la mitad de un cinturón marrón de hombre y una cosa redonda y morada que no sé qué es. Pone los objetos junto a mis piedras, y así, junto, el montón de piedras y cosas empieza a parecer una colección importante. Chipó nos sonrío, y sabemos que está contenta porque no va a morirse, porque no vamos a dejar que se muera.

¿Tienes ganas de hacer pis?, pregunta Sbho, mirándome.

No, no tengo ganas, ¿por qué?

Porque necesitamos pis.

¿Necesitamos pis?

Bueno, yo puedo hacer pis, dice Perdón, pero Sbho ni siquiera la mira.

He hecho pis justo antes de venir, así que a mí no me queda nada de pis, dice Sbho.

He dicho que yo puedo hacer pis, repite Perdón, esta vez alzando la voz. Ya casi ha terminado de enderezar la percha.

Ya te he oído, ¿te crees que estoy sorda? Tiene que ser mi pis o el de Darling, a ti todavía no te conocemos, ¿o es que no te acuerdas?, dice Sbho, y yo sonrío porque me gusta que Sbho haya puesto en su sitio a Perdón.

Vale, voy a hacer pis, digo, sintiéndome muy importante. Quiero hacer pis.

Hazlo aquí, y Sbho me da la taza abollada. Dentro hay una araña con su tela, así que cojo un palo para aplastar a la araña, pero en el último momento decido darle la vuelta a

la taza y golpearla contra una piedra. La araña se larga, y quito la telaraña con el palo. Dejo la taza en el suelo y me agacho sobre ella, de espaldas, para no tener que mirar a nadie a la cara mientras hago pis.

Al principio sólo salen unas gotitas; eso pasa con el pis, que si alguien mira, no sale. Luego más gotitas, como si estuviera estrujando un limón, así que cierro los ojos con fuerza y me concentro.

¿Por qué tardas tanto?, pregunta Perdón irritada, como si tuviera derecho a decir algo.

Déjala en paz, ¿acaso está meando con tu cosa?, le suelta Sbho.

Y entonces, cuando ya empiezo a pensar que el pis no va a salir, va y sale, así que me vuelvo y le clavo a Perdón una mirada que dice: Atrévete ahora a decir algo, ¿eh, eh?, ¿eh, eh? Luego, con cuidado, cojo la taza, que ahora está calentita y llena de espuma hasta la mitad, y se la doy a Sbho, que le echa un poco de tierra y lo remueve todo con un palo y se la pasa a Chipó, y ella se incorpora y se bebe la orina sin hacer preguntas.

Sbho le pide a Chipó que vuelva a tumbarse, y entonces se arrodilla y le levanta el vestido hasta el pecho y deja al descubierto su barriga abultada. Debajo del vestido, Chipó lleva unos pantalones cortos de niño, de color caqui. Tiene una cicatriz larga en el muslo, de una herida que se hizo la vez que se clavó una rama rota, cuando estábamos robando guayabas y salieron de repente los dueños y tuvimos que bajar corriendo del árbol y al final incluso nos persiguieron por la carretera. Sbho y yo le hincamos los dedos en la barriga a Chipó. Por arriba la tiene dura, como si hubiera tragado piedras, pero por los lados está blanda.

Me hace cosquillas, dice Chipó, ahora que vuelve a hablar. Se tapa la cara con las manos, y se ríe con tantas ganas que dejo de presionarle la barriga y me lanzo a los sobacos, donde sé que hace cosquillas de verdad. Chipó se ríe como una loca, tanto que se le saltan las lágrimas, pero entonces Perdón dice: Chist, como sigáis haciendo tanto ruido nos van a descubrir. Dejo de hacerle cosquillas a Chipó y apuñalo a Perdón con la mirada. Porque, vamos a ver, ¿quién se ha creído que es?

Ahora Sbho ha empezado a hacerle un masaje a Chipó, así que yo hago lo mismo. Masajeamos y masajeamos la piel, hasta que Chipó cierra los ojos. Se le cae la baba por un lado de la boca, y le digo que se la limpie porque es asqueroso.

Esto es lo que hacen en *er*, dice Sbho. Y yo pienso: «¿Qué es *er*?», pero, como no me acuerdo, no digo nada. Perdón tampoco dice nada, está claro que ella tampoco sabe lo que es.

Lo vi en la tele en Harare, cuando fui a visitar a Sekuru Godi. *er* es lo que hacen en un hospital de América. Para hacer esto bien, necesitamos nombres nuevos. Yo seré la doctora Bullet, que es muy guapa, y tú serás el doctor Ross, que es alto, dice Sbho, haciéndome un gesto con la cabeza.

No quiero ser un hombre, protesto.

Ya, pues sólo me acuerdo de él, así que, o eres ese doctor, o no eres nada,

dice Sbho, haciendo como si cortara la barriga de Chipó.

Y tú, tú eres el doctor Cutter, le dice a Perdón, y Perdón escupe y no le hace ni caso.

¿Y yo quién soy?, pregunta Chipó.

¿Tú? Tú eres una paciente, a los pacientes se los llama «pacientes» y ya está.

El doctor Cutter ha terminado de desmontar la percha y ahora intenta estirla. Y entonces pienso que, hace un rato, la doctora Bullet y yo hemos recogido las piedras, la taza metálica y el cinturón, y ahora estamos frotando la barriga de la paciente sin la ayuda del doctor Cutter, y de pronto caigo en que a lo mejor el doctor Cutter se está escaqueando para no echarnos una mano.

¿Por qué no estás haciendo nada?, le pregunto al doctor Cutter.

¿Cómo? ¿No ves que estoy liada con esto?, y me apunta con la percha a la cabeza como si quisiera clavármela en el ojo. Chasqueo la lengua y la aparto de un manotazo.

¿Y qué? Eso no es hacer nada. Mira todo lo que la doctora Bullet y yo hemos hecho solas, mira lo que estamos haciendo.

Ya, pues para librarse de una barriga como ésa hace falta una percha.

¿Y eso quién te lo ha dicho?, pregunta la doctora Bullet.

No es verdad, está mintiendo, contesto yo.

Sí que es verdad. No se puede hacer sin una percha, eso lo sabe todo el mundo. Hasta esas piedras lo saben. Es de sentido común, insiste el doctor Cutter.

La paciente se incorpora y se apoya sobre los codos. Luego vuelve a tumbarse mirando hacia arriba, puede que a las ramas, puede que al cielo. El doctor Cutter coge una piedra, se acerca a una roca plana y se pone a aporrear la percha con la piedra para ponerla bien recta, y eso hace saltar pequeñas chispas.

¿Y qué es exactamente lo que piensas hacer con una percha?, pregunto.

Quitar la barriga, contesta el doctor Cutter.

Sí, eso ya lo sabemos, pero ¿cómo?, dice la doctora Bullet.

Ya lo veréis, interviene el doctor Cutter.

Siento los brazos cansados de tanto frotar la barriga de la paciente, así que paro y me quedo en cuclillas. Pero la doctora Bullet no para, sigue y sigue

masajeando y cuando pega la oreja a la barriga, no le pregunto qué hace escuchando una barriga de esa manera.

Ojalá tuviera un estetoscopio, dice la doctora Bullet, aunque yo no sé qué es eso.

Pues yo quiero una muñeca, dice la paciente. Una muñeca de verdad, con una pila que se pueda apagar cuando quieras que deje de llorar.

Cuando me vaya a América a vivir con la tía Fostalina, te mandaré la muñeca. Allí hay muchas cosas bonitas. La paciente me mira como si yo no hubiera dicho nada.

El doctor Cutter acaba con la percha y la pone junto a la paciente. La ha dejado de lo más derecha, como si en la vida hubiera estado doblada. Entonces se arrodilla y tira de los pantalones cortos de niño que lleva la paciente.

Espera, ¿qué haces?, pregunta la paciente riéndose, pero el doctor Cutter sigue tirando de los pantalones cortos. La paciente se sienta y se los sube de golpe.

¡Te he preguntado que qué estás haciendo!, insiste la paciente, ahora ya mirándola mal.

Quitarte los pantalones. Tienes que estar desnuda, contesta el doctor Cutter muy serio.

De eso, nada. Si me quito el pantalón, me veréis mi cosa, dice la paciente, cruzando las piernas. Nos mira a la doctora Bullet y a mí, para ver si también creemos que tiene que quitarse el pantalón. Frunzo el ceño y niego con la cabeza, y ella vuelve a bajarse el vestido hasta los muslos.

¿Para qué quieres verle la cosa? Mírate la tuya si tienes ganas de ver una, le suelta la doctora Bullet al doctor Cutter.

Porque es lo que hay que hacer. La percha tiene que entrar por la cosa. Se empuja hasta que está toda dentro, hasta que llega a la barriga, donde está el niño, entonces lo enganchas y lo sacas. Lo sé porque oí a mi hermana y a su amiga, que hablaban de cómo se hace, dice el doctor Cutter. Tiene la percha en el aire, y la mueve hacia delante y la tuerce para enseñarnos cómo se hace. Nos quedamos calladas un momento, viendo la danza del alambre e intentando entenderlo. No veo nada en la cara de la doctora Bullet que me diga si vamos a seguir con esto o qué. La doctora Bullet tiene la vista clavada en las ramas del árbol, y los labios muy apretados. Creo que está pensando.

A ver, ¿eso duele?, pregunta por fin.

¿Cómo quieres que lo sepa? No es que lo haya hecho antes. Pero no vamos a rajar a nadie, así que ¿cómo va a doler?

Eso es mentira, dice la paciente, con las piernas muy juntas y la cara desencajada, como si ya tuviera la percha dentro. Me fijo en que tiene los ojos muy abiertos, está asustada. Me recuerdan a los ojos de la mujer que colgaba del árbol, la mujer a la que le robamos los zapatos.

Vale, pero ¿quieres morirte o no?, pregunta el doctor Cutter, con voz tajante.

¿Acaso no sabes que si utilizas una percha sale sangre? No puede salir sangre porque la gente se enteraría, dice la doctora Bullet.

Bueno, y entonces ¿qué?, pregunta el doctor Cutter, y coge la percha y la clava en la tierra, y eso levanta polvo, que me cae en el vestido y tengo que sacudírmelo. El doctor Cutter se levanta y se aleja, se detiene delante de un matorral, separa las piernas, se sube el vestido y se pone a hacer pis.

No veo llegar a MadreAmor, pero de pronto huelo a limón y alzo la vista, y ahí está, la tenemos encima, y su sombra alargada cae sobre todas nuestras cosas. Frunce el ceño y mira a su alrededor con la nariz arrugada. En su túnica verde hay mariposas amarillas volando. Estamos a punto de levantarnos, pero nos dice que no nos movamos.

Por Dios, ¿qué está pasando aquí?, pregunta.

Perdón ha terminado de hacer pis y echa a correr, pero MadreAmor la llama de inmediato y le señala el suelo, al lado de Sbho. Perdón se sienta como un perro al que le has dicho que se siente. Me retuerzo las manos, pensando en lo que puede pasar si MadreAmor nos lleva de vuelta al poblado y se chiva a nuestras madres. Preferiría que me pegara ella misma, aquí y ahora; preferiría que me pegara cualquiera, hasta el mismísimo Satanás, antes que mi madre. Cuando mi madre me pega, es como si quisiera hacerme sangrar y romperme los huesos, como si quisiera matarme y enterrarme en Heavenway.

¿Queréis decirme qué demonios está pasando aquí? MadreAmor nos mira una a una a la cara. Aparto la mirada, y me fijo en la gente de la iglesia, que está subiendo al Fambeki para las oraciones de la tarde, y casi deseo que recen por

mí, para que pueda escapar de ésta.

Mírame cuando te hablo, niña, me dice MadreAmor, y acerca mucho su cara a la mía, como si quisiera besarme. Tiene los ojos muy grandes, y es como si hubieran mojado la parte blanca en leche. Es muy guapa, pero me mira con una cara que la vuelve fea.

Bueno, ¿qué es todo esto?, insiste con el ceño fruncido. Y no me mintáis, porque tengo mejores cosas que hacer que oír mentiras.

No hemos hecho nada, dice Perdón.

Sbho empieza a hacer dibujos en el suelo con el pie. Chipó se echa a llorar.

MadreAmor se inclina para coger la percha. Su vestido barre la tierra y deja unas marcas en el suelo.

¿Qué es esto?, pregunta mirando a Chipó, que sigue llorando. MadreAmor se vuelve hacia Sbho.

¿Qué es esto?, repite.

Es una percha, contesta Sbho. Pero yo no la he dejado así. Sbho y yo miramos a Perdón, para dejar claro, sin decirlo, que ha sido ella.

Iba a... queríamos quitarle la barriga a Chipó, dice Perdón, mirando el *ntsaro*. Y entonces también se echa a llorar. Chipó alza la voz, sollozando a moco tendido.

MadreAmor mueve la cabeza, y todo su cuerpo se afloja como si fuera un saco cayéndose. Pero no está enfadada. No grita. No le pega a nadie ni nos tira de las orejas. No nos amenaza con que nos va a matar ni que se lo va a decir a nuestras madres. La miro a la cara y me encuentro con una cara espantosa de alguien que no conozco, y en la cara de esa desconocida hay dolor, la misma expresión que tienen los adultos cuando alguien se muere. Hay lágrimas en sus ojos, y se agarra el pecho como si le ardiera por dentro.

Y entonces MadreAmor tiende los brazos y abraza a Chipó. Y todas nos la quedamos mirando sin saber qué hacer, porque cuando los adultos lloran no es que se les pueda preguntar qué les pasa, y mucho menos decirles que se callen; no hay palabras para las lágrimas de los adultos. Entonces Chipó deja de llorar y rodea con los brazos a MadreAmor, aunque en realidad no le llegan para rodearla. Una mariposa morada de la suerte se posa en la cabeza de Chipó y, cuando echa a volar de nuevo, Perdón la persigue. Entonces Sbho y yo salimos corriendo detrás de Perdón, y todas nos ponemos a perseguir la mariposa, gritando para que nos dé buena suerte.

Chist

Mi padre ha vuelto a casa después de muchos años de ternos olvidadas, después de muchos años de no mandarnos dinero, de no querernos, de no venir a vernos, después de muchos años de nada de nada, y se queda plantado en medio de la chabola, incapaz de moverse, incapaz de hablar como una persona normal, incapaz de hacer nada que no sea vomitar y vomitar, Dios, no hace más que vomitar y cagarse encima, y huele como si ahí dentro hubiera algo muerto, muerto y descompuesto. Su cuerpo es como un espantoso palo negro. Cuando llego de jugar a Buscar a Bin Laden, ahí me lo encuentro.

Ahí. Tirado. En el rincón. En la cama de mi madre. Tan flaco como si se alimentara de alfileres y alambres, tan flaco que, al principio, ni siquiera lo veo debajo de las mantas. Me acerco a la cama para coger la cuerda de saltar que utilizamos para jugar a Andy-Over, y de pronto mi pa... él levanta la cabeza y entonces lo veo por primera vez. No es más que pellejo y huesos. Piel estropeada. Dientes de cocodrilo y ojos de un blanco lechoso, ahí tumbado, en la cama, hundido entre las mantas.

Al principio ni siquiera me doy cuenta de que es mi padre, así que salgo corriendo y gritando como una loca. Mi madre me da una torta y me dice chist, y señala hacia la chabola. Vuelvo hacia allí, cubriéndome la cara dolorida con una mano mientras cierro la otra formando un puño que me meto en la boca. Para cuando llegamos a la puerta, ya sé de qué se trata sin que mi madre me diga nada. Sé que es mi padre, que ha vuelto. Ha vuelto después de tantos años de ternos olvidadas.

Su voz suena como si tuviera la garganta quemada, achicharrada. Hijo mío. Mi niño, dice. Escucharlo es horrible, me dan ganas de taparme las orejas con las manos. De cerca parece un monstruo, y me entran ganas de salir corriendo otra vez, pero mi madre está ahí, con un vestido rojo y cara de pocos amigos. Mi niño, repite él, pero no le digo que soy una niña. No le digo que me deje en paz.

Y entonces levanta sus huesos y estira una garra hacia mí, y no quiero

tocarla, pero mi madre está ahí, mirando. Mirando como te mira Jesús desde el calendario de Madre de Huesos para que no peques. Me quedo ahí parada hasta que mi madre me aprieta en el cogote, y entonces me tambaleo hacia delante y casi me caigo encima de ese horrible montón de huesos. Noto la garra de mi padre dura y sudorosa, así que retiro la mano deprisa, como si hubiera tocado fuego. No quiero volver a tocarme con esa mano, ni comer con ella ni hacer nada con ella; me gustaría poder tirar esa mano y que me dieran otra.

Mi niño, dice otra vez, pero no me vuelvo para mirarlo, porque no quiero mirarlo. Y él venga a repetir, mi niño, mi niño, hasta que por fin digo: «No soy un niño, ¿estás loco? ¡Vete, sal de nuestra cama y vuelve por donde has venido con tus horribles huesos, vete y déjanos en paz!», pero lo digo todo dentro de mi cabeza. Antes de que termine de decir todo lo que quiero decir, se ha cagado encima y me siento como si estuviéramos dentro de una letrina.

Mi madre no quería que mi padre se marchara a Sudáfrica, pero en aquella época todo el mundo se iba a Sudáfrica y a otros países, algunos cerca, otros lejos, y otros muy muy lejos. Se marchaban, hubo una desbandada, y mi padre quería marcharse con todo el mundo, así que iba a marcharse y nada se lo impediría.

Todo esto se está viniendo abajo, Felistus, dijo un día mientras se desabrochaba los zapatos. Estábamos sentados a la puerta de la chabola, y mi madre estaba cocinando. Mi padre venía de algún sitio, no sé de dónde, y estaba enfadado. Entonces siempre estaba enfadado, era como si el padre bueno y gracioso que antes siempre se reía y contaba mil historias, el hombre que había sido mi padre tantos años, se hubiera ido y en su lugar hubiera un furioso desconocido. Y poco a poco fui cogiéndole miedo, miedo a ese furioso desconocido que se suponía que era mi padre.

Mi madre siguió removiendo la cazuela que tenía al fuego, sin hacerle caso. Durante aquellos días, uno sabía cuándo hablarle y cuándo no hablarle a mi padre por el tono de su voz, ese tono que podía encenderse y apagarse como las luces. El tono que estaba usando en ese momento estaba encendido.

Deberíamos habernos marchado. Deberíamos habernos largado de este maldito país cuando todo esto empezó, el día en que Mgcini se ofreció a sacarnos de aquí.

Las cosas mejorarán, dijo mi madre por fin. No hay noche tan larga que no acabe en amanecer. No va a ser siempre así, ¿no? Y, además, no podemos abandonar ahora a nuestro país.

Sí tu mujer tiene razón hijo las cosas mejorarán y el Señor Dios está aquí y no nos abandonará porque es un Dios misericordioso, dijo Madre de Huesos, frotándose las manos como si se las estuviera lavando, como si estuviera pidiendo perdón por algo, como si hiciera frío fuera. Madre de Huesos decía «Dios» como si lo conociera personalmente, como si Dios no fuera algo más grande incluso que el cielo, sino un niño pequeño y guapo, con el pelo alborotado y una camisa de Harvard a la que le faltaran botones, un niño que tartamudeara y jugara con nosotros a Buscar a Bin Laden. Ésa era la sensación que te daba cuando Madre de Huesos decía «Dios».

Entonces mi padre se echó a reír, pero no era una risa de verdad.

No lo entendéis, ¿a que no? ¿Para esto he ido a la universidad? ¿Para esto hemos conseguido la independencia? ¿Qué sentido tiene que vivamos así? ¡Explicádmelo!, dijo mi padre.

Lo único que sé es que desde luego no estoy por la labor de atravesar la frontera para vivir en un lugar en el que van a llamarme *kwerekwere*. ¿Acaso no vino Nqobile hace dos días de Hillbrow y nos contó cómo son realmente las cosas por allí?, dijo mi madre, mientras echaba más sémola de maíz en la cazuela.

Y además, toda mi familia está aquí. ¿Qué va a pasar con mis padres? Son mayores. ¿Y con tu madre? ¡Tú, fuera de aquí, imbécil, vete a jugar con tus amigos si no quieres que te corte esas orejotas que tienes!, ¿qué haces aquí escuchando?, me soltó, como hacía cada vez que tenían conversación de adultos o discutían, y esos días discutían mucho.

Mi padre se marchó no mucho después de aquello.

Y más tarde, cuando no llegaron las fotos ni las cartas ni el dinero ni la ropa ni las cosas que nos había prometido, intenté no olvidarlo buscándolo en las caras de los hombres de Paraíso, en las caras de los padres de mis amigos. Me fijaba bien en los hombres, preguntándome cuáles de sus gestos probablemente haría también mi padre, qué voz pondría, cómo sonaría su risa, cuánto pelo cubriría sus brazos y su cara.

Chist... No se lo puedes contar a nadie, pero a nadie, ¿eh?, a nadie, ¿me

entiendes?, dice mi madre, mirándome como si fuera a comerme. No le digas a nadie que tu padre ha vuelto y está enfermo. Cuando mi madre me dice eso, me la quedo mirando, nada más, sin decir ni sí ni no, sin hacer nada de nada. Ahora tengo que cuidar de mi padre como si fuera un bebé, y yo, su madre, y eso significa que, cuando mi madre y Madre de Huesos no están, no puedo ir a jugar con mis amigos, así que tengo que mentirles porque no puedo contarles la verdad.

Al principio, cuando vienen a buscarme a nuestra chabola, me pongo en la puerta y bostezo abriendo la boca todo lo que puedo y les digo que estoy cansada. Luego les digo que me duele la cabeza y que no se me pasa. Luego, que tengo la gripe. Luego, diarrea. Y no son las mentiras lo que me hace sentir mal, sino tener que mentir a mis amigos. No me gusta no ir a jugar con ellos y no me gusta mentirles porque son lo más importante para mí, y cuando no estoy con ellos, es como si ni siquiera fuera yo.

Un día estoy en la puerta, asomando sólo la cabeza, y voy y les suelto que tengo el sarampión. No sé cómo se me ha ocurrido, pero me ha salido de pronto, como si la palabra se pronunciara sola en mi boca. «Sarampión.»

¿Duele?, me pregunta Sbho, que me mira con la cabeza ladeada como se supone que tienen que hacer las madres cuando les cuentas algo serio.

Pues sí, contesto. Y luego añado: Y pica. Pronto se me harán heridas y entonces no podré salir durante unos días, les explico. No sé cómo interpretar la expresión de Stina, pero Sabediós me mira con la boca abierta. Bastardo entorna los ojos y me mira como si estuviera robando algo, y Sbho ha hecho una mueca, como si fuera ella la que estuviera enferma del sarampión. Chipó está sentada, dibujando con un palo en la tierra.

¿Y qué pasa con el Mundial?, pregunta Sabediós. ¿No vas a jugar en el Mundial? Hasta hemos encontrado una pelota de cuero de verdad en Budapest, seguro que se le olvidó a alguien ahí fuera.

A lo mejor se me ha pasado el sarampión para cuando se juegue el Mundial y puedo salir y ser Drogba, contesto, rascándome el cuello para hacer como que me pica.

¿De verdad?, dice Sabediós.

De verdad, que me muera ahora mismo si miento.

Vale, pero no puedes ser Drogba, ¿no ves que Drogba ya soy yo?, contesta Sabediós.

Mentirosa, eso es mentira, dice Bastardo. No tienes el sarampión y no estás

enferma ni lo has estado. Bastardo se aguanta sobre una sola pierna como un gallo y mastica una brizna de hierba. Me mira a los ojos, y sé que quiere que responda algo para poder soltarme él algo peor. Así estamos, todo el mundo esperando que le diga algo a Bastardo, pero no pienso abrir la boca.

Seguimos así mientras el silencio se hace grande y gordo entre nosotros, como si fuera algo que se puede tocar. Hasta que empieza la tos. Es una tos fuerte, ronca y horrible, y al principio me coge por sorpresa, pero entonces me acuerdo de que él está en la chabola. A estas alturas es demasiado tarde para intentar disimular, y mis amigos me miran a la cara, me miran y esperan que diga algo, que dé explicaciones.

Pero a mí no se me ocurre qué decir, así que me quedo ahí plantada, sudando y oyendo la tos que rebota en las paredes, rebota, rebota y rebota, y en mi cabeza digo: «Para, por favor, para para para para por favor», pero él sigue ahí, dale que dale, hasta que por fin doy media vuelta y cierro la puerta con un golpe, mientras una voz a mi espalda dice: ¡Espera!

¿Qué es lo que tienes ahí? ¿Qué?

Oigo a Bastardo cerca de la puerta, como si fuera a abrirla y a entrar o algo parecido. Echo el pestillo y le oigo decir cosas, pedirme que abra la puerta y burlarse. Cuando por fin se calla, me dejo caer al suelo y me quedo allí sentada, agotada. Vuelvo la cabeza hacia el rincón, y lo veo mirándome con esos ojos desorbitados, como si fuera un animal hipnotizado por los focos de los coches en la carretera de Mzilikazi, mirándome con esa cabeza encogida, con los labios rosados, con el tufo a enfermedad.

Tose un poco más, con un sonido espantoso que corta el aire. Su cuerpo se dobla y se sacude con cada golpe de tos, pero a mí ni siquiera me da pena porque estoy pensando: «Te odio, te odio por esto, te odio por irte a Sudáfrica y por volver enfermo, todo pellejo y huesos, te odio porque por tu culpa no puedo jugar con mis amigos.» Cuando por fin deja de toser, está empapado de sudor y respira como si alguien hubiera estado persiguiéndolo desde Budapest, subiendo y bajando por el Fambeki, y cuando pide agua, con esa voz rota, hago como que no le he oído porque lo odio por hacer que mi vida se pare así. Y pienso: «Muérete. Muérete ya para que pueda irme a jugar con mis amigos, muérete ya porque esto no es justo. Muérete, muérete, muérete. Muérete.»

Mi padre no puede subir al Fambeki porque está enfermo, así que Madre de Huesos le pide al Profeta Revelaciones Bitchington Mborro que venga a la chabola y rece por él. Nosotras estamos sentadas en un rincón, mi madre, Madre de Huesos y yo, mirando. El Profeta Revelaciones Bitchington Mborro le echa agua bendita a mi padre y luego enciende cuatro velas: una roja, puede que para el Padre; una blanca, puede que para el Hijo; una amarilla, puede que para el Espíritu Santo; y una negra, no sé para qué, quizá para la mayoría negra, que es lo que representa el negro de nuestra bandera. El Profeta Revelaciones Bitchington Mborro hace todo esto agachado, canturreando entre dientes, y al final, cuando termina, extiende un paño blanco en el suelo, se arrodilla sobre él con una biblia al lado y se pone a vociferar.

Al principio, tengo los ojos cerrados, que es lo que se supone que hay que hacer cuando alguien reza, pero luego me canso porque el Profeta Revelaciones Bitchington Mborro no hace más que gritar y gritar con su voz profunda. Para pasar el tiempo, cuento hasta cien, pero cuando acabo él sigue dale que dale. Y venga y dale y venga y dale y venga y dale y venga y dale y venga y dale y venga y dale y venga

y dale y venga y dale: Yo te conmino en el nombre de Jesucristo, demonio... Purificalo, Padre... Oh, poderoso león y sanador de los enfermos... Me presento ante ti, Jehová Jaira y bla-bla-bla. Me quedo allí sentada, mordiéndome el interior de la boca hasta que me hago sangre.

Mi padre tiene los ojos abiertos, y en su interior parecen estar esperando algo, esperando un milagro. Miro hacia un lado y veo que Madre de Huesos tiene los ojos cerrados y reza con fervor, mientras una vena se le marca en la frente. Mi madre tiene los ojos abiertos. No me lanza una mirada asesina al verme con los ojos abiertos durante la plegaria, así que me quedo como estoy, mirando.

Mi madre tiene los ojos cansados, la cara cansada. Desde que llegó mi padre, no ha parado de hacer cosas por él: cuidarlo, cocinar para él, darle de comer, cambiarlo y preocuparse por él. Se me ocurre que podría rezar por ella para que se le pase el cansancio, pero entonces me acuerdo de que he decidido que rezarle a Dios es una pérdida de tiempo. Ya puedes rezar y rezar y rezar, que nada cambia. Por ejemplo, estuve rezando para tener una casa de verdad y ropa buena y una bicicleta y varias cosas más durante mucho, mucho tiempo, y no tengo nada, ni una sola de esas cosas, por eso ahora sé que todos esos rezos por mi padre no son más que un engaño.

He pensado mucho sobre todo esto, sobre el asunto de los rezos, he reflexionado mucho, y he llegado a la conclusión de que la gente lo hace mal, que en lugar de pedir a Dios así, de buenas maneras, la gente debería exigirselo, cuestionarlo y amenazarlo con dejar de adorarlo. A lo mejor así Dios se lo replantearía e intentaría hacer las cosas bien, como se supone que las tiene que hacer. Hasta en la Biblia lo pone, en ese versículo que dice «Pedid y se os dará», y mi pregunta es: ¿Eso quién lo dijo?

Después de una eternidad, el Profeta Revelaciones Bitchington Mborro por fin dice Amén y abre los ojos. Con la manga, se seca la cabeza y la cara, que las tiene empapadas en sudor, mientras le dice a Madre de Huesos que Dios le ha mostrado que el espíritu de mi abuelo, que ha estado mucho tiempo dentro de mí, ha salido. Cuando lo oigo, sonrío, porque aunque yo nunca he sentido que tuviera nada dentro, me molestaba mucho que el Profeta Revelaciones Bitchington Mborro dijera que sí lo tenía.

Luego le explica a Madre de Huesos que eso no significa que el espíritu se haya marchado, porque lo que ha hecho es meterse en mi padre y le está devorando el cuerpo y la sangre, y lo está dejando en los huesos y sin fuerzas. Para vengarnos del espíritu y poder sanar a mi padre, según el Profeta Revelaciones Bitchington Mborro, tenemos que conseguir dos cabras blancas, gordas y vírgenes y sacrificarlas en la montaña, y por lo visto mi padre tiene que bañarse en la sangre de las cabras. Además de eso, el Profeta Revelaciones Bitchington Mborro dice que necesitará como pago quinientos dólares americanos, y que si no pueden ser dólares americanos, le vale con euros. En cuanto lo oye, mi madre se levanta y se marcha hecha una furia y dando un portazo.

Dios me ha dicho que la esposa está poseída también, en su caso por tres demonios. Uno la hace infeliz todo el tiempo, otro es el espíritu de un perro y el último le provoca mal genio, y todo eso la convierte en una mujer peligrosa. Pero primero tenemos que sanar al marido, ya que es el caso más urgente, dice el Profeta Revelaciones Bitchington Mborro, señalando a mi padre con su vara.

Cuando abro la puerta, me los encuentro en la entrada de la chabola. Mi madre se ha ido a la frontera a vender, y Madre de Huesos está en el Fambeki rezando, porque está haciendo ayuno por la salud de mi padre. No puede

permitirse comprar dos cabras vírgenes ni tiene los quinientos dólares americanos que necesita el Profeta Revelaciones Bitchington Mborro, y en el hospital no hay ni médicos ni enfermeras porque están siempre en huelga, así que esto es todo lo que Madre de Huesos puede hacer por ahora, ayunar y subir al Fambeki y rezar y rezar y rezar, aunque Dios no vaya a hacerle ni caso.

El que está ahí es tu padre, y tiene la Enfermedad, lo sabemos, dice Sabediós.

No sirve de nada esconder el sida, añade Stina. Y cada vez que oigo el nombre de la Enfermedad, me quedo sin aliento. Miro a nuestro alrededor para ver si nos ha oído alguien.

Es como esconder en un saco algo con unos cuernos enormes. Un día los cuernos rajan el saco y los ve todo el mundo, añade Stina.

¿Dónde lo ha cogido, en Sudáfrica? Cuando se marchó no estaba enfermo, ¿no?, pregunta Sabediós.

¿Quién os ha contado todo eso?, pregunto, mirándolos de uno en uno. Vuelvo a pensar en lo mucho que lo odio, pero ahora es por otro motivo. Ahora es por ponerme en esta situación en la que tengo que dar explicaciones a mis amigos y ya no sé ni cómo hacerlo, porque estoy harta de tantas mentiras.

Todo el mundo lo sabe, so tonta, dice Bastardo. Queremos entrar y verlo con nuestros propios ojos.

No hay nada que ver, digo yo. Aquí no hay nadie. Me doy cuenta de que estoy susurrando, como si hablara para mí misma.

Hemos visto salir a tu madre, y sabemos que tu abuela está en esa kaka de montaña perdiendo el tiempo, así que ¿por qué no nos dejas pasar?, vuelve a decir Bastardo, que ya está abriendo la puerta, dispuesto a entrar, como si fuera su propia casa. Entran en tropel, y los sigo como si la chabola fuera de ellos y yo estuviera de visita.

Nos arrodillamos alrededor de la cama, alrededor de mi padre, que está sentado ahí como un rey a punto de desaparecer. Es la primera vez que me acerco tanto a él sin que mi madre me obligue. Me imagino que en cualquier momento alguien se reirá de los huesos de mi padre, pero nadie hace ni un ruido; todos se quedan en silencio como si estuviéramos en la iglesia y Jesús acabara de entrar y hubiera carraspeado un par de veces. Intento no mirar a nadie a la cara, porque no quiero que vean la vergüenza en mis ojos y tampoco quiero ver la burla en los suyos.

No hablamos. Bajo esa luz débil, sólo miramos el largo bulto de huesos, la cabeza encogida, el pelo rizado, que se le ha caído casi por completo, esa cara afilada y llena de ángulos en la que los huesos sobresalen por todas partes, los labios rojizos, las feas llagas, el pellejo que se le engancha a los huesos como si lo hubieran pegado con la plancha, esas manos y esos pies que parecen garras. Y entonces me doy cuenta de que lo que en realidad da forma a la cara de una persona es la carne, y que cuando la carne desaparece lo que queda es algo que ya nadie puede reconocer.

Bastardo coge esa mano huesuda que hay junto a mi padre como si alguien se la hubiera olvidado allí cuando se iba a jugar. La envuelve con las suyas, como si fuera un huevo, y dice: ¿Cómo está usted, señor padre de Darling? Nunca he oído a Bastardo hablar así, tan educado y atento, como si sus palabras estuvieran hechas de plumas. Los demás nos inclinamos para mirar los finos labios que se mueven, la boca que se esfuerza por murmurar algo y que se da por vencida, porque las palabras tropiezan en la alfombra de llagas de sus labios y la lengua hinchada que le llena toda la boca. Vemos como deja de esforzarse por hablar, e intento imaginarme lo que sería no poder hacer una cosa tan sencilla como abrir la boca y hablar, y notar que la voz se ahoga dentro. Es una sensación aterradora.

¿Adónde pensáis que va a ir?, pregunta Sbho.

¿No ves que no puede moverse de aquí, que de aquí no va a salir nunca?, añade Chipó.

Quiero decir cuando se muera, aclara Sbho.

La miro y ella se encoge de hombros. Ya sé que mi padre está enfermo, pero me asusta la idea de que se muera y desaparezca de verdad. No es como si estuviera en Sudáfrica, por ejemplo, donde es posible decirte a ti misma, y a los demás, que igual que se fue allí, a lo mejor un día vuelve. La muerte no es así, la muerte es definitiva, como le ocurrió a esa mujer colgada del árbol. Más tarde supimos, por las cartas que tenía en los bolsillos, que sufría la Enfermedad, así que pensó que era mejor acabar de una vez y matarse. Ahora está muerta para siempre y Marava, su madre, no volverá a verla nunca más.

Al cielo. Mi padre irá al cielo, digo, aunque en realidad no creo que haya ningún cielo, pero es que no me gusta la idea de que no se vaya a ninguna parte. Y me sorprende diciendo «mi padre» como si lo quisiera más que a nada en el mundo, como si fuera mío, como si yo fuera su dueña. Y él parece un niño, ahí tumbado, incapaz de hacer nada, y entonces me dan ganas de ser

grande y fuerte para poder cogerlo y acunarlo en mis brazos.

¿Por eso Madre de Huesos está siempre rezando en esa montaña? ¿Le está rezando a Dios para que lo deje entrar en el cielo?, quiere saber Sbho.

No lo sé. A lo mejor, contesto.

El cielo es un rollo. ¿No lo visteis en el libro de dibujos que teníamos en el colegio? Es todo muy soso y blanco, no hay ni un solo color y todo está demasiado ordenado. Seguro que hay un montón de profesores pesados dándote la murga todo el rato: Haz esto, no hagas lo otro, dónde están tus zapatos, métete bien la camisa, chist, a Dios no le gusta eso y va a castigarte, baja la voz que vas a despertar a los ángeles, ve a lavarte que estás muy sucio, dice Bastardo.

Yo, cuando me muera, quiero ir a donde haya montañas de comida y música y una fiesta sin fin, y donde cantemos la canción de Jobho, dice Sabediós.

Sabediós se pone a cantar la canción de Jobho, y Sbho se une a él y nos quedamos un rato escuchándolos, hasta que al final nos ponemos todos a rascarnos y a cantar, porque Jobho es una canción con la que no tienes más remedio

que rascarte por todas partes, como hacía ese hombre enfermo de la Biblia, Job, que se pasaba todo el día rascándose las heridas cuando Dios se dedicaba a torturarlo sólo para jugar con él, para comprobar si tenía fe. Jobho te hace pedir al cielo aunque sepas que Dios anda ocupado con otras cosas y ni siquiera te va a mirar. Jobho te hace señalar al cielo y cantar a voz en grito. Nos pica, nos rascamos y señalamos, y nos pica otra vez y llenamos de salmos la chabola.

Y entonces Stina agarra la mano de padre y la mueve al ritmo de la canción, y Bastardo hace lo mismo con la otra mano. Y yo voy y también lo toco, porque en realidad no lo he tocado desde que volvió y ahora es lo que tengo que hacer porque ¿qué pensarán los demás si todo el mundo lo toca y yo no? Todos nos miramos y sonreímos, porque estamos tocándolo, lo tocamos por todas partes, como si fuera un juguete bonito que acabamos de sacar de algún cubo de la basura

en Budapest. Su cuerpo es como madera seca en mis manos, pero hay una extraña luz en sus ojos hundidos, como si se hubiera tragado el sol.

Blak Power

La temporada de las guayabas está a punto de acabar, así que ahora merodeamos por Budapest como si fuéramos animales en busca de presas. Recorremos las calles una y otra vez prestando mucha atención, y miramos tanto hacia los árboles que acabaremos todos con tortícolis. La verdad es que, aunque no hablamos de ello, sé que todos estamos pensando que la temporada se acaba, y en Budapest ya no habrá nada para nosotros durante los largos y aburridos meses antes de que empiece la próxima.

A lo mejor deberíamos empezar a robar dentro, dice Bastardo, hablando muy despacio, como si estuviera muy pensativo.

No. No somos unos gamberros, contesta Sabediós, y estoy a punto de aplaudirle por hablar con sensatez aunque sea por una vez.

Sí, nosotros no hacemos eso, añade Sbho.

Pues no sabéis lo que os perdéis, dice Bastardo, con cara de fastidio, muy serio.

Caminamos por Queens, y bajo los pies sentimos el asfalto tan caliente que quema. Al girar por la esquina de Mandela vemos a un hombre. Por su uniforme, sabemos que es un guardia de seguridad. Nunca habíamos visto guardias en Budapest, así que al principio no sabemos muy bien qué hacer. Él nos hace una señal con su porra negra para que vayamos, y como estamos demasiado cerca para dar media vuelta y salir corriendo, avanzamos hacia él.

¡A ver, ¿a qué se debe vuestra presencia en este territorio?!, nos pregunta. Estamos aquí, a su lado, pero el hombre habla a gritos como si estuviéramos en el monte Everest. Nos mira con sus ojos sucios, y nosotros le devolvemos la mirada, sin contestar, queremos saber qué pretende.

La verdad es que no sé si tiene el ceño fruncido o es así de feo. Es alto y parece que le hayan tirado el uniforme azul marino encima, de cualquier manera. En la manga izquierda, lleva un parche blanco y descolorido con el dibujo de una pistola y la palabra «SEGURIDAD» bordada en letras rojas, y en

el pecho, una chapa de la Iglesia Cristiana de Sion. Los pantalones apenas le llegan a los tobillos, y las botas están llenas de polvo. Lleva un gorro de lana negra y unos guantes a juego, con el calor que hace. Su aspecto da risa, y enseguida nos damos cuenta de que hablar con él es una pérdida de tiempo; si no estuviéramos tan cerca, probablemente estaríamos insultándolo, burlándonos de él y tirándole piedras.

Os ordeno que deis media vuelta ahora mismo y desandéis el camino. Abandonad sin demora esta circunscripción, y retiraos al agujero del que habéis salido. No quiero volver a veros bajo ninguna circunstancia, ¿me habéis entendido?, suelta el guardia, y señala hacia la carretera. Habla como si fuera el dueño de algo, pero sabemos que ni siquiera la porra que lleva en la mano es suya, que si no estuviera en esta calle no sería nada.

¿Por qué hablas así, es que has ido a la universidad? Mi primo Freddy fue y también sabe hablar ese inglés tan pomposo, dice Sabediós. Pero el guardia ni siquiera lo mira.

¿Acaso sufrís alguna disfunción auditiva?, nos pregunta, alzando la voz. Luego se inclina un poco para poner la cara a la altura de las nuestras. ¡Marchaos en este mismísimo instante!, grita de nuevo. Pero nosotros nos quedamos allí, sin movernos.

No te conocemos, responde Bastardo al final, y lanza un escupitajo. Entonces se arma una buena. El guardia se pone hecho una fiera, como si fuera un perro y alguien le hubiera tirado de la cola.

¿Quién os ha concedido permiso para realizar actividades antihigiénicas en esta calle? ¿Quién? Y mueve muy deprisa su dedo torcido, señalando primero a Bastardo y luego el escupitajo y luego a Bastardo otra vez.

¿Cómo? ¿Te estás quejando por un escupitajo? Nuestro amigo ha vomitado antes en estas calles, dice Sabediós con orgullo. ¿Y por qué no te han dado un arma ni un perro policía? ¿Y si estuviéramos armados y fuéramos peligrosos?, añade.

Exijo que lo limpies ahora mismo, le dice el guardia a Bastardo, con una expresión de lo más seria.

¿Tienes por lo menos esposas?, pregunta Sabediós.

¿Que limpie qué?, dice Bastardo.

Tu porquería. ¿Te crees que puedes venir aquí y envilecer el entorno como te dé la real gana? ¿Sabes que podría someterte a una detención ciudadana y enviar tu despreciable persona a la cárcel? De verdad quieres ver el interior

de una celda, ¿no es así, listillo? Estás deseándolo, ¿eh? ¿Quieres que te lleve?, grita el guardia. Se está acercando a Bastardo moviendo la porra con aire amenazador, como si fuera a utilizarla.

Pero ¿cómo vas a llevártelo a la cárcel? ¿Dónde está tu coche? ¿Tienes carnet de conducir?, pregunta Sabediós.

¡Tú, cierra el pico, idiota insufrible! No te pases de listo, que a ti también puedo detenerte, dice el guardia, medio volviéndose hacia Sabediós y haciendo como que le va a pegar con la porra. Se cree que Sabediós está burlándose de él, pero Sabediós es así.

Y entonces ¿dónde están las esposas y el coche patrulla, o es que para eso vas a llamar a la policía? ¿Dónde tienes el *walkie-talkie*? ¿Me dejas verlo? ¿Es verdad que en la cárcel pueden matarte?, dice Sabediós.

Eh, la semana pasada, cuando Sekuru Tendai venía a vernos, la policía lo paró en un control de carretera cerca de la ciudad, nos cuenta Sbho.

¿Le pusieron las esposas? ¿Lo metieron en la cárcel? ¿Le pegaron?, pregunta Sabediós.

No, le pidieron dinero y luego lo soltaron, contesta Sbho.

¡Cesad toda conversación ahora mismo, los dos! ¿Me habéis oído? Privaos de utilizar vuestro aparato fonador a menos que seáis requeridos, le dice el guardia a Sabediós

y Sbho, y me río por lo bajo. Luego el hombre se vuelve de nuevo hacia Bastardo.

¿Te crees que esta calle es de tu padre, niño? Has visto el cartel donde pone MANDELA y te has creído que Mandela es tu padre, ¿es eso?

Pero, ¡mira, el escupitajo ya se ha secado!, dice Stina, señalando el punto donde estaba la saliva de Bastardo, y todos gritamos y aplaudimos y nos reímos.

Así que os creéis que estoy aquí para divertirlos, ¿eh? Os pensáis que me levanto por la mañana y me pongo este uniforme meramente para vuestro disfrute, ¿no? Os pensáis que no tengo asuntos urgentes que atender más allá de vuestras tonterías, ¿verdad? El guardia recalca sus palabras meneando los largos brazos y la porra.

Pero ¿desde cuándo vigilas aquí? No te habíamos visto nunca, le dice Bastardo, mirándose las uñas. Últimamente se las está dejando largas, no sé para qué.

Estoy aquí desde que los analfabetos de vuestros padres comenzaron a

aterrorizar a este barrio. Son vuestros padres los que han estado viniendo por aquí, robando a los ciudadanos decentes que trabajan duro, ¿no es sí? ¿No es eso? Y ahora habéis venido a inspeccionar el lugar para ellos, ¿a que sí? Pues bien, os voy a decir una cosa, que vengan, que ya les daré yo su merecido. Id a buscarlos ahora mismo, ¿me oís? Id a buscarlos, no mañana, no dentro de tres horas, id a buscarlos ahora mismo, que quiero verlos aquí. El guardia tiene sudor en la nariz, echa espumarajos por la boca y nos mira a la cara de uno en uno como si de verdad creyera que vamos a hacerle caso. Yo ya empiezo a aburrirme, y sólo quiero seguir buscando guayabas.

No, de verdad, ¿cuánto te pagan?, pregunta Bastardo, acercándose a la verja como si fuera suya y apoyándose en ella.

¡Quítate de ahí, apártate, sucia rata! ¿Me oyes? Ni se te ocurra... ¡Apártate de ahí ahora mismo!, bufá el guardia de seguridad.

Vemos como se adelanta un poco hacia la puerta con la porra en el aire, por encima de su cabeza, listo para atacar. Entonces nos ponemos a gritar y a abuchearlo. Él descarga la porra sobre Bastardo, que la esquiva, echa a correr y se para a una distancia segura. El guardia lo persigue, resbala y se tambalea un momento como si fuera a caerse, pero consigue recuperar el equilibrio. Y se queda ahí, mirando a Bastardo, que se lo está pasando en grande porque estas cosas le encantan. En cambio, al guardia se lo ve frustrado, está claro que si pudiera echarle el guante, o la porra, a Bastardo, le daría una buena paliza.

¡Como te coja, desearás no haber nacido, patético engendro biológico!, le suelta, con los labios temblorosos. Luego se vuelve hacia nosotros, como si acabara de recordar que seguimos ahí.

¡Fuera, largaos de aquí ahora mismo! ¿Esto es lo que os enseñan en el colegio, eh, a comportaros como animales? ¡Fuera, largaos!

Bueno, es que ya no vamos al colegio. Los maestros se marcharon, ¿es que ni siquiera sabes lo que está pasando?, le pregunta Sabediós. Parece que el guardia va a decir algo, pero al final se queda callado, como si todas sus palabrejas hubieran desaparecido. Está claro que no sabe muy bien qué hacer con nosotros.

De pronto, un coche rojo aparece por la calle y el guardia echa a correr hacia la otra verja. Lo aplaudimos y lo animamos, y luego nos quedamos mirando el coche como si fuera una novia o algo así. A diferencia de Stina, yo no sé mucho sobre coches, y si veo uno, no sabría decir qué modelo es, pero

incluso yo puedo ver que este coche es especial. Es tan bajo que hasta un niño podría conducirlo, y tiene un diseño muy raro, lleno de ángulos, rectas y cantos. De cerca suena como si hubiera alguna cosa zumbando dentro del metal. Stina asiente con la cabeza, lanza un silbido y se ríe. Creo que si pudiera ir corriendo a abrazar el coche y hablar con él, lo haría.

El guardia ya está en la verja de la casa de color crema, que tiene una enorme antena parabólica y un jardín gigantesco. Abre para que pase el coche, y se pone todo tieso e hinchado, como si en los últimos minutos hubieran crecido él y sus músculos, como si en realidad el coche fuera suyo y quien lo hubiera tomado en préstamo se lo estuviera devolviendo. Cuando el coche pasa, vemos aparecer una mano que saluda. El guardia devuelve el saludo con una sonrisa, y se queda ahí, sonriendo y saludando, hasta mucho después de que el culo del coche haya desaparecido en el inmenso jardín. No mira en nuestra dirección, y sabemos que nos está evitando.

Vale, aquí ya no hay nada que hacer, vámonos, propone Sbho.

Sí, vámonos antes de que nos detenga, añade Sabediós, y todos nos echamos a reír.

Eso era un Lamborghini Reventón, dice Stina.

Cuando me vaya a vivir a América con la tía Fostalina, voy a conducir un coche de ésos; ¿habéis visto lo bajo que es, como si estuviera hecho para mí?, les pregunto. Lo sé seguro, porque tengo esa sensación hasta en los huesos, sé que ese coche me está esperando en América, así que grito: ¡Mi Lamborghini, Lamborghini, Lamborghini Reventón! Mi voz resuena en la calle desierta, y me echo a reír y doy un triple salto.

Venga ya, cállate, me suelta Bastardo.

Vámonos a buscar guayabas, que ya estoy harto de este payaso, dice Sabediós.

En Julius Street, por fin encontramos un árbol con guayabas; no hay muchas, pero serán suficientes. Estamos cogiéndolas cuando de pronto oímos un griterío de locos. Entonces los vemos llegar por Julius, entran en la calle como un furioso río de agua negra, y al momento sabemos que ha sido un error ir hoy a Budapest. Están por todas partes: andan, corren, bailan el *toyi-toyi*, levantan puños, machetes, cuchillos, palos y toda clase de armas, y mueven las banderas del país en el aire. Budapest se estremece con el sonido de sus

atronadoras voces:

¡Matad al bóer, al granjero, al *khiwa*!

¡Meted el miedo en el corazón del hombre blanco!

¡Hombre blanco, aquí no hay sitio para ti, vete, vete, vete!

¡África para los africanos! ¡África para los africanos!

¡Matad al bóer, al granjero, al *khiwa*!

¡Van a matarnos!, dice Sbho. No le veo la cara porque está en otra rama, a mi espalda, pero por el temblor de su voz, sé que las lágrimas le corren por las mejillas y que al final le llegarán a la boca.

¡No quiero morir! Quiero que venga mi madre, dice.

Y entonces se pone a llorar desconsoladamente, como si fuera una radio y alguien hubiera subido el volumen.

Calla, ¿qué haces? ¿Quieres que nos maten a todos?, la riñe Sabediós.

Chist. Sbho, oye, no hagas ruido. Si no hacemos ruido, si nos quedamos aquí en silencio, no nos verán. Pasarán de largo y luego nos marcharemos, le susurra Stina, con el mismo tono dulce que usaría una madre. Sbho deja de llorar, pero todavía se la oye sollozar.

Bah, no nos van a hacer nada. Yo no tengo ningún miedo, dice Bastardo, y todos nos lo quedamos mirando. Está sentado en una rama muy gruesa, con un brazo rodeando el árbol y los pies agrietados colgando en el aire. Es como si estuviera posando a la espera de que llegue alguien con una cámara.

Pero ¿no veis que están buscando a gente blanca? Os digo que no nos van a tocar, nosotros no somos blancos, añade. Entonces escupe, coge una guayaba, la frota contra el dibujo de un arcoíris que decora su camiseta, y se la empieza a comer con rápidos bocados.

¿Y si no encuentran a ningún blanco?, pregunta Sabediós. Entonces vendrán por nosotros.

Bah, tonterías, siempre encuentran blancos, contesta Bastardo.

La banda se ha dividido en grupos. Echan abajo las verjas a patadas o saltan los muros para entrar en los jardines, y una vez allí se ponen a aporrear las puertas de las casas gritando para que la gente salga. Son como animales, cantan, chillan, gritan, enseñan los dientes y mueven las armas en el aire, y entonces me acuerdo de la banda que vino a buscar a Nacidolibre, porque es así como lo hicieron. Un grupo de hombres se lanza en nuestra dirección, echan abajo la verja y pasan justo por debajo de nosotros. Entonces es cuando vemos al guardia de antes. Le han quitado la porra y le han atado las manos a

la espalda. Va descalzo y parece el don nadie que es en realidad. Si no estuviéramos aquí arriba, escondidos, estaríamos riéndonos de él.

En ese momento, un hombre se para, deja sus armas en el suelo y, cuando ya empezamos a preguntarnos qué va a pasar, se baja la bragueta, se saca su cosa grande y se pone a orinar contra nuestro árbol. Estoy ahí arriba, temblando, y, aunque sé que no sirve de nada, he rezado ya dos veces, una a Dios y otra a la madre de Jesús, por si acaso. Tengo un trozo de guayaba en la boca que parece una piedra amarga, ni me la puedo tragar ni la puedo escupir. Y por mi cabeza pasan todo tipo de pensamientos, en plan «¿Qué vamos a hacer? ¿Y si alza la vista? ¿Qué nos harán si nos cogen?».

Cuando el hombre termina de orinar, se sube la cremallera, recoge sus armas y vuelve con la banda. Me agarro al tronco con todas mis fuerzas, porque me da la sensación de que estoy a punto de desmayarme.

¡Eh! ¿Habéis visto qué grande era su cosa?, susurra Sabediós. No le contestamos.

Cuando sea mayor, mi cosa también será así de grande, añade.

¡Abrid! ¡Como no abráis ahora mismo, echamos la puerta abajo! ¡Abrid ahora mismo! ¡Abrid, abrid, abrid, abrid!, chillan ahí abajo. Entonces, un hombre alto con un mono rojo, uno que empuña un hacha, se acerca a una ventana grande y oímos un estallido de cristales rotos.

¡Han roto la ventana!, dice Sabediós.

Chist, calla, susurra alguien.

Uno de los hombres se lanza contra la puerta con un machete y se pone a dar golpes y golpes, y los otros lo imitan con sus armas. El guardia está a un lado, como dando a entender que no quiere que lo cojan haciendo nada malo. Me pregunto qué cara tendrá ahora mismo, qué palabrejas utilizaría en esta situación. Los otros continúan golpeando, aporreando y machacando la puerta, pero antes de que puedan echarla a tierra, se abre y todos estallan en vítores. Y entonces salen dos blancos, un hombre y una mujer, que parecen dos ratas a las que han sacado de su agujero.

El hombre es alto y gordo y lleva unos pantalones cortos de color caqui, una camisa caqui y un sombrero a juego, como si fuera un colegial. Va descalzo, y es la primera vez que veo a un blanco descalzo, como si quisiera dar a entender que no puede pagarse unos zapatos. Tiene las piernas tan peludas que se las podría peinar. La mujer, que va detrás, es muy flaca, como si el hombre se comiera toda su comida, como si tuviera la Enfermedad. Lleva un vestido

negro y zapatos blancos. La verdad es que, cuando hemos venido, no sabíamos que era la casa de unos blancos.

Y entonces se oye un ruido, y de la casa sale una cosita blanca que parece un juguete.

¿Qué es eso?, pregunta Sabediós. Al principio nadie contesta porque todos estamos mirando esa cosa, intentando comprender qué es.

Tiene cuatro patas, tiene cola y ladra, aunque el ladrido es muy raro, dice Stina.

¡Es un perro!, exclama Sbho. ¡Estoy segura, es un perro!

Poco a poco me doy cuenta de que, efectivamente, tiene que ser un perro, y que ese sonido se supone que es un ladrido. Lo que pasa es que es un ladrido muy raro, como si el perro estuviera de broma o no estuviese acostumbrado a ladrar. Es el perro más pequeño que he visto en mi vida. Estoy a punto de echarme a reír, pero entonces recuerdo dónde estoy y lo que está pasando. El perro se lanza hacia la banda como si fuera a devorar a alguien, hasta que se frena en seco y se queda ahí parado, ladrando con esos ladridos ridículos. Y entonces la banda se parte de risa. Al oírlos, da la impresión de que, cuando se han levantado esta mañana, se han dicho que esto era justo lo que necesitaban hacer hoy: echar la cabeza hacia atrás y reírse a carcajadas hasta que no pudieran más. Nadie diría, al oírlos, que llevan en las manos cosas que pueden herir a una persona y hacer que llueva sangre.

Pero si no parece un perro. Parece un juguete, y ni siquiera sabe ladrar. ¿Cómo va a morder y a matar a alguien? ¿Cómo va a cazar?, pregunta Sabediós.

Es un perro de los blancos, tiene que ser raro, contesta Bastardo.

Pues a mí ni siquiera me daría miedo, contesta Sabediós.

Entonces la mujer se agacha y coge al perro en brazos. Lo acuna contra su pecho como haría con un bebé. La banda estalla en carcajadas de nuevo, y a mí me vuelve a dar la impresión de que en cualquier momento soltarán las armas y se pondrán a darse palmaditas y a agarrarse la tripa de tanto reír, o algo por el estilo. Y entonces un hombre con una camisa rosa coge al perro y se lo tira a otro, y ese otro lo coge y se lo tira al siguiente. Es como si estuvieran jugando a baloncesto, y aplauden mientras el perro pasa volando de una persona a otra.

La mujer levanta las manos, parece horrorizada y es como si estuviera diciendo algo. Con todo el jaleo no la oímos, pero está claro que está

suplicándoles que dejen en paz al perro. Finalmente, uno agarra al animal y se aparta del grupo unos pasos, hacia nuestro árbol.

¡Que viene! ¡Nos van a ver!, susurra alguien, y así estamos, preguntándonos qué va a pasar, cuando el hombre se para. Tira el machete al suelo y levanta al perro por una pata, con lo que el animal se queda colgando como si fuera un trapo. Entonces vemos al hombre dar unos pasos atrás y sacudir una pierna, y luego, estirla y levantarla, y todos sabemos que está a punto de darle una patada al perro.

Va a..., empieza a decir alguien, pero antes de que termine la frase, el hombre descarga la pierna y chuta, se oye un ¡bump!, y el perro sale volando por los aires como si de repente tuviera alas. Sube, sube y sube, hasta que desaparece al otro lado del muro; se oye un golpe seco y un aullido. Los de la banda empiezan a saltar y a silbar y a aplaudir, y chillan ¡Gol!

¿Qué queréis?, les grita el blanco, y está claro que si su voz tuviera dientes, despedazaría a los de la banda. Y entonces uno de ellos, el único que no lleva armas, se adelanta y le tiende un papel, y lo hace como si fuera una novia, despacio y como con respeto, como se supone que debe hacerlo uno con los blancos. El blanco le quita el papel de las manos, lo abre y lo mira un rato, y después se pone muy colorado, como si lo estuvieran cocinando.

Pero ¿esto qué es? ¿Qué es?, repite el blanco, dándole golpes al papel con un dedo. Suena furioso, como si tuviera dentro un león. Se endereza y su cabeza se eleva por encima de los demás; la tiene echada hacia delante, como si estuviera a punto de hacer algo. La mujer se retuerce los dedos a su lado.

¿Es que no sabes leer? Trajisteis el inglés a este país y ahora resulta que no entendéis vuestro propio idioma, ¿es que no tienes vergüenza?, dice uno de ellos. El guardia cambia el peso de un pie al otro, como si quisiera que le pidieran a él que leyera el papel. Seguro que le encantaría.

¡Esto es un maldito despropósito! ¡Y es ilegal! ¡Soy el dueño de esta puta propiedad. Tengo documentos que lo demuestran!, grita el blanco. Al león que lleva dentro se le ha erizado el pelo.

Ya lo sabemos, señor. Lo siento, pero es lo que hay. Los tiempos están cambiando, ¿sabe? Tal vez llegue a comprender algún día que esto es necesario, ¿sabe usted?, dice una nueva voz. Es una voz tranquilizadora, como la de una mujer, así que estiro bien el cuello para ver qué clase de hombre habla con una voz así.

¡Tú, deja de razonar con esta gente! ¡No hago más que repetírtelo! Y deja ya

esa mierda de mentalidad colonial; ¿por qué lo llamas «señor», es tu padre acaso? ¿Es que te vas a comportar como ese traidor de ahí?, grita el del mono rojo, que parece el jefe, y señala al guardia para indicar quién es el traidor. El guardia se encoge de miedo.

Y tú, blanco estúpido, nos da igual, ¿me oyes? Si no te trajiste esta tierra en barco o en avión de dondequiera que vinieras, nos importa tres cojones lo que digas, añade el jefe, y blande el hacha en las narices del blanco.

Escuchad...

¿Cómo? ¿Lo habéis oído, Hijos de la tierra? ¿Lo estáis oyendo?, pregunta el jefe, ladeando la cabeza hacia los de la banda.

¡Típico de un blanco! Tiene los huevos de decirle a un negro que escuche en su propio país. ¡Por favor, que alguien le diga al blanco que esto no es la puta Rodesia!, añade el jefe. Se ha vuelto hacia la banda y se dirige a su gente con el hacha en la mano. Y ladea la cabeza hacia arriba, como si también nos estuviera hablando a nosotros. Tiene una cara bastante normal, y su piel es del color de la tierra. Luego se vuelve hacia el blanco y blande de nuevo el hacha.

Que sepas, maldito colono, que de ahora en adelante para los negros se ha acabado lo de escuchar, ¿me oyes? Esto es un país negro y ahora mandamos nosotros. ¡África para los africanos!, dice el jefe en medio de un aplauso atronador.

¿Quién eres?, le pregunta el blanco, mirándolo de arriba abajo, y tal como lo dice, se le nota que lo desprecia, que los desprecia a todos, y que, si se diera cuenta de que estamos aquí, en el árbol, también nos despreciaría a nosotros.

¿No lo conoces? Es el subcomisario de policía, Obey Marima, y ten mucho cuidado con el tono, blanco, porque al subcomisario no se le habla así, como si estuvieras cagándote en él, dice una voz áspera.

¡No, escuchadme vosotros!, insiste el blanco, como si no hubiera oído al jefe, que acaba de decirle que los negros ya no escuchan a nadie.

Soy africano, dice. Éste también es mi puto país, mi padre nació aquí y yo he nacido aquí, ¡como vosotros! Su voz está llena de dolor, como si le ardiera la sangre por dentro. El león ha enseñado los colmillos. Las venas de su cuello son como cuerdas tensas y su cara está ensombrecida por la rabia. Pero nadie le hace caso. Lo dejan ahí y entran en tromba en la casa, llenando el aire con cantos sobre África para los africanos. El blanco y la mujer se quedan al lado del guardia como si fueran dos plantas mustias, sin hacer nada. Deben de tener

miedo de las armas, y por eso no intentan detener a los de la banda ni los siguen dentro de la casa.

¿Qué es exactamente un africano?, pregunta Sabediós.

Chist, mira, le dice Bastardo.

El blanco rompe el papel que tiene en las manos; lo rompe y lo vuelve a romper y tira los pedazos al suelo, y luego los pisotea, moviendo muy deprisa las enormes piernas, y levanta una nubecita de polvo. Se mueve como si danzara, plom-plom-plom, como si oyera un tambor en su cabeza. La mujer lo mira, pero no hace nada.

Y entonces, como si con todo eso no fuera suficiente, el blanco se tira al suelo y se pone a darle puñetazos y más puñetazos, y a mí me recuerda al Profeta Revelaciones Bitchington Mborro cuando pelea con un demonio. Me imagino los nudillos del blanco llenos de cortes y sangrando, y la tierra marrón bebiéndose su sangre. Cuando por fin, por fin deja de dar puñetazos, puede que porque está agotado, y se queda ahí a gatas, con la cabeza dorada colgando como si no fuera a levantarla nunca más, la mujer se arrodilla a su lado y le pone la mano en su ancha espalda, y parece que vaya a rezar por él. Y entonces sus hombros empiezan a estremecerse, como si estuviera llorando por el mundo entero. El guardia sigue ahí parado, mirando, y Sbho se pone a lloriquear otra vez.

¿Qué haces? ¿Estás llorando por los blancos? ¿Es que son de tu familia?, le suelta Bastardo.

¡Son personas, gilipollas!, contesta Sbho, con un tono firme y acalorado que no le habíamos oído nunca, y casi me caigo del árbol porque a Bastardo nadie le ha llamado eso. Nunca, nunca, jamás. Me pregunto cómo va a reaccionar, pero lo único que hace es mirar a Sbho, parece confundido.

¿Qué van a hacer?, pregunta Sabediós, y tan pronto como las palabras salen de su boca, oímos un estruendo. El hombre y la mujer blancos siguen ahí, de rodillas, como si no hubieran oído nada, pero el guardia se pasea nervioso de un lado a otro. No sé por qué no sale corriendo, porque no es que tenga las piernas atadas ni nada, sólo las manos.

Puede que estén destrozando cosas, se contesta a sí mismo Sabediós. Nos quedamos ahí, oyendo cómo se rompen cosas, cosas que se estrellan, caen y rompen otras cosas.

Quiero ir ahí a romper cosas, dice Bastardo, y se echa a reír. Se ha sacado la navaja del bolsillo, y la clava en el árbol para hacerle marcas.

Pues yo me voy a casa. Debería haberme quedado con Chipó. Me voy a casa ahora mismo, dice Sabediós, con el tono de quien está harto de jugar.

Espera. Espera a que se vayan, le propone Stina. Además, mira, los blancos siguen ahí abajo. Nos van a ver.

Me da igual, me largo. Y no pienso volver a Budapest, dice Sabediós. Empieza a bajarse, pero Stina se escurre por su rama como una serpiente y lo agarra por la camiseta, en la que pone «DON'T BE MEAN, GO GREEN». Oímos cómo se rasga la tela, y todos nos quedamos en silencio, esperando, mientras Stina mantiene agarrado a Sabediós como si fuera un perro rabioso al que no se puede dejar suelto. Bastardo ha terminado de hacer marcas en el árbol, donde ahora pone «Bastado». Se ha dejado la erre, pero dudo que ni tan siquiera lo sepa.

Después de un buen rato, cuando estamos ya más que hartos de estar sentados en el árbol, se acaba el estruendo y la banda sale de la casa. El jefe va delante, con el hacha colgando a un lado. Ya no arman tanto jaleo y hasta parecen un poco cansados, como si hubieran estado exorcizando demonios y diablos ahí dentro. No cruzan ni una palabra con los blancos, sólo los agarran y se los llevan junto con el guardia, guiándolos como si fueran ganado. Cuando pasan por debajo del árbol, la mujer levanta la vista como si Dios le hubiera susurrado que mirara hacia arriba, como si algo o alguien le hubiera dicho que estábamos ahí. Y veo una sombra negra atravesar su rostro, que a su manera es hermoso, y la mujer me parece un camaleón intentando cambiar de color para quedarse con el nuestro.

No puedo apartar la mirada de sus ojos, aunque me da vergüenza que nos vea ahí arriba, en su árbol, me da vergüenza por ella, porque estamos viendo cómo se los llevan. La sombra negra continúa ahí, en su cara, y ella sigue mirándonos, como si con sus ojos quisiera arrancarnos del árbol, y empiezo a creer que vamos a caer uno a uno por la fuerza de su mirada. Una mirada con la que nos está diciendo, porque los ojos pueden hablar, que nos odia, y no sólo un poco, sino un montón. Pero la mujer sigue andando sin decir nada. Pasan de largo y nosotros respiramos aliviados.

¿Adónde se los llevan?, pregunta Sabediós, que parece que vuelve a ser él mismo.

Puede que vayan a matarlos, se contesta a sí mismo. Puede que se los lleven al bosque para que no los oiga nadie gritar pidiendo ayuda, y los maten allí.

Cuando estamos ya completamente seguros de que se han ido, bajamos del

árbol a toda prisa y nos vamos derechos a la casa. Es la primera vez que entramos en la casa de unos blancos, así que nos paramos un momento en la puerta, como si no supiéramos cómo entrar. Sabediós, que va delante, se limpia los pies en el felpudo, en el que pone «Límpiate las patas», pero se queda ahí plantado. Bastardo viene por detrás, lo aparta de un empujón y entra como si la casa fuera suya y tuviera la llave. Entramos todos en tropel detrás de él.

Una vez dentro recibimos una bofetada de aire frío que nos obliga a cubrirnos los brazos desnudos con las manos, y se nos pone la piel de gallina. Miramos alrededor, sorprendidos.

¿Cómo es posible que haga frío aquí dentro, cuando hace tanto calor fuera?, susurra Sbho, pero nadie contesta, y eso quiere decir que no lo sabemos. A nuestro alrededor, todo está roto, tirado en el suelo: varias sillas, la tele, una radio muy grande y otras cosas muy bonitas que no sabemos qué son. Nos quedamos plantados delante de ese destrozo y, aunque nadie lo dice, nos disgusta toda esa destrucción sin sentido, como si fueran nuestras propias cosas las que hubieran roto.

Hay una máscara enorme en la pared del salón, una cara negra sin ojos, una cara larga y muy fina, con las cejas y los labios pintados de blanco. La frente es alta y sobresale un poco, y está dividida en dos por una línea de puntos amarillos. Tiene la nariz larga y la boca redonda y abierta, como si estuviera aullando. Y de la parte superior de la cabeza le sale un cuerno.

Bastardo se abre camino entre los muebles volcados y descuelga la máscara, se la pone en la cara y empieza a ladrar como el perro de los blancos.

Eso es lo que hacen los paganos, llevar cosas como ésa, nos lo contó el Profeta Revelaciones Bitchington Mborro en la iglesia, le digo a Bastardo. Pero él sigue con su máscara, venga a ladrar y a ladrar. No tiene gracia, así que nadie se ríe. Nos vamos del salón y pasamos al siguiente cuarto, donde hay una mesa muy grande que ahora está destrozada y muchas sillas tiradas por todas partes. Del centro del techo cuelga una lámpara.

¿Por qué tienen dos salones?, pregunta Sabediós.

Esto no es un salón, es un comedor, contesta Bastardo. Y apártate y deja de hacer esa kaka de preguntas.

Curioseamos por la habitación hasta que nos paramos junto a una pared para mirar unas fotografías que se han salvado.

¿Por qué les gusta tanto a los blancos hacer retratos?, pregunta Sabediós.
Porque son bonitos, contesta Sbho.

¿Los retratos?

No, los blancos.

En las fotos vemos mujeres con vestidos largos y sombreros raros. Un niño monta un caballo negro. El niño parece contento, el caballo, no. Un hombre junto a una roca apunta con una pistola y se muerde el labio, muy concentrado, como si estuviera estreñido y estuviera haciendo fuerza para que le salga. Otro hombre viste un uniforme de soldado y lleva una gorra roja. Tiene la parte izquierda del pecho reluciente, llena de cositas de metal. Mira a la cámara como si no supiera adónde mirar. Hay otro hombre vestido de color caqui delante de un campo de maíz. Un hombre y una mujer están casándose, rodeados de personas felices con una copa en la mano.

Es como un museo, dice Sbho. Esto es lo que se hace en los museos, ver fotos y cosas.

Se dice «galería», la corrige Stina.

La mayor parte de la pared está ocupada por un retrato enorme de un hombre alto y flaco, con el pelo canoso peinado con la raya a un lado y vestido con un traje que hace juego con el azul de sus ojos. En una mano aguanta una taza y su platito, y tiene la otra mano un poco alzada, como si estuviera hablando con ella. Al pie del retrato se lee: «El honorable Ian Douglas Smith; los rodesianos nunca mueren.» En la siguiente imagen, un niño pequeño coge de la mano a un mono y ambos van vestidos igual, como si fueran gemelos, con unas cosas azules que son medio camisa, medio chaleco.

Y en otra foto, al lado de la de los gemelos, una mujer bonita y con la cara redonda sonrío. Va muy pomposa: lleva una corona reluciente en la cabeza, y un collar y pendientes a juego. La foto ni siquiera es interesante, y ella tampoco es que sea guapísima, pero ahí nos paramos los cinco y levantamos la mirada hacia ella como si fuera una bandera o algo así.

¿Por qué pone esa cara?, pregunta Bastardo.

¿Qué cara?, le dice Sbho.

Como si la cosa esa pesara mucho, contesta él.

La cosa esa es una corona, le digo. Y ella es una reina. La conozco.

¿De qué la conoces?, pregunta Bastardo.

Porque estuvo en mi casa, hace mucho tiempo.

Mentira. ¿Qué iba a hacer una persona blanca en tu kaka de casa?

Pues estaba allí. Debajo de la cama. Debajo de la cama de Madre de Huesos.

¿Que la reina estaba debajo de la cama de tu abuela?, repite Sabediós.

Pse... Sbho chasquea la lengua y pone los ojos en blanco.

Su cara estaba en el dinero británico que Madre de Huesos guardaba dentro de la biblia, debajo de su cama. Por eso la conozco.

La corona que lleva en la cabeza pesa mucho, muchísimo, y por eso sonrío así, como si acabara de comerse un montón de guayabas verdes. Y pesa mucho porque está hecha de oro, dice Sabediós.

Yo creía que las coronas estaban hechas de espinos. Una vez vi una imagen en la biblia, de cuando estaban matando a Jesús, nos cuenta Sbho.

A lo mejor tú viste otra biblia, porque, en la que vi yo, Jesús tenía una corona de verdad, hecha de oro. Normal si su padre es dueño del mundo entero, dice Sabediós.

Sois unos mentirosos los dos. Para empezar, el oro no pesa, y además nadie lo llevaría en la cabeza, contesta Bastardo.

¿Y eso cómo lo sabes?, pregunta Sabediós.

Porque me lo dijo mi tío Jabu. Trabajaba en la mina, ¿no te acuerdas? Dijo que el oro era amarillo y brillaba, pero nunca dijo nada de que pesara. Iba a traerlo para que lo viéramos, pero los soldados de kaka lo mataron allí abajo a tiros, dice Bastardo, alzando la voz para fanfarronear.

Nos sabemos la historia, ya nos la has contado, lo interrumpe Sbho.

Sí, pero lo que no os he contado es que intentaron esconder su cuerpo. Salió en todos los periódicos, dice Bastardo, pero nosotros estamos ya camino de otra habitación, y entonces me acuerdo de mi primo Makhosi y sus manos destrozadas, porque él también trabajaba en la mina. Me vuelvo, y veo que Bastardo está aplastándose el pelo, es como si tuviera una corona y quisiera poder ponérsela bien.

Cómo no, en el dormitorio está todo destrozado, pero aun así nos subimos a la cama y empezamos a saltar, todos menos Sbho, que se pinta los labios de rojo delante de un espejo roto y luego se echa perfume de un frasco azul. Y saltamos y saltamos y saltamos, y los muelles nos empujan tan alto que, si levantamos los brazos, casi tocamos el cielo blanco en cada salto. Luego, cuando nos cansamos, nos metemos entre las sábanas, cerramos los ojos y hacemos como que roncamos. La cama es blanca y huele tan bien que no querría levantarme nunca de ahí.

Somos como Ricitos de Oro, digo, debajo de las sábanas. Los tres osos van a venir, añadido, pero nadie contesta, y sé que es porque no leyeron ese cuento cuando íbamos al colegio.

Vamos a hacer lo de los adultos, dice Sbho, y a todos se nos escapan risitas. Tiene los labios como si hubiera estado bebiendo sangre y huele a algo muy caro. Los cinco nos miramos, un poco cortados, como si nos estuviéramos viendo por primera vez, y entonces Bastardo se pone encima de Sbho. Se me acerca Sabediós, pero le pego un empujón porque quiero que sea Stina el que se me ponga encima, y no el culo roto de Sabediós. Stina se pone encima de mí y se queda quieto, y a todos nos da la risa y no podemos parar. Stina me aplasta la barriga porque pesa mucho, y a mí me da por pensar que a ver qué voy a hacer como explote y lo salpique todo de tripas.

Y estamos ahí tumbados, riéndonos y haciendo lo de los adultos, cuando oímos un timbre. Nos sentamos de golpe, y miramos a nuestro alrededor sin saber muy bien qué hacer.

¿Qué es eso?, pregunta Sabediós.

Es un teléfono, contesta Stina.

¡Es un teléfono! ¡Es un teléfono! ¡Es un teléfono!, gritamos todos, y salimos corriendo hacia el ruido. Buscamos el teléfono en el salón, y lo encontramos enseguida debajo de una toalla. Stina lo descuelga y dice: ¿Diga? Y se echa a reír y se lo pasa a Sbho, que se ríe y se lo pasa a Bastardo, que se ríe y me lo pasa a mí. Yo soy la que mejor habla inglés, así que digo: ¿Diga, buenos días, cómo está usted, en qué puedo ayudarlo esta tarde?

¿Quién es?, pregunta una voz al otro lado de la línea. Suena sorprendida, como cuando uno encuentra algo que no se esperaba.

Soy yo, contesto.

¿Cómo? ¿Quién es usted?

Darling.

¿Darling?

Sí, Darling.

De acuerdo, ¿es una broma? ¿Cómo has conseguido este teléfono?

No, no es una broma, y el teléfono me lo ha dado Bastardo.

¿Bastardo? Vale, a ver, ¿podrías pasarle el teléfono a su dueña?

Su dueña no está.

¿Dónde está? ¿Dónde están?

No lo sabemos. Se los han llevado.

¿Cómo? ¿Quiénes sois? ¿Quién se los ha llevado? Por la voz, diría que debe de estar frunciendo el ceño. Me doy cuenta además de que no he usado la palabra «señora», como nos enseñaron en el colegio, y me dan ganas de volver a empezar la conversación para hacerlo bien esta vez.

La banda, señora, contesto ahora como es debido.

¿Qué banda?

La que tenía las armas y las banderas, señora.

¿Adónde se los han llevado?

No lo sé, señora.

Dios mío, Dan, a ver si tú te enteras de lo que está pasando. Acabo de llamar a papá y mamá, y me ha contestado una niña africana rarísima que tiene el teléfono de mamá, le dice la mujer a alguien que se llama Dan.

A estas alturas, todos están mirándome como si yo fuera alguien especial, y la verdad es que estoy orgullosísima de estar hablando por fin con una persona blanca, que es algo que no había hecho en mi vida. No así, por lo menos. Y entonces se oye una voz nueva, una voz de hombre. Y cuando se pone a hablarme en mi lengua, me echo a reír, porque jamás he oído a un blanco hablar mi idioma. Suena un poco raro, y además me fastidia un poco porque lo que quiero es seguir hablando en inglés.

El blanco me pregunta qué ha pasado, así que se lo cuento todo, bueno, menos lo de que estábamos robando guayabas. Al final, me dice que tengo que colgar el teléfono y que deberíamos salir de la casa porque no es nuestra casa y no tenemos ningún derecho a estar ahí. Cuelgo el teléfono y lo pongo otra vez debajo de la toalla, que es donde lo hemos encontrado, pero no les cuento a los demás que el hombre me ha dicho que salgamos de la casa. Estoy calculando cuánta gente de Paraíso podría vivir en esta casa tan grande. A lo mejor cinco familias, incluso puede que ocho.

En la cocina, sale agua de los grifos que han dejado abiertos y los cerramos. La mesa y las sillas están volcadas, y los platos, tazas, ollas y cacharros están desperdigados por el suelo. Cuando abrimos la nevera, vemos que no la han tocado, y eso nos sorprende mucho. Nos ponemos morados de pan, plátanos, yogur, bebidas, pollo, mangos, arroz, manzanas, zanahorias, leche y todo lo que encontramos. Comemos cosas que no habíamos visto nunca, cosas que ni siquiera sabemos cómo se llaman.

¡Se *nous* han *olvidadou* los *cubiertous*, se *nous* han *olvidadou* los *cubiertous*!, dice Sabediós, imitando a un blanco, y todos nos echamos a reír.

Se pone entonces a hurgar y rebuscar en la despensa y en los armarios, y vuelve con cuchillos y tenedores relucientes, y nos ponemos a comer como gente blanca de verdad. No acertamos con el tenedor en la boca, y nos morimos de risa, así que tiramos los cubiertos y volvemos a comer con las manos. Nos estamos dando un atracón, y no dejamos de comer hasta que casi no podemos respirar.

Quiero hacer caca, dice Sabediós, y salimos todos de la cocina en busca del baño. Tenemos la tripa muy llena, a punto de reventar, y andamos como elefantes porque ahora pesamos mucho y tanta comida nos ha dejado muy cansados. Encontramos el cuarto de baño al final de un largo pasillo. Hay una cosa blanca y redondeada que es donde se bañan, y también una ducha de cristal, jabones y otras cosas. Pero apesta y, cuando miramos hacia el otro lado, allí, cerca del váter, vemos las palabras «*Blak Power*» escritas con heces marrones en el enorme espejo.

Esto no es un juego

Los cantos son tan lejanos que es como si hubieran enterrado las voces, y ahora estuvieran intentando salir de la tierra. Llevamos esperándolos toda la tarde, así que, en cuanto los oímos, dejamos de jugar y salimos todos disparados hacia el árbol grande que hay en el centro mismo del cementerio de Heavenway. Trepamos a toda velocidad y, en unos minutos, estamos arriba del todo. Yo me busco una buena rama que me aguante, y me aseguro de que las hojas me tapan bien.

¡Mirad, allí, ya vienen!, dice Sabediós, y entonces los vemos salir por detrás del enorme hormiguero, en dirección al cementerio. Vienen a enterrar a Nacidolibre, aunque ya los han avisado de lo que les pasará si los descubren enterrándolo. Lo vemos todo desde aquí porque no podemos ir al funeral, ya que a los niños no se nos permite entrar en Heavenway. Pero lo que los adultos no saben es que nos colamos siempre que queremos ver un funeral como éste, o a veces para corretear e incluso para jugar.

Heavenway está lleno de montañitas y montañitas de tierra roja por todas partes, como si aquí se recolectaran personas, como si la muerte estuviera esperando, detrás de una piedra con un saco de comida gratis, a que la gente viniera corriendo, y se hicieran la zancadilla los unos a los otros para ponerse delante antes de que se acaben los regalos. Así son las cosas, así llegan los muertos, a montones.

Y en las montañitas rojas se ponen los objetos en memoria de los muertos: platos hechos añicos, tazas rotas, *knobkieries*, pilas de piedras, ramas del árbol *mphafa*... Todo muy cochambroso, triste y feo. No sé por qué nadie intenta poner esto un poco bonito —pintando las cruces, por ejemplo, arrancando las malas hierbas y los matojos secos, plantando flores—, ya que los muertos no pueden hacerlo. Eso es lo que yo querría si estuviera muerta, que mi tumba se viera bonita, y no esta kaka.

Antes me daban muchísimo miedo los cementerios y la muerte y esas cosas, pero ya no. Y es que es un disparate tener miedo viviendo tan cerca de las

tumbas; vamos, que sería como si la lengua tuviera miedo de los dientes. Lo que más me gusta de Heavenway son las cruces con los nombres de los muertos. Cuando no estamos viendo algún funeral, a veces nos paseamos por aquí y leemos esos nombres, y siempre me imagino que conocía a esas personas y me invento historias sobre ellas, o les cuento las cosas que han pasado desde que están bajo tierra.

Cuando miras los nombres junto con las fechas, te das cuenta de que realmente son nombres de muertos. Y si sabes matemáticas, como yo, puedes calcular la edad de los que están enterrados y entonces comprendes que murieron jóvenes, que sus vidas fueron muy cortas, como las de los ratones. Se supone que una persona debería vivir una vida entera, que debería vivir mucho tiempo y hacerse vieja, como Madre de Huesos, por ejemplo. Pero la Enfermedad los está matando. Nadie puede curarla, así que hace lo que le da la gana, que es matar, matar y matar, como un loco empeñado en cortar a machetazos cañas de azúcar que todavía están verdes.

Los hombres que llevan el ataúd son los primeros en aparecer, delante del resto del grupo. Pasan justo debajo de nuestro árbol, con el ataúd sobre los hombros, y los zapatonos, que la tierra ha teñido del color de los ladrillos, golpean el suelo al mismo tiempo —arriba-abajo, izquierda-derecha, arriba-abajo, izquierda-derecha—, como si los pies estuvieran tocando unas marimbas ocultas bajo la piel roja y encallecida de la tierra.

Así es como se mueven los seis hombres de rostro pétreo, relámpagos en los ojos y paso decidido: arriba-abajo, izquierda-derecha, arriba-abajo, izquierda-derecha. Esa forma de desfilar es bonita, por eso nos miramos unos a otros y sonreímos. El ataúd de Nacidolibre está cubierto con una bandera de rayas: una negra, una roja, una amarilla y una verde, con un corazón blanco encima. Hemos visto unos cuantos ataúdes así últimamente; los que van dentro son la gente del cambio, como Nacidolibre.

Y luego llega toda la comitiva. Es la primera vez que vemos a tanta gente en Heavenway, cuerpos y más cuerpos que taponan los estrechos senderos. Muchos llevan la camiseta negra con el corazón blanco delante o con la palabra «CAMBIO». Pero no son como la gente que hemos visto venir otras veces a los funerales. No lloran, no sollozan. No bajan la mirada al suelo, no cruzan las manos a la espalda. No avanzan poco a poco; corren tras el féretro.

Estas personas silban y levantan los puños y gritan el nombre de Nacidolibre como si quisieran que volviera de dondequiera que esté. Estas personas están furiosas.

Entre la marea de cuerpos, hay algunos adultos de Paraíso. Está mi madre, está Mamoyo y hasta Madre de Huesos. MadreAmor. Dignidad. Chenzira. Soneni. Los hombres. La gente de la Iglesia del Sagrado Carro. Casi todos los adultos están ahí, pero no parecen los mismos, porque tienen el mismo aspecto que los huesos después de que hayas roído toda la carne.

En los días que siguieron a la votación, después de la fiesta en la chabola de MadreAmor, Paraíso no durmió. Los adultos pasaron muchas noches en vela, inquietos e intranquilos por la expectación; no eran capaces de quedarse sentados en una silla, no sabían cómo agacharse dentro de las chabolas, no podían dormir ni hacer nada que no fuera reunirse alrededor de las hogueras y hablar de cómo iban a vivir esas nuevas vidas que les esperaban.

Lo primero que voy a hacer es conseguir una casa donde pueda estar de pie sin tener que agacharme. Sí, una casa de verdad, una casa grande para un hombre grande como yo.

Yo quiero terminar mi último año en la universidad. Voy a sacar a mis hijos de estas sucias calles, ya lo veréis, llamaré a los que se han ido del país y les diré que vuelvan a casa. Volveré a tener a mi familia, ya lo veréis, como un ser humano.

Empezaremos a vivir. No volveremos a ser los mismos. Que llegue el cambio, que llegue ya.

Así hablaban, despiertos una noche tras otra, esperando ese cambio que estaba cerca. Y esperaron, esperaron y esperaron. Pero la espera no se acabó y el cambio no llegó. Fue entonces cuando llegaron unos hombres que buscaban a Nacidolibre. Y ése fue el fin, eso hizo que los adultos dejaran de hablar del cambio. Como si la votación y las fiestas y todo lo que había pasado no hubiera pasado en realidad. Los adultos simplemente volvieron en silencio a sus chabolas para ver si todavía eran capaces de agacharse, y descubrieron que sí, que podían agacharse, que se doblaban mejor que una rama cargadita de guayabas podridas. Y ahora todo es igual que antes, todo excepto los adultos. Cuando uno los mira a la cara, se da cuenta de que eso que había allí antes, ha recogido sus cosas y se ha marchado.

Mensajero también ha venido al funeral, está entre la gente, y en su cara hay tanta rabia y tanto dolor que es casi imposible reconocerlo, que es casi

imposible estar seguro de que eso que estás mirando es una cara. Si Mensajero abriera la boca ahora mismo, su voz sería una herida espantosa. Todo su dolor está ahí, en su cara. No sé qué va a hacer ahora sin su Nacidolibre, porque siempre iban juntos a todas partes y lo hacían todo juntos, como si fueran un par de orejas.

Detrás de todo el mundo aparecen dos hombres con gorras de la BBC. Uno lo mira todo a través de una cosa y el otro no para de sacar fotos. La madre de Nacidolibre, MaDube, lleva un vestido del color de la sangre, aunque cuando alguien se muere se supone que hay que vestirse de negro, no de rojo ni de ningún otro color. El negro es para los muertos y el rojo para el peligro. MaDube se retuerce y ruge como un león herido. Está sufriendo, cualquiera puede oír y ver por sí mismo que su dolor es enorme, un dolor de verdad. Otras mujeres la cogen como si creyeran que el león va a dar un salto hacia el cielo, para despedazar el sol y convertirlo en un guiñapo ensangrentado.

El grupo se para y forma un círculo. Han dejado el ataúd al lado de la tumba. Es difícil ver algo con tanta gente, así que trepo a las ramas más altas. Al pisar una de ellas, se oye un crujido y Stina me mira enfurruñado, con un dedo en los labios. Yo también frunzo el ceño como para decirle que me deje en paz, que nadie va a vernos entre tantas hojas ni va a oírnos con tanto jaleo.

Un hombre alto y con mucho pelo se pone frente a la tumba y empieza a hablar. Los asistentes se callan, aunque todavía sigue oyéndose algo por debajo del silencio. Como rabia. El hombre grita y su voz se eleva como el humo hasta donde estamos nosotros, hacia Dios. El hombre habla del país, de una segunda vuelta, de héroes y democracia, de asesinato y libertad y derechos humanos y muchas cosas más. El discurso enfurece a los asistentes, como si acabaran de insultarlos. El hombre de la BBC sigue ahí, disparando su cámara una y otra vez como si estuviera poseído.

La gente está de lo más inquieta y no puede contenerse. Todos murmuran y asienten con la cabeza, gritan, patean el suelo y bailan el *toyi-toyi*, y al hacerlo pisan con fuerza la tierra como si quisieran romperla. Entonces el Profeta Revelaciones Bitchington Mborro levanta su biblia y se pone a decir cosas sagradas. Los asistentes se calman. El Profeta Revelaciones Bitchington Mborro lee un versículo, reza una oración, y dice que Nacidolibre fue un Moisés que intentó llevar a su pueblo a Canaán. Dice más cosas sagradas y sigue hablando y hablando, aunque la verdad es que no sé cómo no se cansa de hablarle a un dios que nunca hace nada para demostrar que es un dios.

Los días siguientes a la votación, el Profeta Revelaciones Bitchington Mborro y la gente de la Iglesia del Sagrado Carro hicieron una vigilia en el Fambeki, y rezaron por el cambio y animaron a todo el mundo a subir a la montaña y rezar por el país. Era alucinante verlos a todos allí, y cuando estaban en plena forma, el estruendo iluminaba el Fambeki como una zarza ardiente, y los cánticos, los salmos, los sermones y las oraciones se elevaban a los cielos y caían montaña abajo como rocas, y se llevaban por delante a cualquiera que se encontraran por el camino. Y cuando después el cambio no llegó, las voces de los devotos se plegaron como las alas de una mariposa, y uno a uno fueron bajando de la montaña, hechos polvo, y no les quedó otra que marcharse. Ahora, sin embargo, están de vuelta, como si Dios no hubiera pasado de ellos aquella vez.

Ahora todos están inquietos, no dejan de moverse y murmuran, así que el Profeta Revelaciones Bitchington Mborro acaba el sermón, puede que porque tenga miedo de la rabia de la gente. Entonces empieza el entierro. Los hombres bajan con mucho cuidado el ataúd de Nacidolibre al interior del hoyo, pero el león de MaDube se ha convertido ya en un toro furioso y, enloquecido por el rojo de su vestido, brama: ¡Han asesinado a mi hijo! ¡Han asesinado a mi único hijo! ¡Nacidolibre, hijo mío! ¿Quién me enterrará ahora que ya no estás? El toro brama y brama, luchando por librarse de sus captores para poder tirarse sobre el ataúd. Miro a Bastardo y veo que tiene lágrimas en los ojos, algo que me sorprende mucho. Al darse cuenta de que lo estoy mirando, pone cara de enfado y se vuelve.

Los asistentes tiran puñados de tierra, y luego las palas se dan prisa para acabar de cubrir la tumba. Lo hacen muy rápido, puede que para que el toro enfurecido no se escape, se tire al agujero y se convierta en un gusano que escarba hondo y se niega a salir. He visto antes a personas intentando tirarse dentro de una tumba o hacer otras cosas también raras.

Cuando ya han apilado la tierra y han formado una montañita, y han puesto una especie de placa con el nombre de Nacidolibre para señalar la tumba, MaDube cae al suelo de rodillas como para rezar. Ahora que se ha calmado, la sueltan. Se pone en cuclillas y empieza a aplastar la tierra con sus propias manos, como si fuera una niña pequeña haciendo pasteles de barro. Y entonces la gente se pone a cantar una canción para funerales:

Tshiya lumhlaba, lentozawo,

*thabath' isphambano ulandele,
ngcono ngiz' hambele mina ngalindlela,
tshiya lumhlaba, lentozawo*

Y justo cuando la canción dice «*lentozawo*», el toro se levanta de un salto y sale disparado por el cementerio. MaDube corre llamando a su hijo a gritos. Sbho se echa a reír, y Bastardo le suelta: Cierra esa boca de kaka, ¿no ves que esto es un funeral? La gente también grita, pidiéndole a MaDube que se pare y que vuelva. La llaman por su nombre, pero ella sigue corriendo, con tanta energía que parece que los talones vayan a golpearla en la nuca. MaDube corre.

Cuando ya se ha ido todo el mundo, algunos detrás de MaDube y otros porque no hay nada más que hacer aquí, bajamos del árbol. Vemos las huellas de las manos de MaDube en la tumba de Nacidolibre, donde ha aplastado la tierra: una docena de palmas bien marcadas que forman un dibujo bonito. La placa de la tumba dice: «NACIDOLIBRE LIZWE TAPER. 1983-2008. RIP NUESTRO HÉROE. MUERTO POR EL CAMBIO.»

¿Qué pasa cuando alguien se muere?, pregunta Sabediós.

No lo sabemos, nunca nos hemos muerto. ¿Cómo quieres que lo sepamos?, contesta Sbho.

Sí, ve a preguntárselo a tu madre, dice Bastardo.

Cuando una persona se muere porque la asesinan, se convierte en un fantasma y vaga por la Tierra porque no puede descansar en paz, explica Stina. Nos volvemos hacia él. Está ahí, de pie, y no aparta los ojos de la tumba, como si fuera la suya.

Bueno, si Nacidolibre es ahora un fantasma, a lo mejor encuentra a los que lo asesinaron y los quema. He oído que los fantasmas pueden tirar brasas y quemar cosas, dice Sabediós.

A mi abuelo lo mataron antes de que naciéramos. Puede que también sea un fantasma..., empiezo a decir. Pero el pesado de Bastardo me interrumpe gritando: ¡Soy Nacidolibre! ¡Matadme!

Al principio no nos movemos, nos quedamos ahí, mirando la tumba, como si esperásemos que nos diera las instrucciones para un juego relacionado con los muertos, ya que nunca hemos jugado a nada parecido. Pero entonces Sabediós empieza a dar gruñidos y bocinazos, y por fin entendemos que está convirtiéndose en el camión en el que vinieron los hombres armados a por

Nacidolibre. Cada vez lo hace más alto, y los cuatro nos ponemos en movimiento. Cogemos rápidamente los *knobkieries*, los machetes, los cuchillos y las hachas y nos metemos en el camión. Stina se quita su camiseta de «¿QUÉ HARÍA JESÚS?», y empieza a ondearla porque ahora es la bandera del país y todos la señalamos con nuestras armas y coreamos el nombre del presidente.

Sabediós es un camión alucinante: bufa, da bocinazos y levanta polvo hasta que aparca para que nos bajemos, y entonces se transforma de nuevo y se convierte en uno de nosotros. Se quita la camiseta del Arsenal y hace ondear la bandera del país en el aire. Nos reímos, aplaudimos y cantamos canciones de guerra, con nuestras armas en el aire. Estamos ebrios de energía, somos animales sedientos de sangre.

Pero primero hay que bailar. Levantamos las armas por encima de nuestras cabezas, y cantamos y gritamos y silbamos. Damos saltos, pateamos la tierra y levantamos polvo. Meneamos el cuerpo como si fuera una cosa, golpeamos el aire con las armas; todos tenemos la cara crispada. Nos miramos unos a otros: nos hemos convertido en hombres fieros y verdaderamente feos. Stina tiene la boca tan abierta que se le ve hasta la campanilla. Mueve el hacha y hace como si mordiera con sus dientes de perro, y a mí me da risa.

Después de la danza, nos tiramos sobre Bastardo, que ahora es Nacidolibre, y le chillamos en la cara mientras le atizamos.

¿Para quién trabajas?

¡Traidor!

¿Quién te paga? ¿Inglaterra y América?

¿Por qué no llamas ahora a Inglaterra y América para que te ayuden?

¡Amigo de los colonizadores!

¡Quieres vender el país a los blancos!

¿Te crees que puedes votar a quien te dé la gana?

¡A ver cómo votas ahora! ¡Traidor!

¿Quieres «Cambio»? ¡Pues te vamos a dar «Cambio»!

¡Aquí tienes tu democracia y tus derechos humanos! ¡Cómetelos, cómetelos, cómetelos!

Entonces Sabediós levanta un martillo dibujando una línea recta en el aire y, cuando lo descarga sobre Nacidolibre, justo en la nuca, se oye el crujido de algo que se rompe. Sbhó levanta el hacha y le pega un hachazo por encima de la oreja. Luego cae un machete sobre la cara de Nacidolibre, y se la raja desde

el ojo hasta la barbilla. Estamos todos encima de él. Le hacemos daño, le pegamos, lo molemos a palos, lo machacamos. Hachazos en la cabeza, patadas en las costillas, en las piernas, *knobkieries* cayendo aquí y allá. Son tantas las armas que buscan el cuerpo de Nacidolibre, que parece que intentemos darle a un grano de arena. Un montón de armas que chocan entre ellas. Pero nos reímos y seguimos atizándole. Golpes y más golpes y más golpes. Y a todo esto, Nacidolibre está callado.

Hay sangre por todas partes, mucha sangre. Sangre. Entonces dejamos de pegarle y alguien dice: Levántate y vete. Levántate. Pero Nacidolibre no se levanta. Se arrastra por el suelo, despacio, despaaaaaacio, como una cucaracha gorda a la que han envenenado.

¿Qué te parece ahora el cambio, eh?

Venga, levántate. ¡Tienes que levantarte y votar!

¿Cómo vas a ver el cambio si te quedas ahí tirado sin hacer nada?

Todos nos reímos, gritamos y damos palmas, y volvemos a darle de golpes.

Chipó, que no había podido trepar al árbol con nosotros, se ha convertido en MaDube, la madre de Nacidolibre, y está a un lado, dando vueltas en el suelo. Sbho corre a sujetarla, pero MaDube se retuerce como un pez fuera del agua, como una serpiente poseída, y chilla como una loca. Chilla, chilla y chilla.

¡Soltadme! ¡Dejadme ir a rescatar a mi hijo! ¿Por qué no va nadie a rescatar a mi hijo? ¿Qué hacéis todos ahí, mirando de brazos cruzados? ¡Cabrones! ¡Por qué os quedáis ahí y permitís que pase esto!, grita MaDube a las tumbas, que son la gente de Paraíso que está ahí plantada sin hacer nada.

Por favor, MaDube, por favor, no hagas eso, ¿es que quieres que te maten? Sbho se ha convertido en una mujer amable, y su voz es tranquilizadora.

¡Suéltame! ¡Suéltame! ¡Que me maten a mí, antes que a mi hijo! ¡Que me...!

Y entonces, en ese momento, sale un chorro de sangre disparado como una flecha y lo salpica todo. MaDube se lleva la mano al pecho y se desmaya.

Pero los golpes no paran. Gritamos y cantamos más fuerte, y más y más fuerte. Pateamos el suelo y levantamos aún más polvo. Nacidolibre está ahora medio desnudo, y parece un guiñapo ensangrentado y no una persona. Sigue sin decir nada, sin hacer ningún sonido, como si intentara ser Jesús, pero creo que ni el mismísimo Jesús se hubiera comportado así, porque hay un versículo en la Biblia que dice «Jesús lloró».

La gente de Paraíso tampoco suele hacer ruido. Hay un intenso silencio

negro, como si estuvieran viendo algo sagrado. Aun así, en sus ojos se ve claramente la rabia. Una rabia callada, pero ahí está. Aun así, ¿qué es la rabia cuando se guarda dentro como el corazón, la sangre, cuando no se hace nada con ella, cuando no se usa para atacar, ni siquiera para gritar? Esa rabia no es nada, no cuenta. No es más que un perro grande y aterrador sin dientes.

Y entonces, por fin, paramos. Estamos agotados, roncos, tenemos la cara empapada. Las armas a los lados, llenas de sangre. La ropa, llena de sangre. La bandera de nuestro país, llena de sangre.

Lo han matado, susurra alguien. Dios mío, está muerto.

Volvemos a meternos en el camión, y Sabediós lo pone en marcha entre gruñidos y bocinazos.

¿Qué clase de juego es éste?, pregunta alguien a nuestra espalda. Cuando nos damos la vuelta, vemos que los dos hombres de la BBC están ahí otra vez, entre las tumbas, y nos miran apuntándonos con sus cacharros. El cámara dispara unas cuantas veces, nos hace fotos. Luego el más alto, el que tiene pelo por todas partes y una jungla en la cara, vuelve a preguntar: ¿A qué estabais jugando ahora mismo? Y Bastardo se pone la camiseta y contesta: ¿No ves que esto no es un juego?

Cómo se marcharon

Mirad cómo se marchan en tropel, los hijos de la tierra. Simplemente mirad cómo se marchan en tropel. Los que no tienen nada cruzan fronteras. Los que tienen fuerza cruzan fronteras. Los que tienen ambiciones cruzan fronteras. Los que tienen esperanza cruzan fronteras. Los que han perdido cruzan fronteras. Los que sufren cruzan fronteras. Se mueven, corren, emigran, se van, desertan, caminan, renuncian, vuelan, huyen... A todas partes, a países cercanos y remotos, a países de los que no han oído hablar, a países cuyos nombres no saben pronunciar. Se marchan en tropel.

Cuando todo se hunde, los hijos de la tierra se escabullen y se dispersan como pájaros huyendo de un cielo en llamas. Abandonan su propia y miserable tierra para poder apaciguar su hambre en tierras extranjeras, enjugar sus lágrimas en tierras desconocidas, vendarse las heridas de su desesperación en tierras lejanas, murmurar sus llagadas oraciones en la oscuridad de tierras extrañas.

Mirad a los hijos de la tierra que se marchan en tropel, que abandonan su propia tierra con heridas sangrantes en el cuerpo y el horror en el rostro, con sangre en los corazones y hambre en los estómagos y dolor en sus pasos. Dejan atrás a sus madres, a sus padres, a sus hijos. Dejan sus cordones umbilicales bajo el polvo, dejan los huesos de sus antepasados en la tierra, dejan todo lo que los hace ser quienes son y lo que son, lo dejan todo atrás porque ya no es posible quedarse. No volverán a ser los mismos, porque no se puede ser el mismo una vez que has dejado atrás lo que eres. No se puede ser el mismo.

Mirad cómo se marchan en tropel, aunque saben que en esas tierras extrañas los recibirán con restricciones, porque no es su lugar; aunque saben que tendrán que sentarse sobre una nalga, porque no deben arrellanarse si no quieren que los obliguen a levantarse y marcharse; aunque saben que tendrán que hablar en moderados susurros, porque no deben permitir que sus voces ahoguen las de los dueños de la tierra; aunque saben que tendrán que andar de

puntillas, porque no deben dejar huellas en la nueva tierra si no quieren que los confundan con aquellos que pretenden adueñarse de ella. Mirad cómo se marchan en tropel, acompañados por la pérdida y lo perdido. Mirad cómo se marchan en tropel.

Destroyedmichygen

Si vienes aquí donde estoy y miras por la ventana, no verás a ningún hombre sentado bajo un jacarandá en flor jugando a las damas. Bastardo, Stina, Sabediós, Chipó y Sbhó no estarán llamándome para ir a Budapest. Ni siquiera oirás a un vendedor anunciar sus artículos, y no verás a nadie jugando a los países ni persiguiendo hormigas voladoras. Algunas cosas pasan sólo en mi país, y éste no es mi país. No sé de quién será. TK, un niño gordo que se supone que es mi primo, aunque no lo había visto nunca, me dice: Esto es Estados Unidos, tía, y en este puto país, no vas a ver ninguna de esas mierdas africanas.

Lo que sí verás, si vienes aquí, es nieve. Nieve en los árboles sin hojas, nieve en los coches, nieve en las carreteras, nieve en los jardines y nieve en los tejados... Nieve, nieve y más nieve que lo cubre todo como si fuera arena. Es tan blanca como unos dientes limpios, y está muy muy fría.

Y además es un monstruo voraz, la nieve, porque mira cómo se lo ha tragado todo. ¿Dónde está ahora la tierra? ¿Dónde están las flores? ¿Dónde están la hierba, las piedras, las hojas, las hormigas, la basura? ¿Dónde están? Y además está el frío, un frío que jamás había sentido. Es un frío que parece que quiera matarte, como si te estuviera diciendo, con la nieve, que deberías irte por donde has venido.

En el salón, la tía Fostalina no hace más que andar y andar y andar, como una loca. Es rarísimo verla así, andando sin moverse del sitio. Si no fuera por la nieve que hay por todas partes, a lo mejor estaría andando fuera, como se supone que tiene que andar una persona. MaDube también andaba así antes, andaba y andaba y andaba, sin ir a ningún sitio en particular. Aunque MaDube hacía eso porque se volvió loca después de que mataran a su hijo Nacidolibre. La verdad es que no sé cómo le ha ido a la tía Fostalina en América, y no sé qué le pasa.

Cuando anda sacude los brazos de adelante hacia atrás, como un *mjingo*, y al mismo tiempo va contando. Tres-cuatro-cinco-seis, y anda y anda. El tío

Kojo, el padre de TK, que es como el marido de la tía Fostalina, aunque no del todo porque en realidad no están casados, vuelve del trabajo y dice: Fostalina, están dando el partido de los Lions y los Giants, ¿no? La voz del tío Kojo suena como si tuviera algo en la boca que persigue las palabras y las espanta. Pero la tía Fostalina no contesta porque ha de seguir el ritmo de la mujer de la televisión: cuatro-cinco-seis, y andar y andar y andar.

La de la foto soy yo, con una camiseta rosa. Entonces todavía vivía en mi país. La tía Fostalina hizo la foto cuando vino a buscarme. Para el recuerdo, porque algún día lo único que tendrás son estas fotos, eso fue lo que me dijo. Éste es Bastardo y éste es Sabediós y ésta es Chipó y éste es Stina y ésta que pasa es S'bahle, la hermana de Sabediós. No sé dónde estaba Sbho cuando nos hicieron la foto. En otra imagen se ve a la tía Fostalina y mi madre, que son gemelas. La tía Fostalina es guapa, pero creo que mi madre es muchísimo más guapa, y si hubiera nacido aquí, a lo mejor habría sido modelo o algo así. Aunque lo que he visto es que algunas modelos ni siquiera son guapas, así que no sé qué hacen en televisión. Las veo andar por la pasarela y pienso: «Si hubieras nacido en mi país, serías de lo más normal, tu pasarela sería la frontera, donde estarías vendiendo cosas, igual que mi madre.»

En el momento de irme, mi madre no quería soltarme la mano, pensé que incluso me la iba a arrancar. Madre de Huesos me miraba con cariño. Era la primera vez en la vida que me miraba así, y dijo: No sé la verdad es que no sé niña ésta podría ser la última vez que te veo no sé si seguiré estando aquí cuando vuelvas pero qué clase de vida es ésta cuando todos nacéis para marcharos en tropel a otras tierras qué

va a ser de este país va a ser una ruina, eso dijo. No contesté nada, porque, aunque parecía una pregunta, en realidad Madre de Huesos hablaba con ella misma, como siempre.

Unos cuantos días antes de marcharme, mi madre me llevó a Vodloza, que me hizo fumar de una calabaza. Empecé a estornudar sin parar, y él sonrió y dijo: Los antepasados son tus ángeles, ellos te llevarán a América. Y luego esparció tabaco en el suelo y le dijo a alguien a quien yo no veía: Abre el camino para tu criatura errante, Vusamazulú, pavimenta los cielos, invoca a tus padres, Mpabanga y Nqabayezwe y Mahlathini, y sacad vuestras poderosas lanzas para abrir los caminos y proteger a la niña de los espíritus oscuros en su viaje. Llevadla a salvo hasta esa tierra extraña, que ni tú ni los que vinieron antes que tú soñasteis jamás pisar siquiera.

Al final, me ató alrededor de la cintura un cordel con los colores del arcoíris y con un hueso colgando, y me dijo: Ésta es tu arma, ella apartará de ti todo el mal en esa América. No te la quites nunca, ¿me oyes? Pero cuando llegué a América, el perro del aeropuerto se puso a ladrar y a olisquearme, y una mujer de uniforme me llevó a un lado y se puso a mover una barra a mi alrededor, y la barra pitaba y pitaba, y la mujer me preguntó: ¿Llevas alguna arma? Y yo asentí con

la cabeza y le enseñé el arma de Vodloza, y la tía Fostalina dijo: Pero ¿qué guarrería es ésta?, y me la quitó y la tiró a la basura. Así que ahora no tengo ninguna arma para luchar contra el mal en América.

Con tanta nieve, sin sol, con el frío y la tristeza, esto no parece mi América, no parece ni siquiera de verdad. Es como si estuviéramos en un cuento horripilante, como si estuviéramos en las partes chungas de la Biblia, cuando Dios se dedica a castigar a la gente por sus pecados y a hacerla sufrir enviándole el mal tiempo. El cielo, por ejemplo, ha estado blanco desde que llegué aquí, y eso quiere decir que algo no va bien. Hasta las piedras saben que el cielo tiene que ser azul, como nuestro cielo allí, en casa, que siempre es azul, tan azul que aunque le echaras lejía y lo frotaras con un trapo, el azul no saldría.

Y otra cosa: desde donde estoy no puede verse, pero en esa nieve también hay *tokoloshes*. Por la noche, sueño que salen y dicen: Eh, ¿quieres hacer un muñeco de nieve? ¿Qué tal estás? ¿De dónde eres? Y luego me preguntan si me gusta *High School Musical* o *Raven*. Y preguntan: ¿Qué prefieres, McDonald's o Burger King? Y preguntan: ¿Te gusta Justin Bieber? Y yo les grito a los *tokoloshes* que se larguen.

El tío Kojo observa a la tía Fostalina andar sin moverse del sitio y se cruza de brazos y dice: ¿Sabes una cosa? La verdad es que no entiendo para qué haces todo eso. ¿Qué es lo que estás haciendo, Fostalina? De verdad, ¿qué haces exactamente? Patada. Y puñetazo. Y patada. Y puñetazo. Pero mírate, eres un saco de huesos. Puro pellejo y huesos. ¿Y para qué? Esas mujeres a las que quieres parecerte ni siquiera son africanas, ¿no te das cuenta? Tres-cuatro-cinco-seis, y patada. Y puñetazo. Porque no hay nada africano en una mujer sin muslos, sin caderas, sin vientre, sin culo. Abajo. Flexiona las rodillas. Abajo. Flexiona las rodillas. Abajo.

Eso dice el tío Kojo y añade: La última vez que le mandé fotos de familia a mi madre, hasta se echó a llorar. Ay, ay, ay, hijo mío, ay, por Dios, por Dios, por favor, dale de comer a tu mujer y no se te ocurra traerla aquí en ese estado, que es una vergüenza. Eso es lo que dijo mi madre. Abajo, flexiona las rodillas. Abajo. Flexiona las rodillas. Abajo. Flexiona las rodillas. Ahora a la izquierda, dos directos. Y gancho. Una vez más.

Cuando el tío Kojo vuelve del trabajo, lo único que hace es sentarse delante de la tele. La tía Fostalina le dice: ¿Cuándo vas a hacer algo con los niños, Kojo? No estás nunca en casa, y cuando estás te quedas ahí plantado delante de ese maldito televisor, viendo el puñetero fútbol. ¿No puedes llevártelos al cine o al centro comercial o a hacer algo? Pero creo que sólo lo dice porque quiere la tele para ella, para poder ver a sus mujeres andantes. El tío Kojo ni siquiera parece molestarse en escucharla, porque lo único que dice es: ¡Touchdown! Y luego habla en un idioma que no entiende nadie. No es de nuestro país, y por eso no entendemos su lengua ni él la nuestra. Es de Ghana. TK tampoco entiende el idioma de su padre porque él no es de Ghana, porque su madre es americana y él nació aquí.

El tío Kojo le dice a TK: ¿Cuántas veces tengo que decirte que te subas bien los pantalones, eh? Para llevarlos así de caídos, ¿por qué no te los quitas y en paz? ¿Por qué no vas por ahí en calzoncillos? De hecho, ¿por qué no te quitas toda la ropa y vas por ahí en pelotas? Ahora te ha dado por imitar a esos andrajosos que andan fumando cosas raras por las esquinas y soltando blasfemias porque son demasiado idiotas para darse cuenta de lo fáciles que tienen las cosas, ¿eh? ¿Así es como quieres ser? TK balbucea algo y se sube los pantalones, y luego se encierra en su habitación, donde pasa horas y horas.

Una vez subí para ver qué estaba haciendo, y me lo encontré sentado en su cama con la cosa aquella en el regazo, ahí venga kabuum-kabuum-kabuum, y una lluvia de balas y bombas en la pantalla. Le pregunté: ¿Qué haces?, y él me contestó: ¿Es que no lo ves? Es un juego. Y le pregunté que a qué clase de juego puede jugar uno solo, y él me soltó: Lárgate de una puta vez. No voy a ser amigo de TK porque se encierra como si viviera en su propio país él solo. Y además, tampoco habla mi idioma, y dice que hablo raro.

Si estuviera en casa, sé que no me habría quedado encerrada porque una cosa llamada «nieve» me impidiera salir a vivir la vida. Puede que estuviera en Budapest con Sbho y Bastardo y Chipó y Sabediós y Stina, robando

guayabas.

O estaríamos jugando a Buscar a Bin Laden, o al juego de los países, o a Andy-Over. Pero claro, tampoco tendríamos comida, que es por lo que aguanto en Estados Unidos con toda esta nieve: porque aquí hay comida, comida de todas clases y de todos los colores. Aun así, hay veces en las que por más que coma, da igual, es como si la comida no me hiciera nada porque de lo que tengo hambre es de mi país, y no se me va a pasar con nada.

He visto un coche negro al otro lado de la carretera que intenta moverse, pero no lo consigue. La nieve cayó anoche, a traición, y ha atrapado las pobres ruedas del coche. Consigue moverse sólo un poquito, un poquito de nada, y se queda bloqueado otra vez, como un escarabajo pelotero luchando por subir una montaña con una boñiga gigantesca. Ahora quienquiera que vaya dentro del coche se ha quedado atascado en la fría nieve.

Cuando cae, la nieve ni siquiera hace ruido. Por eso estoy vigilándola, porque es como si cayera a escondidas.

A veces te despiertas y te encuentras montones y montones de nieve, y ni siquiera la has oído caer. ¿Cómo puede caer una cosa tan grande que lo envuelve todo sin que se la oiga llegar? Ni un ruido, ni un porrazo, ni un golpetazo, ni un ¡bum! ni un repiqueteo, nada. No sé, algo, cualquier cosa, para que esta nieve pudiera contar una historia como es debido. Pero ahora sé lo que se propone: está esperando que yo salga para poder cubrirme a mí también, pero no pienso pasar de esa puerta. La tía Fostalina dice que la nieve nos ha encerrado, y que no podremos salir de casa en un tiempo. Yo digo que me quedo en la casa porque sé qué pretende la nieve.

Si no fuera porque las casas de aquí tienen calor dentro, creo que ya estaríamos todos muertos. La nieve y el frío que la acompaña nos habrían matado. No es un frío normal, un frío del que te quejas y luego te pones con otra cosa. Qué va. Este frío no es así. Es un frío que paraliza la vida, un frío que te abre en canal y te quema los huesos. Nadie me habló de este frío antes de venir aquí. Si alguien me hubiera cogido y me hubiera explicado bien lo del frío y todo lo demás, no sé qué habría hecho, no sé si al final me habría montado en aquel avión.

Prince, el primo de la tía Fostalina, llegó ayer de nuestro país, pero dentro de dos semanas se va a ir a vivir con su hermano a un lugar que se llama

Texas. Ahora mismo está durmiendo porque está cansado después de tantas horas sentado en el avión. Prince tiene cicatrices en los brazos y la espalda porque lo quemaron. Es joven, pero parece viejo, más viejo que el tío Kojo, más o menos como Mdawini, que vive en Paraíso y tiene seis hijos. Tiene una cara seria y espantosa, y se le ha apagado la luz de los ojos, como si se le hubiera colado la nieve y la hubiera apagado.

Cuando la tía Fostalina termina de andar, me pregunta: ¿Tú crees que estoy adelgazando? ¿Quién está más gorda, la tía Da o yo? ¿Quién está más gorda, tu madre o yo? Y entonces se sienta en una pelota enorme y se queda como dormida encima. Luego se pone a levantar unas cosas de metal y dice: Voy a hacer una dieta a base de fruta. Y entonces se pone de pie y empieza a andar otra vez, moviendo los brazos adelante y atrás, adelante y atrás. La tía Fostalina está muy flaca, y muy pronto empezará a parecerse al esqueleto de mi padre, que se ahogaba allí en la cama y sólo quería morir.

El tío Kojo vuelve a casa del trabajo y le dice a la tía Fostalina: ¿Sabes? Lo que no entiendo es por qué en esta casa nunca hay comida caliente, Fostalina. La tía Fostalina, que está exprimiendo una naranja, alza la vista y contesta: ¿Que no hay comida en esta casa, Kojo? ¿De verdad? Si fui a la compra ayer, ¿qué te crees que hay en esa nevera, ladrillos o qué? Y él dice: Fostalina, desde que empezaste con lo del peso ya no cocinas. ¿Cuándo fue la última vez que cenamos como Dios manda en esta casa, eh? ¿Sabes? En mi país, las mujeres preparan comida caliente todos los días para sus maridos e hijos. Y no sólo eso, sino que además lavan la ropa y la planchan y también tienen la casa limpia.

El gordo de TK se sube los pantalones diciendo entre dientes: Pedazo de cabrón machista, y la tía Fostalina tira el resto de la naranja a la basura y contesta: Sí, en tu país tal vez, pero esto es América y *nxa ubon' engan' ulebhoi lapha manj' uzatshetshela ngereza fanami!* Y el tío Kojo meneaba la cabeza y se marcha, ya que no entiende ni una sola palabra. Pero creo que es mejor que no haya entendido lo que le ha dicho la tía Fostalina, porque se habría puesto hecho una furia.

En la tele sale Obama, ese hombre tan guapo que decía todo el rato «Yes We Can, America, Yes We Can», y que ahora es el presidente. No parece viejo como nuestro presidente; más bien parece el hijo de nuestro presidente. Hay montones y montones de personas blancas, negras y morenas, personas a secas, y todos están muy contentos, y vitorean, y dan palmas. Prince lo mira todo con

lágrimas en los ojos, y me sacude la mano como si pretendiera rompérmela, y me dice: ¿Ves? Esto es la democracia, allí, en casa, ni siquiera podemos pronunciar esa palabra. Y entonces menea la cabeza y se ríe y se ríe como un loco, hasta que el gordo de TK suelta: Jodido cabrón chiflado. Prince habla solo, como si tuviera un montón de gente metida en la cabeza y necesitara decirle cosas.

Cuando el microondas hace «ting», el gordo TK saca una pizza y se la come. Cuando el microondas vuelve a hacer «ting», saca unas alitas de pollo. Y luego unos burritos, y perritos calientes, y come y come y come. Con toda la comida que TK engulle en un día, mi madre, Madre de Huesos y yo podríamos alimentarnos dos o tres días.

Fuera están quitando la nieve, porque ha caído un montón. Me parece muy bien que la quiten, porque todo está demasiado blanco, como si le hubieran dicho a la nieve que los otros colores no importan. Si la nieve fuera de un color bonito, como el morado o el rosa, o si fuera como el arcoíris, entonces por lo menos merecería la pena mirarla. Los hombres hunden la pala en la nieve y la lanzan a los lados, donde va apilándose en montones sucios.

Hay niños pequeños jugando en la nieve. La tocan, la patean, se la tiran unos a otros, en fin, que juegan con ella como si la nieve fuera para jugar. Y ahora se han puesto a hacer una cosa que parece una persona gorda, y le han puesto un sombrero, y un trapo rojo en el cuello, y también una zanahoria en la cara. Puede que sea un *tokoloshe* americano, y cuando se haga de noche, eche a andar para hacer el mal. No sé qué haría yo entonces, porque ahora ya no puedo combatir el mal: en el aeropuerto me obligaron a tirar mi arma.

En el salón, Prince está puliendo sus animales de madera; se los ha traído de casa, y juega con ellos como si fuera un niño pequeño. Ha puesto todos los animales en fila sobre la mesa: el león, el elefante, el rinoceronte, la jirafa. Prince habla con ellos como si pudieran oírlo y contestarle. Le dice al león, *Silwane, bhubesi, nkunzi!* Y entonces lo coge y se lo pega a la mejilla y ruge por él, y parece que vuelva la luz muerta a sus ojos.

Luego coge el elefante y le dice: *Ndlovu, ntaba, umkhulu!* Se lo pega a la otra mejilla y barrita por él. Y le digo que menos mal que son de madera, porque así no tienen que salir y morir de frío en la nieve, aunque creo que Prince ni siquiera me oye. Hace chocar las cabezas del elefante y el león, y enseña los dientes como un perro, y gruñe y les pregunta: ¿Quién va a gobernar esta selva? ¿Quién va a gobernarla?

Y el tío Kojo le dice entonces: ¿No deberías estar echándoles un vistazo a las universidades, Prince? Ahora estás en América y puedes ser lo que quieras ser. Mira a Obama. La tía Fostalina mira al tío Kojo como si quisiera apuñalarlo con los ojos, y dice: *Wena silima*, ¿no ves que está intentando superar todo lo que ha pasado?

Hace unos días que la nieve no cae, y parece que empieza a derretirse en el suelo. Es mucho más fina, y se ven charcos de agua en algunos sitios. También está cayéndose de las ramas de los árboles, y ya se distinguen los tejados y la carretera.

A lo mejor la nieve ha decidido marcharse y volver por donde ha venido, porque sabe que estoy vigilándola. Sea como sea, todavía no quiero salir, y niego con la cabeza cuando la tía Fostalina me pregunta si quiero acompañarla. Me deja en paz y no me obliga ni me pega, como quizá habrían hecho mi madre o Madre de Huesos si no hacía lo que ellas querían que hiciera. La tía Fostalina siempre me pregunta si quiero hacer cosas. ¿Te apetecen unos macarrones con queso? ¿Quieres irte a la cama? ¿Prefieres esto o lo otro? ¿Estás segura?, como si me hubiera convertido en una persona de verdad.

Prince habla solo cada vez más a menudo, como si la gente que tiene en la cabeza hubiera salido y pudiera verla. A veces grita y chilla y da patadas, como si estuviera defendiéndose de algo. La tía Fostalina lo sacude para que pare, pero no tiene suficiente fuerza. Prince mueve los brazos quemados como un loco, y pide ayuda a voz en grito. Cuando por fin se calma, la tía Fostalina lo rodea con los brazos como si fuera un bebé, y él va calmándose y ella lo mece y lo mece y lo mece. Cuando Prince se pone a hablar otra vez, la tía Fostalina le canta una nana y empieza a cantar con ella, aunque es otra canción, y se da puñetazos en la cabeza como si quisiera hacerse sangre.

Sobashiy' abafowethu

Savuka sawela kwamany' amazwe

Laph' okungazi khon' ubaba lomama

S'landel' inkululeko

Cuando desaparezca la nieve, podré salir y ver cómo es Detroit. Podré ver la hierba, las flores, las hojas, los pájaros y la basura. Puede que por fin vea

cosas que conozco, y así este sitio por fin parecerá normal. Saldré y oleré el aire, y a lo mejor cojo un saltamontes, y descubriré qué frutas extrañas crecen en estos árboles tan grandes. Dibujaré en el suelo el juego de los países, o incluso el *arra* que nos enseñó Nacidolibre. Nos contó que ellos jugaban a eso de pequeños, cuando el país era todavía un país.

Stina decía que un país es una botella de Coca-Cola, que puede romperse en el suelo y dejarte con un palmo de narices. Cuando una botella se rompe, ya no se puede arreglar. Un día, mientras estábamos haciendo nuestras cosas en el campo después de comer guayabas, Mukoma Charlie se topó con nosotros y nos dijo: Sois los niños más desgraciados que ha visto esta botella rota. Si esto todavía fuera un país, estaríais todos en la escuela aprendiendo como es debido para poder ser alguien de mayores, pero no, aquí estáis, cagando entre los matorrales, con las guayabas desgarrándoos el culo.

Stina también decía que marcharte de tu país es como morirte, y que cuando vuelves eres como un fantasma que deambula por ahí con la mirada perdida. No quiero ser eso cuando vuelva a mi país, pero la verdad es que no sé qué pasará, porque ni siquiera sé si Paraíso seguirá estando allí cuando yo vuelva. ¿Seguirá estando ahí Madre de Huesos cuando yo vuelva? ¿Seguirán estando Bastardo y Sabediós y Sbho y Stina y Chipó y todos mis amigos? ¿Seguirán estando ahí las guayabas? ¿Estará Paraíso igual cuando vuelva? ¿Será todo igual?

Lo único un poco interesante que pasa aquí es cuando vienen el tío Themba y el tío Charley, y la tía Bienvenida y la tía Chenai y algunos otros a ver a la tía Fostalina. Los llamo «tíos» y «tías», pero no somos familia de verdad, no como la tía Fostalina y yo. De hecho, ni siquiera los conocía de antes, y el tío Charley es blanco, por ejemplo. Creo que la única razón por la que ahora se han convertido en mis parientes es que también son de mi país. Es como si el país se hubiera convertido en una auténtica familia desde que estamos en Estados Unidos, que no es nuestro país.

Cada vez que vienen, el tío Kojo acaba marchándose de casa, porque se ponen a hablar en nuestro verdadero idioma, y todos se ríen y hablan casi a gritos sobre nuestro país, de cómo era cuando ellos eran jóvenes, antes de que las cosas se pusieran feas y luego peor. Se les olvida que el tío Kojo no los entiende, y él se queda allí callado, como perdido, como si acabara de entrar

ilegalmente en otro país, pero dentro de su propia casa.

Los tíos y tías traen tripas de cabra y preparan *ezangaphakathi* y *sadza* y *mbhida*, y de vez en cuando traen también *amacimbi*, que es la salsa que más me gusta en el mundo, y *umfushwa* y otras cosas de nuestro país, y la gente se lanza sobre los platos como si no hubieran comido en toda su vida. Parten la *sthwala* con las manos, la enrollan a toda prisa, la mojan en la salsa y por un momento se miran unos a otros antes de metérsela en la boca. Y luego mastican con cuidado, ladeando la cabeza como si la comida estuviera hablándoles y ellos prestaran atención al sabor, y entonces se les ilumina la cara. Cuando preparan comida de nuestro país, a la tía Fostalina incluso se le olvida que sigue una dieta a base de fruta.

Después de la comida, viene la música. Ponen a Majaivana, ponen a Solomon Skuza, a Ndux Malax, Miriam Makeba, Lucky Dube, Brenda Fassie, Paul Matavire, Hugh Masekela, Thomas Mapfumo, Oliver Mtukudzi... Ponen canciones antiguas que recuerdo de cuando era pequeña, de cuando las cantaban mi madre y mi padre y otros adultos, aunque algunas no las conozco porque el tío Charley dice que yo ni siquiera había nacido. Y cuando bailan, me quedo al lado de la puerta a mirar, porque es algo digno de ver.

Bailan muy raro, sacudiendo brazos y piernas y haciendo contorsiones con el cuerpo. Se inclinan como si fueran a plantar semillas, se dejan caer al suelo y se levantan como si fueran un látigo que azota el aire. Se apiñan como el ganado en un *kraal*, y luego se desperdigan como huesos rotos. Vuelven a juntarse, alzan la vista, se protegen la cara del sol y llaman a la lluvia con las manos. Como no llueve, menean la cabeza decepcionados y se agachan poco a poco, abajo, abajo, abajo, como cuando un barco se hunde. Y entonces se levantan otra vez, se agarran la barriga y el corazón como las mujeres que sufren, alzan los brazos como si estuvieran rezando, y se agachan tanto que parece que la tierra se los esté tragando. Luego se levantan otra vez, de golpe, se ponen de puntillas y extienden los brazos, como si fueran aviones que se dirigen a tierras lejanas.

La boda

Las cosas empiezan a torcerse cuando nos pasamos un desvío y nos perdemos de camino a la boda de Dumi, en South Bend, Indiana. Pero es que además no sabemos que nos hemos perdido. La tía Fostalina está echando una cabezada en el asiento delantero porque ha trabajado por la noche, y TK, que va a mi lado, está atontado, como siempre, con el iPod en el regazo y los auriculares en las orejas. Voy detrás del tío Kojo, que conduce y mueve la cabeza al ritmo de esa extraña música de Ghana que a veces lo hace quedarse como ido, como si algo en su cabeza estuviera llamándolo desde algún lugar muy lejano.

Hace mucho que hemos dejado atrás las casas y las tiendas, y ahora avanzamos entre campos y más campos de maíz, así que llevo un buen rato esperando que en cualquier momento aparezcan campesinos inclinados hacia delante, removiendo la tierra, y niños caminando frente a arados tirados por bueyes, guiando a los animales, y el sonido de sus silbatos, los restallidos del látigo en el aire, las azadas golpeando la tierra, las voces de mujeres que se apremian unas a otras con canciones... Siempre hay momentos así, momentos en los que casi parece que las cosas familiares de mi país surgirán de pronto de la nada, como fantasmas.

Por muy verde que se vea el maíz en América, no es maíz de verdad. Lo llaman así, pero sale todo mal, muy pequeño, dulce, demasiado blando. Ya ni me molesto en probarlo porque es de lo más decepcionante y me siento como si estuviera insultando a mis dientes. Miro los interminables campos y empiezo a ponerme nerviosa, porque no soy capaz de imaginar lo que vendrá después. Puede que bosques densos con leones y tigres y monos colgados de las ramas, cosas así, nunca se sabe.

Mmm, a lo mejor deberíamos utilizar el navegador, tío Kojo, le digo, inclinándome para hablarle al oído. Ya sé que no le gusta mucho que le digan lo que tiene que hacer, pero en fin. Así que no me sorprende nada que siga meneando la cabeza con la música como si no me hubiera oído. Hace un buen

rato, cuando hemos salido de la autopista, el tío Kojo se ha puesto a despotricar en su idioma del navegador porque no hacía más que decir: Recalculando, gire a la derecha, gire a la derecha, recalculando, a pesar de que estábamos en una recta larguísima y no había manera de girar a ningún lado. Al final, el tío Kojo ha arrancado el navegador, me lo ha pasado por encima del hombro, ha subido el volumen de la radio y se ha puesto a escuchar su música.

Cuando me canso de mirar los interminables campos de maíz y la nuca del tío Kojo, saco de mi bolso la caja de Hello Kitty, donde llevo un espejo y brillo de labios. Hoy mi cara me gusta más o menos, aunque se ve rara, porque la tía Fostalina me ha maquillado para la boda; dice que ahora soy una adolescente. Si estuviera fuera de mi cuerpo y viera esta cara, tal vez diría: ¿Quién es ésta?, porque al principio no me reconocería, pero al mismo tiempo parece interesante y me gusta. Lo único que siento es que es verano y los colegios están cerrados, así que no puedo presumir como es debido, pero he decidido que, cuando llegue el otoño, ésta es la cara que voy a llevar al Instituto Washington.

Cuando llegué al Instituto Washington por primera vez, me quería morir. Los otros niños se burlaban de mi nombre, de mi acento, de mi pelo, de mi forma de hablar o decir las cosas, de mi manera de vestir, de mi forma de reírme. Cuando se burlan de ti por algo concreto, al principio intentas arreglarlo para que dejen de hacerlo, pero es que aquellos niños chiflados se burlaban de todo, incluso de las cosas que no puedo cambiar. Se burlaban de mí todo el tiempo, hasta que al final acabé sintiéndome mal en mi piel, en mi cuerpo, en mi cabeza, con mi ropa, con mi idioma, con todo. Cuando se lo conté a la tía Fostalina, ella me explicó cómo eran las cosas cuando iba al internado en nuestro país. Me contó que los abusones se comían la comida de los otros alumnos y los convertían en sus criados: los obligaban a lavarles la ropa, a limpiárselo todo y esas cosas. La tía Fostalina tiene esa manía tan rara de referirse constantemente al pasado cuando no quiere enfrentarse a algo: Cuando yo era pequeña, sólo nos daban ropa nueva en Navidad y todos nos conformábamos; en mis tiempos, a nadie se le pasaba por la cabeza hablarles a los mayores en ese tono; en mis tiempos esto, en mis tiempos lo otro.

Las burlas sólo acabaron cuando Tom entró en nuestra clase. No sé de dónde había salido, pero llegó con aquellos dientes torcidos y el pelo largo y grasiento y aquellas gafas enormes y un tartamudeo patético. El caso es que

hizo que se olvidaran de mí, y casi me dieron ganas de darle las gracias. Recuerdo que de él se burlaban todavía más, a lo mejor por ser un chico. Recuerdo que siempre intentaban que se peleara y lo llamaban «*freak*», aunque tuve que buscarlo en Google porque nunca había oído esa palabra. Todavía estaba aprendiendo un montón de palabras y cosas americanas.

Recuerdo que fue la forma en que le gritaban *freak* lo que hizo que buscara la palabra. La pronunciaban como si fueran a partirse el labio inferior con los dientes cuando pronunciaban la efe, mientras que el resto de la palabra parecía explotarles en la boca. Recuerdo que esperé a estar sola en mi habitación para buscarlo en Google. Busqué la palabra y luego imágenes, y cuando aparecieron aquellas fotos brutales me quedé pasmada, mirando la pantalla y preguntándome cómo se sentiría Tom. Y al final lo supe, lo supimos todos sólo una semana más tarde, cuando lo encontraron colgado en el colegio, con la palabra «*freak!*» garabateada con rotulador rojo en una taquilla que estaba detrás de él.

Estad atentos, creo que debe de estar por aquí, dice el tío Kojo.

¿Aquí? ¿En mitad del campo?, pregunto, y me arrepiento al instante porque ha sonado como si el tío Kojo acabara de decir una tontería, y me sorprende mi propio tono de voz. Como no me contesta, termino de ponerme el brillo de labios y los aprieto como he visto hacer a mi tía. Guardo el brillo y el espejo, y meto el bolso debajo del asiento del tío Kojo, al lado del navegador. Los zapatos están empezando a apretarme, así que me los quito.

¿Sabes? A tu edad lo mejor es que te dejes a un lado el maquillaje y te centres en el colegio, en lo que quieres ser de mayor y esas cosas, dice el tío Kojo. Y entonces baja el volumen, y yo suspiro porque sé lo que viene a continuación.

¿Tú sabes cuántas niñas quieren venir a estudiar a este país? ¿Cuántas darían cualquier cosa, darían lo que fuera, por estar en tu lugar?

El tío Kojo parece enfadado, y eso me molesta muchísimo porque, a ver, qué he hecho de malo ahora. Además, he sacado sobresaliente en todo, incluso en matemáticas y en ciencias, dos materias que odio, porque el colegio es tan fácil en América que hasta un burro aprobaría, así que no sé qué quiere el tío Kojo ahora, ni qué más se supone que debo hacer. Me mira por el espejo retrovisor, con una decepción en los ojos que creo que no me merezco, así que

tomo prestada una expresión de TK y digo dentro de mi cabeza: «Déjame en paz, cabronazo.»

Y creo que es justo en ese momento, mientras el tío Kojo está lanzándome esa mirada, cuando un ciervo se planta delante del coche. Lo siguiente que sé es que hay un golpetazo, y el coche da un bandazo que nos sacude a todos. Se oye un bocinazo ensordecedor de otro coche que viene directo hacia nosotros, y el tío Kojo grita en su idioma, y la tía Fostalina se despierta y grita en nuestro idioma, y TK dice: ¿Qué coño?, y yo chilló. Para cuando el tío Kojo consigue volver a poner el coche en nuestro carril y pisa el freno, el ciervo está metiéndose ya entre los matorrales, medio cojeando, medio saltando y con una gran mancha de sangre en el costado. A mí me preocupa el ciervo, pero también estoy aliviada porque por fin el tío Kojo me ha dejado en paz.

Pero ¿qué demonios haces, Jameson? ¿Es que quieres matarnos a todos? En la voz de la tía Fostalina hay sueño, alarma y pánico. El tío Kojo la ignora y sale del coche mascullando algo. Y se queda ahí fuera un rato, meneando la cabeza con las manos en los bolsillos, hasta que por fin se inclina para mirar más de cerca el lado derecho.

¡Ay, Dios!, son más de las tres y media... ¡Nos estamos perdiendo la boda! ¿Cómo ha podido ocurrir?, dice la tía Fostalina, con otro tipo de pánico en la voz, como si esto fuera más grave que el accidente que podríamos haber tenido.

¿Dónde estamos?, pregunta, y se vuelve hacia TK y hacia mí. Nosotros contestamos con un silencio.

¡Se suponía que debíamos haber llegado a la boda hace una hora y media! ¡Una hora y media! ¿Dónde está el navegador? ¿Qué ha hecho con él? Y yo rápidamente lo saco de debajo del asiento del tío Kojo y se lo doy. La tía Fostalina me lo arranca de la mano. Está enfadada, muy enfadada, y llama por teléfono para pedir indicaciones. El tío Kojo vuelve a entrar en el coche y dice: El ciervo me ha roto un faro. Tendré que arreglarlo. ¡Y acababa de arreglar el tubo de escape la semana pasada!

Damos media vuelta con el coche y nos dirigimos de regreso hacia la autovía 94, cuando TK dice de pronto: Mierda, la policía va ahí detrás, igual alguien lo ha visto todo.

¿La policía? ¿De verdad es la policía? La voz del tío Kojo suena tan aguda e histérica que no parece ni siquiera que esté hablando él, sino un niño aterrorizado. Ha dicho la palabra «policía» como si se tratara de brujas o

monstruos.

No miréis, que eso no les gusta nada, dice TK. El tío Kojo reduce la velocidad y se aparta a la derecha, preparándose para detenerse en la cuneta mientras masculla algo que parece una oración. Miro hacia atrás, y como veo que no viene ningún coche de policía ni nada, tengo que meterme el puño en la boca y suelto una risita. TK, a mi lado, está que se troncha. Cuando el tío Kojo nos oye, se vuelve hacia nosotros y le grita no sé qué a TK en su idioma, con una voz fuerte y furiosa que vuelve a sonar como la suya. No le ha visto la gracia a la broma.

Para cuando por fin llegamos a la boda, damos por hecho que las partes más importantes de la ceremonia ya habrán terminado, algo que no me molesta nada, porque en realidad ni siquiera conozco a Dumí, el tipo que se casa. Pero la tía Fostalina sí que lo conoce, y sé que está furiosa porque lleva un montón de tiempo hablando de la boda como si la que se casara fuera ella. Sale del coche, cierra de un portazo y sale disparada como si ni siquiera nos conociera.

Hace tres semanas, fui con ella a JCPenney para que se comprara un vestido para la boda. Se pasó horas y horas probándose un vestido tras otro, hasta que por fin, cuando lo único que yo quería ya era salir corriendo de JCPenney, encontró el que buscaba: un vestido largo, sin tirantes, de color crema, que se le pegaba al cuerpo. La cremallera no le cerraba, pero se lo compró de todas formas, y eso significaba que tendría que perder algunos kilos para poder ponérselo. Esta mañana, cuando ha venido a mi habitación para que le subiera la cremallera, he podido cerrarla sin problemas, como si la tía Fostalina se hubiera vertido ahí dentro.

Le he dicho: Estás muy guapa, tía Fostalina. Lo he hecho porque es verdad que estaba muy guapa, pero también porque sabía que le gustaría oírlo.

¿Sí? ¿De verdad?, me ha preguntado ella, y se ha dado la vuelta hasta que se ha quedado quieta delante del espejo. Su cara se veía un poco cansada en el reflejo.

No se lo digas a nadie, pero el novio y yo estuvimos saliendo una temporada, aunque eso fue hace mucho tiempo en nuestro país, cuando íbamos a la universidad. La cosa terminó cuando él se vino a Estados Unidos. Pero, en fin, son cosas del pasado. Ahora sólo quiero ver con quién se va a casar, nada más, añadió la tía Fostalina, con una sonrisa traviesa que nunca le había visto.

De hecho, ni siquiera sabía si me estaba hablando a mí o al espejo.

Lo primero en lo que me fijó cuando entramos en la sala es en los blancos. Sé que, de todos los americanos, en realidad son los blancos los que más aman a los africanos, pero aun así, al ver la cantidad de blancos que hay en la boda no puedo evitar pensar: «Esto no puede ser sólo amor.» Entonces veo a la novia, y comprendo por qué hay tanta gente blanca: resulta que ella también lo es. Además de eso, es una montaña de michelines. No puedo dejar de mirarla, y no puedo dejar de pensar: «Pero... ¡esto no es sólo gordura!»

En América, la gordura no es la gordura a la que yo estaba acostumbrada en casa. En mi país, la gordura era una cuestión de tamaño, era una gordura normal que podía entenderse porque significaba que la persona comía bien, era una gordura que podía envidiarse. Era una gordura que no deformaba el cuerpo: un cuello seguía siendo un cuello; un vientre era un vientre; un brazo, un brazo y un culo, un culo. Pero esta gordura americana no tiene nada que ver, es como de otro nivel, porque el cuerpo se convierte en otra cosa: el cuello, en un muslo; la tripa, en un hormiguero; el brazo, en una cosa, y el culo, no sabría decir en qué.

El novio, Dumí, que es muy alto, está sentado al lado de la novia con su traje blanco. Tiene una sonrisa que nunca se le borra; rastas teñidas que le llegan a los hombros, y un cuerpo que parece un palo comparado con el de su mujer. Me fijó en esa sonrisa esculpida, y me pregunto a santo de qué sonreirá tanto, porque no entiendo que nadie pueda sonreír con una novia como ésa. No es que puedas ir por ahí diciendo: Mirad qué mujer tan guapa. No es que otras mujeres se mueran de envidia al verla y quieran matarla por ser tan guapa y la detesten por eso. La tía Fostalina es todo sonrisas mientras mira a la pareja, y sé muy bien que está tan contenta porque la novia de Dumí es fea y gorda.

Escuchamos de cabo a rabo los mensajes que han enviado desde nuestro país. El maestro de ceremonias explica que los padres y la familia de Dumí no han podido venir a la boda porque no consiguieron los visados, así que escribieron unos mensajes que más tarde enviaron por e-mail. Un amigo de Dumí, que se presenta como Mtha, lee los mensajes en voz alta, y otro amigo, Siza, los traduce para la gente blanca.

El primer mensaje es de la abuela de Dumí. Empieza dirigiéndose a él por sus tótems, como le gusta hacer a la gente mayor. Éstos, los tótems, suenan como un poema en cascada, y resulta muy hermoso oírlos en nuestro idioma. La abuela felicita a su nieto mayor y dice que espera que haya elegido a una

esposa sana, bonita, respetuosa y sensata, que le dé hijos fuertes y les enseñe nuestra hermosa cultura, y también que vuelvan a casa y restablezcan el hogar ancestral, como se espera de la primera nuera. Una esposa que sepa cuál es su lugar y que escuche y obedezca a su marido y haga de él un hombre entre los hombres. Una esposa trabajadora y habilidosa con las manos, mañosa y pura y fiel.

La novia no hace más que asentir con la cabeza y sonreír como si entendiera el idioma, pero ahora ya sé que eso de sonreír sin razón alguna es una cosa típica de los blancos, así que no me sorprende. Noto, sin embargo, que cuando el traductor traduce, se salta cosas como lo de restablecer el hogar ancestral y enseñar a los nietos nuestra hermosa cultura, y lo de ser mañosa y trabajadora, y también lo de obedecer al marido. Viendo que el mensaje sigue y sigue con versículos de la Biblia, me levanto para ir al servicio.

Estoy haciendo pis cuando oigo dos voces que hablan en nuestro idioma. Lo hacen en un tono bajo y discreto, como se supone que tiene que hacerse cuando se cotillea, pero aun así lo oigo. Me aguanto el pis y escucho con atención.

¡Qué caradura! Creo que es la hermana. ¡Venga a hablar de los africanos y su amor por las mujeres robustas! Casi me muero de risa.

Pues eso serás tú, porque lo que yo habría hecho era darle un guantazo a esa puta boba. Es que, vamos a ver, zorra, ¿qué coño sabrás tú de África? ¿Y desde cuándo «robusta» es sinónimo de «gorda»?

Joder, tía, eso ya no es ni estar gorda.

Desde luego. «Obesa» es la palabra. ¡Si parece una puta montaña!

Y entonces las voces estallan en carcajadas. Me río por dentro, pero se me escapan dos gotas de pis, así que dejo de reírme y me concentro para poder contener el resto.

Yo lo único que digo es que el hombre tiene valor. Porque, vamos, si no es valor, no sé qué puede ser. ¿Estupidez?

Menudo desperdicio, un hermano con ese culo además...

Pero es que no sabes lo que llega a hacer la gente para conseguir los papeles, hermana, lo que yo te diga.

Me sorprende ese cambio súbito en la segunda voz, porque de pronto noto pena en ella, y casi me imagino a la persona que habla: no es una chica, como sugiere su voz, sino una mujer muy muy vieja, con un rostro amable, una anciana que tal vez esté meneando la cabeza con lástima.

Se oye el agua del grifo unos segundos, luego sonido de tacones y después: Huy, calla, que viene alguien.

Sí, mejor volvemos, que tengo más hambre que una puta novia gorda.

Más tacones, probablemente de las cotillas que se marchan, luego un Hola, y la primera voz que dice, ahora en inglés y con un tonillo alegre y falso: ¡Llevas un vestido precioso! Hago pis, me limpio y el váter tira él solo de la cadena.

Estoy lavándome las manos y admirando mi interesante rostro en el espejo cuando oigo otra voz: ¿Tú también vienes de África?

Y veo en el espejo a una mujer con un vestido azul que me sonrío. Siento el olor dulce de su perfume, que se extiende por todas partes, como si fuera una cosa viva. Le devuelvo la sonrisa. Aunque no es exactamente una sonrisa--sonrisa, ya que tan sólo enseño los dientes un momentito, porque eso es lo que se hace en América: sonrías a la gente que no conoces, y sonrías a la gente que ni siquiera te cae bien, y sonrías por nada. Asiento con la cabeza, me doy la vuelta y me pongo a secarme las manos en el ruidoso secamanos. Cuando me vuelvo otra vez, la mujer está esperándome como si estuviéramos en Main Street, allí en mi país, y quisiera venderme unos huevos baratos.

¿Puedes decir algo en tu idioma?, me pide. Suelto una risita, porque ¿qué puede responderse a eso? Pero la mujer me clava una mirada expectante que significa que no está de broma, así que contesto:

No sé, ¿qué quiere que diga?

Pues lo que sea, cualquier cosa.

Suspiro para mis adentros, porque esto es una tontería muy grande, pero me acuerdo de seguir sonriendo. Digo una palabra, *sa-li-bo-na-ni*, y la pronuncio muy despacio para que no me pida que la repita. Y no me lo pide.

Suena precioso, dice. Y ahora me mira como si yo fuera una maravilla, como si acabara de hacer magia.

¿Qué idioma es? Se lo digo, y ella me repite que es muy bonito y le digo que gracias. Luego me pregunta que de qué país soy, y le contesto.

Aquello es precioso, ¿verdad? Asiento con la cabeza, aunque no sé por qué lo hago. El caso es que asiento y ya está.

A lo mejor es que para esta señora todo es precioso.

África es preciosa, insiste con su palabra favorita. Pero es terrible lo que está pasando en Congo, ¿verdad? Un espanto.

Ahora me mira con una expresión herida. No sé qué hacer ni qué decir, así

que finjo un ataque de tos para llenar el silencio. Me estrujo los sesos intentando recordar qué está pasando exactamente en Congo, porque creo que estoy confundiéndolo con otro sitio, pero se nota por la cara de la mujer que es algo importante y muy grave, y que yo debería saberlo, así que al final le suelto: Sí, sí, es horrible lo que está pasando en Congo.

Me pongo jabón en la palma de las manos y me las lavo otra vez, dándole la espalda. Pero ella no va a dejarme en paz. Ha cogido la silla que había al lado de la puerta y ahora está sentada en ella. Ni siquiera sé para qué tienen sillas en el baño.

Cuéntame. ¡Madre mía, las violaciones y los asesinatos! Pero ¿cómo pueden pasar esas cosas?, dice. La verdad es que no sé si es una pregunta-pregunta, o sólo una de esas preguntas que no hace falta contestar, pero al final, casi sin darme cuenta, le contesto: Sí, yo tampoco lo sé. Me pongo a secarme las manos.

Quiero decir que ni siquiera... Ni siquiera lo comprendo. Esas pobres mujeres y esos niños. Anoche estaba viendo la CNN, y salía una niña que era... Vamos, una preciosidad de niña. Se le empiezan a llenar los ojos de lágrimas y baja la cabeza. Echo un vistazo a la caja de kleenex que hay en la repisa, y no sé si debería cogerla para ofrecerle uno.

Es que me partió el corazón, ¿sabes?, sigue la mujer con voz ahogada. Entonces levanta la cabeza, como si acabara de acordarse de algo importante.

Lisa, mi sobrina, es una de las damas de honor. La alta, una pelirroja muy delgada... Pues se va a Ruanda, de voluntaria. Está en el Cuerpo de Paz, ¿sabes? Parece que está siendo de muchísima ayuda para África, de muchísima ayuda. Vuelvo a asentir, aunque la verdad es que no sé de qué me habla. Pero la señora tiene mucha mejor cara, como si el dolor de antes estuviera yéndose.

El verano pasado se fue a Khayelitsha, en Sudáfrica, para dar clases en un orfanato, y déjame que te diga que todos hicimos donaciones para esos pobres niños africanos: ropa, lápices, medicinas, bolígrafos, caramelos... Ahora se pone la mano en el corazón y cierra los ojos un momento, como si estuviera escuchando el latido de su bondad. Me sorprende cómo ha dicho «Khayelitsha», porque lo ha pronunciado muy bien, como si fuera su idioma.

Ah, y no te imaginas las fotos que hizo, increíbles. ¡Deberías haber visto esas caras!, dice, y veo que sonrío con la cara hacia arriba, atrapando la luz brillante, y entiendo por su expresión cómo debían de ser las caras de los niños. Sonreirían como lo hace ella ahora. Y entonces me veo a mí misma en

la cara de esa mujer, antes, cuando estábamos en Paraíso y los de la ONG nos hacían fotos.

Preciosos, ¿sabes?, insiste. Nos miramos y nos sonreímos todavía más, como si de verdad nos hubiéramos hecho amigas, aquí en estos servicios con los azulejos de color crema y las luces tan brillantes y la silla naranja.

Ah, y no te lo pierdas, mientras estuvo allí, también fue a Table Mountain y a Robben Island e hizo fotos. ¡Madre mía! Table Mountain es increíiiiiible. Preciosa. Te aseguro que, en cuanto vi las fotos, pensé que tenía que ir como fuera. Nunca he visto nada igual. A lo mejor el año que viene vamos Christopher y yo, por nuestro aniversario. Huy, por cierto, más me vale volver ahí arriba, dice de pronto, y se levanta y corre hacia la puerta, la abre y desaparece como si nunca hubiera estado ahí.

Cuando vuelvo arriba, la gente está formando un círculo mientras Shaka Zulú canta una canción tradicional. A pesar de que todo su cuerpo está arrugado de viejo, se lo ve hermoso y fiero, con una falda hasta las rodillas hecha de vistosas pieles de animales. En el cuello lleva un collar de huesos afilados, y en las orejas, unas argollas; en la cabeza se ha puesto un gorro de piel, y en los finos brazos, unos brazaletes a juego. Con una mano sostiene un gran escudo blanco salpicado de puntitos negros.

Me quedo al lado de TK, que está grabando la actuación con su BlackBerry, tal vez para subirla a Facebook. En torno a nosotros, otras personas hacen lo mismo, y todo son móviles y cámaras. Shaka Zulú tiene una voz atronadora y potente que me recuerda al Profeta Revelaciones Bitchington Mborro, y es como si estuviera cantándole a alguien perdido en la carretera, cuando en realidad la novia está sentada justo delante de él, sonriendo como si ésta fuera la mejor canción de todos los tiempos. Cuando termina la canción, todo el mundo aplaude, y Shaka Zulú sonríe con orgullo. Es lo que se le da bien, cantar en las bodas y en cualquier evento

que celebre la gente de nuestro país, y viéndolo en ese momento, nadie pensaría que le pasa nada de nada, nadie diría que en realidad es un paciente de Shadybrook.

Tengo hambre, pero no como mucho cuando toca comer porque, incluso después de tanta práctica, sigo sin saber utilizar el cuchillo y el tenedor como es debido. Acabo manchándolo todo de comida, la carne se me escapa cuando

voy a cortarla, y me da la sensación de que todos me miran y se ríen de mí a mis espaldas. Por eso me da tanta vergüenza comer en público, y por eso casi siempre, como ahora, finjo que no tengo hambre. Pero estoy practicando, y la única razón de que vaya tan lenta es que en casa sigo comiendo con las manos, que es como ha de hacerse.

La tía Fostalina está a mi lado, comiendo ensalada, y el tío Kojo y TK tienen los platos llenos a rebosar, como si llevaran toda la vida muertos de hambre. Ahora el tío se ha ido a otra mesa para sentarse con otro hombre de su país, que antes se había parado junto a nosotros y había pedido permiso para sacar una foto. No es que el tío Kojo y el otro vayan a juego ni nada por el estilo, pero sus trajes sueltos, coloridos y bordados son muy parecidos y les dan un aire interesante, ahí sentados, juntos. Me quedo observando al tío Kojo, porque cuando está con alguien de su país cambia en todo: cambia su risa, su forma de hablar, su manera de comer. Es como si algo lo hubiera abierto en canal y hubiera revelado a esa otra persona a la que no conozco de nada.

Más tarde, Dumi se acerca a nuestra mesa. Lleva en brazos a un niño pequeño y muy guapo con una buena mata de pelo. Le sonrío de verdad, pero él se me queda mirando sin más, apretando con la mano una pelota blanca con unos pinchos de goma. Dumi es alto y tiene pinta de ir al gimnasio. No es que sea muy guapo, pero sí más que el tío Kojo. Aunque no debería llevar esas rastas, porque no le quedan nada bien.

Me acuerdo de lo que la tía Fostalina me ha contado, lo de que habían salido juntos, así que me fijo bien por si veo algo interesante en la forma en que se tratan. Los oigo hablar de cosas normales, en plan: ¿Cuándo fue la última vez que viste a Fulanito y Menganito? ¿A qué te dedicas ahora?, y de cómo eran las cosas allí en nuestro país, y de nuestro viejo presidente, que no quiere morirse para que podamos tener por fin un nuevo líder. Dumi tiene la voz muy profunda y un poco cascada, como si se hubiera venido andando hasta América y ahora estuviera agotado por el esfuerzo.

No le dice a la tía Fostalina que está muy guapa, como sí se lo han dicho otros invitados. No, él le dice que parece un amanecer. Pareces un amanecer, Fee, eso es lo que le dice Dumi, en nuestro idioma. Nunca había oído a nadie llamar Fee a la tía Fostalina. Ella sonrío, y no puedo dejar de mirarla; es por su manera de sonreír, porque es como si estuviera oyendo música y bailando por dentro.

Luego guardan silencio un momento, como si ya no tuvieran más palabras,

como si ni nuestro idioma ni el inglés fueran suficientes para ellos. Empiezo a sentirme incómoda con tanto silencio, así que al final, como no sé qué hacer, cojo el tenedor con la mano derecha, el cuchillo con la izquierda y me enfrento a la comida. Corto un trozo de carne. Como no da vueltas por el plato, me envalentono y entonces me atrevo a cortar otro, y luego otro, aunque sólo sea para matar el tiempo. Pero el silencio no se va, sigue ahí. Es como si estuvieran utilizándolo para hablar. Al otro lado del salón, la novia no se ha movido. Está hablando con una de las damas de honor y con un hombre alto que lleva una camisa amarilla.

El tío Kojo mira hacia nuestra mesa. Tiene un muslo de pollo en la mano y, cuando ve al novio, lo saluda con la cabeza, levanta el muslo de pollo como el que alza una copa para brindar, y dice: Salud. Dumi le devuelve el saludo. El niño se pone a mordisquear los pinchos de goma de la pelota.

Hola, cariñito, ¿cómo te llamas?, le pregunta la tía Fostalina, y rompe por fin el largo silencio. El niño suelta unas risitas y se tapa los ojos con una mano.

Es muy tímido. Se llama Mandla, dice Dumi. No me explico cómo un niño americano tiene un nombre como Mandla, pero no es mi conversación y nadie se ha dirigido a mí, así que no me meto. Me concentro en la carne, que está muy buena, y me como un pedazo detrás de otro.

Ah, dice la tía Fostalina. Es un nombre muy bonito.

Es el hijo de Stephanie, explica Dumi, como si estuviera leyéndome el pensamiento. Mira en dirección a la mesa nupcial, a su mujer, y añade: Pero yo he transmitido el nombre de mi padre. Dumi da un beso a Mandla en la nariz y le alborota el pelo, y me pregunto cómo será al tacto el pelo de un blanco. Nunca lo he tocado, ya que todavía no he hecho ningún amigo blanco. Seguramente será muy sedoso, como las barbas de una mazorca de maíz.

Pero está claro que a Mandla no le gusta que le toqueteen el pelo, porque meneas la cabeza y exclama con voz de pito: ¡No! Y a mí me sorprende que sepa hablar, porque

en todo este rato no ha abierto la boca. Se retuerce como un pez mojado en los brazos de Dumi, quiere bajar al suelo y, una vez que está de pie, lanza la pelota al plato de la tía Fostalina y se echa a reír. Me quedo parada con el cuchillo en el aire. La tía Fostalina no dice nada, pero sé que eso no le ha gustado.

No, Mandla, eso no se hace, lo regaña Dumi. A continuación, le pide perdón

a la tía Fostalina y se inclina para sacar la pelota del plato, y las rastas le caen sobre la cara. Mandla lo mira con las manos en la boca, como si se las estuviera comiendo. Cuando Dumi termina de limpiar la pelota con una servilleta de papel, Mandla tiende las manitas.

Ahora no, chico, te tengo dicho que la pelota no se tira. Ya jugaremos más tarde en casa, ¿vale? En casa, repite Dumi mirando a Mandla con la expresión seria de un padre, pero se nota que Mandla está acostumbrado a conseguir lo que quiere.

Dame la pelota, dice, con una extraña fuerza en la voz, y después arruga la cara y se echa a llorar. Dumi mira a la tía Fostalina con gesto exasperado. Ella se encoge de hombros.

Vale, pero sin tirarla, ¿eh? No se puede molestar a la gente, advierte Dumi.

En cuanto Mandla tiene la pelota, vuelve a tirarla y le da en el pecho a una señora mayor que lleva un vestido rosa. Contengo el aliento, pero la señora se limita a sonreír como si no hubiera pasado nada, coge la pelota de su regazo y se la devuelve a Mandla.

Es un cielo, le dice a Dumi con una sonrisa sin sentido de anciana, y éste también sonrío. Mandla le arrebató la pelota y vuelve a nuestra mesa. Es evidente que se lo está pasando de miedo. Cuando me mira, le clavo una mirada seria que dice: Te estás pasando y tienes que dejar de hacer tonterías antes de que suceda algo. Pero por su sonrisa burlona, está claro que ni siquiera lo entiende, que no le han enseñado nada sobre las miradas que hablan.

Anda, dame ya la pelota, le pide Dumi, que se inclina para ponerse al mismo nivel que Mandla y le alarga las manos ahuecadas. El niño retrocede unos pasos negando con la cabeza.

¿Quieres que papá te coja?

¡No! ¡Tú no eres mi papá!, grita Mandla, con voz chillona. Me limpio la boca con una servilleta de papel. Unas cuantas personas vuelven la cabeza, pero luego siguen comiendo y charlando. El niño se queda ahí parado mirando a Dumi, como desafiándolo, pero Dumi se limita a menear la cabeza. Se le nota en la cara que está pasando vergüenza y que ya no sabe qué hacer.

Es que ha comido demasiados caramelos, comenta Dumi, como justificándolo. Y a mí me dan ganas de echarme a reír porque, a ver, qué tendrán que ver los caramelos con un niño mimado.

Y entonces es cuando Mandla me tira la pelota a mí y, para cuando me doy

cuenta, ya me ha alcanzado en el lado derecho de la cara y uno de los pinchos de goma se me ha metido en el ojo. El dolor es alucinante. Se me olvida que estoy en una boda, en un salón lleno de gente, se me olvida que estoy en América, y antes de que la tía Fostalina pueda reaccionar y me ordene con severidad que me siente, agarro al mocoso, le doy, plaf-plaf-plaf, tres rápidas bofetadas, y luego un par de capones en la cabeza con los nudillos.

Sólo cuando vuelvo a sentarme y miro a mi alrededor, me doy cuenta de lo que he hecho. Los blancos ya han lanzado toda clase de resoplidos, y una voz horrorizada ha dicho: ¡Ay, Dios mío! Menean la cabeza, abren los ojos como platos. Algunos se han tapado la boca con la mano, y el silencio llena la sala. Un silencio que se queda en el aire como una mancha, hasta que una voz atronadora, que inmediatamente reconozco como la de Shaka Zulú, grita desde cerca de la puerta, donde está sentado:

¡No se alarmen. Así es como nos encargamos de los niños rebeldes en nuestra cultura. No es nada. Tranquilícense, por favor!, añade con una sonrisa. Pero nadie sonrío con él. Se produce un silencio que abrasa. Si las miradas prendieran fuego, ahora mismo estaría tirada en el suelo sobre un montón de cenizas. Es evidente que he hecho algo que no se hace, algo tabú. Sé que jamás olvidaré esas caras, y que jamás volveré a pegarle a un niño, por muy malo que sea.

Dumi se lleva a Mandla, que ahora que sabe que es el centro de atención está chillando como si le pagaran por hacerlo. La madre, desde la mesa nupcial, mueve su mole y estira el cuello para ver qué le pasa a su hijo. Y yo doy gracias de su gordura porque pienso que, si no fuera por eso, a lo mejor se habría levantado y habría venido corriendo. Cojo el cuchillo y finjo concentrarme en la comida.

¿Está bien?, pregunta una voz de chico a Dumi, y a mí me dan ganas de clavarle una de esas miradas que hablan, pero no me atrevo a darme la vuelta. Es un alivio cuando Dumi sale con Mandla por la puerta que lleva a los servicios. Cuando por fin se apagan sus gritos, la gente vuelve a concentrarse en la comida, pero se nota que todos están todavía un poco perturbados. A mi izquierda, un anciano no deja de mirarme, muy serio, como si me hubiera comido su tarta. Los niños que antes correteaban por el salón se sientan junto a sus madres como si hubieran visto a un terrorista.

No vuelvas a hacerlo. No sé cuántas veces te he dicho ya que ahora estás en América, me dice la tía Fostalina, aunque sin la más mínima irritación en la

voz. Para mí es un alivio. Si la novia hubiera sido guapa, la tía Fostalina estaría de muy mal humor, y si hubiera estado de mal humor, yo todavía estaría peor que Mandla, peor que un ciervo herido. Asiento con la cabeza, dejo el cuchillo en el plato y me llevo a los labios un vaso de Coca-Cola que ni siquiera me sabe como si fuera de verdad.

Angel

Acabo de decirle a la tía Fostalina que quiero volver a casa sólo por unos días, para ver cómo están las cosas, y mis amigos, y mi madre, y Madre de Huesos y la gente y eso. Al principio se hace un silencio, como si la tía Fostalina no me hubiera oído hablar. Estamos en el salón, y estoy bebiéndome un Capri Sun con una pajita. La tía Fostalina está en el sofá, mirando unas fotos de mujeres que llevan ropa interior bonita de Victoria's Secret. A su alrededor hay pilas de revistas, y más pilas de revistas en la mesita de cristal, delante de ella, y más pilas en el suelo, junto a sus pies.

Me termino el zumo, cojo una guayaba de la estantería que tengo detrás, y me la quedo mirando como si no hubiera visto una guayaba en la vida. Luego me la llevo a la nariz. El olor me alcanza, y noto como si me estuvieran abriendo poquito a poco el corazón y las tripas. Sacudo la cabeza, froto la guayaba con las dos manos, le doy un mordisco y me echo a reír.

Ya veremos si te ríes tanto cuando te estriña, dice la tía Fostalina mientras pasa una página de la revista. Pero no respondo, sigo masticando. ¿Cómo puedo explicarle que, cada vez que doy un mordisco a esa guayaba, salgo de la casa, de Kalamazoo, de Michigan, del país y me encuentro de nuevo en mi Paraíso, en Budapest?

La semana pasada, Mensajero vino a Estados Unidos en busca de asilo político y me trajo un paquete sorpresa. Como todavía faltaban unos días para mi cumpleaños, decidí esperar antes de abrirlo. Iba envuelto con una kaka de papel, y me entró la risa tonta cuando por fin corté la cinta negra con unas tijeras y quité el plástico transparente y luego las capas y capas de revista china. No nos permiten traer productos frescos ni nada por el estilo de África. Si los de las aduanas encuentran algo así, lo tiran, así que me alegré mucho de que mis guayabas hubieran sobrevivido. Incluso antes de terminar de desenvolverlas, ya olía a guayaba por todas partes, un olor delicioso y embriagador. Cerré los ojos, e inhalé como si no hubiera respirado en años.

Hacía mucho tiempo que había dejado de comunicarme con Bastardo, Stina,

Sabediós, Chipo y Sbho, a pesar de que, cuando me marché, les prometí que mantendríamos el contacto.

Os escribiré, allí hay papel y bolígrafos de sobra, así que voy a escribir sin parar, les dije, justo antes de que la tía Fostalina y yo nos subiéramos al coche aquel en Mzilikazi.

¿Lo prometes?, dijo Chipo.

Sí, lo prometo.

Júralo, pidió Sbho.

Lo juro, y si no, que me muera.

¿Y si no escribes?, preguntó Sabediós.

¿Por qué no iba a escribir?, dije yo.

Porque puede que encuentres unos amigos blancos y te olvides de nosotros.

Aunque tenga buenos amigos blancos, eso no significa que vaya a olvidarme de vosotros.

Ojos que no ven, corazón que no siente, recitó Stina.

Eso es kaka. Sabéis que nunca os olvidaré.

Ya veremos, soltó Bastardo, con esa cara de que sabía algo que yo no sabía. Cuando el coche arrancó, me besé en la mano y me puse a saludar, como había visto hacer una vez a una señora de una ONG, y grité: ¡Os escribiré siempre, siempre, siempre!

Al principio, durante los primeros meses, sí que escribí. En aquellas cartas les hablaba de América, de lo que comía, de la ropa que llevaba, de la música que escuchaba, de los famosos y todo eso. Aunque también me callaba algunas cosas, como por ejemplo que el tiempo era un asco porque casi siempre estaba como trastornado: o hacía mucho calor o hacía mucho frío, y luego estaba lo de los huracanes y todo eso. Tampoco les contaba que la casa en la que vivíamos no se parecía en nada a las que habíamos visto en la tele cuando éramos pequeños, que no era de ladrillos, sino de tablones de madera. ¡Una casa de tablones en América! Ni que, cuando llovía, la madera se ponía mohosa y olía mal.

No les conté que en las noches de verano a veces se oían tiros en el barrio, ¡bang-bang-bang!, ni que me quedaba en casa porque me daba miedo salir; ni que una vez una mujer, que vivía unas casas más allá, ahogó a sus hijos en la bañera, a los cuatro; ni que había gente pobre que vivía en las calles y que llevaban carteles para pedir limosna. Me callé todo eso, y muchas otras cosas, porque me daba vergüenza, porque esa América no se parecía a Mi América, a

la América con la que siempre había soñado allí, en Paraíso.

Pero con el tiempo dejé de escribir. Empecé a dejarlo para otro momento, a decirme que ya escribiría al día siguiente, la otra semana, al cabo de un par de semanas, que ya escribiría al cabo de un mes, que escribiría pronto... Y se acabó. Sin darme cuenta siquiera, había perdido el contacto. Aunque eso no significa que me hubiera olvidado de ellos; los echaba de menos, muchísimo, y a veces estaba haciendo algo, lo que fuera, y me invadía una sensación de culpa horrorosa por haber dejado de escribirles. También echaba de menos Budapest, echaba de menos el Fambeki, echaba de menos Paraíso y a mi madre y a Madre de Huesos y a MadreAmor, a todas esas personas, incluso al Profeta Revelaciones Bitchington Mborro, con su locura. Los echaba de menos a todos. Y cuando, años después, Mensajero me trajo las guayabas de parte de la pandilla, me sentí muy bien al saber que ellos también se acordaban de mí.

Tía Fostalina..., le digo, intentando llamar su atención, pero tiene la cabeza pegada a las revistas. Últimamente las revistas han sustituido a la gimnasia, porque a la tía Fostalina no le queda energía, de tan atareada como está con sus dos trabajos, uno en el hospital y otro en el asilo. Trabaja tanto porque quiere terminar de pagar la casa que acaba de comprar para mi madre y Madre de Huesos en Budapest. La he visto en fotos, y es una casa muy bonita, grande, con piscina, igual que las casas a las que íbamos a robar guayabas. Creo que incluso es más bonita que la que tenemos aquí, en América, algo que me parece bastante raro, porque cuando estaba en África siempre oíamos decir que en América todo era mejor.

De vez en cuando, la tía Fostalina levanta la cabeza de la revista para ver la tele. En la pantalla sale una mujer que tiene la cara bonita, pero al mismo tiempo rara. Está hablando de cómo perder cinco kilos en diez días, y le dice a la gente que llame ahora para cambiar su vida.

A lo mejor podría ir un par de semanas y luego vuelvo, insisto, aunque la tía Fostalina sigue sin hacerme ni caso.

Cariño, todavía no es el momento. Cuando llegue, irás, dice por fin, y pasa otra página.

Pero tú dijiste una vez que cuando cumpliera catorce...

Niña, a ver si te has creído que tu padre es Obama y tiene el Air Force One. El viaje cuesta dinero. Además, tú viniste con un visado de visita que ha expirado. Si sales, ya puedes despedirte de Estados Unidos, dice la tía

Fostalina.

Pero ¿por qué no puedo volver? Podría renovar el visado, contesto.

Darling, déjame tranquila. ¿Es que tengo cara de oficial de inmigración? Eso lo ha dicho en nuestro idioma, lo que significa que la conversación ha terminado. Cuando la tía Fostalina cambia de idioma de ese modo, es el punto final de cualquier conversación.

Ahora la pantalla del televisor se ha dividido por la mitad y hay dos fotos de la mujer, una de antes, de cuando estaba más gorda y parecía una persona de verdad, y otra de después, en la que está flaca y parece una cosa bonita.

Dame ese teléfono y tráeme de mi habitación el bolso azul. Tengo que pedir este sujetador, dice la tía Fostalina.

Una vez arriba, miro por la ventana de su habitación hacia el cementerio que hay al otro lado de la calle. Lo primero que le llama a uno la atención son todos esos adornos. Es como si intentaran decirte que la muerte es bonita o algo así. En la entrada, hay una cosa grande de cemento con letras en un idioma que no conozco, y encima de esa cosa, la enorme escultura de una mujer tumbada con la cabeza hacia un lado. Se cubre la cara con la mano, como si quisiera decir que en la vida hay demasiado sol, como si no quisiera que la molestaran.

Por todo el cementerio hay unas estatuas muy bonitas de ángeles: un ángel mirando al cielo, un ángel dormido en una lápida de piedra, un ángel con una paloma, un ángel con una mano en el corazón, un ángel arrodillado delante de una fuente. Viéndolos así, cualquiera diría que los ángeles son algo normal y corriente que está por todas partes en la vida real, como los perros y los gatos, o las cucarachas y los coches. Todo el cementerio está cubierto de hierba verde, y hay un montón de árboles que proyectan sombras muy largas durante el día. Y luego están las tumbas. Algunas son como casitas, otras castillos, otras tienen una pinta muy rara, pero todas son interesantes.

Cada vez que veo ese cementerio, me acuerdo de mi padre, que está enterrado en Heavenway, en una tumba que no es más que un montañita de tierra roja, y casi deseo que él también estuviese enterrado en un sitio bonito, donde se entiende por qué cuando entierran a los muertos se dice «Descanse en paz». Cuando nos mudamos de Detroit aquí y vi por primera vez el cementerio, ni siquiera me di cuenta de que era un sitio para los muertos. Creí que era un museo o algo así, otro sitio interesante donde pasaban cosas interesantes. La calle que separa nuestra casa del cementerio es una carretera

de circunvalación, aunque sin atascos, y siempre me he preguntado dónde terminaría exactamente si la siguiera. En América, las carreteras son como las manos del diablo, o como el amor de Dios, que llega a todas partes, aunque lo triste es que en realidad no pueden llevarme a casa.

En mi mente hay dos casas: mi casa antes de Paraíso, y mi casa en Paraíso; la casa uno y la casa dos. La casa uno era la mejor. Una casa de verdad. Cuando vivíamos allí, mi padre y mi madre tenían buenos trabajos, había comida de sobra, y ropa, y se oía la radio todos los domingos, y todo el mundo bailaba porque no había otra cosa que hacer más que pasarlo bien y ser feliz. Y luego está la casa dos, la de Paraíso, con chapa, chapa y más chapa.

En las mentes de mi madre y de la tía Fostalina hay tres casas: la casa de antes de la independencia, antes de que yo naciera, cuando los negros y los blancos se peleaban por el país; la casa de después de la independencia, cuando los negros ganaron el país, y luego la casa de cuando todo empezó a venirse abajo, que fue por lo que la tía Fostalina se marchó a América. La casa uno, la casa dos y la casa tres. En la mente de Madre de Huesos, en cambio, hay cuatro casas: la casa de antes de que los blancos vinieran a apropiarse del país, cuando mandaba un rey; la casa de cuando llegaron los blancos y se apropiaron el país y entonces hubo una guerra; la casa de cuando los negros recuperaron el país robado, después de la independencia, y luego la casa de ahora. La casa uno, la casa dos, la casa tres y la casa cuatro. Así que, cuando alguien habla de «casa», hay que prestar atención para saber exactamente a cuál se refiere.

Hace dos días, el presidente de nuestro país salió por la tele durante el informativo de la BBC. Alzaba el puño y hablaba, y decía que nuestro país es el hogar del hombre negro y que no volvería a ser nunca una colonia y bla-bla-bla. La tía Fostalina cogió bruscamente el mando de encima de la mesita de centro, apuntó con él a la tele como si fuera una pistola, y disparó. Todos nos volvimos y la miramos. Estaba temblando, y de pronto tenía la cara muy fea, como si estuviera masticando espinas. TK, que ya no está gordo porque ha empezado a hacer pesas y ahora parece Will Smith en *Ali*, se echó a reír, pero enseguida se calló, puede que al ver la expresión de su madre.

El tío Kojo le quitó el mando y volvió a poner la misma cadena, y la tía Fostalina le lanzó una mirada de odio, y luego se levantó y se marchó sin decir nada. Justo después de que saliera, como si hubiera estado esperando a que se fuera la tía Fostalina, el presidente dijo en la tele: No nos importa que las

sanciones nos excluyan de Europa. Nosotros no somos europeos. Y el tío Kojo empezó a dar puñetazos al aire con toda su alma. Luego saludó al televisor y gritó: ¡Eso es, señor presidente, a ver si se enteran de una vez esos malditos colonos! Y mirándonos sonrió, primero a TK y luego a mí.

Ése, chicos, es el único cabronazo con cojones de nuestro continente. ¡El político más destacado de África! TK y yo nos miramos, pasmados, sonreímos y de pronto estallamos en carcajadas, porque era la primera vez que oíamos al tío Kojo utilizar esa palabra, «cabronazo», de manera que sonó interesante y hermoso. TK seguía riéndose cuando se marchó del salón y subió la escalera. Más tarde, cuando entré en Facebook, vi que mi primo ya había contado allí la historia y había un montón de «Me gusta» y de «Jajaja» en su muro.

Voy por mi tercer Capri Sun, y tengo la tripa tan llena de guayaba y de líquido que me va a explotar. Acabo de comerme la última guayaba, y ya me ha dado tristeza pensar en el tiempo que pasará, puede que años, hasta que vuelva a comer una guayaba como ésa. La tía Fostalina está entretenida intentando pedir por teléfono un sujetador push-up, y está bastante claro que ella y la persona con la que está hablando no se entienden. El problema con el inglés es éste: por lo general, no es que abras la boca y te salga así, sin más, sino que primero tienes que pensar lo que quieres decir. Y luego hay que buscar las palabras, y después hay que ordenar esas palabras con mucho cuidado en la cabeza, y luego te las has de decir así, bajito, para asegurarte de que están bien. Y por fin llega el último paso, que es pronunciar las palabras en voz alta y que suenen como deben sonar.

Pero como tienes que hacer tantas cosas antes de llegar al último paso, acaba pasándote algo raro y terminas hablando de la misma manera que camina un borracho.

Y como hablas dando bandazos, parece que seas idiota, cuando en realidad es el idioma y todo el proceso lo que es un desastre. Y entonces el problema con los que sólo hablan inglés es que no saben escuchar, que están concentrados viéndote dar bandazos en lugar de prestar atención a lo que estás intentando decir.

He decidido que la mejor manera de solucionar todo esto es hablar como si fuera americana, y a eso me ha enseñado la televisión. Es muy fácil: lo único que uno debe hacer es ver *Dora la exploradora*, *Los Simpson*, *Bob Esponja* y

Scooby-Doo, y luego ya pasar a *Raven*, *Glee*, *Friends*, *Las chicas de oro* y cosas así; hay que escuchar bien e imitar el acento. Si lo haces como es debido, entonces de pronto ya nadie te pide que repitas lo que acabas de decir. También tengo una lista de palabras americanas que me guardo debajo de la lengua como talismanes, listas para salir en cualquier momento: «fenómeno», «coñazo», «venga ya», «guay», «de la muerte», «tío», «tronco», «flipante», «estrambótico», «motivado», «metida de pata», «alucinante», «cabronazo», «aduanas», «subsidio», «indeseable», «de nada», «dar guerra», «¡caramba!»... La televisión me ha enseñado también que, si estoy hablando con alguien, tengo que mirarlo a los ojos, aunque sea un adulto, aunque sea de mala educación.

No sé por qué a la tía Fostalina no se le ocurre aprender «americano», cuando eso le haría la vida mucho más fácil y no pasaría malos ratos como el de ahora.

Le he dicho la colección *Angel*, repite. Ha quitado el volumen al televisor y ha subido el del teléfono, así que puedo oír también a la otra persona, que parece una chica joven y aburrida.

Perdone, ¿cómo dice? Es que no la he oído bien, debe de ser cosa de la línea. Me la imagino con la cabeza ladeada y el ceño fruncido, concentrada.

¡*Angel, angel, angel!*, repite la tía Fostalina, subiendo todavía más la voz.

Ahora se hace el silencio, como si la chica estuviera preparándose para rezar.

Ah-ngeh-l, añade la tía Fostalina, para ayudar, y arrastra la palabra como un rastrillo sobre gravilla. Me digo en silencio: «*Einyel*. En inglés se pronuncia *einyel*. *Einyel*.» La chica del teléfono suspira.

Lo siento, pero no entiendo lo que dice, señora, confiesa por fin. Se le nota en la voz que está cansándose de intentar comprender.

¿Cómo que no me entiende? ¿Que no entiende lo que estoy diciéndole? ¡Una palabra tan simple!, exclama la tía Fostalina. Ahora habla con las manos y con la cabeza, y por su expresión agarrotada sé que, como la chica no la entienda enseguida, se va a liar una buena. Carraspeo para recordarle a la tía Fostalina que estoy en la habitación, porque así a lo mejor me pide que hable por ella, pero no lo hace. A estas alturas ha garabateado la palabra «*angel*» por toda la revista, y la mujer que estaba desnuda, en bragas y sujetador, ahora está vestida de tinta negra, y las letras parecen diminutos insectos furiosos.

Señora, siento muchísimo que estemos teniendo estas... dificultades. Pero

disponemos de una página web en la que puede realizar los pedidos..., comienza a decir la chica del teléfono, de pronto un poco más animada. Se nota que está encantada de haberse acordado de la página web, contenta de haber encontrado una solución. Para mí también es un alivio, y empiezo a pensar que igual debería subir corriendo a mi habitación y bajar el MacBook para que lo utilice la tía Fostalina. Me levanto del sillón.

No. No-voy. A. Comprar. *O-online*, contesta la tía Fostalina con firmeza, espaciando las palabras, algo que nunca es una buena señal. Vuelvo a sentarme. La tía Fostalina le clava el bolígrafo en la cara a la mujer de Victoria's Secret cada vez que pronuncia una palabra.

No voy a hacer el pedido *online*. Estoy hablando inglés, así que, por lo que a mí respecta...

Tal vez podría deletreármelo. Parece que la chica del teléfono se está enfadando, como si tuviera insultos bastante graves bullendo en la cabeza y no pudiera decirlos en voz alta.

Mnnncccc, ¿ahora quiere que se lo deletree? La tía Fostalina me mira como si no pudiera creerse lo que está oyendo, pero yo desvío la mirada hacia el televisor: la mujer de antes ha desaparecido, y ahora hay otra que está sentada en una pelota de ejercicios. Estoy convencida de que la tía Fostalina va a cantarle las cuarenta a la chica del teléfono, porque tiene toda la pinta de estar a punto de hacerlo, pero de pronto cambia de opinión, porque se incorpora en el sillón y se pone a deletrear.

«A», comienza, con la voz un poco más tranquila. Ha escrito la letra en la revista, como para estar segura.

Muy bien, «A» de árbol.

No, de árbol no. «A» de ano, es un sonido distinto. «N» de no. «G» de gato. «E» de espanto. «L» de Libia. Y ya está: *Angel. Angel. Angel.*

Se hace un breve silencio, como si la chica estuviera pensándose lo que ha escrito o algo, hasta que de pronto exclama: ¡Ah! ¡Quiere decir *einyel!*

Sí, *Angel*, eso es lo que llevo un rato intentando decirle. Quiero uno rojo, añade la tía Fostalina, marcando mucho la erre, como si algo estuviera vibrando en su boca, y yo me digo que no quiero sonar jamás así.

Cuando por fin la tía Fostalina deja de hablar con la chica de Victoria's Secret, marca un número que debe de estar ocupado, porque cuelga enseguida. De inmediato marca otro, y tiene que esperar un rato antes de que la oiga dejar un mensaje, en nuestro idioma, para que la otra persona la llame. Sé que la

razón de que la tía Fostalina esté haciendo llamadas es que necesita contarle la historia de Victoria's Secret a alguien en nuestro idioma, porque esto es lo que se hace en América cada vez que te pasa algo así: hay que contárselo a alguien que entienda lo que estás diciendo, que entienda que no es culpa tuya, sino de la otra persona, alguien que sepa que el inglés es como una gigantesca puerta de hierro y que uno nunca encuentra la llave.

Después de dejar el mensaje, la tía Fostalina se queda allí sentada, como si dentro le hubiera pasado algo muy importante y estuviera esperando a que saliera, se arrodillara delante de ella y anunciara que ya se ha terminado y que puede, por favor, irse a atender otros asuntos. Tiene también esa cara que ya he visto muchas veces, pero que todavía no sé si llamarla de sufrimiento o de rabia o de tristeza, ni siquiera sé si tiene nombre. Intento que nuestras miradas no se encuentren mientras ella vuelve a meter la tarjeta en el bolso y luego se levanta, baja al sótano y cierra de un portazo.

Sé que encenderá la luz para bajar por esa escalera que tanto cruje, que dará unos pasitos pequeños y prudentes, como si allí abajo hubiera algo que le da pavor, y que cuando llegue se quedará delante del espejo que cubre la pared y se mirará en él. Sé que no se fijará en lo delgada que está, sino en su boca. Sé que se quedará allí y se pondrá a repetir toda la conversación, y a decir en voz alta, con un inglés concienzudo, todas las cosas que quería decir, todo lo que debería haberle dicho a la chica del teléfono, pero que no ha dicho porque en ese momento no encontraba las palabras. Sé que, delante de ese espejo, la tía Fostalina será de lo más elocuente, que el inglés cobrará vida en su lengua y que ella lo escupirá como si estuviera quemándole la boca, como si fuera veneno, como si fuera el único idioma que ha hablado en toda su vida.

Esta película contiene escenas que podrían herir su sensibilidad

Marina es de Nigeria y se cree que es la princesa de África sólo porque su abuelo era un jefe allí o algo así. Lleva trajes tradicionales de esos tan vistosos, sin importarle lo horrorosos que sean y aunque la hagan parecer una vieja. Kristal se cree que, como nos ha enseñado a maquillarnos y lleva extensiones, es mejor que Marina y que yo, pero la verdad es que no es capaz de escribir ni siquiera una frase entera correctamente en inglés que demuestre que ella sí es americana. Las dos son mis amigas, más que nada porque vivimos en la misma calle y todas estamos terminando octavo en el Instituto Washington. En este momento, estamos las tres aquí, en el sótano de mi casa.

Últimamente, cuando salimos del colegio, volvemos corriendo a casa y nos ponemos a ver pelis. Siempre las vemos en mi casa porque aquí no hay nadie por las tardes, ya que la tía Fostalina y el tío Kojo están siempre trabajando, y TK sólo viene a casa a dormir, como si esto fuera un hotel. En cuanto llegamos del colegio, tiramos las mochilas junto a la puerta y nos vamos directamente al ordenador del sótano. Antes solíamos ver XTube, pero ahora hemos descubierto RedTube, que tiene mucha más clase y no tantos virus.

Hemos estado viendo las pelis en orden alfabético, así no andamos a tontas y a locas. De momento, hemos visto *Amateur*; hemos visto *Anal*, que era una auténtica asquerosidad; hemos visto *Asiáticas*, que era respetuosa; hemos visto tetas grandes, pelo rubio y sexo oral; hemos visto *Bondage*, que daba bastante repelús; hemos visto *Corridas* y *Creampie*, ambas muy desagradables; hemos visto *Doble penetración*, que daba miedo; hemos visto *Ébano*, y pasamos un poco de vergüenza; hemos visto *Eyaculación facial*, que era una porquería; hemos visto *Fetichismo*, que era muy rara, y *Gangbang*, que era como un crimen. No hemos visto *Gay* porque nos asustaba, así que nos la saltamos, pero sí *Hentai*, que era excitante; *Japonesas*, que era silenciosa, y *Lesbianas*, que era interesante. Hoy vamos a ver *Maduras*

y, como es el turno de Kristal, ella es la que elige y le da al «play».

Al principio de la peli, se ve a un tipo con un pasamontañas que quiere entrar a robar en una casa, y de inmediato empiezo a preguntarme si habré cerrado la puerta de casa al llegar del colegio, que es algo que la tía Fostalina me ha dicho mil veces. No me acuerdo de si la he cerrado con llave, pero tampoco quiero ir a comprobarlo, así que me digo a mí misma que sí lo he hecho. El ladrón de la peli está ahí, perdiendo el tiempo y haciendo el tonto. Mira por una ventana, y luego se saca una herramienta del bolsillo para abrirla. Al cabo de un rato, se encarama a la ventana, aunque, eso sí, se toma su tiempo. Cuando tiene ya la mitad del cuerpo dentro, Marina dice: Esto es una mierda, y alarga la mano hasta el ordenador para pasar la peli hacia delante.

Cuando la pone otra vez, el tipo ya está dentro de la mujer, así que Marina rebobina un poco y para la peli cuando la mujer, que estaba de rodillas, empieza a levantarse, relamiéndose como si acabara de chupar azúcar. Ahora vemos que el ladrón es en realidad muy joven, pero a pesar de todo tiene la cosa como la de un hombre. La mujer parece mucho mayor; podría ser su madre, vamos. La vemos andar hacia la barandilla que divide el salón en dos, y su piel, untada de aceite, reluce a cada paso. Tiene el culo caído y lleva tatuada una flor roja y verde, que se extiende por toda la nalga izquierda y se le enrosca en el muslo.

La mujer se acerca a la barandilla, sube una de sus largas piernas a una de esas cosas de metal, y se agarra a una de las pequeñas columnas con las dos manos para apoyarse. Contra el metal blanco, parece que tenga las uñas ensangrentadas. Me fijo en los tacones que lleva, de color púrpura, y me pregunto cómo alguien puede mantener el equilibrio con esos zapatos. El chico se le acerca por detrás, con la cosa por delante de él, como si fuera una serpiente, y entonces le quito el volumen al ordenador, porque cuando empieza la acción de verdad, nos gusta hacer la banda sonora a nosotras.

Hemos aprendido a hacer los sonidos, así que, cuando el chico empieza a trajinarse a la mujer, nosotras nos ponemos a gemir y a gruñir, cada vez más fuerte con cada embestida, como si fuéramos la mujer de la peli y estuviéramos sintiendo la cosa del chico dentro de nosotras, abriéndonos en dos. Paramos un momento cuando la mujer baja la pierna de la barandilla y se inclina, todavía agarrada a la columna. El chico ataca de nuevo, se frota y se

hunde en ella. Nos imaginamos que es fuego, y chillamos como si estuviéramos quemándonos en el infierno. Por lo general, a quien más se oye es a Kristal, porque tiene una voz muy aguda, pero hoy Marina nos supera a todas.

Vi a ponerla otra vez, dice Kristal cuando acaba la escena; nos hemos quedado ahí, mirando la pantalla. Lo dice en voz baja, como si estuviera muriéndose de sed, y se inclina sobre el ordenador.

¿Qué hacen los hombres con la cosa cuando se sientan en el váter?, pregunta Marina.

Pues supongo que se les quedará colgando y se les mojará con el agua, contesto.

A lo mejor cierran las piernas así, sugiere Marina, uniendo las rodillas como si fuera a sentarse a un bebé en el regazo. Luego se pone la mano encima de los muslos, como si fuera la cosa de un hombre.

¿Veis?, así, así es más lógico, dice.

Arriba el teléfono no deja de sonar. No le he hecho caso desde que empezó la peli, porque no quiero subir a contestar.

¡Coge el teléfono de una vez!, joer, exclama Kristal, y a mí me gustaría decirle que no olvide de quién es la casa en la que estamos, pero en lugar de eso sólo contesto: Ahora vuelvo, no empecéis sin mí.

Cuando veo el 011-263 en la pantalla del teléfono, sé que es alguien de casa y empiezo a preocuparme. Estos días, con todo lo que está pasando, cada vez que vemos un número de casa nos ponemos de los nervios, porque podría ser cualquier cosa. Como la semana pasada, cuando llamó MaDumane, la amiga de la tía Fostalina, para contarnos que la policía se había llevado a su marido en mitad de la noche por las cosas que había escrito, porque trabajaba en un periódico. La policía empezó a aporrear la puerta en plena noche, y el marido fue a ver quién era y, cuando abrió, lo detuvieron allí mismo, aunque sólo llevaba puestos unos calzoncillos. Desde entonces, no se ha sabido nada de él.

Pocos días después, llamó la prima de la tía Fostalina, NaSandi, para decir que a su hijo Tsepang, que era de mi edad, se lo había comido un cocodrilo cuando intentaba cruzar el río Limpopo para pasar a Sudáfrica. Todavía recuerdo una Navidad que pasamos jugando juntos cuando éramos pequeños. Fue también la Navidad en la que mi padre me trajo una bicicleta BMX amarilla, y Tsepang y yo estuvimos montando por turnos por el barrio hasta que él se metió de cabeza en un matorral de espinos. Lloró hasta perder la voz.

Y cuando la gente no nos llama con alguna historia de éstas, lo hace para pedirnos dólares americanos y poder comprar comida, porque resulta que ahora las cosas se compran con dólares americanos y rands sudafricanos. Éstas son las llamadas que más miedo le dan a la tía Fostalina, tanto que ya ni siquiera quiere contestar el teléfono. Aun así, las llamadas siguen llegando, una tras otra; es como si creyeran que la tía Fostalina está casada con el Banco de América o algo así.

Hoy la que llama es mi madre. Me pongo tan contenta de oír su voz que sonrío. A veces la echo tanto de menos que hasta me mareo, pero, claro, no puedo hacer nada. Se nota por su tono que todo va bien, así que me relajo.

¿Qué tal fue la caída?, me pregunta.

¿La caída?, digo yo, estrujándome los sesos porque no sé a qué se refiere. ¿La caída de dónde?

La caída del cielo, porque por lo visto no te parí yo. Igual el que te parió fue un ángel, si no, sabrías que tienes una madre y a lo mejor hasta la llamarías de vez en cuando para ver cómo le va.

No contesto, porque no sé muy bien qué se supone que he de responder a algo así. La última vez que hablé con ella fue hace unas dos o tres semanas... Quizá cuatro, la verdad es que no me acuerdo.

Darling, ¿no oyes lo que estoy diciéndote?

Es que he estado muy ocupada, digo.

Sí, has estado muy ocupada. Ya me he enterado de que ahora tienes un trabajo y una esposa e hijos de los que ocuparte. Y ya veo que en América has aprendido a hablarle en inglés a tu madre, ¡y con ese acento! Vaya, vaya, así que ahora pretendes sonar como los blancos, ¿eh?, me dice y se echa a reír como una histérica, se ríe tanto que es difícil saber si habla en serio o no. Estoy a punto de decirle que está loca, pero me lo callo porque ésta es una de esas cosas americanas que no quiero hacer, así que me limito a poner los ojos en blanco. En la tele, en el programa de Maury y el de Jerry Springer y demás, he visto a esos niños que llaman a sus madres «locas» y «zorras» y «putas». He practicado esas palabras, pero sé que jamás se las diría en voz alta ni a mi madre ni a ningún otro adulto.

¿Le diste a la tía Fostalina mi mensaje?, me pregunta ahora.

Sí, contesto. Me da un salto el corazón, pero mantengo un tono de voz normal para que no se me note que estoy mintiendo. Preferí no decirle a la tía Fostalina que mi madre quería que le mandara dinero para comprarle una

antena parabólica al hijo de su vecina, que las importa de China.

Tenía pensado darle el mensaje, pero cuando la tía Fostalina llegó de su segundo trabajo esa noche, con el cuerpo que parecía un saco flojo, y se tiró en el La-Z-Boy con un suspiro de agotamiento, no tuve valor para hacerlo.

Bueno, pues que no se te olvide decírselo otra vez. Necesitamos la antena. ¿Por qué os guardáis para vosotros solos las cosas buenas ahí en América?, añade mi madre. En fin, están aquí tus amigos.

¿Mis amigos?

Sí, los he visto pasando por aquí y los he invitado a entrar. Quién sabe qué andarán tramando. Espera un momento.

Oigo el parloteo de unas voces conocidas de fondo. Sobresalen las de Sabediós y Sbho, y se me ponen los pelos de punta sólo con oírlos hablar. Me invade una sensación muy rara, incluso me mareo y tengo que sentarme. El tiempo se mezcla, como si estuviéramos en la escena de una película y yo hubiera entrado en el teléfono y hubiera viajado a través de la línea hasta casa. Nunca me he marchado y tengo diez años otra vez, y estoy jugando a los países y a Buscar a Bin Laden o a Andy-Over. Estamos burlándonos de Sabediós porque le asoma el culo por los pantalones, estamos viendo una pelea, estamos imitando a la gente de la iglesia, estamos contemplando el entierro de alguien... Tenemos hambre, pero estamos juntos y en casa y todo es más dulce que un pastel.

¿Estás ahí? ¡Te he preguntado que qué estás haciendo!, oigo la voz de Sbho.

Nada, contesto.

¿Nada? Pero ¿nada de nada?

Bueno...

¿Cómo es posible no hacer nada en América? ¡Si ni siquiera tiene sentido eso!, oigo a Sabediós de fondo.

Acabo de llegar del colegio, digo, intentando no enfadarme.

¿Acabas de llegar del colegio? ¡Dice que acaba de llegar del colegio, y aquí ya es por la tarde, jajaja!, dice Sbho, un poco para mí y un poco para los otros. Oigo que ellos también se ríen, pero no entiendo a qué vienen sus risas. ¿A la diferencia horaria? ¡Por favor!

¿Has visto a Victoria Beckham? ¿Y a Kim Kardashian, a Lady Gaga, a Oprah? ¿Has estado en Nueva York? ¿Has estado en Hollywood? ¿Qué llevas puesto ahora mismo? ¿Tienes amigos blancos? ¿Cómo se llaman?

Sbho sólo hace preguntas y más preguntas, y no sé cómo contestar porque le

sale todo a la vez, como en un rap.

Y entonces Sabediós acude al rescate y le arrebató el teléfono, porque oigo protestar a Sbho y pedirle que se lo devuelva. Y luego oigo la voz de mi madre que dice que el teléfono no es un juguete.

¿Qué hay, Darling? ¿Cómo te va, colega? ¿Estás guay?, pregunta Sabediós. Empiezo a responder, pero Sabediós ya está hablando otra vez por encima de mi voz: He oído hablar así en la televisión de tu madre. Así es como habláis allí en América, ¿no? ¿Sabes lo que te digo, hermana? ¿Qué pasa con las zorras y los cabronazos ahí? ¿Qué tal Nueva York? ¿Cómo anda mi colega Obama?, me suelta. Y lanzo una risita porque la verdad es que no sé qué contestar. Entonces se produce un silencio algo incómodo, el silencio de la espera.

Bueno, pues dentro de unos meses me voy a vivir a Dubái. Mi tío por fin se marchó de Londres y ahora está trabajando ahí, y vendrá a por mí, así que yo también voy a marcharme de este país de kaka, me informa Sabediós, como si acabara de acordarse. Y noto por su voz que está sonriendo con esa enorme sonrisa suya.

Me alegro, Sabediós.

Sí, está muy bien.

De nuevo se hace el silencio, pero esta vez lo rompe un largo grito proveniente del sótano, seguido de unas risitas. Casi se me había olvidado que Kristal y Marina están ahí abajo. Y ahora tengo claro que se han puesto a ver más pelis sin mí, y eso me cabrea. No sé cuándo ha soltado Sabediós el teléfono, pero de pronto me encuentro hablando con Bastardo.

¿Qué tal es Destroyedmichygen?, me pregunta. Tiene la voz como rota y suena muy rara. Es como si hablara con alguien que no conozco.

¿Destroyed qué...? ¡Ah, Detroit! Pues está muy bien, pero ya no vivo allí. Ahora vivo en Kalamazoo. Nos mudamos al poco de llegar yo.

¿Os echaron?

No, qué va. Nos marchamos y ya está.

¿Sabes? Tienes mucha suerte, Darling, me dice al cabo de unos segundos. Por la voz parece cansado, y yo no sé qué decirle, así que no digo nada.

¿Puedes mandarme una camiseta de Lady Gaga y un iPod?!, oigo que pide Sbho a gritos.

¿Qué está pasando por allí?, pregunta Chipó cuando se pone al teléfono.

¿Cómo que qué está pasando? Oigo otro grito en el sótano. Un moscardón

enorme atraviesa el salón y se posa sobre un trozo de pizza que alguien ha dejado ahí. Yo agarro un periódico para matarlo, pero cuando vuelvo a mirar ya no está.

Sí, ahí fuera. ¿Qué ves cuando miras afuera? ¿Hay gente? ¿Y qué está haciendo?, añade Chipó.

Miro hacia fuera a través de la cortina de encaje. La calle está desierta, como si hubiera venido Martha Stewart a limpiarlo todo. Cuando estoy a punto de contestarle que aquí no pasa nada, aparecen de pronto varios coches patrulla con las luces encendidas y las sirenas berreando. Cuento siete coches.

Poca cosa, sólo unos coches de policía que pasan por la calle, contesto.

¿Adónde van? ¿Van a detener a alguien? ¿Hay criminales ahí? ¿Qué han hecho? ¿Vas a salir a verlo?

De fondo, oigo la voz de Sabediós que pregunta: ¿Qué está pasando? ¿Qué están haciendo los cabronazos en América?

Me paso el auricular de una oreja a la otra, y me lo ajusto entre la cabeza y el hombro. Empiezo a estar un poco cansada. No sé cómo responder a tantas preguntas raras. Me inclino hacia la mesa de cristal, y me pongo a jugar con el correo. Una postal dirigida a TK que dice «Alístate en el Ejército de Estados Unidos», un sobre rosa de Victoria's Secret, un sobre rojo de JCPenney, un folleto de Pizza Hut, un sobre con una llave de plástico pegada por fuera, un sobre del Banco de América, uno de Discover Card...

Bueno, pues aquí lo que está pasando es que tu madre está en la cocina terminando de preparar *istshwala* y *macimbis*, y que Sbho está con ella, mirándola y comiéndose una guayaba.

Cuando Chipó me informa de esto, a mí me da un dolor muy raro en el corazón. Se me seca la garganta, y a la vez se me llena la boca de saliva. Me acuerdo del sabor de todas esas cosas, pero recordarlo no es comérselas y es algo que hace daño. Noto que se me saltan las lágrimas, aunque no me las seco. Chipó, mientras tanto, no para de hablar.

... Y fuera, por la calle, pasa una mujer que lleva un vestido amarillo y un gorro blanco. Y anda como una oruga, porque es enorme. Y ahora ha parado a un vendedor que va en bicicleta para comprarle una mazorca bien hermosa de maíz. Y ahora, huy, huy, ¡ahora se ha levantado un remolino! No es que sea muy fuerte, pero, vamos, es un remolino en toda regla y está levantando un montón de polvo y tierra. La ropa tendida no deja de agitarse en la cuerda. ¡Jajaja, a la mujer se le ha levantado el vestido e intenta bajárselo con las dos

manos! Le estamos viendo los muslos marrones y unas bragas verdes enormes. Eh... Mi hija está intentando volar con el viento, me voy ahora mismo a cogerla, adiós.

Cuando éramos pequeños, jugábamos siempre con el viento cuando soplaba. Salíamos corriendo con los brazos extendidos como si fueran alas, de puntillas y apuntando hacia el cielo. Intentábamos que el viento nos levantara, y cuando veíamos que eso no iba a ocurrir, dábamos vueltas y vueltas hasta marearnos, mientras cantábamos «Llévame a Londres, *baby*. A ver a mi tío, *baby*. Que tiene un bebé, *baby*. Una niña, *baby*. ¡Ooh-ooh-ooh, *baby!*» Y eso es lo que estoy cantando cuando Stina me pregunta que qué hago. Su voz suena muy lejana, como si estuviera hablando desde lo alto de un árbol.

Qué curioso, ésa es exactamente la canción que Chipó ha empezado a cantar cuando ha ido a buscar a Darling, me dice Stina después de que nos hayamos saludado. Darling es la hija de Chipó. Mis amigos dicen que decidieron ponerle mi nombre para que hubiera otra Darling en Paraíso, por si a mí me pasaba algo en América. Es un detalle, aunque no sé muy bien cómo sentirme al respecto, con eso de que le pongan a alguien mi nombre, como si yo estuviera muerta o algo así.

¿Cuándo vas a volver?, me pregunta Stina después de un largo silencio. Abro la boca para contestar, y en ese momento oigo en mi cabeza la voz de la tía Fostalina. No sé cómo decirle a Stina que no sé cuándo voy a volver a casa. Por la ventana, veo al cartero que se acerca a la casa por el camino de la entrada. Espero a que pique a la puerta, y cuando lo hace le digo a Stina que espere, y cuelgo el teléfono, aunque sé perfectamente que no voy a llamar. Es difícil explicar lo que siento. Es como si fuera dos personas. Una echa muchísimo de menos a mis amigos, pero la otra ya no sabe cómo conectar con ellos. Es como si fueran desconocidos. Me siento un poco culpable, pero enseguida aparco ese sentimiento.

Después de recibir el paquete, cierro la puerta y me quedo mirando al cartero, que vuelve a su camión. Es un hombre alto y fuerte, y me doy cuenta de que, cuando me ha hecho firmar el recibo del paquete, no he sido capaz de mirarlo a los ojos. He sido consciente de su altura, y de los pelos que le cubren los brazos y las piernas, y me he preguntado cómo sería su cosa si de pronto se la sacara del uniforme. Cuando veo que el camión de correos se aleja, dejo el paquete en la mesa de la cocina. Es de Victoria's Secret, para la tía Fostalina. Está claro que es el sujetador, pero han escrito mal su nombre:

Fosfatina.

Cuando vuelvo al sótano, Kristal y Marina están viendo otra peli.

¿Qué demonios es eso?, pregunto.

Transexuales, contesta Kristal.

¿Qué son transexuales? ¿Y por qué os habéis saltado todo el abecedario hasta la «T»?

... Más da, dice Kristal. Sigue siendo gente follando, ¿no? Se aparta un poco para dejarme sitio, pero yo me quedo de pie con las manos en la cintura, sopesando si me siento o doy media vuelta y subo dando pisotones por la escalera para que se den cuenta de que me he enfadado.

En la pantalla, aparece una chica muy alta y muy guapa que tiene pene. Y no es como esos penes falsos que las lesbianas llevaban cuando íbamos por la «L», qué va. Éste es de verdad. De todas las pelis que hemos visto, ésta es la que nos deja más pasmadas, hasta el punto de que la cabeza empieza a darme vueltas. Ver ese pelo largo y esa cara tan bonita, y la nuez en el cuello y los senos grandes y el pene enorme, y todo en un solo cuerpo, me siento como si de todo lo malo que hemos hecho, esto fuera lo peor, así que les digo: No deberíais haberos saltado el abecedario.

Vale, pues entonces volvamos atrás, se apresura a decir Marina y, por el tono de su voz, se nota que ella tampoco está preparada para ver a un transexual. Suspiro con alivio y me siento mientras ella se inclina para poner otra peli.

Eh, mi amiga Alexis *ma pasao* un enlace que mola mucho. ¿Queréis verlo?, dice Kristal.

¿De qué es?, pregunto.

¿Y yo cómo leches quieres que lo sepa? Mi ordenador va muy lento, como si se estuviera descargando *toa* la historia de Jesús.

Bueno, como has dicho que era un enlace que molaba mucho, parecía que lo hubieras visto, le dice Marina.

Bah. A ver, salte. Y Kristal se abalanza sobre el teclado.

Lo primero que vemos es el aviso: «Esta película contiene escenas que podrían herir su sensibilidad.» Miro a Kristal y luego a Marina para saber qué les parece eso, porque a mí me recuerda a las películas de miedo y no tengo ningunas ganas de ver nada de miedo. Kristal se pasa las manos por las extensiones, y Marina se pone a hacer un redoble en las piernas, así que me

encho de hombros y me pongo a hacer ruidos para acompañar el redoble, pero entonces estalla un grito descomunal, y nos quedamos las tres petrificadas.

El grito suena como si hubiera engullido todo el dolor del mundo y se le hubiera atragantado. Se queda ahí, suspendido en el aire como si estuviera vivo. Y a mí me da por pensar que me resulta muy familiar, como si ya lo hubiera oído antes, aunque no me acuerdo dónde, ni a quién. Estoy deseando quitarle el volumen, y sé que todas estamos pensando lo mismo porque es un sonido horrible, pero ninguna de las tres toca el ratón. Y entonces la cámara hace un plano abierto y vemos a una chica tirada en el suelo, con los puños apretados y la cabeza hacia atrás, y la boca tan abierta que se le ven todos los dientes. Lleva un vestido amarillo con flores blancas, y tiene unas piernas perfectas para el juego de los países, unas piernas largas con las que podría dar saltos tremendos y correr muy lejos.

Y entonces aparece en el plano otra mujer que se lanza sobre las piernas de la chica, y ésta se pone a patalear como si la hubiera poseído el demonio. Y entonces entran un montón de mujeres que se lanzan sobre la chica y la sujetan contra el suelo. Y al ver eso, me acuerdo de los hombres de Paraíso, cuando inmovilizaban a una cabra durante la matanza, o del Profeta Revelaciones Bitchington Mborro y los evangelistas, cuando sujetaron a la mujer guapa en la montaña para sacarle el demonio de dentro. Ahora las mujeres están gritándole cosas a la chica y, aunque no entiendo el idioma, sus voces demuestran que le están diciendo que deje de chillar y de dar patadas y que se comporte.

Sólo hay una mujer que no sujeta a la chica y no participa en eso porque agarra un cuchillo muy largo. Es una mujer alta y corpulenta, de brazos largos y cuello de jirafa y cara redonda. Es casi guapa. Tiene los ojos almendrados, el pecho grande, y lleva una falda larga del color de las hojas en otoño y una blusa roja. Y también unos aros amarillos en las orejas, pulseras de colores en las muñecas, anillos en los dedos...

Y un trapo sucio en una mano, y en la otra, el cuchillo. Me gustaría preguntar qué piensa hacer con ese cuchillo, pero sé que, aunque consiga abrir la boca, no me va a salir una palabra. Y entonces se ve a un lado a una mujer muy muy vieja, con la piel como el cuero gastado y que lo observa todo con los ojos entornados. No deja de asentir con la cabeza mientras apoya las manos arrugadas en un bastón.

La mujer del cuchillo se pone a limpiarlo con el trapo, y a mí me dan

escalofríos. Lo limpia muy despacio, sin prisa, como si supiera que estamos mirándola, y en su cara puede verse una mueca de concentración. Escupe en el cuchillo y le pasa el trapo, escupe y le pasa el trapo, y, cuando parece satisfecha, tira el trapo a un lado. A estas alturas, tengo las piernas apretadas con todas mis fuerzas. Echo un vistazo a Kristal y Marina, y veo que tienen la misma postura.

Y entonces la mujer del cuchillo se inclina sobre la chica, con los dientes clavados en el labio inferior, con los dedos gordos bien tensos en torno al mango del cuchillo. Y cuando la hoja toca a la chica, Marina se levanta y sube corriendo por la escalera. A mí también me gustaría levantarme y echar a correr, pero me pesan mucho las piernas, así que me hundo en el sillón y me tapo los ojos con el brazo mientras oigo los gritos de la chica, que ahora son penetrantes como si alguien le hubiera empapado la voz con parafina y le hubiera prendido fuego.

Cuando vuelvo a mirar, hay un montón de sangre en el suelo. La chica está ahora en un rincón, y le han bajado el vestido hasta las piernas. Viéndola, nadie se imaginaría lo que ha pasado unos segundos antes. Se han acabado los gritos y las patadas, como si a esa cosa que rabiaba dentro de ella le hubieran salido alas, hubiera echado a volar y la hubiera dejado como a una flor a la que acaban de arrancar de la tierra húmeda con raíces y todo. Kristal y yo nos quedamos sentadas, sin movernos, con los ojos clavados en la pantalla; no nos mirarnos, y por eso sé que jamás hablaremos de lo que acabamos de ver.

Asalto a Crossroads

Kristal todavía no tiene edad para sacarse el carnet, pero eso no significa que no sepa conducir, y eso explica por qué, en este preciso momento, vamos de camino al centro comercial de Crossroads en el coche de la madre de Marina. Hemos podido cogérselo porque su madre trabaja por las noches en el Borgess Hospital, así que duerme durante el día, como los búhos, y no se despierta hasta las cinco de la tarde, y eso nos da tiempo suficiente para ir al centro comercial y volver. Marina dice que su madre duerme como si estuviera muerta y que, hasta cuando se levanta para ir al baño, mantiene los ojos cerrados, por eso tropieza y choca con cosas como una gallina sin cabeza. Y si, por lo que sea, se le ocurre salir, no ve nada.

Nunca habíamos hecho esto, y estuvimos a punto de no hacerlo porque, al principio, Marina y yo no lo veíamos muy claro, pero Kristal nos convenció cuando vimos cómo, con una sola mano, sacaba el coche marcha atrás por el camino de la entrada y luego volvía a aparcarlo en su sitio. Después de ver eso, nos envalentonamos, nos subimos de un salto al coche, nos pusimos los cinturones de seguridad y entonces nos dio la risa. Estábamos a punto de marcharnos cuando vimos al señor Harris. El señor Harris es el vecino de Marina y en ese momento volvía a casa en su coche, que va a paso de tortuga, así que tuvimos que agacharnos muy deprisa y quedarnos ahí escondidas, en los asientos, hasta que oímos primero que aparcaba, y poco después que cerraba la portezuela del coche con un golpe. Entonces levantamos la cabeza un poco, lo justo para ver al señor Harris arrastrar los pies hasta el buzón y luego hasta la casa, como si le hubieran dicho que iban a darle un premio si tardaba más de diez años en llegar.

Marina va sentada delante, porque el coche es de su madre, y yo voy detrás de Kristal, cosa que a mí ya me parece bien, por si tenemos un choque frontal o algo así. Durante los primeros minutos, me inclino hacia delante para ver las manos de Kristal en el volante. Voy aferrada a su asiento como si fuera yo la que condujera. Marina está callada, y eso significa que ella también tiene

miedo. Puede que hasta se esté planteando decirnos que, en realidad, estaba de broma, y que deberíamos devolver el coche y olvidarnos de Crossroads. Kristal, en cambio, no para de hablar, aunque yo ni siquiera la escucho. Lo que voy es muy atenta para ver en qué acaba todo esto y cómo.

En un momento dado, el coche gira bruscamente a la izquierda, y yo contengo el aliento y me dispongo a pegar un grito, pero me lo callo, porque las demás no parece que vayan a ponerse a chillar. Continuamos un rato en silencio, y cuando Kristal consigue cruzar la calle Paterson con el coche y girar a la izquierda en Cobb sin ningún problema, por fin empiezo a sentirme mejor y acomodado bien el trasero en el asiento. Para cuando llegamos a Westledge, vamos con las ventanillas bajadas y los codos asomando, como si hubiéramos comprado el coche con nuestro propio dinero, y la carretera también.

Esta mañana, en nuestro último día de colegio, un niño ha llevado a clase un arma cargada, así que han cerrado el instituto y nos han mandado a todos a casa con una carta. Los que lo han visto, han dicho que el niño tenía una lista de personas a las que quería matar. Por lo visto, el arma se le ha caído de la mochila y se le ha disparado, y el conserje ha forcejeado con él para quitársela antes de que se cargara a alguien.

Yo no he visto nada, pero he oído los «bang-bang-bang» de los tiros desde la cafetería, y para entonces niños y profesores estaban gritando y correteando por todas partes como gallinas, bloqueando los pasillos e intentando salir todos a la vez. Me he acordado de las estampidas que había visto allí, en casa, cuando las cosas empezaron a ponerse feas y las tiendas se quedaron vacías. La gente salía a la calle y echaba a correr como si aquello fuera cuestión de vida o muerte, y perseguía los camiones cargados de harina de maíz, azúcar, aceite, pan, jabón o cualquier otra cosa.

Pasamos con el coche por delante de iglesias y de la tienda de licores, que quedan a nuestra derecha, de la peluquería china a la izquierda, y luego por delante del taller de coches; pasamos por la gasolinera Shell, a la izquierda, y por la Autopista Uno a la derecha, y por el taller de tatuajes, por el banco, por el Holiday Inn, por el Starbucks, por el instituto privado de ricos al que irá Marina en otoño, mientras que Kristal y yo tendremos que ir al Central; pasamos por el restaurante chino, y el restaurante indio, y el Walgreens, y el McDonald's, y el Burger King. Hoy, como vamos a donde nos da la gana y hacemos lo que queremos, atravesar la ciudad es algo muy distinto, como si

todo fuera nuestro, como si lo hubiéramos construido nosotras. He abierto la mano contra el viento, y de vez en cuando cierro y abro los dedos, como si lo cogiera y lo soltara.

Vamos así, de paseo, y me veo obligada a escuchar esa estúpida canción de Rihanna que todo el mundo pone en el colegio como si fuera un himno o qué sé yo. Bueno, vale, tal vez la canción no sea tan estúpida, pero es que en general me carga bastante todo el rollo de Rihanna, y que salga tanto en las noticias y todo eso. Ya sé que el chalado de su novio le pegaba, pero no veo por qué tiene que estar en todas partes, como si su cara fuera una crisis humanitaria, como si fuera Sudán o algo así. En fin, que ahí estamos, dando una vuelta en coche, y Rihanna canturreando, y me dan ganas de coger la radio y tirarla por la ventanilla.

Cuando estamos pasando por delante de un *sex-shop*, que queda a nuestra derecha, oímos una sirena y nos damos cuenta de que tenemos detrás a la policía, y la diversión se acaba en un abrir y cerrar de ojos, como si fuera agua en un cubo y alguien acabara de volcarlo.

La última vez que me paró la policía, iba en el coche por la autopista con el tío Kojo y la tía Fostalina, no me acuerdo de dónde veníamos. El policía quería llevarse al tío Kojo, pero al final no lo hizo porque la tía Fostalina le suplicó y le suplicó, y al final el agente les permitió que pagaran allí mismo la multa.

Marina está diciendo no sé qué de que su madre la va a matar, y Kristal está diciendo otra cosa, pero ni siquiera me entero, porque estoy aturullada pensando en lo que nos va a pasar, porque en América las cárceles no son sólo para adultos y criminales de verdad.

Kristal detiene el coche en el arcén. Me vuelvo hacia atrás y aquello es todo sirenas y luces azules. Me planteo abrir la portezuela y huir, salir corriendo, pero entonces me acuerdo de que por una tontería así la policía te pega un tiro como seas negra, y me quedo sentada dentro del coche. No deberíamos haber salido, digo. ¿Ahora qué vamos a hacer? ¿Qué va a decir la tía Fostalina?

Mucho después de que los coches patrulla hayan pasado de largo a toda velocidad y hayan desaparecido por otra calle, seguimos mirándonos unas a otras como si lleváramos un buen rato en la oscuridad y de repente alguien hubiera encendido la luz. Poco a poco nos damos cuenta de que la policía no nos perseguía a nosotras, sino que iba a otra parte a toda prisa y nosotras simplemente estábamos en medio. El miedo abandona nuestras caras, y nos

echamos a reír. Al principio, nerviosas y de mala gana, pero luego recuperamos el valor y nuestras voces se alzan, y ahora ya sí nos reímos a gusto, nos reímos de verdad, como si quisiéramos hacer avanzar el coche sólo con la fuerza de nuestras carcajadas.

Volvemos a la carretera, y nos detenemos en el semáforo en rojo junto a la estatua de un soldado a caballo. Estoy tan contenta de que no nos hayan detenido, estoy tan feliz, que sin darme cuenta me pongo a cantar una canción que cantábamos en el colegio, allí en casa, cuando éramos pequeños:

*¿Quién descubrió el camino a India?
¡Vasco de Gama! ¡Vasco de Gama!
¡Vasco de Gama! ¡Vasco de Gama!*

Porque ya no voy en un coche robado con Kristal y Marina, porque ya no estoy en América de camino al centro comercial, y alzo la voz más y más y más, mejor que Rihanna. Ahora estoy en casa, en mi casa de verdad, con mis amigos en el colegio, y todos llevamos un uniforme marrón con el cuello amarillo y una placa que dice «ESCUELA PRIMARIA REINA ISABEL», con la imagen de un sol saliendo y las palabras «EL CONOCIMIENTO ES PODER» en letra cursiva de color rojo. Nos vamos a India, siguiendo los pasos de Vasco de Gama, y llevamos calcetines blancos y zapatos negros.

Y como aquí es donde estoy ahora, y éste es un sitio en el que hay que cantar como si algo te quemara por dentro, canto hasta que veo que Marina está llamándome a gritos y Kristal ha apagado la radio y está diciendo: Pero ¿qué coño...? ¡A ver si te calmas, joder!

¿Por qué? ¿Acaso me he quejado yo cuando tenías puestas esas estúpidas canciones con el volumen a tope?, protesto.

Bueno, por lo *meno* no *estábamo* oyendo una banda tribal de ésas, dice Kristal, y gira en una esquina con el coche. No sé si habla en serio o no, porque, últimamente, desde que a Kristal se le ha puesto el pecho como si fuera a amamantar

a todo Estados Unidos, le ha dado por mangonear a la gente, como si alguien la hubiera nombrado reina.

Ya, bueno, pues dejadme en paz, replico. Y, para que lo sepáis, estoy cantando en inglés.

No, *deso* nada, dice Kristal, y Marina suelta una risita. Ahora estamos

pasando por unas obras, así que los dos carriles se han convertido en uno. A nuestra izquierda hay hileras de bidones.

¿Y tú qué sabes? Ni siquiera sabes hablar inglés, le digo.

¿Qué hablas?

Y aunque Kristal no se da la vuelta, sé qué cara pone. Se le nota en la voz. El labio fruncido, los ojos entornados, la frente arrugada. ¿Qué hablas?

Es que es verdad, todo el mundo sabe que no hablas bien inglés. Como ahora mismo, por ejemplo: «¿Qué hablas?» ¿Eso qué demonios es?, respondo. Marina hace como si tosiera. ¿Y qué es eso de «sabe»? continuó diciendo. Y eso de «vi a ir» y todas las tonterías que dices. ¿Tanto te cuesta decir: «Perdona, cómo has dicho»? O sencillamente: «¿Qué has dicho?» ¿Y «sabes» y «voy a ir»?

No *tiés nidea*, protesta Kristal, y su voz me indica que ahora tiene la cara toda congestionada, pero no pienso dar marcha atrás.

Es verdad. ¿Sabes?, cuando te conocí no entendía ni una palabra que salía por tu boca, ni una sola, nada, ¡y dices que eres americana y que hablas inglés!

Estoy empezando a coger carrerilla, y me recuerdo que debo ir más despacio porque, cuando me pongo nerviosa, empiezo a hablar como yo misma y se me va el acento americano. Pero sé que he puesto en su sitio a Kristal, porque se queda callada un momento, mirando la carretera y sin decir nada. Marina se da la vuelta y me choca los cinco. De pronto, empieza a oler a alquitrán o a algo que está quemándose fuera. Es un hedor terrible.

¡Puaaaj!, exclama Marina, tapándose la nariz con las manos como si con eso fuera a evitar el olor.

¿Y tú qué *sabe*?, suelta Kristal al cabo de un rato, y se vuelve para mirarme como si fuera yo la que está apestando el coche. En *primé* lugar, se llama ebonics, y es un sistema de lenguaje, pero es el nuestro, ¿*tenteras*?, y no lo *vi* a cambiar.

Perdona, ¿cómo dices?, le pregunto.

Uh, uh, perdona cómo dices, y una mierda, que *quiés soná* como esos blancos estúpidos.

¿Qué has dicho?

Ya *mas* oído, mierda.

El coche reduce un poco la velocidad.

No, eso no es verdad. Es sólo nuestra manera de hablar, interviene Marina.

¿Acaso *testá* hablando nadie, *atontá*?, le suelta Kristal y se vuelve hacia

ella. Aparte, más os vale no decir nada, porque he visto las pelis esas nigerianas y ninguna sabéis hablar y *yastá*. ¿Por qué os creéis que llevan subtítulos?

No me quiero reír, pero es que me da la risa.

Bueno, en cierto modo es verdad. Vaya, que cuando veo tus películas tengo que leer los subtítulos, aunque se supone que hablan en inglés.

Eso es porque no eres muy lista. ¿Y por qué dices que son «mis películas»? ¿Acaso me has visto salir en alguna, eh?, dice Marina, con tono cortante. Kristal se echa a reír, y yo miro por la ventanilla a un perro que está sentado en el asiento trasero de otro coche y que mira fijamente al frente, como si quisiera asegurarse de que el conductor no toma una calle que no es, como si estuviera él a cargo de dirigirlo. Las obras se han terminado, y ya vuelve a haber dos carriles.

Vosotros sí que sois listos, *amos*, que sois *tos* listísimos de la muerte porque, si no, no nos habría colao esa mierda del 419, le dice Kristal a Marina. El coche cambia de carril.

¿Qué mierda del 419?, pregunta Marina.

Se refiere a las estafas por correo electrónico, ahora no te hagas la tonta, le suelto. De esos de «Querida señorita Darling, necesitamos su ayuda para blanquear un montón de dinero negro y le daremos un millón de pavos». O como ese de «Soy el director de tal banco, y un cliente rico se ha muerto en un accidente de avión y no tiene familia conocida, así que podemos darle a usted los veinte millones de herencia». En fin, esos correos electrónicos absurdos. Yo recibo un montón todos los días, y todos son de nigerianos.

No sé de lo que estáis hablando. Nunca los he visto.

Bueno, ya, pero eso es porque sois vosotros los que estáis enviándolos, los correos, le suelta Kristal.

Doy una palmada, y las dos nos echamos a reír.

No tiene gracia, dice Marina. Se le quiebra un poco la voz, así que Kristal y yo lo dejamos, porque, al fin y al cabo, vamos en el coche de su madre.

¿Alguna sabe el límite de *velocidá*?, pregunta Kristal.

¿Y eso cómo se sabe?, replico yo. ¿Ponen señales o algo?

Llegamos a la vía del tren cuando las luces están intermitentes y esa especie de barra está bajando. Kristal intenta ganarle al tren, pero al final el tren es más rápido y tenemos que pegar un frenazo y salimos disparadas hacia delante, y he de agarrarme al respaldo del asiento del conductor para no estrellarme

contra él.

Perdón, perdón, dice Kristal.

Ve con más cuidado, que es el coche de mi madre, protesta Marina.

Tía, tranqui, ¿no acabo de *pedí* perdón, cabezona?, contesta Kristal.

Nos quedamos mirando cómo pasa el tren. Con los trenes azules hay que esperar unos tres minutos y ya está, pero éste es de esos marrones que son tan largos y no se acaban nunca. Ni siquiera Dios tardó tanto en crear las cosas.

¡Mirad, eh, mirad!, exclama Marina, y todas nos volvemos a la izquierda. Hay un tío al volante de un coche rojo que está asomado y nos mira como si nos conociera o algo. Y de pronto saca la lengua y la mueve arriba y abajo, muy rápido. Marina lanza un gritito.

Queasco. No miréis a ese imbécil, dice Kristal. Pero aun así miro un momento. Cuando los chicos hacen la cosa esa de la lengua, me parece a la vez aterrador e interesante. El tren sigue pasando con estrépito, vagón tras vagón, vagón tras vagón. En algunos hay grafitis, pero no me da tiempo a leerlos. Por fin pasa el último vagón y la barra esa se levanta. Nos ponemos en marcha.

Aparcamos en Borders y, justo cuando estamos saliendo a pie del aparcamiento, lo veo ahí mismo, al lado de una furgoneta negra: mi coche. No me lo pienso dos veces, y echo a correr pegando gritos: ¡Mi Lamborghini! ¡Lamborghini, Lamborghini Reventón! A lo mejor se me ha ido un poco la pinza, no lo sé, pero el caso es que, de pronto, Marina me tiene agarrada y está preguntándome qué me pasa.

Pero ¿tú sabes lo que vale ese coche?, me dice, cuando ya hemos salido del aparcamiento.

¿Cuánto?, pregunto.

Casi dos millones de dólares, contesta.

Mentirosa. ¿Millones? ¿Por un cochecito así?

¡Eres tonta!, me suelta Kristal.

Búscalo en Google. Ese cochecito, como tú dices, es uno de los más caros que existen, dice Marina.

Ya, respondo, y lo dejo ahí. Me paro para que pase un coche, antes de cruzar hacia la entrada del centro comercial. La cosa es que no quiero decir con mi propia boca que, si el coche es tan caro, eso significa que jamás voy a

tener uno como ése, y que si no lo tengo eso significa que soy pobre, y entonces ¿de qué sirve América?

Vuelvo a mirar hacia el aparcamiento, pero ya no veo el Lamborghini entre el montón de coches. Estiro el cuello y miro a un lado y a otro, pero nada, se ha desvanecido, como esos sueños que sabes que has soñado y que no recuerdas. Voy un poco por detrás de Kristal y Marina, para poder volver a mirar una y otra vez. Si Bastardo y Stina, y Chipó, y Sabediós y Sbhó estuvieran aquí, estarían chillando y burlándose de mí, desternillándose y muriéndose de risa.

Cuando entramos en Borders, una anciana con un chaleco rojo lleno de chapas por todas partes nos saluda en la puerta con una sonrisa blanqueada y nos dice: ¿En qué puedo ayudaros, jovencitas?, pero nosotras pasamos de largo como si no existiera. Kristal va delante, después Marina y luego yo. Nos envuelve el olor a libros nuevos, pero no nos paramos para mirar nada, aunque a mí me gustaría, porque no odio los libros. Hace tiempo que no leo ninguno interesante, aunque la verdad es que siempre estoy liada con el ordenador y la tele. El último libro que leí fue ese de *Jane Eyre*, que tenía unas frases larguísimas y llenas de interrupciones e incisos. Me aburría y, además, la tal Jane me ponía muy nerviosa con esas decisiones tontas que tomaba; toda aquella historia ridícula me dio ganas de tirar el libro a la basura. Hice un gran esfuerzo para terminármelo, porque tenía que presentar un trabajo para la clase de literatura.

Es temprano, así que el centro está un poco muerto. Si esto fuera mi país, el centro sería ya un hervidero de gente. Niños pequeños que se subirían en las escaleras mecánicas, como si fueran a llevarlos hasta las nubes, dando gritos más altos que los rascacielos... Vamos, que se los oiría desde Victoria's Secret, en la tercera planta. Madres que cotillearían y se reirían en la primera planta, y se asomarían por turnos para echar un vistazo a los niños y pegarles cuatro gritos, moviéndose constantemente porque las mujeres jamás se quedan quietas ya que siempre hay algo que hacer, siempre. Los hombres estarían a lo suyo, puede que sentados en los bancos que hay en la puerta de Payless, o pasándose un cigarrillo Kingsgate, o apiñados alrededor de un periódico, o si no, comentando los resultados de fútbol de la liga europea o la guerra de Irak, con la voz muy grave y sin alzarla nunca por encima de las de los niños y las mujeres, porque los hombres tienen que mantener siempre la voz más baja. Y luego, en el espacio abierto donde

hay una chica india haciendo artesanía, estarían los chicos más mayores bailando house, oyendo a DJ Sbu y a DJ Zinhle y a Bojo Mujo, y meneando el cuerpo como locos, como si esos cuerpos no fueran suyos y les diera igual que se rompiesen. Y en los sillones de masaje al lado del ascensor, habría ancianos desdentados tumbados como lagartijas al sol, soltando gruñiditos mientras las cosas esas de masaje recorren sus cuerpos arrugados. En el teléfono que hay al lado de la tienda de velas habría una cola de gente impaciente que espera para llamar a sus familiares a sitios como Chicago y Ciudad del Cabo, y París, y Ámsterdam, y Lilongüe, y Jamaica, y Túnez. En el aire, los aromas embriagadores de las comidas matutinas harían trizas las fragancias de Macy's, y en la placita que hay delante del Foot Locker, debajo del árbol falso, alguien estaría predicando con una biblia, y habría una pequeña multitud congregada en torno a él que igual estaría planteándose si creerle o no, y el suelo a sus pies y alrededor del centro estaría lleno de basura que demostraría que aquí vive gente.

Me invade una sensación muy rara, y entonces oigo a Marina llamándome a gritos desde arriba, y me doy cuenta de que he estado sumida en mis pensamientos y que, mientras tanto, ellas han subido y me han dejado en la puerta de la tienda de *piercings*. Subo de un salto a las escaleras mecánicas que llevan a la primera planta. En las otras, en las que bajan, hay un hombrecito con el pelo engominado hacia atrás y con dos grandes bolsas de basura. En su identificación pone «JESÚS». Los dos sonreímos, porque eso es lo que hay que hacer, y cuando nos cruzamos él me dice: *Buenos días, señorita*, en español, y yo sonrío todavía más y contesto: *Buenos días*.

Dentro de Best Buy, Kristal se ha puesto unos auriculares y no deja de mover la cabeza. Marina curiosear en la zona de los iPods, como si fuera a comprarse uno, y yo me paro delante de los pósteres, pero luego decido pasar cuando veo los DVD. Cojo uno en el que pone *Salt*, que tiene a Angelina Jolie en la carátula. La verdad es que no he visto ninguna película de Angelina Jolie, pero sé que puede ir a cualquier parte del mundo y llevarse a un bebé cuando le apetece. Cuando vi que se había llevado a esa niña tan guapa de Etiopía, me dio envidia. Ojalá hubiera venido a mi país y se me hubiera llevado a mí también cuando era pequeña. Ahora mismo, sería Darling Jolie-Pitt, y viviría en una mansión y estaría volando por ahí en aviones privados y todo eso. Claro que también podría haber elegido a Sbhó, que para eso es la más guapa.

Entonces veo un DVD con un tipo que está ahí como si fuera Nelson Mandela, así que lo cojo y vuelvo a poner en su sitio el de Jolie. Se titula *Invictus*. No he visto la película, pero he oído hablar de ella. A lo mejor le pido a la tía Fostalina que la saque del videoclub, o le pregunto a TK si me la puede conseguir en Netflix.

¿Caces?, pregunta Kristal, que ya no está en la sección de música. Como veo que está sacando un chicle, tiendo la mano y ella pone los ojos en blanco, me da el chicle y se pone a sacar otro.

¿No lo ves? Echándole un vistazo a *Invictus*, contesto yo, como si hubiera visto la película. Me meto el chicle en la boca. Es de menta.

¿Sabes quién es este tipo?, le pregunto, y levanto el DVD para que Kristal vea la carátula.

Pues claro, ¿quién no conoce a Morgan Freeman?

Eso ya lo sé. Me refiero a si sabes a quién interpreta en la película.

¿A quién?

A Nelson Mandela, contesto. Y me sorprende el orgullo que hay en mi voz, como si estuviera hablando de alguien que conozco, como si hubiéramos jugado juntos al juego de los países o algo así.

Ah, sí, es el tío ese tan viejo de las camisas estampadas. Bueno, me las piro a JCPenney, tías, anuncia Kristal, y ya está saliendo de Best Buy.

Marina se detiene en la joyería, donde están los relojes. Yo también me paro, pero Kristal sigue andando hacia JCPenney. Los relojes son muy bonitos y parecen de categoría. Me llevo las manos a la cintura y me echo a reír.

¿De qué te ríes?, quiere saber Marina.

Pues de los precios, que son la monda. ¿Quién va a comprarse un reloj de tres mil dólares?

Bueno, si tuviera dinero y me lo pudiera permitir, yo desde luego que sí. No es nada malo querer cosas bonitas, dice Marina.

Lo que tú digas, contesto yo, y hago explotar una pompa de chicle en la oreja de Marina, sólo para molestar, y luego me voy a mirar los anillos de diamantes en el siguiente escaparate. También son muy caros, pero yo, aunque tuviera todo el dinero del mundo, nunca me compraría uno. Luego veo un anillo que parece distinto de los demás, porque lo que sería el aro está como retorcido y en la cabeza tiene un montón de diamantes que forman un racimo, como si fueran semillas diminutas. La etiqueta dice que vale 22.050 dólares, y empiezo a decirle a Marina que en esta tienda se han vuelto locos pero, en

lugar de masticar el chicle, fallo y me muerdo el interior del labio. Me hago tanto daño que cierro los ojos y me llevo la mano a la boca. Siento por toda la lengua el sabor salado y metálico de la sangre.

Una vez en JCPenney nos vamos directamente a la sección de jóvenes y empezamos a coger vaqueros, camisetas, vestidos, jerséis, cogemos prendas y más prendas, todo lo que nos da la gana. No hablamos mucho porque no queremos que nadie nos siga ni nos pregunte por qué no estamos en el colegio o que dónde están nuestras madres y cosas así. A veces nos perdemos de vista un momento, pero luego volvemos a encontrarnos porque no dejamos de dar vueltas y vueltas. Con los brazos llenos de ropa, nos vamos a los probadores. En algunas tiendas sólo te dejan pasar con cinco o seis prendas cada vez, pero en JCPenney no son así. Aquí, si quieres puedes llevarte una montaña al probador, y nadie te dirá nada.

¡Vamos a vestirnos para una fiesta!, grita Marina desde su probador.

¡Chist, no grites tanto, idiota!, la regaña Kristal.

¿Qué clase de fiesta?, pregunto.

La de los dieciséis años, contesta Marina, ahora en voz baja.

Cuando salimos, Marina lleva un vestido negro sin tirantes con unas cositas brillantes en el pecho que le bajan hasta el vientre. Una especie de encaje cubre la falda. Kristal va con un vestido rojo de volantes y sin mangas. Tiene un escote tan pronunciado que es como si estuviera poniéndote sus enormes tetas en la cara, como a ella le gusta, y encima está sacando pecho para exagerar la pechera todavía más. Yo llevo un vestido largo de color crema que barre el suelo. Nos quedamos ahí, como si fuéramos modelos, y nos miramos en el espejo.

Hay que tener tetas *pa* ponerse un vestido *asín*, sin tirantes, dice Kristal al reflejo de Marina. Me río un poco, pero no mucho porque mis tetas también son bastante pequeñas. A veces no sé ni por qué llevo sujetador.

Lo que tú digas, replica Marina y pone los ojos en blanco.

Después de reconocer que Kristal ha elegido el mejor vestido, volvemos a los probadores para ponernos ropa de baile. Cuando salimos, parecemos tres putas: faldas cortísimas con las que no puedes ni agacharte sin enseñar las bragas, y tops tan ajustados que no nos dejan casi ni respirar. No nos quedamos mucho tiempo delante del espejo, probablemente porque nos da un poco de vergüenza. Volvemos a cambiarnos a toda prisa para una «noche de chicas», y cuando nos vemos unas a otras nos echamos a reír porque todas

llevamos los mismos pantalones ajustados. Marina y Kristal incluso se han puesto la misma camiseta de encaje sin mangas. Puesto que soy la única que viste algo distinto, una camiseta con cuello de pico que tiene una bandera francesa delante, esa ronda la gano yo, pero, cuando estoy camino de mi probador, Marina me suelta: Por lo menos podrías haberte puesto algo con una bandera africana.

Luego nos vestimos para un baile de graduación, y para la alfombra roja, y para una cita a ciegas; nos probamos ropa y más ropa, y a cada ronda nos encontramos fuera para vernos y compararnos. Acabamos de cambiarnos para un partido de fútbol cuando entra en los probadores una mujer bajita vestida con uniforme sanitario y con un par de vestidos en las manos. No nos dice nada, sino que pasa de largo y se dirige al probador para minusválidos que hay al fondo. Kristal se echa a reír sin ninguna razón en particular y, en cuanto la mujer cierra la puerta, Marina dice que se va a cambiar y que se va a su casa, y yo le pregunto que por qué, justo en el momento en que Kristal exclama: *¿De verda?*

Nos vestimos de nuevo y dejamos toda la ropa hecha un revoltijo.

A ver quién llega antes al coche, pero ¡sin correr!, les propongo, y las tres salimos de JCPenney a paso ligero como si quisiéramos adelgazar, pasamos por delante de las joyas y los diamantes, bajamos por las escaleras mecánicas, y dejamos atrás las cabinas y a los viejos sentados en los sillones de masaje. Voy delante y, cuando miro atrás, veo que Marina se me acerca peligrosamente, así que muevo los brazos con más fuerza y cuento cuatro-cinco-seis y ando y ando. Atravesamos Borders a toda velocidad y, para cuando llegamos a las puertas, ya no puedo soportarlo más, así que las empujo para abrirlas y echo a correr. Kristal me adelanta y llega la primera al coche mientras Marina grita a nuestra espalda: ¡No es justo, tías, os habéis saltado las reglas!

Dentro del coche, hace tanto calor que parece que el diablo haya estado ahí achicharrando pecadores, así que bajamos las ventanillas y sacamos los brazos. Justo en ese momento, la vemos. Está en el coche que tenemos enfrente. Es una mujer con un hiyab negro, sentada al volante, que rebusca en su bolso, puede que las llaves. Levanta la cabeza, nos sonrío un instante y vuelve a centrarse en el bolso, pero nosotras nos quedamos mirándola como si estuviéramos en el zoo. No decimos nada, pero sabemos que nos hemos quedado así de pasmadas por su ropa y por las cosas que vemos en la tele,

porque está claro que, si llevara unos vaqueros o cualquier otra cosa, ni siquiera nos habríamos fijado en ella.

Kristal pone el coche en marcha, pero luego se queda ahí parada. Parece que se le haya olvidado cómo se conduce.

¿Le pasa algo al coche de mi madre?, pregunta Marina.

Me inclino y asomo la cabeza entre los dos asientos, para ver qué pasa.

Conocéis a George, ¿no?, dice por fin Kristal.

¿Quién es George?

El pequeño hijoputa que llevó la pistola al colegio.

¿Qué pasa con George?, pregunto, y me pongo a saludar con la mano porque la mujer está saludándonos, puede que porque seguimos mirándola. Entonces Marina saluda también, y estamos todas saludando cuando la mujer arranca el coche y se va.

... Más da, dice Kristal. Y por fin pone la marcha atrás.

Cuando llego a casa, el coche de la tía Fostalina está saliendo del camino de la entrada. Baja la ventanilla y me explica que se va a Shadybrook, así que me subo al coche y tiro la mochila al asiento de atrás. De vez en cuando, la tía Fostalina tiene que ir a la clínica Shadybrook para apaciguar a Shaka Zulú. Cuando le da la locura, Shaka amenaza a los otros residentes y al personal con la *assegai* que dice tener escondida en su habitación. He visto la lanza y no es de verdad, pero eso nadie lo sabe. Shaka Zulú me la enseñó un día, y resulta que no es más que el dibujo de una lanza, que guarda doblado y escondido entre fotografías de sí mismo de cuando era pequeño y estaba allí, en nuestro país.

Lo que le pasa a Shaka Zulú es que, cuando tiene una crisis, cuando dejan de funcionar los medicamentos que le dan, se niega a hablar en inglés, y entonces Claudine, que es una señora muy guapa y callada que dirige la residencia, llama a la tía Fostalina para que hable con Shaka Zulú en nuestro idioma. Éste parece ser el único remedio que funciona, pero lo que la tía Fostalina ha descubierto es que, cuando Shaka Zulú está supuestamente loco, no necesita en realidad que lo calmen, sino que lo escuchen. Parece ser que la suya es una locura que hace hablar, y la tía Fostalina suele llevarme con ella porque se aburre de escuchar.

Hoy aparcamos en la calle, que siempre está tranquila, cruzamos a toda

prisa la cortina de aire hirviente y nos metemos en Shadybrook. Antes de que llamemos al timbre, nos abre la puerta un loco muy sonriente con el pelo rubio. Se llama Andrew. Le pasa algo en la cabeza, aunque al mismo tiempo es muy listo. Hace dos meses, por ejemplo, vino a por él la policía porque decían que había hackeado unas páginas web y había colgado fotografías indecentes de sí mismo. La tía Fostalina pasa por delante de él sin decirle nada, directamente hacia el sótano, que es donde está la habitación de Shaka Zulú.

Hola, le digo a Andrew, porque me cuesta mucho pasar de largo como si no existiera, aunque sea un loco. Shadybrook siempre huele a hospital, y noto que se me encoge el estómago.

Hola, Peter. ¿Tienes un cigarrillo?, me contesta Andrew. Eso es lo que pregunta siempre, y yo niego con la cabeza, como también hago siempre. Ya no me molesto en corregirlo cuando me llama Peter. En la sala común, saludo con la mano a una mujer que no he visto nunca. Está sentada junto a un andador, con la mirada perdida, como si estuviera esperando algo, que llegue un ángel a bendecirla o yo qué sé, mientras el televisor está encendido. Aparto la vista enseguida, porque siempre me siento culpable con las personas enfermas, ya que no puedo hacer nada por ellas.

Shaka Zulú está de pie sobre la cama, vestido con su atavío tradicional, y Claudine pasea de un lado al otro por el sótano, cruzando y descruzando los brazos.

Gracias a Dios que has venido, le susurra a la tía Fostalina. No sé si voy a poder con esto mucho más.

Tranquila. He venido lo antes posible. ¿Por qué no descansas un poco?

Shaka Zulú coge su escudo, lo levanta por encima de su cabeza canosa y grita: ¡Bayethe, sé bienvenida a mi *kraal*, ¿quieres ver mi lanza?! Y tengo que hacer un gran esfuerzo por contener la risa. Ya sé que no está en sus cabales, pero tiene gracia. Lo bueno, además, es que en realidad no es nada peligroso. Shaka Zulú se baja de la cama y se acerca a su taburete de madera, esos taburetes que los viejos utilizan en mi país, y se sienta debajo de un póster de una chica masai en toples, con el cuerpo cubierto de cuentas de todos los colores.

La habitación de Shaka Zulú es como un museo de los recuerdos o algo así. Las paredes están llenas de cosas: recortes de periódico de Nelson Mandela cuando salió de la cárcel y todo eso; imágenes del presidente de nuestro país cuando lo hicieron presidente y aún tenía pelo; una fotografía de Kwame

Nkrumah, otra de Kofi Annan, otra fotografía enorme de Desmond Tutu; fotografías de Miriam Makeba, de Brenda Fassie, de Hugh Masekela, de Lucky Dube; un recorte de periódico de Credo Mutwa; fotografías enmarcadas de Bébé Manga, Leleti Khumalo, Wangari Maathai, etcétera, etcétera.

Las fotos de familia están aparte y ocupan toda una pared. En los días en los que es él mismo, Shaka Zulú se acerca a esas fotos, señala a sus hijos e hijas uno a uno, y a sobrinos y sobrinas, y a nietos y nietas, y te cuenta en qué trabajan, las cosas que les gustan, dónde viven, con quién están casados, y a mí siempre me sorprende que se acuerde de todos los detalles, como si viviera con ellos. Ha elegido el nombre de todos sus hijos y nietos. Nombres como Gezephi, Sisa, Nokuthula, Nene, Nicholas, Makhosi, Ophelia, Douglas, Sakhile, Eden, Davie, Ian, y ha meditado cada nombre antes de decírselo a sus parientes por teléfono.

Así es como dejo huella en ellos, me explicó Shaka Zulú un día, cuando estábamos repasando los nombres.

Verás, me dice, cada vez que alguien los llama por su nombre y ellos responden, yo soy la mano invisible que los toca y demuestra que son míos.

No sé exactamente qué clase de locura es la que padece Shaka Zulú. La tía Fostalina me dijo el nombre una vez, pero se me ha olvidado porque era una palabra muy complicada. Sea como sea, creo que es una locura muchísimo mejor que otras que he visto. Una vez, cuando volvíamos de asaltar Budapest, un loco nos persiguió todo el camino hasta casa, medio desnudo. Y en una boda, antes de que nos mudáramos a Paraíso, el novio cogió de pronto un palo y se puso

a dar porrazos a la gente, incluida la novia. El hombre nunca se recuperó del todo y, adondequiera que fuera, la gente huía de él espantada.

Cómo vivían

Cuando nos preguntaban de dónde éramos, nos mirábamos y sonreíamos, tímidos como una novia joven. Nos preguntaban: ¿De África? Y nosotros asentíamos. ¿De qué parte de África? Y sonreíamos. ¿De esa parte donde los buitres esperan a que los niños famélicos mueran? Y sonreíamos. ¿De donde la esperanza de vida es de treinta y cinco años?

Y sonreíamos. ¿Es ahí donde los rebeldes les hincan fusiles AK-47 a las mujeres entre las piernas? Y sonreíamos. ¿Donde la gente corretea por ahí desnuda? Y sonreíamos. ¿De ese lugar en el que todos se masacran, unos a otros? Y sonreíamos. ¿Es ahí donde el viejo presidente amañó las elecciones y donde se tortura y se mata y se encierra a la gente en la cárcel y todo eso? ¿De ese lugar donde la gente aún muere de cólera? Dios mío, sí, hemos visto vuestro país. Ha salido en las noticias.

Y cuando esas palabras caían de sus labios como ladrillos hechos pedazos, volvíamos a mirarnos unos a otros y se nos inundaban los ojos de lágrimas. Nuestras sonrisas se fundían como sombras moribundas, y llorábamos. Llorábamos por nuestro bendito país, por nuestro miserable país. Llorábamos sin consuelo, y nos tenían lástima y nos decían: Tranquilos, tranquilos, ahora estáis en América. Y nosotros seguíamos llorando, llorando y llorando, y ellos nos daban unas cositas muy suaves y nos decían: Tomad unos kleenex. Y nosotros cogíamos aquello y nos lo metíamos en los bolsillos para mirarlo luego, y seguíamos llorando, llorando como viudas, llorando como huérfanos.

En América, vimos más comida de la que habíamos visto en toda nuestra vida, y estábamos tan contentos que rebuscábamos en los contenedores de nuestras almas para recuperar los trozos rotos y sucios de Dios. Lo habíamos tirado ahí hacía tiempo, cuando todavía estábamos en nuestro país; ahí lo habíamos tirado durante los momentos de desesperación en los que el hambre nos mareaba y pensábamos: «¿Cómo es posible que no tenga piedad de nosotros?, ¿cómo es posible?» Y nos preguntábamos: «¿Por qué no nos escucha? ¿Por qué?» Y nos decíamos: «¿Cómo es posible que sigamos

rezando y rezando y ni siquiera nos dé qué llevarnos a la boca? ¿Cómo es posible?» Y ciegos de ira lo apartamos y dijimos: Mejor que no haya Dios, mejor eso que vivir así, rezando por cosas que jamás llegarán. Mejor que no haya Dios.

Pero entonces, cuando llegamos a América y vimos tanta comida, contuvimos la respiración y pensamos: «Un momento, tiene que haber un Dios.» Y así, felices y agradecidos, encontramos esos pedazos de Dios que habíamos tirado y los pegamos con Krazy Glue comprado por noventa y nueve céntimos en la tienda de todo a cien y dijimos: En Dios confiamos también nosotros, En Dios confiamos de verdad, y empezamos a rezar otra vez. En el McDonald's devorábamos Big Macs, y engullíamos patatas fritas, y nos pimplábamos Coca-Colas de tamaño gigante. De Burger King adorábamos las Whoppers. En el Kentucky Fried Chicken nos zampábamos cubos de pollo frito. Íbamos a los bufets chinos y nos comíamos todo lo que podíamos: arroz frito, pollo, ternera, gambas, y también pedíamos cosas cuyos nombres no sabíamos leer, así que las señalábamos y decíamos: Queremos eso.

Comimos como cerdos, como lobos, como dignatarios; comimos como buitres, como perros callejeros, como monstruos; comimos como reyes. Comimos para saciar el hambre que habíamos pasado, comimos por nuestros padres y nuestros hermanos, por nuestros amigos y nuestros parientes, que todavía estaban allí. Pronunciábamos sus nombres entre bocados, evocábamos esos rostros hambrientos de labios agrietados, y comíamos por aquellos que no podían estar con nosotros para comer por sí mismos. Y cuando estábamos llenos, tirábamos de nuestros cuerpos pesados con la dignidad de los elefantes. Ah, si nuestro país pudiera vernos en América, si pudiera vernos comer como reyes en una tierra que no era nuestra...

Cómo nos sorprendió América al principio. Si no estabas contento con tu cuerpo, podías ir al médico y decirle, por ejemplo: Doctor, nací con un cuerpo equivocado, póngamelo usted bien; Doctor, no me gustan esta nariz, estos pechos, estos labios. Veíamos que la gente enviaba a sus padres ancianos a que los cuidaran unos desconocidos, veíamos que a los padres no se les permitía pegar a sus propios hijos... Veíamos cosas así de raras, cosas que no habíamos visto en toda nuestra vida, y nos preguntábamos: Pero ¿qué clase de país es éste, qué clase de país?

Como no estábamos en nuestro país, no podíamos hablar en nuestro idioma, así que, cuando lo hacíamos, la voz nos salía como si estuviera herida. Cuando

hablábamos, la lengua se revolcaba, furiosa, en la boca, y no atinaba, como un borracho. Como no hablábamos en nuestro idioma, decíamos cosas que no queríamos decir, y lo que de verdad queríamos decir se nos quedaba dentro, encogido, atrapado. En América no siempre teníamos las palabras adecuadas. Únicamente cuando estábamos solos hablábamos con nuestras voces auténticas. Cuando estábamos solos, llamábamos a los caballos de nuestros idiomas, montábamos sobre sus lomos y galopábamos entre los rascacielos. Y siempre nos resistíamos a bajar de ellos.

Qué difícil era llegar a América. Más difícil que pasar por el ojo de una aguja. Para conseguir los visados y los pasaportes, suplicamos, nos desesperamos, mentimos, nos arrastramos, prometimos, sedujimos, sobornamos; hicimos cualquier cosa con tal de salir del país. Para pagar su pasaporte y el viaje, Shaka Zulú vendió todas las vacas de su padre, en contra de la voluntad del anciano. Perseverancia tuvo que sacar a su hermana Netsai del colegio. Nqo trabajó en los campos de Botsuana durante nueve meses. Nozipho, así como Prímula y Sicelokuhle y Maidei, se acostó con ese cerdo gordo y negro de Banyile Khoza, de la oficina de pasaportes. Las chicas tumbadas boca arriba, Banyile entre sus piernas, América en sus mentes.

Para poder enviarnos fuera en condiciones, los ancianos tiraban tabaco a la tierra seca e invocaban a los espíritus de los antepasados para pedirles que nos protegieran. A diferencia de en otras épocas ya muy lejanas, los espíritus no surgían de la tierra danzando, sino que se arrastraban, se paraban, tenían hambre, querían sangre, y carne, y cerveza de mijo, querían sacrificios, querían regalos. Pero no teníamos nada que ofrecerles, absolutamente nada más allá de unas hebras de tabaco. Así que los espíritus se limitaban a mirarnos con los ojos secos, agotado ya todo su interés. Y entre ellos susurraban: ¿Cómo van a ser hombres íntegros en esa Mélika, tan lejos de las tumbas de los antepasados?

¿Acaso en Mélika la gente no vive en el temor, en el temor del mal?

¿Acaso no dicen que esa Mélika es como una tumba, que irse allí es como enterrarse porque tu gente tal vez no vuelva a verte?

¿No es esa Mélika aquel lugar espantoso adonde se llevaron secuestrados a hijos e hijas de negros hace muchos, muchos años?

Y aunque oíamos todo esto, dejábamos que nos entrase por un oído y nos saliese por el otro, fingíamos no haber oído nada. No nos harían cambiar de opinión, no íbamos a escucharlos: nos marchábamos a América. Siguiendo los

pasos de aquellos hijos negros secuestrados, nos marchábamos, sí, nos marchábamos. Y cuando llegamos a América cogimos nuestros sueños, los miramos con ternura, como si fueran bebés recién nacidos, y los dejamos a un lado; no lucharíamos por ellos. Nunca seríamos las cosas que habíamos querido ser: médicos, abogados, profesores, ingenieros. No habría colegio para nosotros, a pesar de que nuestros visados eran visados de estudios. Para empezar, sabíamos que no teníamos el dinero para pagarnos los estudios, pero aun así habíamos solicitado esos visados porque era la única forma de salir.

En lugar de ir a la escuela, trabajamos. Nuestras tarjetas de la Seguridad Social decían «Válida para trabajar sólo con autorización del Servicio de Inmigración», pero nosotros apretábamos los dientes, nos saltábamos la ley y trabajábamos. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? ¿Qué podríamos haber hecho? ¿Qué podría haber hecho nadie? Y como estábamos infringiendo la ley, agachábamos la cabeza, avergonzados, porque antes nunca habíamos infringido la ley. Agachábamos la cabeza porque ya no éramos personas; ahora éramos ilegales.

Cuando debatían qué hacer con los ilegales, dejábamos de respirar, dejábamos de reírnos, lo dejábamos todo y escuchábamos. Y oíamos: exportaciones americanas, violación de fronteras, guerra de la clase media, invasión, deportación, ilegales, ilegales, ilegales. Nos mordíamos la lengua hasta que sangraba, nos sentábamos tensos sobre una sola nalga, temerosos de sentarnos en las dos, porque ¿cómo puede uno sentarse como es debido cuando no sabe qué pasará mañana?

Y como éramos ilegales y teníamos miedo de ser descubiertos, nos aislábamos, nos quedábamos con los nuestros y nos alejábamos de los que no eran como nosotros. No sabíamos qué pensarían de nosotros, qué harían con nosotros. No queríamos su ira, no queríamos su curiosidad, no queríamos ninguna atención. Evitábamos las miradas, ocultábamos nuestros nombres auténticos y dábamos uno falso si nos preguntaban. Levantamos montañas entre nosotros y ellos, cavamos ríos, plantamos espinos. Nos había salido muy caro estar en América y no queríamos perderlo todo.

Cuando hablaban de alguna inspección de trabajo, se nos caía el alma a los pies. Nos acordábamos de nuestro país, remendado de cualquier forma a base dólares americanos y divisas de otros países, y se nos helaba la sangre. Y cuando en el trabajo nos pedían los papeles, nos escabullíamos y nos dispersábamos como gallinas espantadas, y volvíamos a

reunirnos en empleos que no quería nadie, en los que nos encontrábamos a los otros, a muchos otros. Otros con nombres como mitos, nombres como trabalenguas, nombres que jamás habíamos oído: Virgilio, Balamugunthan, Faheem, Abdulrahman, Aziz, Baako, Dae-Hyun, Ousmane, Kimatsu.

Y cuando resultaba demasiado difícil pronunciar esos nombres extraños, los llamábamos por el nombre de sus países.

Dime, ¿cómo demonios se hace esto, Sri Lanka?

México, ¿vienes o qué?

Oye, India, ¿es verdad que vendiste un riñón para venir a América?

Eh, tíos, dadle cuartel a Shaka Zulú, que está muy viejo. No es por nada.

Ya sabemos que este trabajo te parece un asco, Sudán, pero espabila, tío.

Venga, Etiopía, ¡muévete que es para hoy! ¡Israel, Kazajstán, Nigeria, hermanos, vamos!

Los otros hablaban idiomas que no comprendíamos, adoraban a otros dioses, comían lo que nosotros no nos habríamos atrevido a tocar. Pero, igual que nosotros, habían dejado atrás su país natal. Abrían la cartera para enseñarnos fotografías desvaídas: madres con los rostros surcados por las mismas arrugas de preocupación que nuestras propias madres; hermanos con la desolación de los sueños rotos en la mirada, como nuestros hermanos; padres abatidos y derrotados, como nuestros padres. No habíamos estado nunca en sus países, pero lo sabíamos todo de esas fotografías. No éramos completos desconocidos.

Y los trabajos que hacíamos, Señor, Señor, Señor, los trabajos que hacíamos. Trabajos mal pagados, trabajos agotadores, trabajos que roían los huesos de nuestra dignidad, que devoraban la carne y lamían la médula. Cogimos planchas abrasadoras y planchamos nuestro orgullo hasta dejarlo plano. Limpiamos váteres, recogimos tabaco y fruta bajo el sol ardiente hasta que jadeamos con la lengua fuera como perros perdidos. Matamos animales, rajamos cuellos y los desangramos.

Trabajamos con maquinaria peligrosa y contuvimos la respiración como cocodrilos bajo el agua, con la mente puesta en el dinero y nunca en nuestra vida. A Adamou lo mató la misma bestia de máquina que ya había devorado tres dedos de la mano izquierda de Sudán. Nos cortamos trabajando con metal, sufrimos enfermedades de la piel. Respirábamos malos olores hasta que nuestros pulmones se estremecían. Ecuador se cayó de una altura de cuarenta

plantas cuando trabajaba en un tejado y se destrozó la columna, y mientras caía gritaba en su lengua: ¡*Mis hijos! ¡Mis hijos!* Enfermábamos pero no íbamos a los hospitales, no podíamos ir al hospital. Nos tragábamos el dolor como una píldora amarga, nos bebíamos el miedo como una poción amorosa, y trabajábamos y trabajábamos.

Cada dos semanas, recibíamos nuestros cheques y mandábamos dinero a casa por Western Union y MoneyGram. Comprábamos comida y ropa para la familia que se había quedado atrás, pagábamos el colegio de los más pequeños. Recibíamos mensajes que decían «Hambre», que decían «Ayuda», que decían «*Kunzima*», y enviábamos dinero. Y cuando nos decían: Mira que llegáis a trabajar, ¿por qué trabajáis todos tanto?, nosotros sonreíamos.

De vez en cuando, oíamos por teléfono las voces de nuestros padres y nuestros ancianos, voces tímidas que nos decían lo que hacía falta. Hacía mucho tiempo que ya no eran ellos los que atendían las necesidades de la familia. Ahora nosotros éramos sus padres. Nuestros parientes lejanos hacían peticiones, y nosotros trabajábamos, trabajábamos como mulas, trabajábamos como esclavos, trabajábamos como locos. Y cuando vacilábamos, nos decían: Estáis en América, donde todo el mundo tiene dinero, lo vemos todo por la televisión, por favor, enviadnos lo que os pedimos. *Madoda, vakomana*, ¡cómo trabajábamos!

Nunca habíamos visto un país tan gigantesco, tan monstruoso; era como si contuviera muchos países: Michigan, Texas, Nueva York, Atlanta, Ohio, Kansas, Washington D.C., California, y muchos, muchos otros. Íbamos a sitios y sacábamos un montón de fotografías y las mandábamos a casa para que nos vieran en América. Nos hacíamos fotos junto a la Casa Blanca, nos hacíamos fotos en las Cataratas del Niágara y en Times Square, nos hacíamos fotos con delfines en Florida, nos hacíamos fotos en el Gran Cañón. Íbamos a todas partes y hacíamos fotos y fotos y más fotos, y las enviábamos a casa para presumir de un país que jamás sería el nuestro.

Y, cuando en casa veían las fotografías y querían venir a ver América con sus propios ojos, decíamos: Claro, *buyanini, chiuyayi*, venid cuando queráis. Les enviábamos dinero para visados y billetes, y venían. Eran casi siempre los jóvenes los que hacían el viaje; los ancianos y los niños se quedaban allí. Venían en manadas, dejando atrás los restos, los jirones de nuestro país. Y nosotros no pensábamos en remendar esos jirones, en reconstruir lo que era nuestro. Lo único que pensábamos era: «Márchate, abandona, huye, corre... Lo

que sea. Escapa.»

Y cuando llegaban a América, hambrientos, demacrados y esperanzados, los abrazábamos y les dábamos la bienvenida a una casa que no era la nuestra. Les olíamos el pelo y la ropa, les pedíamos, suplicantes, noticias de nuestra tierra: grandes noticias, noticias triviales, cualquier noticia. Les pedíamos que nos contaran cómo olía la tierra justo antes de la lluvia, les pedíamos que describieran cómo, después de la lluvia, brotaba del suelo una explosión de hormigas voladoras, como si fueran fuegos artificiales.

Les preguntábamos: ¿Está igual el ayuntamiento? ¿Y el edificio Tredgold? ¿Y Renkini? Los jacarandás que flanquean las calles, ¿siguen teniendo esas flores de un rabioso color púrpura? ¿Sigue allí el chiflado del Profeta Revelaciones Bitchington Mborro? Rezó por mí para que consiguiera el visado, ¿puedes creerlo? ¿Y Main Street, todavía fluye como un río? ¿Y aquel mendigo ciego sigue en la puerta del supermercado Spar cantando *Thabath' isiphambano ulandele*? Les hacíamos a los recién llegados todas estas preguntas, y los observábamos cuando contestaban. Nos hubiera gustado poder poner la cabeza en sus bocas para atrapar cada una de sus preciadas palabras, cada una de las sensaciones que describían.

Y luego, siempre acababa por llegar el momento en que llamábamos a casa y cogían el teléfono jóvenes desconocidos, y preguntábamos: ¿Quién eres?, y nos decían: Soy Lungile, el hijo de Thabani; soy Tricia, la hija de Nyarai; soy Garikayi, el segundo hijo de Oración. Oíamos a estos desconocidos y pensábamos: Madre mía, ¿Thabani ya es padre? ¿Nyarai tiene ahora una hija? ¿Oración también es padre? ¿Cuándo ha ocurrido todo esto? ¿Cuándo han tenido sus propios hijos todos esos niños? Así es como pasaba el tiempo: volaba, pero no lo veíamos volar. No íbamos a verlos porque no teníamos papeles para volver, así que aquí nos quedábamos, con la certeza de que, si nos íbamos, no podríamos entrar otra vez en América. Nos quedamos, como prisioneros, aunque ahora éramos prisioneros por elección y nos encantaba nuestra prisión; no era una mala prisión. Y cuando las cosas empeoraron más aún en nuestro país, nos apretamos los grilletos todavía más y dijimos: No nos marchamos de América, no, no nos marchamos.

Y entonces nacieron nuestros hijos, y aferramos con fuerza sus partidas de nacimiento americanas. No les pusimos el nombre de nuestros padres, ni el

nuestro, porque teníamos miedo de que, si lo hacíamos, fueran incapaces de pronunciar sus propios nombres, y sus amigos y sus profesores no sabrían cómo llamarlos. Así que les pusimos nombres con los que sintieran que pertenecían a América, nombres que no significaban nada para nosotros: Aaron, Josh, Dana, Corey, Jack, Kathleen. Cuando nuestros hijos nacieron, no enterramos sus cordones umbilicales para atarlos a la tierra, porque no teníamos una tierra que pudiéramos llamar nuestra. No sostuvimos sus cabezas sobre hierbas humeantes para hacerlos fuertes, no les atamos a la cintura amuletos que los protegieran de los malos espíritus, no hicimos cerveza ni esparcimos tabaco para anunciar su llegada a los antepasados. En lugar de todo eso, sonreímos.

Y cuando nuestros padres nos recordaron por teléfono que había pasado mucho, mucho tiempo, y que se hacían viejos y necesitaban vernos, que necesitaban conocer a sus nietos, les dijimos: Vamos a ir, *Mama, Siyabuya Baba*; vamos a ir, *Gogo, Tirikuuya Sekuru*. No queríamos decirles que seguíamos sin papeles. Y cuando se inquietaban y maldecían a América por ser un monstruo voraz que se había tragado a sus hijos, que se había tragado a los hijos y las hijas de otras tierras y que se negaba a escupirlos, les dijimos: Vamos a ir muy pronto, iremos el año que viene. Y el año que viene llegó y les dijimos: El año que viene, seguro. Y cuando llegó el año que viene, seguro, les dijimos: El año que viene, de verdad. Y cuando llegó el año que viene, de verdad, les dijimos: Vamos a ir muy pronto, ya veréis, tan sólo esperad un poco. Y nuestros padres esperaron y vieron, vieron que no volvimos.

Murieron esperando, sosteniendo aquellas fotografías en las que salíamos junto la Estatua de la Libertad. Murieron con las tumbas de los hijos perdidos en los corazones, con la mirada envejecida clavada en el cielo, a la espera de que un *fulamatshinaz* les llevara a esos hijos e hijas. No pudimos asistir a sus funerales porque seguíamos sin papeles, así que los lloramos en la distancia. Nos encerramos, subimos la música para no causar alarma y, retorciéndonos en el suelo, sollozamos, gemimos y nos lamentamos.

Y una vez muertos nuestros padres, nos dijimos: Ya no tenemos hogar, ¿a quién vamos a ir a ver en esa tierra que dejamos atrás? Nos convencimos de que ahora sólo nos debíamos a nuestros hijos. Y esos hijos crecieron, y tuvimos que forzar la vista para reconocernos en ellos. No hablaban nuestro idioma, no sonaban como nosotros. Cuando se portaban mal, sólo les decíamos: No, no hagas eso. O: Ya está bien. O: Se acabó. Pero no era eso lo

que queríamos hacer. Lo que queríamos hacer era coger las varas y *karabha* y *karabha* y *karabha*. Queríamos derramar sangre y enseñar lecciones en carne viva que durasen toda la vida, pero teníamos miedo de que nos detuvieran por educar a nuestros hijos como nos habían educado nuestros padres a nosotros.

Cuando nuestros hijos fueron bastante mayores para que les habláramos de nuestro país, no nos pedían historias de la tierra que habíamos dejado atrás. Se iban a sus ordenadores a buscar y rebuscar en Google. Y cuando terminaban, nos miraban con una mezcla de pena y horror y decían: Vaya, ¿de verdad sois de allí? No querían oír las historias que nos habían contado nuestras abuelas en torno a las hogueras de la aldea, historias de Buhlalusebenkosi, del conejo que perdió la cola, Tsuru na Gudo. No querían formar parte del horror del que habíamos huido.

Acabamos aceptando muchas cosas a medida que nuestros hijos crecían, cosas que nos desconcertaban porque nos habíamos criado de otra forma. Pero lo asumimos todo y nos dijimos: Todo viaje tiene un precio, y éste es el precio del largo viaje que emprendimos hace tantos años. Cuando nuestros hijos se convirtieron en jóvenes adultos, no nos pidieron permiso para casarse. No recibimos pagos por las novias, no nos hicieron regalos. En sus bodas, no derramamos sobre la tierra cerveza y tabaco, no tocamos tambores ni dimos las gracias a nuestros antepasados. Sólo sonreímos.

Nuestros hijos formaron sus propias familias, y nosotros no les dijimos lo que debían hacer ni cómo educar a sus hijos. Apenas venían a vernos, estaban muy ocupados con sus trabajos y sus nuevas vidas. No nos enviaban dinero, como nosotros habíamos hecho con nuestros padres. Cuando nos hicimos viejos, no nos dijeron que nos fuéramos a vivir con ellos. Cuando nos hicimos muy viejos, nos metieron en esas residencias donde nos cuidan unos desconocidos, unos extraños que han tenido que dejar su país como nosotros dejamos el nuestro hace tantos años.

Aquí nuestros padres se nos aparecen en sueños. No nos tocan, no nos hablan, sólo nos contemplan con expresiones que no recordamos. Cuando nos acercamos a ellos, nos vemos rodeados de mares que no podemos cruzar. Tendemos las manos, gritamos, suplicamos, rogamos. Todo es en vano. Siempre despertamos de esos sueños buscando a tientas espejos, con heridas en los ojos, y entonces nos vemos a través del dolor lacerante.

Cuando muramos, nuestros hijos no sabrán cómo llorarnos, no sabrán cómo sollozar de la forma adecuada. No enloquecerán de dolor, ni se atarán cintas

negras en los brazos, ni derramarán cerveza y tabaco sobre la tierra, ni cantarán hasta que sus voces se quiebren. No pondrán nuestros platos y tazas en nuestras tumbas, ni nos despedirán con árboles *mphafa*. Partiremos desnudos hacia la tierra de los muertos, sin las cosas que necesitamos para entrar en el castillo de nuestros antepasados. Y como no iremos hasta allí como es debido, los espíritus no saldrán a recibirnos, así que tendremos que esperar y esperar y esperar. Esperaremos toda la eternidad, en el aire, como banderas, como países olvidados.

Mi América

Cuando no estoy limpiando los servicios o embolsando la compra en las cajas, estoy inclinada sobre un carro enorme como éste, separando botellas y latas con nombres como Faygo, Pepsi, Dr. Pepper, 7-Up, Miller, Budweiser, Heineken... Hay que recogerlas en la parte de delante, que es donde los clientes las devuelven, y luego traerlas hasta aquí, donde tengo que separar las latas y meterlas en las altas hileras de cajas que flanquean la pared. Cuando una caja está llena, saco de ella la gigantesca bolsa de plástico que contiene las latas, la ato y la apilo en una colorida montaña. Las botellas de cristal van en pequeñas cajas de cartón, que se supone que deben apilarse por separado.

Estás volviéndote una experta en esto. Seguro que eres capaz de hacerlo igual de bien con los ojos vendados. Alzo la vista y veo a Jim, el encargado, un hombre bajo y peludo, que sonríe desde la puerta de su oficina. Tiene un cigarrillo en una mano y el auricular del teléfono sujeto entre el hombro y la oreja. No le devuelvo la sonrisa, que es lo que él espera, y sigo a lo mío. Soy capaz de encestar una lata de Pepsi en la caja situada en uno de los extremos de la pared, acertar con una de Faygo en la del centro y terminar con una de Natural Light en la otra punta, todo sin parar y sin tener que mirar siquiera las etiquetas.

He terminado con las latas y acabo de empezar con las botellas cuando se me acerca una mujer por detrás, que es donde está la otra entrada. Pasa de largo sin mirarme siquiera, como si pasara delante de una piedra. Viéndola contonearse, cualquiera diría que es Beyoncé, o Kim Kardashian, pero no es más que unos ojos verdes y una piel morena sobre tacones negros, andando como si desfilara en una pasarela. Cuando llega a la oficina de Jim, el encargado levanta el largo cable del teléfono y ella pasa por debajo y desaparece en el interior, antes de que él cierre la puerta con un portazo. Ni siquiera es su mujer. Lo sé porque he visto a su esposa, y siempre va con su hijo pelirrojo, que parece un mosquito con leotardos.

Algo sale de una botella de Miller que tengo en la mano; sigo ahí plantada,

mirando la puerta de Jim y pensando en lo que estarán haciendo, cuando noto que algo me repta por el brazo. En cuanto veo lo que es, se me caen las botellas de Miller y se hacen añicos a mis pies; los trozos de cristal saltan por el suelo sucio como si danzaran. Entonces Jim sale disparado de la oficina para saber qué ha ocurrido, y me pilla subida en la mesa, cerca del cacharro ese para triturar cartón, con los pies al lado del microondas y pegando alaridos.

No es más que una cucaracha, me dice, volviéndose para mirarme un momento y con un tono de voz como si de verdad estuviera hablando sólo de una cucaracha.

El bicho se ha parado junto a una lata de Heineken, y parece escuchar lo que estamos diciendo. Es una cosa gigantesca, de un marrón oscuro y brillante como si acabara de salir de un *spa*. Me tapo los ojos cuando Jim levanta el pie para aplastarla. Cuando vuelvo a abrirlos, ya está barriéndola y se la lleva luego con un recogedor al cubo de basura que hay en la entrada.

Venga, vuelve al trabajo, me dice cuando regresa. ¿Es que en África no tenéis cucarachas?

Jim siempre hace eso. Y me saca de quicio. Siempre habla de África como si fuera un solo país, aunque ya le he explicado que es un continente con cincuenta y tantos países, y que, aparte del mío, no he estado en ningún otro para saber qué es lo que hay y deja de haber.

Sólo estás dando la nota. Sé que allí habrás visto todo tipo de barbaridades, añade, por encima del hombro. Estoy a punto de contestarle que deje a África en paz, pero Jim entra en su despacho y vuelve a cerrar la puerta, de manera que me limito a alzar el dedo corazón y luego me bajo de la mesa.

Las botellas de cerveza son lo peor, porque siempre vienen con cosas desagradables: manchas de sangre, restos de basura, colillas nadando en cerveza rancia del color de la orina... Y una vez hasta con un condón usado. Cuando empecé a trabajar aquí, que fue cuando estudiaba décimo, vomitaba en cada turno.

«Darling a las cajas, Darling a las cajas, por favor», dice la voz que sale del altavoz crepitante. Nunca tienen que llamarme dos veces. Prefiero embolsar la compra en caja o barrer el supermercado, cualquier cosa que me aleje de las asquerosas botellas. Tiro al carro las Budweisers que tengo en las manos, y me acerco al fregadero para lavármelas. Después de tocar esas sucias botellas, siempre utilizo toneladas de jabón y agua muy muy caliente.

Luego, cuando paso por la cámara de carne, con ese frío tremendo, sonrío al tipo que se ocupa de eso, y él me grita algo en su idioma y me saluda a su vez con un cuchillo ensangrentado en la mano. Me paro un momento frente a las puertas batientes de color azul con el cartel de «SÓLO PERSONAL», me ciño el delantal y paso al supermercado, con esas luces brillantes y el aire acondicionado que siento por todo el cuerpo.

Horas más tarde, he fichado y estoy esperando en el caluroso aparcamiento a que venga el tío Kojo a recogerme. Megan, la cajera, que es una cotorra, está sentada en la acera, al otro lado de la entrada principal, enviando un mensaje a su novio y mascullando que hace diez minutos que debería haber llegado y que al final va a pasar de su insignificante culo y esto y lo otro. En ese momento, dos coches patrulla pasan a toda velocidad con las sirenas puestas. Ahora ya no me sorprende cuando veo un coche de policía en este barrio. Al otro lado de la calle, en el parque que apenas tiene hierba, está la gente de Occupy con sus pancartas. Ocupando, claro. La primera vez que vi esas tiendecitas de campaña, tan graciosas y toda aquella comida amontonada en las mesas, me dio risa al pensar la manera en que fingían saber lo que es el sufrimiento.

El aparcamiento está casi vacío salvo por la furgoneta grande de Jim, que es de color azul, y por un par de coches y una bicicleta roja. El viejo jamaicano de las rastas desgreñadas anda rebuscando botellas en el contenedor. Lleva al hombro una bolsa negra de basura, que tapa parte de la cabeza dorada de un león que hay en la espalda de su camisa. Cuando entra en el supermercado todo limpio y con su típico Rastafari por aquí, Rastafari por allá, con esa voz susurrante que tiene y esa sonrisa radiante y blanquísima, nadie se imaginaría que anda rebuscando botellas en la basura. Aquí ni siquiera hay que estar loco para hacer esas cosas.

No puedo creerme que esa petarda flacucha se haya quejado porque hoy me han dejado salir antes, suelta Megan de pronto mientras guarda el móvil en el bolso. Advierto por su breve silencio que espera que diga algo, así que, aunque sé de quién está hablando, le pregunto: ¿Qué petarda flacucha?

La tal Teresa.

Mmm, digo yo.

Pero ¿tú la has oído? Se pasa el día dando la lata con que tiene que recoger a su hijo y no sé qué más. ¡Venga ya! Yo también quiero irme a casa pronto.

Mmm, contesto.

Y sé que el payaso de Jim le iba a permitir irse también, porque no sabe cómo montárselo para acostarse con ella, añade.

Mmm, respondo.

Vaya, que acaba de llegar y ya está pidiendo favores.

¿A quién se le ocurre?

Mmm, digo.

A veces ni siquiera me molesto en buscar palabras apropiadas para conversar. No hace falta. Hay gente que se conforma con hablar sola. Ahora los dos coches patrulla están subiendo por la calle, con las sirenas apagadas y un negro en el asiento trasero de cada coche.

Llevo aquí catorce años, y ninguna novata va a irse a casa antes que yo. Vicky puede irse antes porque lleva aquí veinte años, así que vale, me parece bien, pero, aparte de ella, ni de coña, pero, vamos, que no. Tengo más antigüedad, ¿sabes lo que te digo?

La verdad es que no sé lo que me dice, pero asiento de todas formas. Su teléfono suena, y ella rebusca en el bolso y lo saca. Se le cae una tarjeta roja al suelo. Megan no se da cuenta, y a mí no me apetece abrir la boca para decírselo, porque me agota con tanto bla-bla-bla. Megan lee el mensaje con las cejas enarcadas.

Qué hijo de puta, masculla entre dientes. Por el gesto ceñudo y la saña con que teclea, se nota que está enviando un mensaje furioso. Y entonces, en mi cabeza, el tiempo da un salto y me imagino a Megan vieja y canosa, inclinada sobre una caja registradora para martillar las teclas, y deteniéndose de vez en cuando para arrastrar los pies hasta el fondo del mostrador en busca de la lotería y el tabaco que le piden los clientes. En mi interior, tengo una sensación muy rara que no sé explicar, pero es casi como si quisiera tirarme al suelo y llorar por Megan.

Luego ya no la veo a ella, sino que me veo a mí misma inclinada sobre un carro de botellas. Mi cara, llena de arrugas a causa de la edad, tiene la forma de una lata de refresco, y mi cabeza es una bola de nieve. Tengo que arrastrarme hasta las cajas de las latas, porque soy tan vieja que ya no puedo lanzarlas.

De pronto, noto una mano en el hombro y pego un respingo. Me doy la vuelta y ahí está Jim, sonriente. Tiene la manía de tocarme así, como si me conociera, y no me gusta nada.

Te he dado un buen susto, ¿eh?, me dice, y es como si su sonrisa quisiera apartar las orejas. No le explico que lo que me ha asustado es mi propia imaginación.

¿Quieres trabajar este fin de semana? Brian acaba de llamar para cancelar su turno, sin dar ninguna explicación, dice Jim.

Todavía estoy pensando en mi yo viejo separando las botellas, así que dentro de mi cabeza digo que no, pero me oigo contestando que sí. Es verano, con lo que tengo que trabajar todas las horas que pueda, porque en otoño empezaré a ir al instituto público y la tía Fostalina está obligándome a ahorrar para eso. No sé, pero insiste tanto en lo caros que son los estudios para los extranjeros y todo eso, que parece que vaya a comprar un país o algo.

Genial, voy a apuntarte entonces en el turno, dice Jim, ya de camino al supermercado. Pero al llegar a la puerta se detiene.

¿Sabes una cosa, Darling? Eres una gran chica. Tú no eres como las demás, eres distinta.

Y entonces las puertas dobles se abren y se cierran como si fueran una boca que se lo traga.

Sí, tiene razón, conviene Megan. Ha vuelto a guardar el teléfono, y ahora está sentada con las piernas cruzadas como los indios, fumando y mirando pasar los coches.

Quiero decir que eres como todas las demás chicas y eso, pero aun así eres diferente. No eres una gilipollas. Es algo típico de África, ¿no? Mi prima está saliendo con un tío de una de esas islitas africanas, y es el tipo más encantador que he conocido en mi vida. No como este hijo de puta, que no es capaz ni de acudir a una cita, añade, y le da una patada al bolso.

Mmm, contesto yo. Ni siquiera la estoy escuchando, porque estoy pensando en que, si pudiera, yo también me negaría a trabajar con las asquerosas botellas. La primera vez que la tía Fostalina me dijo que me buscara un trabajo, me eché a reír.

¿Te parece gracioso?, me preguntó.

Pero si ni siquiera soy adulta, ¿en qué voy a trabajar?

Recuerdo que ni se dignó contestarme. En vez de eso, se quedó allí sentada, a la mesa de la cocina, bebiéndose una infusión de rooibos y revisando las facturas con el ceño perpetuamente fruncido, igual que el que había pintado Frida Kahlo antes de morir.

Sé que no vamos a ir derechos a casa y no pregunto adónde vamos. Al principio, cuando enviaron a TK a Afganistán, el tío Kojo estaba bien, pero luego no. Ahora tiene una especie de obsesión por viajar, por estar en la carretera. Parece que quiera descubrir toda América cada vez que se pone al volante. Fue al médico y le dijo que se tomara unas vacaciones, cosa que hizo, pero también que se fuera a ver a los suyos, cosa que no hizo, porque a pesar de que fue a la universidad y lleva aquí treinta y dos años y trabaja, a pesar de que incluso su hijo TK nació aquí, el tío Kojo sigue sin tener papeles. Así que lo mejor que puede hacer es conducir, a veces distancias cortas, a veces distancias largas, y por eso ahora lo llamamos Vasco de Gama a sus espaldas.

Salimos del aparcamiento del supermercado y entramos en Main Street. Circulamos por ahí un rato y pasamos por delante de la gente que estaba sentada en el porche mirando la calle, con la misma expresión vacía que los adultos de Paraíso cuando esperaban a los de la ONG. Hay grupos de niños en mitad de la carretera, como si fueran cabras buscando agua. Los chicos van sin camiseta y sus pieles muestran todos los tonos de negro y marrón; llevan los vaqueros tan bajos que se les ven los colores llamativos de los calzoncillos. También hay chicas, que se pavonean arriba y abajo como si estuvieran caminando por un sitio mejor que estas duras y asfixiantes calles. Y hay chicos mayores bajo árboles muy verdes, que jamás dan fruta.

En lugar de girar por Third Street, que nos llevaría a casa, Vasco de Gama toma Lincoln. Veo como desaparece el barrio por el espejo retrovisor, y parece como si las casas de tablones tuvieran intención de venirse abajo y ponerse a aullar en cuanto estemos fuera de la vista. El coche reduce la velocidad debido a los baches. Seguimos por Lincoln, y en mi cabeza voy cantando «¿Quién descubrió el camino a India? ¡Vasco de Gama! ¡Vasco de Gama! ¡Vasco de Gama!» Y cuando Vasco de Gama me dice que me calle, me doy cuenta de que me he puesto a cantar en voz alta. Y dejo de cantar justo cuando él da un volantazo, para no atropellar a un pit-bull que se pasea por ahí él solo.

Circulamos despacio, con los viejos bloques de apartamentos a la izquierda y malas hierbas por todas partes. A nuestra derecha, está el campo de béisbol, y los niños blancos con los uniformes de rayas azules corretean por todas partes y se tiran la pelota. Los adultos se concentran en grupos, y varias hileras de coches rodean el pequeño parque como si fueran dientes. Lo veo todo por el espejo retrovisor y, cuando desaparece, me doy cuenta de que

nuestro entorno se ha convertido en una jungla de carrocerías de coches viejos que se ahogan entre la hierba alta, que rodean edificios en ruinas con las ventanas rotas y los tejados hundidos y las paredes desconchadas. Si esos muros pudieran hablar, los edificios tartamudearían y no recordarían ni su nombre.

Lo último que espero ver en esta selva es a una persona, pero de pronto aparece una mujer. Vasco de Gama también se sorprende, porque pega un frenazo que nos lanza bruscamente hacia delante. Es una mujer alta y delgada, embutida en una falda diminuta de cuero negro y un top rojo ajustadísimo. Sus caderas se contonean como un yoyó, y camina hacia nosotros como si hubiera estado esperándonos. Vasco de Gama baja las ventanillas, y el calor de fuera forma un velo humeante que lo devora todo.

Ella se asoma por la ventanilla del conductor y, no sé por qué, pero da la sensación de que se ha metido en el coche y ha aumentado el calor. Cuando saluda: Hola, encanto, no sé si me lo dice a mí o a Vasco de Gama. Sus ojos enormes hacen que parezca que va a quedarse dormida en cualquier momento. No sabría decir si es guapa o fea, pero la verdad es que va muy bien maquillada: las cejas perfiladas, los labios ligeramente rojos, las uñas pintadas a juego con su top.

¿Tienes una moneda?, pregunta, sin dirigirse a nadie en particular. No me imagino qué piensa hacer con una moneda en un sitio como éste, ni qué se puede comprar. Tiene la voz ronca, como si hubiera estado cantando todo el día en la cima del Fambeki.

Y entonces me mira y dice: Qué mona eres, ¿cómo te llamas, guapa? Se lo digo y ella sonrío. Es entonces, al verla sonreír así, cuando me doy cuenta de lo guapa que es; es muy muy guapa. Y entonces pasa una cosa rarísima: se pone a murmurar mi nombre como si estuviera rezando. Vasco de Gama tiende un billete de veinte dólares, pero ella ni siquiera lo coge; está ahí diciendo Darling, Darling, Darling, como si estuviera chiflada. Empieza a darme mal rollo, y es un alivio que el tío Kojo se decida a arrancar y nos alejemos de allí. Por el espejo retrovisor, la mujer parece ahora una gallina desplumada.

Cuando llegamos a casa, la tía Fostalina no nos pregunta dónde hemos estado. Se levanta del sillón y se va a la cocina, porque ha preparado arroz con pescado y judías. Últimamente le ha dado por cocinar, supongo que por todo el tema de Vasco de Gama. Lo que pasó es que, cuando TK se marchó, el tío Kojo dejó de comer, y al principio la tía Fostalina se reía y le decía, en

nuestra lengua, *Indoda izwa ngebhatshi layo*. Pero cuando Vasco de Gama continuó sin comer y empezó a perder peso, la tía Fostalina buscó en internet recetas de su país, porque pensó que era la única comida que él aceptaría comerse.

Cojo el Mac y me conecto. Vasco de Gama coge el mando a distancia y se pone a zapear en la tele. Lo bueno de todo esto es que ya no se pasa el rato viendo esos espantosos partidos de fútbol americano, con esos gigantones corriendo y estampándose unos contra otros por una pelotita de nada. Lo malo, sin embargo, es que lo único que ve ahora Vasco de Gama es la guerra: soldados que tiran bombas, soldados que caminan por las calles con armas enormes, soldados que se arrastran por el suelo, soldados que provocan explosiones, soldados que derriban edificios, soldados en coches grandes y viejos que avanzan en caravana, y niños que intentan esquivar a los soldados para poder jugar en la calle, que es lo que se supone que tienen que hacer los niños.

Pero sé que Vasco de Gama en realidad no ve nada de todo esto, porque lo único que hace es examinar todas esas caras buscando la de TK, incluso entre los bonitos rostros de los niños afganos. Y mientras tanto, TK muestra su sonrisa torcida desde la fotografía que hay sobre la chimenea, como si estuviera disfrutando de la inquietud de Vasco de Gama, como si fuera a echarse a reír y a quitarse ese uniforme del ejército que ni le sienta bien.

Cuando TK anunció que se iba a alistar en el ejército, yo ni siquiera me lo creí. Un día se plantó delante de nosotros mientras comíamos espaguetis, y nos soltó: Voy a alistarme en el ejército. Recuerdo que Vasco de Gama preguntó: ¿Qué has dicho? Y recuerdo que TK lo miró como si de pronto se creyera que ya era un hombre o algo así, y repitió: Voy a alistarme en el ejército. Y recuerdo que Vasco de Gama se levantó muy tranquilo, como si fuera al servicio, pero, en lugar de eso, le pegó una buena bofetada a TK. Me acuerdo muy bien de cómo sonó: estalló como si Vasco de Gama tuviera dinamita en las manos.

Tardo muchísimo en limpiar el polvo porque hay muchísimas cosas a las que limpiar el polvo y aquí sólo trabajo yo.

Y no sólo por eso, sino también porque esta casa es monstruosamente grande. Está la primera planta, y luego la segunda, y una tercera. Y mi problema es

que, en lugar de limpiar, que es lo que se supone que debo hacer, lo único que quiero es fisgonearlo todo: el piano, el extraño acuario con los peces de colores que hacen juego con los muebles, las altas estanterías llenas de libros y más libros sin leer, los budas, las máscaras, todas esas estatuas raras de la planta baja, los cuadros y los objetos de arte, los largos sofás, la chimenea.

Y luego está la cocina, con todas esas encimeras, una nevera de lo más interesante, y los fogones y todos los chismes. Hay una escalera de caracol, y arriba encuentro más sofás, televisores enormes y más cacharros, un montón de cuartos de baño con muebles bastante curiosos, el cuarto del perro, que tiene hasta un armario lleno de ropa y cosas de perro, habitaciones llenas de zapatos y más zapatos, otras habitaciones que están hasta los topes de ropa y el gimnasio con todas esas máquinas. No sé cuántas habitaciones habrá ni cuánta gente vive en esta casa, pero si yo tuviera una casa así, no saldría nunca.

La mujer que trabajaba aquí, Esperanza, se marchó a México para ir a ver a su madre, que está enferma, y no volvió cuando se suponía que tenía que volver, así que por eso estoy yo ahora aquí, para hacer su trabajo mientras buscan a otra persona. El dueño de la casa, Eliot, es el antiguo jefe de la tía Fostalina. La tía Fostalina me contó que, cuando llegó a Estados Unidos, iba al colegio durante el día y trabajaba por las noches en los hoteles de Eliot. Limpiando las habitaciones junto con otras personas de países como Senegal, Camerún, Tíbet, Filipinas, Etiopía, etcétera. A la tía Fostalina le encanta decir que aquello parecía la puñetera ONU.

Hace dos semanas, cuando Eliot llamó a la tía Fostalina porque buscaba a alguien de confianza, ella le contestó que sí conocía a alguien, refiriéndose a mí, claro, y luego me dijo que ni se me pasara por la cabeza tocar nada, porque había cámaras ocultas por todas partes. Cuando no trabajo en el supermercado, he de venir aquí, aunque no me gusta nada la idea de tener que limpiar la casa de otra persona, recoger la porquería de otra persona, porque en mi cabeza no es para eso para lo que vine a América.

Cuando ya he quitado el polvo de las cosas obvias y he recogido calcetines, camisetas, ropa interior, toallas y revistas tiradas por todas partes, cuando ya he limpiado todos los baños y encimeras y he hecho las camas y he pasado la aspiradora, voy a la cocina y coloco los platos sucios en el lavavajillas. Un par de horas más tarde, ya he hecho casi todo lo que tenía que hacer y estoy con las encimeras de la cocina cuando se abre la puerta y aparece Eliot en el

vestíbulo con una chica muy flaca a la que nunca había visto, pero que imagino que debe de ser su hija, Kate. *Titi*, ese perrito tan raro que tienen, entra trotando tras ellos vestido con una chaqueta de cuero rosa y un pañuelo amarillo atado al cuello.

En otras ocasiones habría mentido y habría dicho: Ooooh, qué mono, que es lo apropiado en una situación como ésta, pero hoy ni siquiera lo intento porque esto es ya demasiado como para mentir, así que hago lo que se supone que tengo que hacer, que es mover la cabeza. ¡Es que esto ya es de traca! La próxima vez, me digo para mis adentros, el perrito aparecerá con pendientes y un bolso con un iPod y una barra de labios dentro. El animal se pone a dar vueltas por la cocina como si estuviera poseído, hasta que al final me rodea las piernas, husmeando, meneando la cola y mirándome como si habláramos el mismo idioma, pero yo sólo le echo una mirada que habla, y me digo: «No, perro, tú ni siquiera me conoces.»

El perro se queda ahí y lo miro con frialdad, para demostrarle que, haga lo que haga, jamás me haré amiga de un animal, aunque ese animal tenga su propio cuarto, y una cama rosa, y un armario, y cajones llenos de ropa y correas caras. Por fin decide largarse, y me siento muy satisfecha conmigo misma, porque creo que ha pillado el mensaje, pero al cabo de un momento vuelve a aparecer, esta vez con un pato amarillo de goma en la boca. Lo tira a mis pies y vuelve a mirarme con ojos suplicantes. Al ver que me niego a moverme, me da un golpecito en la pierna con esa cabeza tan pequeña que tiene. Me altero y tenso los músculos de la pierna para controlar las ganas de darle una patada. «No pienso tener tratos contigo», le digo en mi cabeza, y me pongo a limpiar las encimeras, aunque ya lo había hecho.

Hola, qué tal, esto está estupendo, saluda Eliot y entra en la cocina. Cuando dice «esto», suena como «estou»: *Estou* está *estupendou*. *Estou* aquí, *estou* lo de más allá. Tira las llaves sobre la encimera, abre la nevera y saca una botella naranja de VitaminWater, le quita el tapón y lo lanza hacia el cubo de la basura que hay en la otra pared. Falla, pero él se limita a encogerse de hombros y a beberse toda la botella de golpe. Se le mueve la nuez con cada trago. Luego eructa y deja la botella en la encimera. A este hombre ni siquiera le da vergüenza no recoger el tapón del suelo.

Bueno, ¿qué tal van las cosas por allá?, me pregunta. Se refiere a mi país. Le encanta esa estúpida expresión, «por allá», y yo odio incluso cómo la pronuncia, como si mi país fuera un sitio donde nunca sale el sol. Antes de que

me dé tiempo a contestar, añade: ¿Conoces a mi hija, Kate? Acaba de llegar de la universidad. Kate, ésta es Darling, la sobrina de Fostalina. Te acuerdas de Fostalina, ¿verdad? Trabajaba en el hotel, y a veces os hacía de canguro a Joey y a ti. Eliot se vuelve entonces hacia Kate, que se ha quedado fuera de la cocina, con timidez, como si necesitara un visado para entrar.

Hola, saluda. Yo también saludo, pero con la cabeza, y me la quedo mirando. Kate no tiene ni idea, pero yo ya sé todo lo que tengo que saber sobre ella. Sé que hace dos semanas intentó suicidarse en la universidad, cuando su novio rompió con ella porque, según decía, no era lo bastante *sexy*, aunque eso sus padres no lo saben. Y sé que cuando se mira al espejo ve una vaca gorda y fea, y que odia su cuerpo porque no tiene el aspecto que se supone que debería tener.

Por eso ahora está matándose de hambre, que es algo que sus padres tampoco saben. Y sé también que, si no puede evitar comer, se va al baño y vomita. Estaba todo apuntado en el diario que encontré escondido debajo de su cama, cuando limpiaba su habitación. Y lo leí, porque las cosas escondidas están para ser encontradas. Me pregunto cómo vive y cómo aguanta el hambre, esas garras largas y terribles que te arañan y te arañan y escarban en el estómago hasta que apenas puedes ver, apenas puedes andar derecha, apenas puedes pensar, hasta que estás dispuesta a hacer cualquier cosa, lo que sea, por una migaja de pan.

Kate está brillante debido al sudor y el largo cabello oscuro se le pega a la cara. La verdad es que no es fea, a mí de hecho me parece guapa, muy guapa, así que no sé qué problema puede tener. Por su aspecto no creo que sea mucho mayor que yo. Pero ahí sigue, en la puerta, como si necesitara mi permiso para moverse. El perro está ahora dándole la lata a Eliot, salta a su alrededor y hace cosas por el estilo, de manera que él saca de un armario una bolsa de golosinas y le ofrece una en la palma de la mano. El perro se abalanza sobre ella y sale disparado.

¿No vas a comer nada?, pregunta Eliot yendo hacia la escalera.

Sí, pero primero voy a ducharme, contesta Kate. Su voz suena muy lejana, como si la hubieran detenido en la frontera o algo así. Sigue a su padre escalera arriba. A mí lo que me gustaría saber es dónde está su madre, pero no soy quién para preguntarlo. Me fijo en Kate, con su camiseta de INVISIBLE CHILDREN pegada al cuerpo y los huesos chillando a través de la tela. Me detengo un momento para imaginar qué es lo que hará exactamente cuando

llegue arriba: se dará la ducha, como dice, o se meterá en el baño y hará alguna locura. Me pregunto si, antes o después de eso, sacará de debajo de la cama su diario pijo para escribir en él sus tonterías pijas.

Un poco más tarde, cuando estoy limpiando las puertas de la nevera, me la encuentro de pronto a mi espalda como si fuera un fantasma. No sé cuánto tiempo llevará ahí. Tiene el pelo mojado y lleva una camiseta de Cornell, igual que la de Bastardo.

¿Tú vas a Cornell?, le pregunto. Cuando valoraba solicitar plaza en la universidad, quería pedirla en Cornell, porque me daba la sensación de que ya la conocía, como si tuviéramos alguna conexión, pero luego vi el precio de la matrícula y casi me muero. Y si eres una estudiante internacional, como yo, es muy difícil que te den becas. A pesar de todo, me hace ilusión ver la camiseta y casi espero que Bastardo aparezca de pronto, que toda la pandilla se materialice aquí mismo. Me pongo a pensar en las cosas que haríamos en este barrio cuyo nombre nunca recuerdo. Abro la boca, puede que para hablarle a Kate de Bastardo y los demás, y de Paraíso, pero la cierro porque no hay nada que decir.

La veo moverse por la cocina como un gato. Abre la nevera, abre armarios y cajones. Yo me dedico a limpiar el fregadero, aunque ya lo haya limpiado antes. La verdad es que quiero saber qué va a comer. Cuando por fin se pone el desayuno en un plato (cinco pasas, una cosita pequeña y redonda y un vaso de agua), me echo a reír.

Ella se vuelve hacia mí con cara de no entender qué pasa, y a mí aún me entra más risa. Vaya, que no puedo evitarlo. Me muero de risa. Porque, Doña Quiero Ser Sexy, a ver si te enteras: Tienes una nevera a reventar de comida, así que, por mucho que quieras matarte de hambre, jamás vas a saber lo que es el hambre de verdad, auténtica hambre. Mira a tu alrededor y verás todo tipo de lujos que ni siquiera necesitas. Arriba, tienes una cama digna de un rey. Vas a Cornell, donde puedes ser lo que tú quieras. Ni siquiera tienes que recoger ni limpiar lo que ensucias porque para eso estoy yo. Tienes un perro con un guardarropa que yo no podría pagarme y, sobre todo, estás aquí, vives en tu propio país de nacimiento. Así que, exactamente, ¿cuál es tu problema?

Más tarde llega Vasco de Gama a recogerme, y yo me despido de Kate, pero ella ni me contesta. Imagino que está enfadada conmigo, aunque la verdad es que me da igual, porque tampoco es que le haya robado las guayabas ni nada de eso. Además, no trabajo para ella. Trabajo para su padre, y dudo mucho

que me despida aunque Kate le cuente lo que ha pasado. De hecho, la semana que viene se supone que tengo que empezar a enseñarle mi idioma a Eliot, porque dice que se va a ir con su hermano a mi país para matar un elefante, un sueño que, al parecer, ha tenido desde que era pequeño. No sé qué pinta mi idioma en todo ese asunto. ¿Es que va a preguntarle al elefante si le apetece que lo maten, o qué? En fin, el caso es que sé que me pagará bien. Eliot siempre me paga bien y, desde que salió el vídeo ese de Kony, está muy simpático conmigo, como si yo fuera de Uganda, como si fuera uno de esos niños de la película que daban tanta pena. Eliot ha viajado por toda África, pero de lo único que puede hablar de los países en los que ha estado es de los animales y los parques que ha visto.

Vamos por West Main, en dirección a la autopista, y empiezo a preguntarme adónde va a llevarme Vasco de Gama esta vez cuando, de pronto, le suena el teléfono. Se lo saca del bolsillo de la camisa, echa un vistazo a la pantalla y me lo pasa, lo que significa que es la tía Fostalina.

Tenéis que ir a Shadybrook ahora mismo, me dice.

Estamos en la carretera, y no sé adónde va Vasco de Gama, contesto. Lo digo en mi idioma, a fin de que él no me entienda.

Ya, pues le dices que dé la vuelta.

Pero...

Darling, pásamelo, responde, y en la voz se le nota que habla muy en serio. Así que le paso el teléfono a Vasco de Gama, que gira a la derecha en el semáforo antes del Walgreens. Me muerdo la boca por dentro, miro por la ventanilla y sonrío, porque, sea por lo que sea, acaban de salvarme de otro viaje disparatado.

Shaka Zulú nos recibe en la puerta de Shadybrook como si fuera él quien nos hubiera llamado. Sale, aparta de un empujón al tío Kojo, me da una lanza de verdad y me suelta: Ve armado, guerrero, no puedes permitir que se posen sobre esta tierra negra esos buitres blancos con esos picos despreciables goteando sangre. Se le nota la ansiedad en la voz. Como no sé qué decir ni qué hacer, me quedo mirando la lanza que ahora tengo en la mano, y luego miro al tío Kojo y sonrío.

¿Qué ha dicho? ¿Qué es lo que está diciendo?, me pregunta el tío Kojo y

empiezo a traducir las palabras de Shaka Zulú en mi cabeza, pero es difícil concentrarse porque se ha puesto a mirar al cielo y está lanzando un grito terrible, un grito que no se parece a nada que yo haya oído en mi vida. Mucho después de que haya cerrado la boca, el aire todavía resuena. Además de llevar su traje tradicional, Shaka Zulú se ha pintado el cuerpo de un vistoso color rojo, y tiene la cabeza roja y negra y llena de plumas blancas. Hoy tiene un aspecto impresionante, y parece otro, quizá por eso siento una emoción rarísima, una agitación sin nombre, que me empuja a dar palmadas y a ponerme a saltar y pegar gritos, como loca, como si me hubiera tragado la electricidad.

¿Dónde está? ¿Dónde está el resto de mi *impi*? Tenemos que hacer un cuerno de vaca ahora mismo. Date prisa, dice Shaka Zulú, mirando a un lado y a otro.

Este hombre está como una cabra. ¿Qué está diciendo?, insiste el tío Kojo, que está ahí plantado como si no supiera muy bien qué hacer.

¿El *impi*?, pregunto. Ya no sonrío, porque acabo de darme cuenta de que nunca he visto a Shaka Zulú así. Tiene una expresión muy rara en los ojos, como si no fueran sus ojos, sino dos pozos y algo muy fiero bramara en su interior. No necesito que nadie me diga que esto es una locura de verdad. Últimamente, Shaka Zulú ha empeorado. La semana pasada, por ejemplo, salió de la residencia sin que nadie lo viera y, no sé cómo, convenció a un desconocido para que lo llevara al aeropuerto. Una vez allí, exigió un *jet* para volar a Buckingham Palace, porque quería hablar con la reina sobre cosas que ella le debe.

Miro hacia la puerta y me pregunto dónde estará Claudine y por qué no está haciendo nada.

Shaka Zulú se vuelve de repente, barre el aire con su lanza y señala a lo lejos. Y de pronto soy consciente de la lanza que me ha dado a mí. Pesa un poco, la madera es vieja

y la parte metálica está un poco oxidada. Pero ¿de dónde sacará estas cosas?

¿Lo ves? ¿Tú ves lo mismo que yo?, pregunta y me mira.

Sí, los veo, contesto. Pero la verdad es que ahí lo único que hay son casas y árboles, y buzones, y coches.

¿De qué estáis hablando?, pregunta el tío Kojo, que está llamando al timbre, y aporreando la puerta de la residencia, al tiempo que mira por la ventana.

Asiento con energía mientras miro hacia donde señala Shaka Zulú. Al fondo

de la calle, hay tres niños que montan en bicicleta.

¿Estás viéndolos igual que los veo yo? Dime, ¿qué estás viendo?

Pero ¿qué le pasa a este hombre? ¿Y por qué la directora no hace nada? En la voz del tío Kojo hay frustración, pero estoy demasiado preocupada para contestarle, así que el tío Kojo parece otro loco hablando solo.

He dicho, ¿qué es lo que ves, guerrero?, repite Shaka Zulú.

Buitres, contesto, con un ligero temblor en la voz. Ni siquiera sé de qué hablo.

Si dejamos que se posen, caerá toda la patria y seremos gobernados por extraños. Nos obligarán a hablar lenguas de tierras blancas, a adorar a sus miserables dioses. Nos esclavizarán en nuestra propia tierra, seremos sus perros. Pero no, dice, y ahora hace una pausa y se echa a reír. Es una carcajada enorme, que resuena, como si fuera a tragarse el cielo.

Digo que no, por la vaca negra de mi padre, que hoy será la muerte o la victoria.

Cuando Shaka Zulú dice lo de «la muerte o la victoria», me da un vuelco el corazón. Es por cómo lo dice, con los dientes apretados, como si le doliera, con los tendones del cuello tensos. Según él, los buitres blancos nos acechan, están muy cerca; algunos, asegura, vienen a caballo, pero otros se agazapan entre los matorrales con esos palos malignos que escupen fuego. Su voz es cada vez más grave y me cuesta entenderlo todo; es como oír un disco que da saltos.

Cuando echa a andar por el camino de la entrada, lo sigo a cierta distancia, con el tío Kojo detrás de mí. Va diciendo cosas, pero no escucho. Shaka Zulú acelera; se oye el roce de su falda de piel animal y las plumas que lleva en la cabeza saltan con cada paso. Y de pronto echa a correr, y me doy cuenta con horror de que se dirige hacia el repartidor de pizza que acaba de aparcar en la casa de un vecino y está saliendo del coche con una pizza en la mano. Me imagino una lanza desgarrándole las entrañas, y todo lleno de sangre. Tiro mi lanza al suelo y miro al tío Kojo, que suelta berridos y aletea con los brazos. El tío de la pizza levanta la cabeza, y justo en ese momento estalla en el aire el sonido de las sirenas. No sé quién habrá llamado a la policía, ni cuándo.

El tío de la pizza se queda paralizado un segundo, pero entonces algo hace clic en su cabeza, porque se mete en el coche a toda prisa y se pone a rebuscar algo. La lanza de Shaka Zulú atraviesa el aire, pero no llega muy lejos antes de caer al asfalto. Para cuando se agacha a recogerla, los coches patrulla han

llegado: las portezuelas se abren y cierran con un golpe, y hay armas por todas partes. Decido dar media vuelta, y salgo disparada hacia la residencia; veo una cara en la ventana. A mi espalda, oigo los gritos: ¡Tire el arma! ¡Alto! ¡Al suelo! ¡Arriba las manos! Suelte el arma. ¡Suelte el arma! ¡Suelte el arma! Sé que Shaka Zulú no soltará el arma. Cuando vuelvo la cabeza, está impulsándose hacia el cielo, como si fuera un avión chiflado que intenta despegar.

Escrito en la pared

La noche que me cargo el papel de la pared de mi habitación, se supone que debería estar estudiando tipos de heridas para mi examen de biología. La verdad es que no me interesa un pimiento lo que estoy leyendo; ni siquiera me interesa la biología, y además esta parte de las heridas es asquerosa. Hojeo páginas y más páginas de ilustraciones repugnantes, y se me encoge el corazón. Ya sé que las heridas no son flores, pero es que esto es demasiado. Y cuando veo una especie de masa sanguinolenta que rezuma pus en el lado de la cara de una niña, me digo: Se acabó. Cierro el libro, lo tiro debajo de la cama y lo oigo chocar contra la pared.

Tengo clarísimo que esto de las ciencias no es para mí, aunque la tía Fostalina insiste en que me concentre. Casi he terminado el instituto, y no deja de repetirme que, cuando entre en la universidad el año que viene, tengo que estudiar Medicina, o Enfermería, o cosas así, o en caso de que eso no pueda ser, que por lo menos estudie Derecho. Según ella, éstas son las carreras que valen la pena, y dice que no he venido hasta América para meterme en otras carreras sin importancia y no llegar a ser nada. En cualquier caso, lo que tengo claro es que nada de eso me interesa. A ver, no es que sepa exactamente lo que quiero hacer, pero lo que la tía Fostalina quiere que haga no me inspira ninguna pasión.

Estoy sentada en la cama mirando la pared, pensando cómo le cuento esto a la tía Fostalina, cuando mi nueva BlackBerry se pone a vibrar. La busco entre las sábanas, la abro y leo el mensaje de Marina.

k haces?

nada. aki estudiando la mldita bio, respondo.

jajaja, xk mldita? a mi me mola, escribe.

xk tu kieres sr med. Yo paso, digo.

s lo k kiere mi padre. Tu k vas a hacer?, pregunta.

nose, contesto.

Marina tarda mucho en contestar, y a mí no me extraña. Desde que se pasó a

su elegante instituto privado, ya no hablamos como antes. Cuando por fin escribe algo, me pilla escribiendo *iBio iyirabishi* con un rotulador rojo en la pared, encima del cesto de la ropa, con un círculo alrededor. Paro un momento para mirar el teléfono, que vibra de nuevo, termino el círculo y lo cojo.

sorry, era Kyle. Tnia k hablar cn el 1 moment, dice el mensaje.

ok, respondo.

Las letras de la pared son grandes, como las que escribía en primero. El rojo parece sangre, y es ahora cuando me doy cuenta de que va a ser muy difícil limpiarlo.

Me pongo unas zapatillas y salgo de mi cuarto. La cocina está iluminada por las farolas de la calle, así que no me molesto en encender la luz. Cojo un estropajo, le echo un poco de lavavajillas y lo mojo. Al dar media vuelta, me doy un golpe en la cadera contra el borde de la mesa; me doblo a causa del dolor en la semioscuridad mientras maldigo entre dientes. Cuando se me pasa un poco, echo a andar de nuevo hacia mi habitación.

Después de haber intentado limpiar la pared, me doy cuenta de que no he hecho más que empeorarlo. El rojo se ha corrido por todas partes, y ahora hay una mancha horrorosa y encima las letras no se han borrado. Recuerdo que una de las veces que fuimos a asaltar Budapest, nos llevamos una bolsa de rotuladores negros que nos habían dado los de la ONG y nos volvimos locos pintando en las tapias. Dibujamos penes, unos penes enormes, filas y filas de penes, porque no teníamos ni idea de cómo era una vagina, y luego acompañamos los penes de palabras como *golo*, *beche*, *mboro*, *mhata*, *svira*, *ntshompi*, *bolo*, *zeka*, y cualquier otra obscenidad que se nos ocurriera. Supongo que intentaron limpiar aquel desastre después, y que tampoco salió, porque las tapias estuvieron manchadas durante días, hasta que al final las volvieron a pintar.

Marina me manda otro mensaje.

mmm, anoche lo hicimos, reza el texto.

k dics!, contesto yo. Y antes de que me pueda responder, añado: duele?

no sangré, contesta.

ntncs no lo hicist, escribo.

Cuando dejamos de ver vídeos después de que la tía Fostalina nos pillara una tarde y nos pegara a Marina y a mí, aunque no a Kristal, porque dijo que no quería meterse en líos ya que los americanos llaman a eso maltrato infantil, hicimos una apuesta para ver quién lo hacía antes. Kristal está ahora

embarazada, así que la apuesta para ver quién es la siguiente está entre Marina y yo. Saco dos chicles del paquete que tengo en la mesita, los desenvuelvo, me los meto en la boca y mastico despacio. Su sabor dulce me explota en la lengua.

y tu k sabs!, me escribe Marina.

bah, sabs k?, digo.

k?, pregunta.

stoy cn Tony, le digo.

k?, escribe.

k m enrollado cn el, contesto.

k dics!, exclama. Y antes de que me dé tiempo a contestar, añade: Dnd? cm fue? spera, no era gay?

Oigo voces al otro lado de mi ventana. Parece que hay gente ahí, hablando, así que apago la luz y abro un poco la cortina para ver. En la oscuridad, distingo varias siluetas reunidas cerca del árbol, junto a la carretera. Tengo la ventana abierta, así que puedo oír las voces bastante bien, pero después de escuchar un rato me doy cuenta de que hablan en un idioma extranjero. A lo mejor es una lengua europea o algo así. Me quedo allí un rato, con la cara pegada a la ventana. Cuando vuelvo a encender las luces y miro el teléfono, Marina me ha escrito:

?????

jajaja, no. @chick, l miercols, respondo.

El miércoles había quedado con Amma en que pasaría a recogerme. La tía Fostalina tenía turno de noche. Amma llamó al timbre y la recibí en la puerta con la mochila llena de libros en una mano y una botella grande de agua en la otra. El tío Kojo nos miró con los ojos enrojecidos, porque ya tenía la botella de Jack Daniel's a medias. Le dije que íbamos a estudiar para un examen que teníamos al día siguiente, pero sus ojos borrachos decían: «Tú no vas a ningún sitio decente así vestida.»

Amma y yo estábamos en la pista de baile del Chick cuando llegaron Tony y otro tío con rastas. Amma estaba bailando, muy concentrada, porque es lo suyo, pero yo estaba ahí sin hacer nada porque el R&B y el hip hop me parecen una kaka. La mayoría de las canciones no tienen sentido, y no son más que insultos y tacos: que si follar por aquí, que si perra por allá, que si maricón, que si puta. Pero cuando los chicos empezaron a frotarse contra nosotras, empecé a moverme con la música para no quedarme ahí plantada

como un pasmarote. Tenía a Tony pegado a mi espalda, habría hecho falta una sierra para separarnos, y él me recorría el cuerpo con las manos, por los lados, arriba y abajo, y me toqueteaba el vientre. Notaba su aliento caliente en el cuello, y su cosa dura en el culo.

Recuerdo que la música cambió a dancehall, que también está lleno de insultos, pero por lo menos tiene un ritmo que se puede bailar. En un momento dado, incluso tuvimos que dejar de bailar para mirar a una chica que tenía una permanente gigantesca y se había puesto cabeza abajo, con las piernas extendidas en el aire y una falda amarilla minúscula arrugada en torno a la cadera, con lo que se le veían las bragas. Un chico flaco y con el pelo verde se lanzó sobre ella como si estuvieran peleándose o algo así, la agarró por los tobillos, le abrió las piernas todavía más, como si quisiera partirla en dos, y se puso a dar vueltas con ella. Luego la volteó, de manera que quedó con la espalda doblada, y a continuación se puso a embestirla y arremetió y arremetió, como si fuera un trozo de carne.

Era todo muy raro, y aun así la gente enloqueció y se puso a vitorearlos. Supongo que era ese nuevo baile loco que llaman *dagging*. A mí me parecía extraño y también que estaba mal, pero al cabo de un rato me puse a dar palmadas porque era lo que hacía todo el mundo. Cuando empezó a sonar una canción más lenta, Tony me hizo dar la vuelta y empezó a besarme, así de pronto, y pensé que quizá era así como se hacía. Me sorprendió aquella sensación, la de su lengua fría y torpe, como si fuera un trozo de carne en mi boca.

y cm s?, me escribe Marina.

nose, guay, contesto.

Me la imagino con los enormes ojos en blanco y una expresión de impaciencia en su rostro redondo cuando no le doy más detalles. Tiro el teléfono en la cama, cojo el rotulador y me pongo a dibujar lenguas en la pared y, sin darme cuenta, las lenguas se han convertido en serpientes: serpientes cortas, serpientes largas, serpientes de dos cabezas. El teléfono vibra, pero ni siquiera lo miro. Cuando llegué a casa esa noche, me fui directamente al baño, saqué de debajo del lavabo un cepillo de dientes nuevo, le eché un pegote gigante de pasta de dientes, y me cepillé bien con agua caliente y me lavé bien la lengua antes de meterme en la ducha.

Oigo que se abre la puerta de casa y, por lo mucho que tarda en cerrarse y por el portazo que da, sé que Vasco de Gama vuelve de uno de sus viajes. Me

lo imagino dando pasos muy medidos, como si estuviera atravesando la frontera, intentando no tropezar con las hileras de zapatos que ocupan la mitad de la entrada, y luego tirándose en el sofá, delante de la tele. Me lo imagino ladeando la cabeza a la izquierda y quedándose quieto, tan quieto que casi parece como si estuviera oyendo hablar a Dios. Y entonces, como el que se despierta de una cabezada, me lo imagino volviendo a la vida con un respingo, y cogiendo el mando a distancia de la mesita de cristal que tiene delante. Lo imagino apretando botones con sus dedazos torpes, pulsándolos una y otra vez, ahora inclinado, moviendo los dedos más deprisa para dar con un canal donde enseñen la guerra, e intentar localizar a su hijo entre todos los otros chicos americanos vestidos de soldados.

Lo que está pasando es que Vasco de Gama está cada vez peor. Los viajes se le han ido de las manos. Cada vez se va más y más lejos, como si estuviera practicando para conducir hasta Afganistán y recoger a TK. Al principio, se ausentaba durante horas, luego una noche entera, luego un par de días. Volvía con aspecto desaliñado y fiero, como si viniera de la guerra, con montones de insectos y bichos aplastados en el capó del coche, el parabrisas, la rejilla y la matrícula. La tía Fostalina, que siempre está fuera, en alguno de sus trabajos, en realidad no está haciendo nada por solucionar el problema de Vasco de Gama. Puede que confíe en que al final acabará cansándose de tanto viaje, o puede que crea que eso es lo único que lo mantiene en pie, o igual no quiere enfrentarse a ello, o sencillamente no sabe qué hacer.

Pero eso no es todo: han empezado a aparecer botellas de cerveza y alcohol por todas partes como por arte de magia. Al principio, las escondía debajo del asiento del coche, en el maletero, debajo del fregadero, en el sótano, en sitios así. Como yo siempre estaba en casa si no estaba en clase o en el trabajo, recogía las botellas y las tiraba, porque sabía que era mejor que no las encontrara la tía Fostalina. Pero al final acabó encontrándolas, claro, porque estas cosas no pueden ocultarse toda la vida. Estaba limpiando el sótano un fin de semana, y descubrió el alijo de botellas escondidas. Hablaron de ello, pero todo siguió igual. Eso significaba que la cosa se había terminado entre la tía Fostalina y el tío Kojo. Y ahora sólo viven juntos y nada más, como países vecinos.

La semana pasada, al llegar a casa, pillé a la tía Fostalina con Eliot. Al principio no me di cuenta de que estaban allí. Entré, me preparé un bocadillo, me tiré en el sofá y me puse a enviarle mensajes a Kristal, y de pronto

apareció Eliot en el salón con unos calzoncillos de ésos llenos de besos rojos, con la barriga peluda desparramándose por todas partes y su cosa presionando por salir de los calzoncillos. No me lo esperaba y pegué un grito. Al instante, entró corriendo la tía Fostalina para ver qué pasaba. Iba envuelta en su chal favorito, el estampado con las banderas descoloridas de nuestro país.

Bajo la escalera y me asomo a la puerta del salón. El tío Kojo está sentado medio a oscuras. La única luz que hay es la de la pantalla del televisor, donde unos soldados que parecen agotados caminan entre nubes de humo, con un par de coches ardiendo a sus espaldas, después de haber sido alcanzados por una bomba. La imagen del televisor muestra que es de día, por la tarde, pero el humo hace que el día parezca noche. Hay tanto humo que me da la sensación de que puedo olerlo, de que se cuele por la pantalla, entra en nuestro salón y envuelve al tío Kojo. Lo dejo así, y me voy a la cocina a calentarle algo en el microondas, porque si no, se le olvidará comer.

Cuando vuelvo, recojo las botellas de ginebra de la mesa y le pongo delante un plato de arroz wólof y el curry. El tío Kojo está ahora reclinado en el sofá, con los ojos cerrados. No sé si está pensando o durmiendo o qué está haciendo. Me quedo un rato mirándole la cara, y de pronto, sin saber muy bien por qué, cojo una botella de ginebra y le pego un trago. El sabor es asqueroso, y quema. Me lo trago sólo porque no tengo dónde escupir. En la televisión ha empezado a llover, y hay un soldado debajo de un árbol, fumando. Me arrodillo a los pies del tío Kojo, le desato los zapatos y se los quito. Me planteo si sacudirlo un poco, para ver si está despierto, pero al final me siento en el sofá y me pongo a ver al soldado, que está ahí quieto, bajo la lluvia, como si su madre se hubiera olvidado de él, como si fuera Siria y lo hubieran eliminado en el juego de los países.

Lo primero que advierto cuando me despierto por la mañana es el desastre de la pared. Al principio, no sé lo que ha pasado, pero de pronto recuerdo que anoche me volví loca con el rotulador. El reloj de mi mesita marca las 7.15 horas, lo que significa que tengo menos de media hora para limpiarlo todo antes de que la tía Fostalina vuelva del trabajo. Me levanto de un salto y bajo corriendo al sótano.

Me dirijo al rincón donde están las cajas grandes, y no tardo en encontrar la que pone «ÁFRICA, ADORNOS, ETC.». Tiro a un lado la tapa, y me pongo a

rebuscar. Enseguida encuentro un *batik* del tamaño de una toalla de playa, que representa una escena en el mercado y es todo un festival de vida y de color, y de gente vendiendo cosas: fruta, verduras, alimentos, cuentas de colores, telas, bolsos, cinturones, tallas de animales, cualquier cosa imaginable. Hay niños, hombres y mujeres, algunas con bebés a la espalda, ancianos, un par de perros, una bicicleta; todo y todos llenos de vida bajo un resplandeciente cielo azul.

Mirando la tela, me acuerdo de lo hermoso que era estar en una escena así de verdad, con todo el mundo revuelto, mezclándose, todos viviendo juntos, antes de que las cosas se pusieran feas. Y me asalta ese dolor en el corazón que me da últimamente, cada vez que me acuerdo de casa, así que dejo el *batik* y sigo rebuscando. Encuentro un reloj de cobre de tamaño medio, con la forma de mi país. En el centro hay una jirafa que se alza por encima de los árboles, y de ahí es de donde salen las manecillas del reloj. Está parado en las seis en punto, y la manecilla grande está rota. Por último, doy con una máscara bastante rara; está partida en dos y una mitad es blanca, y la otra, negra. La mitad negra está a su vez dividida con estampados rarísimos, que no hay quien entienda. Aun así, me parece interesante, así que me la llevo junto con las otras cosas a mi habitación.

Cuando termino de cubrir la pared, la máscara me mira con esa cara desconcertante. Es como si intentase decirme algo que tardaré años en comprender. Junto a ella, está el reloj que da la hora rota. Y por último, al otro lado de la cómoda, el mercado del *batik* bulle en pleno ajetreo. Me imagino que oigo toda clase de cosas: vendedores anunciando a voz en grito sus mercancías, algunos llamándome para que les compre y ofreciéndome descuentos; niños silbando a las niñas dulces melodías; bebés llorando porque quieren golosinas; voces infantiles que cantan «¿Quién descubrió el camino a India?»; la risa de las madres que se alza por encima de todo lo demás.

Me quedo así un rato, mirando la decoración, y entonces me acuerdo de aquel chisme que encontré en casa de Eliot el otro día, mientras limpiaba. Me arrodillo y meto la mano debajo de la cama, donde lo tengo escondido. Es un trozo de marfil con la forma de África, y justo en el medio hay un ojo tallado. Por toda la superficie, se ven trazos y dibujos muy elaborados.

Cuando lo vi en casa de Eliot, allí, junto a otros objetos que se había traído de sus viajes por el mundo, me dio la impresión de que aquel ojo me miraba, así que estaba claro que tenía que llevarme el mapa de marfil. Lo cuelgo encima de la cama, y miro en torno a mi habitación. Ahora parece que todo

está bien, pero la que no está bien soy yo, porque no dejo de pensar en mi casa y la echo tanto de menos que me parece que no puedo respirar. Es una sensación agobiante, y sé que no se me pasará, así que cojo el Mac y me meto en Skype para llamar a mi madre.

Es Chipo la que contesta el teléfono. Al principio, ni siquiera me doy cuenta de que es ella. Tengo la impresión de estar hablando con una mujer adulta, y cuando me dice quién es, me sorprende encontrármela en casa de mi madre, porque ahora ya es demasiado mayor para las guayabas. Sea como sea, me parece un poco grosero preguntarle qué está haciendo ahí, así que no saco el tema.

¿Dónde están los demás?, pregunto, después de que nos saludemos.

Bastardo al final se marchó a Sudáfrica. Sabediós está en Dubái. Sbho se unió a un grupo de teatro, y he oído que pronto viajarán y actuarán por todo el mundo, me contesta.

¿Y Stina?

Ah, Stina. Stina sigue por aquí, pero no sé muy bien qué hace. A veces está, y otras desaparece un montón de tiempo.

¿Así que estás tú ahí sola?

No estoy sola. Tengo aquí a Darling.

¿A Darling?

Sí, Darling, mi hija. ¿Se te ha olvidado?

¡Ah!, exclamo.

Nos quedamos un rato en silencio, quizá porque a ninguna de las dos se nos ocurre qué decir. Me imagino a Chipo ahí, sola, y no puedo evitar sentir lástima por ella, sentirme mal por ella. Y entonces algo se me remueve dentro, y me siento decepcionada, y luego enfadada con nuestros líderes por hacer que pase todo esto, por cargárselo todo.

Ya sé que estáis mal, Chipo. Lo siento mucho. Me duele pensar en ello, le digo.

¿Qué es lo que está tan mal? ¿Por qué te duele?, me pregunta.

Lo que han hecho con nuestro país. Tanto sufrimiento.

Bueno, en todas partes donde hay gente, hay sufrimiento.

Ya. Pero la semana pasada vi en la BBC...

Pero tú no eres la que sufre, Darling. ¿Crees que con ver la BBC ya sabes lo que está pasando? No, amiga mía, no lo sabes. Es la herida la que conoce la textura del dolor. Somos nosotros los que nos hemos quedado aquí y los que

sentimos el sufrimiento de verdad, así que somos nosotros los únicos que tenemos derecho a hablar de ello, a hablar de lo que sea y de quien sea, me suelta, y lo hace con un tono insolente que le sale de súbito, no se sabe de dónde, y que es como una bofetada en la cara. Me he quedado tan de piedra que no sé ni qué decir.

¿Qué? ¿No puedo...? Bueno, también es mi país. Es nuestro país, le digo.

Y al oírme Chipu lanza una carcajada, se ríe como se ríen las locas, y yo meneo la cabeza y pienso: «Pero ¿qué coño? Pero ¿esto a qué viene?»

¿Es tu país, Darling? ¿De verdad es tu país? ¿Estás segura?, me pregunta.

Y noto que estoy enfadándome. Pongo el cursor sobre el icono ese del teléfono rojo, y me planteo pulsar y colgar porque, la verdad, no estoy para estas gilipolleces. Pero entonces alzo la mirada y me encuentro con el ojo del mapa de marfil que tengo encima de la cama, y suelto el ratón.

¿Dónde está mi madre? Di a mi madre o a mi abuela que se pongan, le pido.

Primero dime una cosa. ¿Qué estás haciendo en tu «no país» ahora mismo? ¿Por qué huiste a América, Darling Nonkululeko Nkala, eh? ¿Por qué tuviste que marcharte? Si éste es tu país, tienes que amarlo y vivir en él, y no dejarlo atrás. Tienes que luchar por él pase lo que pase, para que todo se arregle. Dime, ¿acaso abandonarías tu casa si se incendiara o buscarías agua para apagar el fuego? Y si te marcharas y dejaras que se quemase, ¿acaso crees que las llamas se convertirían en agua y se apagarían solas? Te marchaste, Darling, cariño, dejaste la casa ardiendo, y ¿ahora tienes el valor de decirme, con ese estúpido acento que ni siquiera es el tuyo y que ni siquiera te pega, que éste es tu país?

Siento un zumbido en la cabeza. Cojo el ordenador y lo lanzo por los aires y, para cuando me doy cuenta de lo que he hecho, está volando ya hacia la pared. Se me escapa un grito ahogado al verlo estrellarse contra la máscara, y me tapo las orejas cuando las dos cosas se estampan en el suelo. No quiero ni mirar el destrozo; sólo atino a salir corriendo de la habitación, como si de pronto se hubiera quedado sin aire, y me encuentro en el cuarto de TK, justo delante de su cama. En la pared hay un póster enorme de TK y su amigo Bobby bailando el azonto, con los brazos en esas ridículas posturas, los dos muy sonrientes. Me imagino a TK burlándose de mí con esa cara, así que me doy la vuelta y veo la diana que hay en la otra pared. El corazón me va a toda velocidad, y tengo un nudo en la garganta.

Cuando consigo calmarme un poco, me paseo por la habitación. Está

impecable, porque el tío Kojo la mantiene siempre limpia, sin polvo. Cualquiera que no lo supiera, diría que ahí vive alguien. En la mesa grande, al lado de la tele, hay una Xbox, un par de DVD, una caja de kleenex, una taza de plástico llena de lápices y bolígrafos y un *Playboy*. Es como si TK estuviera a punto de entrar y utilizar sus cosas, como si nunca se hubiera ido. Alargo el brazo hacia la estantería de madera que hay junto a la ventana, aparto los tambores en miniatura, meto la mano entre los leones, los leopardos y los elefantes, y toco a Shaka Zulú.

El silencio sepulcral de esta habitación siempre me sorprende, y para llenarlo suelo saludar a Shaka Zulú y a veces le hablo del tiempo. O, si hay cosas interesantes que explicar, pues se las cuento. Cosas como que la tía Fostalina está acostándose con un blanco, o que hubo un terremoto terrible en Japón, o que en nuestro país están deteniendo a gente otra vez. En su testamento, Shaka Zulú decía que quería que la tía Fostalina se llevara sus cenizas a África y las enterrara en la aldea de su padre, dentro de un *kraal*, como se supone que tiene que ser. Pero por ahora la tía Fostalina no puede volver a casa. Ninguno de nosotros puede.

Hoy, sin embargo, no tengo nada que contarle a Shaka Zulú, así que me limito a tocar con la mano la urna de madera con forma de calabaza, como si estuviera bendiciéndola. Ni siquiera me muevo cuando el tío Kojo entra en la habitación, con una pinta horrible y que da miedo.

¡Han matado a Bin Laden!, exclama a gritos, aunque estamos los dos solos en esa habitación silenciosa. Le apesta el aliento a alcohol, y el olor me golpea como una patada en el estómago.

Ah, digo. Me aparto del estante y me quedo de pie al lado de la ventana.

Pero ¿tú sabes quién es Bin Laden?

El tío ese terrorista.

Se me ha escapado lo de «tío», pero no me dice nada. Se ha quedado ahí plantado, ocupando toda la puerta, con las llaves del coche en la mano. Advierto que lleva un vendaje en la muñeca, y me pregunto qué le habrá pasado, si se habrá hecho daño en uno de sus viajes.

Estaba escondido en Pakistán. Pronto va a salir el presidente para hacer una declaración. Sí, Bin Laden está muerto, ¿qué te parece?, pregunta, moviendo las llaves.

Cuando América ofreció una gran recompensa por Bin Laden, nosotros nos hicimos lanzas con ramas de árboles y nos fuimos a por él. Acabábamos de

aparecer en Paraíso,
y necesitábamos juegos nuevos mientras esperábamos a que nuestros padres nos llevaran de regreso a nuestras casas de verdad. Al principio, nos dedicamos a aporrear las chabolas de chapa diciéndole a gritos a Bin Laden que saliera.

Y cuando vimos que no salía, corrimos a los matorrales que había detrás de las chabolas. Buscamos entre los altos hierbajos secos, buscamos en los matorrales; nos subimos a los árboles, miramos debajo de las piedras. Buscamos por todas partes. Y luego subimos al Fambeki, pero, para cuando llegamos a la cima, estábamos acalorados y aburridos. Era como intentar atrapar el aire. No había forma de dar con Bin Laden.

Pero ¿por qué lo estamos buscando?, preguntó Sbho.

No lo sé, este juego es un aburrimiento. Necesitamos juegos mejores que éste, dijo Chipó.

A lo mejor deberíamos buscar a Jesús, que es más importante que Bin Laden, propuso Sabediós.

Jesús es peor. A Jesús no puede encontrarlo nadie, ni siquiera los americanos, contestó Bastardo.

Eso no es verdad. Madre de Huesos lo encontró, dije yo.

Nos quedamos callados un rato, allí parados, altos porque la montaña nos hacía altos. Miramos hacia abajo, hacia el poblado de chabolas, y la tierra roja, y Mzilikazi, y las casas de Budapest a lo lejos. Bin Laden podía estar en cualquier parte.

Allí nos quedamos mientras el sol nos freía. Hasta que Stina tiró su lanza montaña abajo, y luego los demás hicimos lo mismo y las vimos volar. Y entonces Bastardo se fue hasta el borde y se puso a orinar, y Sabediós y Stina lo imitaron. Chipó, Sbho y yo nos quedamos atrás mientras los niños adelantaban las caderas y disparaban al aire, compitiendo por ver quién llegaba más lejos.

Nos habíamos rendido ya con Bin Laden y volvíamos por Mzilikazi cuando vimos a *Ncuncu*. *Ncuncu* había sido la perra de Nacidolibre durante un tiempo, hasta que un buen día, por razones que nunca sabremos, decidió dejar de serlo. Y ahora vagaba por Paraíso como si estuviera ida, robaba comida, y ni siquiera respondía cuando la llamabas por su nombre o le silbabas. Al verla en Mzilikazi, corrimos hacia ella gritando ¡Bin Laden! ¡Bin Laden!

Puede que *Ncuncu* nos oyera. Puede que no. El caso es que se quedó allí,

plantada en mitad de la carretera, con la cabeza inclinada hacia algo que nosotros no veíamos. Parecía que estuviera rezando por el país. Y de pronto, apareció el enorme camión del pan Lobels y nosotros nos pusimos a manotear como locos y a chillar para avisar a *Ncuncu*. Pero no sirvió de nada. Se oyó un sonido espantoso, y el camión se detuvo. Pero un instante después, mientras nosotros seguíamos allí, horrorizados, se puso en marcha otra vez y se alejó.

Había una mancha roja en la carretera y dos surcos profundos allí donde las ruedas habían resquebrajado la tierra al frenar. Un débil gañido se ahogaba en el cuello roto de la perra. Tenía el pelaje blanco salpicado de marcas rojas aquí y allá, como si alguien muy torpe hubiera intentado decorarlo. Los dientes grandes. La carne aplastada. Una lengua larga y rosada que lamía la tierra. Una única pata alzada, como si tratara de chocar esos cinco. Las costillas se le marcaban en el costado. Se le había salido un ojo desorbitado (el otro no se le veía). Y alrededor, el olor delicioso del pan Lobels.

Agradecimientos

Umuntu ngumuntu ngabantu: una persona es una persona gracias a otras personas. Y yo les debo muchísimo a todos aquellos que me concedieron su tiempo y me aportaron conocimiento, apoyo, amor, orientación, amistad, valor, oportunidades y otros regalos incalculables que me permitieron crear *Necesitamos nombres nuevos*. No sé por dónde empezar, porque sois demasiados, pero vosotros sabéis quiénes sois. Para todos, mi más sincero agradecimiento, hoy y siempre.

Le doy las gracias a la Kalamazoo Valley Community College, a la Texas A&M University-Commerce, a la Southern Methodist University, a la Universidad de Cornell y a la Universidad de Stanford por su hospitalidad.

Mi agradecimiento especial a Jin Auh, mi extraordinaria agente y lectora, que estuvo allí desde el principio; a la increíble agente Alba Ziegler-Bailey, y a las editoras, Laura Tisdell y Becky Hardie, por amar este libro y trabajar muy duro en él.

Helena Maria Viramontes, no lo habría conseguido sin ti.

Y por supuesto, gracias a Zimbabue, mi amada patria, el país de mi gente. Por el don de las historias, por el alma y por el *swag*. *Ngiyabonga mina!*

Gracias a todos, y todo mi amor.

Oakland, California
Enero de 2013

Necesitamos nombres nuevos

NoViolet Bulawayo

ISBN edición en papel: 978-84-9838-837-4

ISBN libro electrónico: 978-84-15629-60-3

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo 2018

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación.

Título original: *We Need New Names*

Traducción del inglés: Sonia Tapia

Ilustración de la cubierta: C215

Copyright © NoViolet Bulawayo, 2013

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2018

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7^o 2^a - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info